

**Franco Gamboa – Marcelo Peralta**



**Debate**

# ANTI-UTÓPICO

La izquierda desfigurada en los tiempos democráticos



# Debate Anti-utópico

La izquierda desfigurada en los tiempos democráticos



# Debate Anti-utópico

La izquierda desfigurada en los tiempos democráticos

Franco Gamboa-Marcelo Peralta



Universidad Mayor de San Andrés  
Facultad de Derecho y Ciencias Políticas  
Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública  
Instituto de Investigaciones en Ciencia Política

***Autoridades***

Lic. Marcelo Peralta García  
DIRECTOR  
Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública

Dr. Franz Remy Camacho  
DECANO

Lic. Katya Velarde Pereyra  
VICEDACANA

Lic. Iván Miranda Balcázar  
RESPONSABLE ACADÉMICO IINCIP

© Franco Gamboa Rocabado / Marcelo Peralta García, 2016  
© Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública  
Instituto de Investigaciones en Ciencia Política

Primera edición: octubre de 2016  
DL: 4 - 1 - 389 - 16  
ISBN: 978-99974-63-62-3

Producción:  
Diseño y diagramación: Vicente Foronda  
Impreso en Bolivia

Para nosotros, el comunismo no es un *estado* que debe implantarse,  
un *ideal* al que haya que sujetarse la realidad.  
Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real*  
que anula y supera al estado de cosas actual.

Karl Marx, *La Ideología Alemana*, 1846.

Una izquierda liberada del enjaulamiento marxista  
podría ser una izquierda más inteligente y sensata  
que la que hemos conocido. Pero una izquierda  
sin anclaje, desvinculada del marxismo, puede ser  
también una izquierda que nos lo haga lamentar.  
Ya que, aunque equivocado, el marxismo era un armazón  
ideológico y doctrinario a respetar. Contra el marxismo  
se podía discutir, pero contra la nada se discute mal.  
Y en este momento entreveo sobre todo una izquierda  
que se desgarrar, que va a la deriva, mecida  
alternativamente por la demagogia populista, el negativismo  
(la crítica a todo coste), el *cupio dissolvi* y la agitación activista.

Giovanni Sartori, *La Democracia Después del Comunismo*, 1993.



# Índice

Presentación | 11

Prólogo | 13

Introducción

Cuando los operadores políticos están por encima de la ideología | 15

## I

Debate sobre las izquierdas en América Latina: acción política sin revolución ni utopías | 21

Las características del resurgimiento | 26

Juicio crítico y reconstrucción de las izquierdas | 37

Movimiento obrero y sindicalismo: hacia la búsqueda de una nueva identidad | 40

Tres perspectivas | 43

La izquierda en plena confusión | 50

## 2

Veintisiete años de la caída del Muro (1989-2016): las revoluciones como rutas ambiguas y costosas | 57

Las consecuencias y rutas ambiguas de las revoluciones | 59

La resistencia a la modernidad sin revoluciones | 65

La realidad: más allá de la izquierda y la derecha | 67

## 3

El Laborismo Británico: ¿buenas o malas izquierdas? | 75

Modelo Westminster y sistema electoral | 78

Más allá de las ideologías tradicionales | 79

## 4

Cuba y los perfiles de sutransición por conveniencia | 83

La transición hacia el mercado y la sociedad civil enclaustrada	85
Las principales contradicciones económicas y políticas	89
El trayecto dramático hacia el fin y la decadencia moral de la izquierda	91

## 5

El fracaso de las fuerzas de izquierda en Bolivia	97
El Movimiento Bolivia Libre (MBL) que pasó del trigo limpio al realismo político	97
El Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR): testamento de una generación	101
Las debilidades ideológico-estratégicas del Movimiento Sin Miedo (MSM) y su desaparición en el año 2014	105
La hipótesis sobre la desaparición del MSM	112
El MSM como partido de gobierno en el Municipio de La Paz	127
Una desaparición sin pena ni gloria	132

## 6

De la Asamblea Constituyente al Estado Plurinacional: la izquierda aparente que no pudo construir un Estado indígena	139
El proceso de quiebre democrático: ingobernabilidad y caída de Gonzalo Sánchez de Lozada	145
El reformismo Gonista	149
La ausencia de hegemonía	154
El desprecio del compromiso	166
Un péndulo de cincuenta años: de la Revolución Nacional de 1952 al quiebre en las élites en el año 2003	174
Asamblea Constituyente y Estado Plurinacional	181
Del fin de la democracia pactada a la Asamblea Constituyente	186
Las principales reformas constitucionales y los problemas de implementación en la era del Estado Plurinacional	195

De la retórica sobre lo plurinacional, al inútil socialismo del siglo XXI:  
el sueño elusivo de un Estado indígena | 206

Conclusiones del laberinto: de la izquierda a la teología política del  
indianismo | 219

Bibliografía | 233



# Presentación

Es un placer y orgullo entregar a la comunidad universitaria de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, el libro *“Debate anti-utópico. La izquierda desfigurada en tiempos democráticos”*, cuyos autores son dos destacados profesores, Franco Gamboa y Marcelo Peralta. Con esta publicación, se busca estimular dos tipos de debate: por un lado, el estudio de la trayectoria histórica que caracteriza a diferentes tipos de izquierda en Bolivia, cuyo desempeño político es muy relevante, así como sus influencias en el largo plazo porque marcan una serie de temas de investigación para comprender mejor el desenvolvimiento del sistema político en el país. Por otro lado, el libro sugiere la necesidad de llevar adelante una metodología de política comparada, con el objetivo de alcanzar una mayor precisión en el análisis.

El recorrido histórico-político de las diferentes fuerzas de izquierda en Bolivia, necesariamente debe compararse con las acciones y consecuencias que tuvieron otros partidos en América Latina y el mundo. Esto facilita una comprensión más abarcadora y también más internacional para llegar a explicar por qué parecen existir ciclos políticos que coinciden con momentos de ingobernabilidad económica y política que promueven varios intentos democratizadores e, inclusive, la apertura de situaciones revolucionarias que no necesariamente desembocan en resultados positivos para materializar expectativas de transformación económica, social, política y cultural.

Como toda producción científica, no es un trabajo que esté cargado de certezas o verdades asumidas como hechos intocables. Todo lo contrario, el libro genera una discusión necesaria para la democracia boliviana y, al mismo tiempo, plantea posiciones políticas que todos podemos criticar para no quedarnos con un solo punto de vista. Por lo tanto, resaltan también varias limitaciones que, como investigadores, estamos en la

obligación de superar, cuestionar y refutar para construir, poco a poco, el valor científico que tiene los caminos abiertos hacia una constante indagación sin ningún tipo de absolutismos.

Por último, el libro adquiere la forma de un ensayo político, género que continúa siendo criticado por los sectores neopositivistas en la ciencia política, debido a las enormes influencias de los estudios empíricos e, inclusive, los modelos matemáticos. Sin embargo, la estructura del ensayo brinda un adicional gusto por la agradable redacción y lectura que, estamos seguros, promoverá las discusiones que nos hacen falta en la universidad y en el país, con el fin de ir edificando espacios de emancipación intelectual que son virtudes fundamentales para el desarrollo de una democracia madura.

Bolivia necesita cuanto antes preservar los valores democráticos, de manera que el libro es una gentil invitación a repensar las complicadas relaciones entre democracia y alternativas de transformación socio-política que siempre impulsan la exploración meditada, junto con la renovación ideológica.

Instituto de Investigaciones en Ciencia Política

# Prólogo

La preparación de este libro condensa una reflexión crítica, integral, global y transversal sobre la práctica de la izquierda en el campo político. La obra sintetiza un riguroso repaso al errático comportamiento de las tendencias que perdieron su oportunidad histórica de ser distintos frente a sus adversarios de siempre, esos “derechistas” y otros adjetivos que fueron la excusa discursiva para erigirse en los apóstatas de la democracia, el pueblo y la revolución.

Las experiencias de un predominante estilo común de los líderes latinoamericanos en las décadas de los noventa y principios de este siglo XXI terminaron con la evidencia de la frustración y el agotamiento de la esperanza y el cambio, sustantivos que marcaron el ritmo discursivo e ideológico de los procesos políticos de estos años perdidos.

El destino común de los proyectos “revolucionarios” fue el camino errático de confusión y pérdida de identidad. La locomotora social vio su vaciamiento ideológico al ver la ilusión, tal vez la única, derramada en el terreno árido donde perece el sueño del cambio que habían añorado tantos pueblos cuando empuñaron las armas de la dignidad para echar del poder a esas *minorías privilegiadas*.

¿De qué sirvió tanto esfuerzo? Los acontecimientos políticos contextualizan con claridad que las izquierdas fueron más “farsa” y “tragedia” de personajes cebados de gloria. Mas, la realidad es distinta en esos pueblos que apostaron a las utopías y hoy en muchos casos se encuentran en retroceso, incluso lejos del punto de partida cuando el mundo vio con admiración y respeto el nuevo orden de las izquierdas en la política.

Franco Gamboa y Marcelo Peralta revelan, con este aporte, que es posible hacer un juicio crítico a estos procesos ambiguos donde la agenda política está al revés de los anhelos colectivos. La comunidad científica, los expertos en la política y los practicantes tienen en esta obra la marcha de los sucesos que caracterizaron a gran parte de estos últimos decenios.

Gamboa es un intelectual que ha compartido conocimiento en universidades internacionales del más alto nivel y exigencia. Ha tenido la oportunidad de estudiar los procesos políticos de Latinoamérica en los mismos países donde se han desarrollado lado a lado los momentos de la izquierda y, con la solvencia de su trayectoria, ha compartido un objeto de estudio que se expresa en el libro.

Por su parte, Marcelo Peralta, actual Director de la Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública, viene de una cantera de profesionales comprometidos con la politología como disciplina para explicar con coherencia los fenómenos políticos. Nos hereda el testimonio esperado sobre la “decadencia moral de la izquierda”.

Ambos autores formalizan un paradigma para la comprensión teórica y empírica de los procesos contemporáneos. En adelante no será posible la reflexión de la coyuntura y el largo plazo sin la lectura, el estudio y crítica a la realización del modelo que utilizaron para desentrañar el estado de la izquierda en Bolivia, la región y el mundo.

El Instituto de Investigaciones en Ciencia Política tiene el privilegio de presentar este libro como la contribución más importante de este periodo desde el horizonte de la politología. Hoy es el referente desde este campo de conocimiento para entender el sentido histórico de los hechos políticos que vivieron la sociedad internacional y los pueblos esperanzados de libertad, igualdad y justicia.

Primavera de 2016  
Iván Miranda Balcázar

# Introducción

## Cuando los operadores políticos están por encima de la ideología

**A**l calor de la efervescencia ideológica de la Revolución rusa de 1917, nadie imaginó que las doctrinas marxistas y leninistas fueran a fracasar en algún momento. Todo lo contrario, se creyó firmemente en el éxito indiscutible de las tesis de Marx porque éste habría descubierto las leyes del desarrollo de la historia, identificando al mismo tiempo las contradicciones más profundas del capitalismo que conducirían a su inevitable desaparición.

Cualquier posición política en contra de la ideología del derrumbe capitalista y la revolución acaudillada por el movimiento obrero era calificada de revisionista, mentira o, simplemente, una traición al socialismo científico. Sin embargo, en el siglo XXI, una serie de partidos de izquierda en América Latina y Bolivia traicionó los principios fundamentales del marxismo-leninismo, especialmente aquellos relacionados con la utopía revolucionaria. El abandono de las utopías hizo del giro a la izquierda únicamente un movimiento hacia el lado oscuro: el fatal pragmatismo para ganar elecciones, conformar alianzas con sectores de la derecha, atraer a un electorado multi-clasista y, silenciosamente, diseñar estrategias que destruirían por completo la vieja confianza en el hundimiento definitivo del capitalismo.

El revisionismo del marxismo fue, simultáneamente, una necesidad para comprender la desaparición de la Unión Soviética y el fracaso del eurocomunismo en 1991, así como el antídoto para reinsertarse en la política. Las posiciones de izquierda marxistas, leninistas, maoístas y obreristas, dieron paso al nacimiento de los operadores políticos: líderes

y activistas que dejaron de creer en las utopías de transformación profunda de la realidad social, afirmando más bien que la adaptación a la economía de mercado y el uso de los recursos de poder, si se capturaba el control del Estado, constituían el verdadero triunfo.

Llegar al poder con el fin de aprovechar el aparato público, tener influencia y riqueza, reemplazó a la utopía que trataba de romper con la enajenación del capitalismo post-industrial. La izquierda sin utopías y sin ideología revolucionaria acabó por perder el control de sí misma y por desaprovechar sus posibilidades de renovación hacia el futuro. El pragmatismo de la nueva izquierda latinoamericana está tenazmente influido por la constante obsesión para convertirse en una fuerza electoral que invoque, esta vez, al populismo, entendido como un discurso político cuyo propósito es ganar votos a como dé lugar al hacer ver que se defienden los intereses de los más necesitados, pero en función de un uso instrumental y manipulable de la democracia.

Después de caído el Muro de Berlín y desaparecida la Unión Soviética, la izquierda en América Latina dismanteló sus movimientos armados y trató de orientarse hacia una dirección que ya no alimentaba el espíritu de transgresión del capitalismo, sino todo lo contrario: pasar por alto la ideología y romper con los sistemas democráticos para permanecer en el poder en caso de conseguirlo. Esto es lo que caracterizó al impulso populista, caudillista y antidemocrático de Hugo Chávez (1954-2013) en Venezuela, Daniel Ortega en Nicaragua y la persistencia de Raúl y Fidel Castro en la dictadura cubana. La utopía de izquierda perdió su marco de referencia, en la medida en que las acciones políticas dejaron de identificarse con las convicciones que buscaban superar el orden capitalista, olvidando por completo la imagen del reino de la libertad, como había sido establecido por Marx.

Este libro quiere debatir cómo y por qué el giro a la izquierda en América Latina y Bolivia tuvo resultados decepcionantes, específicamente entre los años 2000-2016, debido a que los regímenes como el

de Hugo Chávez alentaron la idea de un socialismo postmoderno que, en el fondo, crucificó las utopías revolucionarias, llevando a cabo tretas jurídicas, intensa propaganda electoralista para plantear la reelección presidencial indefinida y denunciando constantes complots del imperia-lismo en contra de la izquierda del siglo XXI.

El mandato de Chávez en Venezuela de 1999 a 2013 mostró clara-mente cómo se reprodujo una cultura autoritaria que instaló en el poder a una élite militar que nada tenía que ver con el pasado socialista, marxista o revolucionario que dominó la historia desde 1917 hasta la destrucción del comunismo en Europa del Este. La llamada revolución bolivariana de Chávez fue una extraña mezcla de radicalismo discursivo y promesas de un mundo mejor, a partir de una visión de gastos dispendiosos desde el Estado que desembocaron en un chantaje emocional permanente. El giro a la izquierda vendió la idea del fracaso democrático del sistema de partidos tradicionales de orientación liberal y centro-derecha, nutrién-dose de los resultados perversos que generaron las políticas de mercado entre 1989 y los años 2000.

La izquierda de Daniel Ortega con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, el mismo Partido de los Trabajado-res (PT) de Ignacio Lula da Silva en Brasil, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador, solamente expresan que la toma del poder no fue capaz de sobrepasar los horizontes del pensamiento tradicional. Difundieron el discurso del socialismo del siglo XXI sin considerar que la transformación de las condiciones existentes, dependían de una rein-terpretación utópica de la política revolucionaria.

De esta forma, el hecho de quebrar el orden existente quedó des-plazado por el predominio de un conjunto de acciones electoralistas que ofrecieron implementar políticas sociales dentro de los cánones del capi-talismo financiero post-industrial. Reconocieron que el mundo social y político era una realidad cerrada y definitiva sin necesidad de ninguna utopía. La ideología izquierdista se contentó con conocimientos y propuestas

asistencialistas, en gran medida dirigidas hacia el pasado: viejas posiciones progresistas identificadas con los pobres (Jocelyn-Holt, 2014). Valoró únicamente la lucha electoral, explicando que era posible combinar las políticas de ayuda a los necesitados, junto con políticas económicas de corte liberal y globalizado.

Alcanzar el poder, mantenerlo a toda costa y no estar convencida plenamente de la consolidación de la democracia, condujo a la izquierda hacia una parálisis, una conducta vertical, intolerante, autoritaria en la toma de decisiones y proclive al olvido de un elemento esencial de la ideología: pensar en aquello que todavía no ha llegado a ser por medio de una utopía política que visualice los elementos de futuro auténtico. Una clase de conciencia transformadora que dé cuenta de lo todavía no consciente, de aquello que anticipe una nueva sociedad donde impere el reino de la libertad sin dominación.

La izquierda privilegió a los operadores políticos con la capacidad para alcanzar resultados inmediatistas. Se alimentaron pugnas entre facciones con el fin de hacer plenamente justificable cualquier alianza como parte del realismo político: maniobrar en el terreno que fuere, acrecentar el poder de dichos operadores e imponer intereses sectarios a cualquier precio. Esto es lo que desprestigió al PT en Brasil con el escándalo de corrupción en Petrobras que alcanzó proporciones ciclópeas, involucrando a dirigentes de izquierda y derecha.

En varias ocasiones, los operadores políticos fueron saludados como el baluarte más importante. Para ellos, el realismo político estaba antes que cualquier acción racional dirigida hacia la toma de decisiones sobre bases técnicas, estudiadas y a partir de una ideología coherente. Por lo tanto, la traición de principios, el complot y la apostasía se incorporaron como instrumentos normales en la agenda del fin justifica los medios. Son los operadores quienes pretenden eternizar la entronización en el poder de los caudillos de izquierda, negándose a cualquier actitud democrática y anteponiendo la manipulación sobre el diálogo o la aceptación tolerante del contrincante.

El giro a la izquierda nunca se preocupó por impulsar una nueva generación de dirigentes demócratas. Para los operadores políticos no es necesario articular un programa serio acercándose a diferentes grupos de la oposición y a sectores intelectuales importantes. En la gestión legislativa, las fuerzas de izquierda tampoco plantearon agendas ambiciosas y sus gestiones para conseguir financiamiento internacional dirigidas a muchos programas gubernamentales, son un constante fracaso, debido a que predomina la desconfianza y la descalificación sobre la base de prejuicios anti-imperialistas. La izquierda nunca logró vencer el escepticismo que las clases medias, los intelectuales demócratas y los científicos tienen sobre la inoperancia gubernamental y las incoherencias de una izquierda que tiende a despreciar la racionalidad en la administración del Estado y su imprescindible reforma. Los operadores jamás reconocieron los estímulos transformadores de las utopías políticas, por ser identificadas con ilusiones nada realistas.

¡Así no más son las cosas!, reclaman los operadores. Lo cierto es que éstos jamás estarán dispuestos a sacrificar sus privilegios y porciones de poder, en beneficio de un nuevo trabajo ideológico y utopista. Tal vez estas limitaciones son las que no pueden lograr que la izquierda pueda seguir comprometiéndose con proyectos colectivos que demanden ceder espacios para reconocer los aportes democráticos de todo tipo de adversarios. Los operadores políticos de izquierda siempre estarán diseminando la estrategia de tensión: intrigas, amenazas, prebendalismo, odios personales y enajenación de las utopías. La práctica política en Bolivia reclama sensatez y una nueva moral, antes que el pragmatismo ciego esparcido por los traidores de principios que terminaron aplastando la ingenua confianza en el giro a la izquierda del siglo XXI.

El capítulo uno analiza diferentes tendencias de la izquierda y el movimiento obrero en América Latina, las cuales carecen de orientaciones ideológicas más definidas, pues su reingreso a la política con posibilidades de alcanzar el poder, expresaron una serie de corrientes divididas

que no tienen nada que ver con las concepciones de izquierda legendarias. El capítulo dos reflexiona sobre los veintisiete años de la caída del Muro de Berlín (1989-2016) para indagar cómo las revoluciones históricas de 1917, la Revolución Francesa, la Revolución China y otros experimentos siempre constituyen rutas ambiguas y costosas.

El capítulo tres pone en el tapete de la discusión aquel choque entre lo que podría ser una izquierda buena y otra mala. ¿Realmente es valedera esta diferencia? Es fundamental pensar en las experiencias del Laborismo Británico a la cabeza de Tony Blair que representa a una izquierda sometida a la economía de mercado, la defensa de la propiedad privada y al capitalismo como único sistema-mundo.

El capítulo cuatro discute de qué manera Cuba pretende adaptarse al mundo globalizado de hoy día, pero con un ancla incrustada en la nostalgia por los años cincuenta del siglo XX. La transición cubana hacia la economía de mercado en el siglo XXI está acompañada de una resistencia al reconocimiento de la democracia multipartidista, pues aún no promueve el pluralismo ideológico como el motor de un nuevo modelo de sociedad.

El capítulo quinto reflexiona en torno al fracaso de las fuerzas de izquierda en Bolivia, poniendo como ejemplos, no necesariamente representativos, los casos del Movimiento Bolivia Libre (MBL), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la desaparición del Movimiento Sin Miedo (MSM). Por último, el capítulo sexto se propone debatir la evolución del sistema democrático boliviano en el periodo 2003-2016, así como sus contradicciones e incertidumbres dentro de un periodo de transformaciones políticas multiculturales. Explicará las razones del derrumbe del ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003, hasta la llegada al poder de Evo Morales (2005-2016), quien parecía haber iniciado importantes discusiones sobre cómo construir el llamado Estado Plurinacional. Sin embargo, se convirtió en una izquierda aparente que degeneró en otro tanto de decepciones.

# 1

## Debate sobre las izquierdas en América Latina: acción política sin revolución ni utopías

Las fuerzas de izquierda siempre tuvieron una relación indefinida y poco leal con los sistemas democráticos. Intentaron privilegiar acciones y políticas supuestamente revolucionarias, juzgadas como mucho más importantes que la construcción de una sociedad que logre una democracia consolidada. Sin embargo, una vez que conquistaron el poder, las diferentes izquierdas no supieron cómo llevar adelante transformaciones profundas y duraderas. Perdieron su identificación con utopías de cambio trascendental, convirtiéndose más bien en aparatos utilitaristas que justificaron su permanencia en el poder, a través de operadores políticos, los cuales abandonaron la lucha ideológica y, por último, renunciaron a todas las utopías cuya función era encontrar cierta trascendencia esperanzadora, capaz de cultivar aquello que todavía no había llegado a ser: la revolución que conquistaría una sociedad sin clases y sin Estado.

La reconformación de movimientos y partidos políticos de izquierda en Latinoamérica a comienzos del siglo XXI, estuvo directamente correlacionada con el sentimiento de decepción que los sectores populares y las clases subalternas de la región tienen respecto a los resultados poco alentadores en materia de desarrollo económico, sobre la base de las políticas de mercado (Figueroa Ibarra, 2009).

Un crecimiento sostenido – en la gran parte de los casos como en México, Argentina, Venezuela, Costa Rica o Chile – que no pudo

alcanzar el 9 ó 10% anual en promedio que demostraron China e India durante el periodo 1998-2010, ha marcado una profunda desilusión política que tiende a rechazar la democracia como el régimen político más apto para resolver conflictos como la pobreza, integración social y seguridad psicológica respecto a aquello que se considera un futuro en el cual confiar (Mires, 1996).

Súbitamente, regresaron múltiples situaciones inestables, caídas de presidentes, golpes de Estado como el de Honduras en el año 2009, y estructuras institucionales (o configuraciones estatales) donde los legados de una modernización desigual y sin bases industriales competitivas en la globalización contemporánea, dan como resultado la esperanza de las clases medias y los trabajadores que vuelven a considerar al socialismo como una opción política, aunque sin evaluar críticamente los errores del pasado comunista (Gómez Leytón, 2009). Las tendencias de izquierda en América Latina intentaron influenciar los futuros caminos del siglo XXI, pero con perfiles ideológicos no del todo esclarecidos y con propuestas, por el momento, tampoco innovadoras (Castañeda, Jorge G. y Morales, Marco A. (editores), 2008).

Las nuevas izquierdas latinoamericanas del siglo XXI están volviendo a acercarse hacia el antiguo *Estado burocrático-autoritario* para tratar de domesticar de otra manera los procesos de modernización, donde las crisis económicas, así como las demandas de participación democrática en dicha modernización por parte de las clases trabajadoras y las clases medias, superen aquel conflicto que trató de ser resuelto por las élites gobernantes del periodo neoliberal (1989-2000), aliadas tanto con la burguesía como con el capital transnacional, utilizando la represión violenta y la eliminación de la competencia democrática entre las fuerzas políticas, como el principal recurso para mantenerse en el poder (Dávalos, 2009). El *Estado burocrático-autoritario* sigue siendo el escenario de lucha sobre los rumbos de la modernización y la toma de decisiones política

en el largo plazo, inclusive con el renacimiento de las orientaciones de izquierda (O'Donnell, 1979).

En las décadas de los años 40 y 50, los objetivos del desarrollo económico, como por ejemplo la expansión del mercado y la industrialización, se convirtieron, junto con el nacionalismo, en el pegamento ideológico para el despegue y el logro de una verdadera independencia internacional a través de las bases de una industria doméstica (Collier & Berins Collier, 2002). Los casos ejemplares de estos esfuerzos son Brasil, México y Argentina. En esta época, la izquierda revolucionaria intentó disputar el poder por medio de un imaginario que buscaba imitar las experiencias de Europa del Este, clausurando toda posibilidad de autonomía política porque hubo una fuerte subordinación a los postulados del internacionalismo comunista, completamente alineado con la desaparecida Unión Soviética.

Las perspectivas iniciales de una industrialización endógena, en gran medida, dieron resultado, pero tropezaron con un obstáculo central: el fracaso en la distribución de los beneficios de la modernización desarrollista, que se mantiene hasta la actualidad si se analizan los indicadores de pobreza persistente y desigualdad (el 20% más rico concentra entre el 60 y 70% de la riqueza en América Latina). El sector industrial exportador era el principal generador de divisas y, por lo tanto, tuvo una influencia desproporcionada en el centro del poder gubernamental, tanto en Brasil, México, Venezuela, Argentina, Chile y casi la gran mayoría de los países de Centroamérica. La izquierda se unió a esta visión económica, agregando únicamente las aspiraciones para instaurar un Estado más verticalista en la toma de decisiones sobre la distribución de la riqueza.

Las estrategias del populismo caudillista que controlaba el poder entre los años 50 y 70, llevaron a cabo un proceso de cooptación de los sectores sindicales y, al mismo tiempo, ampliaron el mercado interno con el objetivo de incorporar más consumidores y clases medias para retroalimentar a las industrias domésticas, hasta que explotó la crisis económica

a través de la hiperinflación, la excesiva dependencia industrial de los bienes de capital y la tecnología extranjera, sin los cuales el modelo de desarrollo no podía funcionar.

Desde el punto de vista político, las coaliciones populistas realizadas por Juan Domingo Perón en Argentina y Getulio Vargas en Brasil durante los años 50, generaron un proceso de *inclusión política* de los grupos urbano-populares y obreros sindicalizados que a comienzos del siglo XX no existía. Esta inclusión, de cualquier manera, chocó con el fracaso de los proyectos de desarrollo y la industrialización horizontal. La dependencia, bruscamente, regresó, pero esta vez con el rostro del endeudamiento externo a mediados de los años 80.

La politización de la época, no solamente en términos de organización sindical, sino también en términos de presiones para acceder a ciertas mercancías, fue un resultado histórico relacionado con el tipo de modernización occidental-industrial que representó el factor determinante durante la vigencia del proyecto desarrollista. Tanto la izquierda como la derecha en América Latina, representaban dos posiciones políticas que no se diferenciaban al aspirar a un occidentalismo modernizador.

Hacia los años 60, las élites latinoamericanas dominantes reaccionaron con preocupación en medio de la crisis económica, ya que temían un giro radical de las movilizaciones populares, generando un retroceso excluyente y coercitivo mediante el uso instrumental del poder militar para ejecutar golpes de Estado. En aquel tiempo, todos los actores sociales y políticos de izquierda o derecha manifestaron una relación confusa con el régimen democrático.

Por una parte, las élites consideraron que el desarrollismo era suficiente para tener un equilibrio modernizante y mantener cooptados a los sectores populares. Una vez que el modelo se rompió, las clases populares y los sindicatos organizados, probablemente no buscaron el establecimiento de una democracia como la que ahora nos imaginamos (por ejemplo, una democracia representativa y con instituciones que

definen las reglas del juego respecto a la titularidad del poder), sino que ejercieron altos niveles de violencia y resistencia, sobre todo para enfrentar la represión militar.

Por otro lado, cuando las élites se reconfiguraron mediante la implementación de las políticas de ajuste estructural, los empresarios privados volvieron a fortalecerse, mientras que la izquierda se reubicó para conquistar bancas parlamentarias. En esta situación, la revolución y los procesos de modernización radicalizados fueron apagándose rápidamente, en especial cuando terminó la Guerra Fría y se hundió la Unión Soviética.

Aquí se plantea la siguiente hipótesis: el centro de los conflictos que la democracia latinoamericana confronta hasta hoy, es la brecha que existe entre la búsqueda de una *integración política* de los grupos populares y desfavorecidos, junto a la diferenciación económica y los retos del crecimiento económico que la modernización trajo desde la década de los años 50. Un efecto que sintetiza esta tensión, es el regreso de varias posturas, movimientos e ideologías de izquierda en Latinoamérica como *diferenciación-integración*, que se expresan con las críticas al modelo de desarrollo de economía de mercado del periodo 1990-2000, con la persistencia del populismo como fenómeno político, y las pugnas políticas por el control de los recursos del Estado.

La importante relación entre el crecimiento económico, la modernización sostenida y lo difícil que es romper con la cultura del autoritarismo, hace que distintas posiciones de izquierda también surjan como alternativas válidas para comprender y administrar el funcionamiento de muchas estructuras estatales latinoamericanas. El *Estado burocrático-autoritario* es una consecuencia particular de la modernidad implantada en el continente, que para las izquierdas del siglo XXI, implica una vez más, el aumento del aparato estatal y su tecno-burocracia, con la finalidad de satisfacer las demandas de las clases medias y alimentar las orientaciones del desarrollo industrial protegido desde el Estado.

De aquí que la complementación a esta visión teórica sea la inserción del movimiento obrero como una expresión del modelo de desarrollo; sin embargo, el movimiento obrero y sindical latinoamericano representan un producto histórico en profunda crisis, fragmentado y debilitado como actor con propuestas de ampliación e inclusión en la estructura socio-histórica, de actores sociales que estuvieron marginados a lo largo del siglo XX.

En este libro se analizarán diferentes experiencias y tendencias en las posiciones de izquierda que retornan con fuerza al debate político, aunque sin detenerse ante la necesidad de otorgar a las discusiones una necesaria dirección. La izquierda y el movimiento obrero en América Latina no son un solo fenómeno con orientaciones ideológicas más definidas, pues su reingreso a la política con posibilidades de alcanzar el poder expresa una serie de corrientes divididas, muchas de las cuales no tienen nada que ver con las concepciones de izquierda legendarias, ni con las doctrinas marxistas que caracterizaron toda lucha política desde la Revolución Bolchevique de 1917 (Castañeda, 1993). Esto es positivo y negativo simultáneamente, porque al dejar las viejas posiciones tradicionales, se justifica todo tipo de decisiones que están en abierta contradicción con las convicciones más genuinas de la izquierda.

### **Las características del resurgimiento**

En América Latina, las fuerzas de izquierda contemporánea presentan cuatro tendencias: la primera es aquella plenamente adaptada a la economía de mercado y cuyos predicamentos por un orden social justo se llevan muy bien con las estrategias de campaña millonarias, como el caso de la izquierda chilena junto a la Concertación, el personalismo de Rafael Correa en Ecuador, el Frente Amplio de José Mujica en Uruguay, así como el Partido de los Trabajadores (PT) liderado por Ignacio Lula Da Silva y Dilma Rousseff en Brasil. Estas *izquierdas de mercado* apostaron

por el acceso al poder de manera democrática, mientras puedan destruirse por completo las visiones utópico-políticas de la revolución para concertar la conquista del poder, tratando de lograr una aquiescencia de las élites empresariales, militares y el intento por caer bien al capital transnacional de las multinacionales, en una convivencia funcional a la economía de mercado (Moreira, 2009).

La segunda tendencia es aquella izquierda que juega con las reglas democráticas para ganar elecciones pero, al mismo tiempo, duda si debe romper con el orden democrático o instrumentalizarlo para el beneficio de contra-élites. Su discurso político es altamente desafiante como la izquierda indigenista del Movimiento Al Socialismo (MAS) de Evo Morales en Bolivia, el caudillismo militar del desaparecido Hugo Chávez en Venezuela, y el sandinismo en Nicaragua con Daniel Ortega a la cabeza. Estas izquierdas están dispuestas a mantener una posición anti-imperialista, sobre todo para cuestionar la hegemonía de los Estados Unidos en Latinoamérica, considerando que la identidad ideológica debería seguir siendo anti-oligárquica, anti-neoliberal y anti-transnacionales.

Si bien estas izquierdas tienen una actividad legal como partidos políticos, tensionan los sistemas políticos democráticos para tratar de eliminar toda oposición, forzar la reelección de sus candidatos de manera indefinida, y aceptar pragmáticamente la preponderancia del capital monopólico en materia de inversión extranjera directa. El problema principal radica en que esta tendencia también perdió de vista las utopías políticas sobre la viabilidad del comunismo, o el horizonte revolucionario como una campaña militar para combatir al capitalismo como sistema-mundo.

Una vez en el poder, estas izquierdas afirman que mientras haya pobres y ricos en el continente, la lucha de clases continúa y es una correcta interpretación de la realidad. Por lo tanto, rescatan a Marx y Lenin pero olvidando totalmente las tesis proféticas en cuanto a la inexorable llegada del socialismo, como consecuencia de contradicciones estructurales que llevarían al capitalismo a su hundimiento definitivo.

El abandono de las teorías del derrumbe irremediable del capitalismo es un signo positivo; sin embargo, también se descartó un horizonte teórico para replantear utopías políticas, lo cual es un rasgo esencial para la identidad de la izquierda (Anderson P. , 2008).

El programa económico de las izquierdas en Venezuela y Bolivia busca nacionalizar los sectores estratégicos de la economía, protegiendo al capitalismo doméstico de sus países para incubar supuestas *burguesías nacionales*, junto a cosmovisiones andinas y aspiraciones bolivarianas de integración continental. Asimismo, se desterraron las posibilidades de romper con las estructuras capitalistas de la modernidad, ensalzándose la necesidad de llevar a las masas hacia un beneficio democrático de los productos materiales de la modernización: consumo de tecnología, mercancías baratas para la oferta de una vida cómoda, educación cosmopolita y acceso a puestos burocráticos en la administración estatal.

La tercera tendencia izquierdista es el régimen cubano donde prácticamente se terminó con cualquier ilusión de socialismo, debido a la galopante crisis económica. La revolución cubana se convirtió en una nomenclatura de arcaicos líderes que se resisten a modernizar el Estado y dar una oportunidad más justa a las nuevas generaciones. El socialismo forzado y víctima del bloqueo económico, hizo que Cuba sea un país injustamente atormentado, tanto por las crudas condiciones de la globalización contemporánea, como por las élites políticas cuyo amor propio e incapacidad para renovarse ideológicamente, hizo que la izquierda revolucionaria cayera en la prostitución por desesperación, la hipocresía para engañar a los turistas que generan divisas para la isla, y una esquizofrenia donde el cubano medio no sabe cómo enfrentar las exigencias de construir una oposición política.

Los cubanos tampoco pueden madurar una conciencia democrática que aprecie el valor de la pluralidad y múltiples alternativas de cambio. Cuba es un encierro triste y ofuscado donde la izquierda socialista dio la espalda al mundo por decisión de una pequeña élite de viejos cansados. Si

bien estas características son exactamente las mismas que derribaron a los regímenes socialistas de Europa del Este en la década de los años noventa, la principal diferencia aparece cuando se evalúan los humillantes resultados del “bloqueo económico” ejecutado por los Estados Unidos; esto hizo que Fidel Castro y la cúpula ortodoxa— ahora manejada por su hermano Raúl —extorsionen sentimentalmente a los cubanos y vendan la imagen de un imperialismo despreciable que sembró efectivas solidaridades en toda América Latina las cuales, sin embargo, solamente fortalecieron al Partido Comunista, al precio de liquidar cualquier opción democrática de renovación (Elster, Jon (editor), 1998).

La cuarta tendencia de izquierda está mucho más dispersa pues son todas aquellas aspiraciones ideológicas por un mundo más justo y económicamente fraterno que recogen los planteamientos del marxismo, del humanismo cristiano, del nacionalismo, del indianismo y las críticas ecológicas al sistema capitalista. Estas posiciones se encuentran sumamente desarticuladas llegando a convertirse en un verdadero *collage ideológico* que pugna por obtener algún puesto parlamentario o municipal a partir de distintos partidos políticos.

Varias derrotas electorales sufridas por las izquierdas a lo largo de la década de los años noventa y comienzos del siglo XXI, marcaron un aprendizaje substantivo, dando como resultado una nueva estrategia: la inviabilidad de aquel tipo de izquierda vinculada a la revolución armada y al trauma de destrozarse el sistema por medio de la violencia. Las múltiples izquierdas de hoy día han desterrado cualquier movilización armada para repensar un nuevo proyecto: ganar elecciones y jugar con el sistema a fin de explotar sus intereses en función de la conquista y mantención del poder.

Un aparente éxito electoralista de la izquierda fue la experiencia del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil que ganó cuatro elecciones consecutivas, dos a la cabeza de Lula da Silva y otras dos bajo el liderazgo de Dilma Rousseff. Brasil, sin embargo, es la expresión de una

mezcla entre ambiciones globales por convertirse en líder continental y desalientos respecto a su futuro como izquierda radical. Las elecciones presidenciales del 5 de octubre de 2014 dejaron una gran lección para América Latina. En primer lugar, este país no pudo superar un problema que emergió con notoriedad preocupante durante el mundial de fútbol de junio 2014: la “exclusión social”, pues millones de ciudadanos, aún a pesar de expresar su descontento por medio de protestas en las calles que ansiaban a gritos el cambio estructural de su sistema democrático, no lograron contrarrestar la lógica de élites del poder que predomina en este país.

Las presidenciales mostraron que la izquierda representada por el PT tiene una seria imposibilidad para combatir aquella orientación económica donde las fuerzas del mercado definen todo en la política brasileña en función de la globalización. El PT protegió considerablemente los intereses de las grandes transnacionales y los objetivos empresariales de negocios millonarios: petróleo, seguridad pública, infraestructura urbana, producción de maquinarias, industria farmacéutica, agricultura, tecnología, el fútbol comercial y la banca internacional de inversiones gigantescas. Brasil es el ejemplo más llamativo donde la apertura hacia el mercado mundial agrandó demasiado las brechas entre una gran mayoría de pobres y clases medias, versus otra pequeña minoría de personas favorecidas por los grandes negocios. Este país no es el mejor ejemplo de izquierda para mostrar una economía emergente con altas dosis de desarrollo humano igualitario, ni tampoco para expresar un modelo de protección sostenible del medio ambiente.

En segundo lugar, el PT en manos de Dilma Rousseff dejó de constituir una fuerza de izquierda asentada en la convicción de utopías socialistas porque la ideología murió cuando llegó el momento de manejar el poder. En Brasil, las decisiones se mueven alrededor de la habilidad para preservar la presión corporativa de los empresarios nacionales y transnacionales que ven a la economía brasileña como el eje más importante de

las Américas, capaz de opacar, tarde o temprano, a los Estados Unidos. Si bien para muchos esto puede parecer una exageración, la fuerza con que chocaron las protestas de la gente común para oponerse al mundial de fútbol, y la firme decisión del gobierno de Rousseff para priorizar las inversiones futboleras por encima de cualquier política social de alivio a la pobreza, no son otra cosa que el propósito de mantener a Brasil como el país que está conquistando los mercados internacionales de América Latina, Europa y Asia, aun cuando deba soportar un alto costo social.

Como nunca antes, la política exterior brasileña está supeditada a las políticas de libre comercio que privilegian las redes de globalización interdependiente, antes que la redistribución de la riqueza con un enfoque más humano. Todo esto pensando en que la gente de a pie pueda sobrevivir como sea, luego de observar atónita cómo se encareció su nivel de vida en más de 300 por ciento desde 1996. Rousseff es juzgada negativamente porque su gestión no redujo la alta inflación, tampoco subió una tasa de crecimiento económico que no llega al uno por ciento anual en el periodo 2014-2016, a lo cual se suman las acusaciones de corrupción, convirtiendo a Brasil en un gigante de ambigüedades y desalientos.

La desigualdad apenas se redujo del 0,594 al 0,527 entre 2004 y 2014, según el índice de Gini. En el modelo brasileño no pueden articularse equilibradamente el crecimiento económico orientado hacia el mercado mundial, la reducción de la desigualdad, la inflación que afecta el nivel de vida de los más pobres, y la política social que siempre está sometida a las prioridades de la inversión extranjera directa y a las decisiones macroeconómicas que benefician a los sectores más ricos.

Lo mismo sucede con las propuestas y el estilo de liderazgo alternativo que brinda Aécio Neves, quien logró el segundo lugar en las presidenciales del año 2014, pues el Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB), que pisa fuerte en la política de los últimos veinte años, no tiene otra prioridad que tomar el gobierno para proseguir con el modelo de globalización exportadora y financiera. Además, representa

al discurso emocional para, supuestamente, cambiar o beneficiarse del descontento masivo en contra de tres gestiones gubernamentales de la izquierda representada en el PT.

Uno de los pilares que sostienen la orientación globalizadora en Brasil es el proyecto denominado Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA), diseñado con el fin de profundizar la integración física, energética, redes de transporte, comunicaciones e incluso promover un nuevo tipo de ambiente político institucional. IIRSA está empezando a dar resultados, pero dentro de un marco geopolítico que aumente el comercio dentro América Latina y donde Brasil pueda importar recursos naturales de otros países sudamericanos para después vender bienes de consumo en toda la región.

Por lo tanto, en el año 2014 no importaba si Rousseff era reelegida como presidenta o si Neves capturaba el gobierno. Cualquier liderazgo presidencial en Brasil está en la obligación de proseguir y fortalecer los proyectos de un tipo de empresariado mundial que se conecte directamente con el capital internacional, una gran fuerza con la capacidad de invertir en la infraestructura sudamericana cuyo propósito supremo sea facilitar la explotación de recursos naturales hacia diferentes países por fuera de América Latina.

Es por esto que el grupo financiero más grande de Brasil, XP Inversiones, está desarrollando negocios en aquellos mercados que son considerados como escenarios potencialmente millonarios de la región, por ejemplo, Perú, Chile, Colombia y Argentina. Las estrategias internacionales de Brasil tienen la finalidad de promover a sus élites económico-empresariales, quienes están íntimamente asociadas al capital internacional para aprovechar las perspectivas globalizadoras de la región, es decir, favorecer al capital extranjero gracias al mercado mundial y encumbrar a Brasil como el actor dominante en las Américas.

Cualquier cambio de liderazgo presidencial es importante para la política doméstica, pero hacia afuera en medio de la globalización, las

orientaciones siempre serán las mismas: el PT o el PSDB apuntan a una superioridad brasileña internacional que establezca un precedente geopolítico en los mercados latinoamericanos, por encima de China y Estados Unidos. La izquierda en Brasil es una envoltura muy endeble que dejó de ser utópica como lo muestran las experiencias del PT, llegando a fracasar por las terribles denuncias de corrupción en Petrobras que incluso comprometieron a Lula da Silva y, finalmente, promovieron la suspensión de la presidenta Rousseff en el año 2016, a través de un juicio político muy controvertido. Las viejas convicciones morales de la izquierda se agotaron hasta dejar sin aliento la expectativa por un mundo mejor equiparado con las utopías teleológicas del marxismo.

Por otra parte, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), no pueden ser consideradas como una clara posición de izquierda latinoamericana porque, sencillamente, están vinculadas a las mafias organizadas del narcotráfico y el delito sistemático para conseguir dinero por medio de secuestros. Las nuevas izquierdas en América Latina intentan redefinir sus significados y su propia viabilidad, reinterpretando las relaciones entre el Estado, la sociedad y la economía. Se han distanciado del neoliberalismo dogmático que pone por encima al mercado e ignora la sociedad (Grompone, 2009).

Las diferentes versiones de izquierda buscan poner al Estado por encima de la sociedad para domesticar, tanto al mercado internacional como a los mercados nacionales. De cualquier manera, las nuevas izquierdas olvidaron sus utopías revolucionarias en función del fortalecimiento de la sociedad civil, el Estado protector con políticas sociales y la negociación con el mercado global.

Para muchos, el propósito último sería recuperar la capacidad autogestionaria de la sociedad en medio de condiciones democráticas. Pero es precisamente aquí donde las izquierdas perdieron una parte esencial de su identidad: dejaron de imaginar una estructura social y económica

alternativa por medio de la construcción de una *utopía política* como posibilidad de futuro, para el cual vale la pena luchar en el escenario político.

Las izquierdas de hoy en América Latina tienen de todo, especialmente ambiciones para quedarse en el poder, aunque perdieron casi por entero el imaginario de sus utopías. Esto produce un efecto inmediato: un conjunto de acciones políticas más banales que, poco a poco, muestran un panorama donde da lo mismo estar a la izquierda o la derecha de las opciones ideológicas (Anderson B. , 2000).

Las esperanzas e ilusiones sobre el advenimiento de una nueva teoría del socialismo para el siglo XXI, es un trabajo que no ha sido asumido con plenitud por las izquierdas latinoamericanas y, por lo tanto, discutir sobre el socialismo todavía deja una estela de dudas y confusión. La lucha de clases o el marxismo-leninismo como la doctrina más importante para definir las posiciones de izquierda en el mundo contemporáneo, ya no representan ningún tipo de alternativa ideológica. En todo caso, los actuales defensores del socialismo consideran que el derrumbe del capitalismo a escala universal continúa siendo uno de los ejes para interpelar a los jóvenes, sobre todo por la crisis del medio ambiente, los temores del calentamiento global y la hecatombe financiera que sacudió *Wall Street* y el corazón de los bancos más importantes en la Unión Europea.

La identidad ideológica del socialismo y la izquierda, repite una vez más que la acción política está sujeta a una lucha anti-oligárquica, anti-neoliberal y anti-imperialista; sin embargo, esto representa un conjunto de eslóganes sin un contenido doctrinario que sea sustentable para las futuras generaciones. ¿Qué significa ser revolucionario en el siglo XXI? La teoría del socialismo dejó de responder porque se convirtió en un collage de fragmentos marxistas, protestas callejeras y las “utopías comunistas”, que antes constituían el corazón del socialismo en Cuba o Europa del Este, ahora son una ingenua mezcla de sueños postmodernos sobre una sociedad ideal; en realidad, después de la desaparición irreversible de la Unión Soviética en 1991 y todos los países del bloque socialista

europeo, las utopías carecen de un referente político donde proliferen la imaginación por un mundo mejor. Éste no existe, ya que el modelo para llegar a ser revolucionario se convirtió en la imagen solitaria de un hombre sin alternativas porque los jóvenes de ahora son totalmente nihilistas, sin capacidad para comprometerse con idearios políticos y los viejos izquierdistas son únicamente oportunistas del poder (Giddens, 2000).

Quienes afirman que mientras haya pobres y ricos, la lucha de clases continuará y será una correcta interpretación de la realidad, intentan nacionalizar sus propuestas en función de nuevas cosmovisiones indígenas, culturalistas e inclusive afanes por incluir las luchas para el reconocimiento de múltiples identidades sexuales. Aquí radica su debilidad pues el socialismo como teoría política siempre simplificó la realidad, reconociendo identidades únicas como la clase obrera, la falsedad de supuestas leyes de la historia, o la visión absurda para encasillar la “conciencia de clase” en una mentalidad obligatoriamente revolucionaria. Hoy, estas visiones se transformaron en un plato a la carta donde las resistencias en contra del sistema y las estructuras de dominación, se combinan con la búsqueda de una vida opulenta, las religiones exóticas de la “nueva era” y la hipocresía discursiva para adaptarse al juego político con el fin de beneficiarse al capturar un cargo gubernamental.

La reconstrucción teórica de la izquierda tropieza con un enorme obstáculo: no tiene alternativas prácticas para solucionar cuestiones específicas. El socialismo del siglo XXI es incapaz de redefinir los significados de las relaciones entre el Estado, quebrantado en cualquier país, una sociedad libertina donde todo vale, y la economía que sigue reproduciendo la pobreza. La izquierda insiste en colocar al Estado por encima de la sociedad civil, debilitándola y atentando contra sus utopías por alcanzar un socialismo auto-gestionado desde dicha sociedad. En realidad, la identidad de los hombres de izquierda, probablemente no esté relacionada con ninguna teoría, sino con planes calculados que tratarían de convertir cualquier teoría en un sentimiento donde las contradicciones

sean eliminadas, en función de lograr un solo movimiento político con las ambiciones para controlar todo el poder (Habermas, 1996).

Tampoco deja de ser lamentable que los esfuerzos para reconstruir a las diferentes tendencias de izquierda – sobre todo en la búsqueda de un conjunto de nuevas fuentes ideológicas – dejaran de impulsar la *crítica hacia el Estado* y el tipo de modernización económica que se desarrolla en América Latina. Las izquierdas están a punto de tropezar con la misma piedra, tanto de la derecha como de las versiones dogmáticas de los regímenes comunistas durante los años treinta: pensar que el fortalecimiento de un poder omnímodo alrededor del Estado genera una modernización inofensiva capaz de expandir, de golpe, justicia y equidad.

Esta problemática no es una preocupación únicamente teórica porque la crítica de las experiencias históricas del socialismo real y los excesos de la derecha neoliberal, obligan a rechazar la recomposición de un Estado autoritario que busca modernizar y proteger el desarrollo económico “desde arriba”, inclusive a costa del sacrificio de varios valores e instituciones democráticas. Para superar estos problemas no existen respuestas exclusivamente ideológicas; por lo tanto, el regreso de las izquierdas al paisaje político tampoco debería considerarse como un experimento sujeto al ensayo y error que las sociedades civiles en Latinoamérica estarían tratando de implementar, después de fallar algunas políticas de mercado administradas por las élites de derecha.

Las izquierdas en el poder deben juzgarse a sí mismas críticamente, definiendo con fuerza la identidad de un nuevo tipo de Estado que se resista a encerrarse en los límites de acciones burocrático-autoritarias, transformando, asimismo, el tipo de modernización de consumo que reproduce la pobreza, rompiendo los marcos de una globalización desigual donde prevalecen sólo los más fuertes, audaces y antidemocráticos.

## **Juicio crítico y reconstrucción de las izquierdas**

El renacimiento de las fuerzas políticas de izquierda en América Latina tiene un camino abonado e importante para la segunda década del siglo XXI, sobre todo luego del fracaso de los partidos con posiciones neo-liberales y social-democráticas, que no lograron superar los problemas estructurales de la economía de mercado, ni tampoco contribuir a erradicar la corrupción o el abuso de autoridad en los sistemas democráticos (Paz, 1983). Sin embargo, es determinante que las nuevas izquierdas realicen un juicio crítico respecto a los fracasos que tuvieron las posiciones revolucionarias del siglo pasado. Por ejemplo, aquello que identificaba al hombre de izquierda, muchas veces no era la teoría, sino su capacidad para convertir cualquier teoría en un sentimiento donde toda contradicción desaparecía, y donde un solo movimiento político buscaba concentrar un único poder (Kolakowski, 1970).

Tratar de conformar movimientos revolucionarios absolutistas y dogmáticos para la toma del poder, dio paso a la destrucción irreversible de la Unión Soviética. Las nuevas izquierdas en América Latina deberían contrarrestar cualquier tendencia a negar el surgimiento de contradicciones en la lucha política. Toda contradicción siempre permanecerá y, por lo tanto, es mejor mantener una visión pluralista para interpretar la realidad, de tal manera que la construcción de movimientos revolucionarios pueda asentarse en el difícil arte de respetar la heterogeneidad y el desarrollo de múltiples liderazgos que compartan valores éticos, junto con el ejercicio de una vocación por el poder para proteger a las minorías derrotadas en las elecciones. Al mismo tiempo, esto fortalecería el impulso de proyectos hegemónicos por medio del estímulo de consensos en pro del entendimiento y acciones de comunicación, con el propósito de generar compromisos de cambio desde la voluntad subjetiva y racional de los ciudadanos o los sujetos sociales.

En el pasado de la izquierda, para Karl Marx y Friedrich Engels, el socialismo constituía una consecuencia del desarrollo industrial capitalista; empero, fue escandaloso y falto de crítica que muchos marxistas aprobasen, sin el sano beneficio de la duda, la farsa de varios gobiernos de Asia y África, empeñados en convertir al socialismo únicamente en un método de desarrollo industrial y económico, carente de utopías de transformación genuina desde la subjetividad. Los socialismos de los países subdesarrollados fueron, desde el punto de vista teórico, un contrasentido y, desde el perfil político y económico, un desastre muy claro. Muchas veces, algunos dictadores de izquierda, no dejaron sino ruinas, desprestigiando a la izquierda revolucionaria. (Giddens, 1999).

Esto tiene que haber sido aprendido de manera radical por las izquierdas de hoy, de tal manera que se haga fundamental separar la gestión económica del mercado –donde debe encararse seriamente a la globalización con eficiencia y astucia– y el cultivo de nuevos valores de una izquierda pluralista, democrática y más humana, específicamente para erradicar la pobreza en América Latina. Las nuevas izquierdas tienen el desafío de construir una teoría política y un conjunto de propuestas sobre los alcances y el significado de cómo romper con la desigualdad económica.

Los contenidos ideológicos, culturales, políticos, económicos y democráticos del nuevo socialismo, deben clarificarse con la reconstrucción de una teoría alternativa. Nada fue tan impactante en el mundo, después de la caída del Muro de Berlín en 1989, como observar la derrota vergonzosa del comunismo que salía fuera de la historia. A pesar de esto y el fin de la Guerra Fría, han permanecido los extremismos del mercado que reproducen constantemente la pobreza y ha retornado el desprecio por *el otro diferente* en varias guerras inter-étnicas o la actual Guerra Global contra el Terrorismo; en consecuencia, la humanidad necesita de alternativas políticas de izquierda y el debate sobre la búsqueda de un mundo mejor.

En un comienzo, la izquierda tenía credenciales victoriosas como la lucha en contra de las injusticias sociales y la persecución del bien

común para las grandes mayorías, sobre todo obreras y pobres. Asimismo, siempre por principio, se identificaba a la derecha con el mal porque no se interesaba en la virtud, preocupándose más bien por el bienestar individualista. Aquí aparece una paradoja que debe ser resuelta por las izquierdas latinoamericanas: como las posiciones de derecha no reclaman “ninguna moralidad”, entonces cuando fracasan no se exponen tampoco a ningún fracaso moral. Por el contrario, quien se apropia de la moralidad, si falla, entonces parece también de inmoralidad.

Las izquierdas de nuestro tiempo tienen que volver a ser moralmente genuinas entre sus creyentes y activistas de base, criticando férreamente la inmoralidad hipócrita de sus vértices dirigentes cuestionando, sobre todo, a las “izquierdas de mercado” que pactan en cualquier momento para mantenerse en el poder y beneficiar a los grandes capitales privados. Si el poder corrompe un poco a todos, corrompe más a la izquierda en el poder y, por lo tanto, las izquierdas jóvenes de hoy están en la obligación de establecer nuevas corazas para no convertirse en sepulcros blanqueados y ajusticiar a quienes hacen un uso instrumental de los valores revolucionarios, sólo por quedar bien ante los medios de comunicación, o durante los procesos electorales de campañas millonarias.

La perenne existencia de condiciones socio-políticas desastrosas para los trabajadores y los grupos explotados, da lugar al reconocimiento explícito, aunque doloroso, de la “imperfección en el mundo humano”. Asimismo, el hecho de nuestra imperfección, muchas veces, no es un argumento suficiente que nos permita dudar, sino que en varias situaciones nos sentimos impulsados a pensar en que los grandes problemas socio-políticos serían tranquilamente superados y perfeccionados debido a las supuestas capacidades ilimitadas que hoy caracterizan a la tecnología, el conocimiento científico y las revoluciones en la era de la información.

Estas concepciones son apoyadas por algunos sectores de izquierda; sin embargo, la reconstrucción de las nuevas fuerzas de izquierda necesita visualizar una *consciencia de las imperfecciones y limitaciones* del hombre

para enfrentar a los males de la sociedad con un nuevo sentido de crítica cautelosa, desechando la idea de que es viable destruir por completo toda contradicción en el género humano.

Para las nuevas izquierdas es importante asumir las incertidumbres en relación a los motivos profundos de nuestras propias acciones, y a las razones de nuestras convicciones, debido a que la crítica y la duda vigilantes, son los únicos mecanismos que brindan protección contra el fanatismo y la intolerancia que justifican todo, nublando nuestro entendimiento para convivir con las contradicciones.

Es fundamental reconocer las contradicciones, aceptarlas e influir para reducir sus consecuencias nocivas, sobre todo en el terreno político, pero si las nuevas izquierdas reinventan sus códigos ideológicos recordando que la “perfección del hombre es imposible”, entonces dejarían de cometer los errores de la vieja izquierda utópica-profética que esperaba el hundimiento inevitable del capitalismo, queriendo imponer la perfección humana a cualquier precio, compartiendo espacios por igual con la violencia, el totalitarismo y los crímenes del estalinismo o la revolución cultural china que fracasaron absolutamente al intentar hacer realidad el *Gran Imposible* de ciertas utopías llenas de odio (Kolakowski, 1990).

### **Movimiento obrero y sindicalismo: hacia la búsqueda de una nueva identidad**

El movimiento obrero en América Latina dejó de ser lo que fue; es decir, ya no es un actor revolucionario en busca de nuevos horizontes de liberación, organización política y alternativas utópicas para la sociedad e inéditas propuestas de acción para la economía. La globalización y las permanentes revoluciones tecnológicas redujeron al movimiento obrero y al sindicalismo a una situación de estupor. El movimiento obrero reproduce ahora triviales prácticas políticas que únicamente intentan adaptarse a la institucionalidad democrática sin aspirar a convertirse en el alma

de la sociedad civil. Los trabajadores sindicalizados deben contentarse con representar a uno más de los múltiples actores sociales que reivindican justicia social, sin sobrevalorar su consciencia transformadora, ni sus prerrogativas como clase social esclarecida para romper con el orden político o destruir al Estado (Laclau & Mouffe, 1985).

Todos los esfuerzos del movimiento obrero en el siglo XXI dejaron atrás la antigua identidad de sujetos históricos; específicamente, se desecharon las posibilidades revolucionarias de los trabajadores alrededor del mundo. Hoy, éstos se encuentran sometidos a la tormenta de una constante flexibilización laboral donde ya nada tienen que hacer las posiciones ideológicas.

Por el contrario, los discursos revolucionarios fueron sepultados para siempre, ya que los obreros contemporáneos aceptan las condiciones del capitalismo postmoderno, entendido como aquel sistema económico mundial en el cual pueden negociarse las disputas políticas, salariales y sociales sobre la base de una *lógica de intereses puros*. Esto significa que el movimiento obrero convive ahora con pugnas entre facciones, privilegios velados e inmunidades políticas de altos burócratas sindicales para conseguir beneficios solamente en sus países donde domina la globalización, clausurando cualquier visión del internacionalismo proletario anti-sistema. Casos típicos son Argentina (2000-2002), Brasil (1996-2009), Venezuela (1990-2000), Uruguay (2005-2009), México (1994-20009) y Chile (1990-2009) (Murillo, 2001).

El internacionalismo proletario pereció frente al nacimiento de una estructura de clases sociales totalmente diferente. El mismo concepto de clase social incorpora la problemática de una clase media profesional ligada al consumo de la tecnología, al actuar funcional dentro del sistema global y donde las identidades colectivas cruzan la frontera de clase para asumir otras identidades de género, étnico-indígenas, sexuales, religiosas y hasta metafísicas agigantándose la desigual distribución de autoridad. Persiste la pobreza en los países más dependientes y la imagen de una

sociedad sin clases sociales es únicamente el recuerdo de viejas nostalgias filosóficas sin posibilidad de influencia real.

Lo demás: marchas y protestas para expandir la defensa de los intereses del pueblo con el fin de edificar una democracia popular, demostraron ser procesos transitorios sin resultados políticos duraderos. Actualmente, las acciones sindicales no son capaces de interpelar a los grupos estratégicos de la sociedad latinoamericana, como las clases medias, los jóvenes, comerciantes informales y movimientos indígenas, ni tampoco colocarse por encima del paradigma democrático donde resaltan las problemáticas de su institucionalización, o el desarrollo económico vinculado al capital extranjero.

A la pregunta sobre si es posible que las Centrales Sindicales en el continente sean idóneas para fortalecer sus capacidades políticas, reorganizarse y ejecutar un activismo con el propósito de reconquistar un privilegiado sitio de poder, debe responderse que, definitivamente, el movimiento obrero tendrá que contentarse con ser un museo político cargado de medallas honoríficas por sus luchas políticas durante las décadas de los años veinte hasta los setenta. Por lo demás, queda muy poco rescatable. Los trabajadores nunca más serán aquella fuerza político-sindical que caminaba victoriosa al calor de la revolución cubana y las luchas populares, imponiendo y, muchas veces, *ejerciendo el poder* como lo hizo la Central Obrera Boliviana (COB), entre 1952 y 1956.

La historia latinoamericana está sellada profundamente por las jornadas de intenso debate ideológico sobre la viabilidad del socialismo y por la patria potestad de la vanguardia que articule todas las demandas de la sociedad. El movimiento obrero se percibió a sí mismo como una vanguardia épica; sin embargo, esta aspiración ahora ya no ofrece ninguna opción de futuro, pues actualmente se llegó a un punto donde sólo interesa aprovechar las oportunidades económicas de alcance medio, en función de un pragmatismo constante que debe convivir con el capitalismo

como sistema-mundo, frente al cual no existen opciones políticas ni económicas (Wallerstein, Immanuel, et. al., 1991).

El movimiento obrero latinoamericano está enormemente dividido, agotado en sus proposiciones políticas y, lo que es peor, perdió su propia energía para regenerarse desde adentro, congelándose en un pasado como si se tratara de encontrar soluciones con sólo mirar los álbumes de fotografías colores sepia, o abandonarse en el silencio como el mejor lugar para no afrontar la verdad. Las declaraciones de cualquier dirigente sindical no causan ningún impacto en nuestra era de la tele-democracia. El liderazgo obrero muestra una curiosa mezcla de desconcierto y resquemores para asumir las consecuencias de su derrota histórica en la actual post-modernidad.

Los trabajadores deben reorganizar sus construcciones ideológicas e insistir en la identificación de otras formas de transformación social, aunque lejos de las visiones revolucionarias bolcheviques o chinas. El movimiento obrero tendría que convertirse en el escenario de perspectivas críticas del orden político imperante y defender una sociedad democrática, contando con la participación y el aporte de varios tipos de sindicalismo (Wallerstein, 1978).

Hoy todavía se necesitan distintas actitudes críticas, razón por la cual, el sindicalismo en América Latina junto al movimiento obrero, muy bien podrían re-imaginarse como instituciones democráticas que se involucren con el futuro; es decir, ofrecer críticas culturales, políticas e ideológicas para reorientar la democracia y sociedad hacia rumbos más humanizados y éticos junto al posible mejoramiento de las condiciones actuales, especialmente para erradicar la pobreza y la desigualdad.

### **Tres perspectivas**

El concepto de corporativismo es relevante para comprender las relaciones entre el Estado y el comienzo de algunas organizaciones obreras

durante el periodo de desarrollo industrial y modernizador en América Latina de 1950 a 1980. Dicho corporativismo involucró la legalización e institucionalización de un movimiento obrero organizado, el cual, sin embargo, estaba moldeado y controlado por el Estado.

El Estado se convirtió no sólo en el eje del proyecto industrializador desde los años 50 en adelante, sino también en el escenario de cooptación de otros actores sociales, así como en el terreno de disputa entre las clases sociales que se van diferenciando claramente dentro del modelo industrial. Finalmente, el Estado también trató de vertebrar una imagen de nación y unidad que no existía en el nacimiento de las nuevas repúblicas latinoamericanas a finales del siglo XIX.

Los procesos históricos de *incorporación* del movimiento obrero como parte activa de la dinámica política, constituyeron factores clave de la democratización y la aceptación de demandas populares para lograr un beneficio igualitario de los frutos de la modernización. La dinámica de la lucha de clases en el modelo industrial capitalista latinoamericano, muestra cómo el movimiento obrero fue un factor primordial que intentó abrir el camino hacia la democratización, algunas veces en alianza con las clases medias y en otras de manera independiente (Rueschemeyer, 1992).

Las respuestas represivas de la burguesía y las élites gobernantes conservadoras, no solamente manifestaron una desconfianza con los regímenes democráticos, sino que prefirieron utilizar las estructuras estatales, tanto para excluir al movimiento obrero del sistema político, como para usufructuar los beneficios materiales de la industrialización, aún a costa del descalabro económico y la crisis que terminó erosionando las raíces del Estado como fundamento del desarrollo hacia finales de los años 70.

La perspectiva teórica sobre la *autonomía de lo político* es muy importante, no sólo porque la esfera política sigue un patrón propio y un particular ritmo de cambio, sino también porque tiene una forma altamente *discontinua*. En consecuencia, siempre resultará estremecedor o fascinante saber qué se encuentra por detrás de ciertos ciclos históricos

donde el movimiento obrero pasó de ser un elemento central y revolucionario, a otro pasivo que tiene dificultades para renovar su identidad como clase social.

Las interrogantes respecto del funcionamiento y racionalidad histórica, podrían incluso aplicarse a una serie de problemáticas planteadas por el movimiento obrero y las izquierdas latinoamericanas, puesto que estos actores están marcados por un específico *path dependence* o herencias socio-históricas muy difíciles de ser cambiadas. Las izquierdas y el movimiento obrero se encuentran definitivamente atrapados en una dependencia legada por su pasado histórico, sin poder elegir *racionalmente* otras rutas de desarrollo político (Mahoney, 2008).

Desde esta perspectiva, no hay nada racional y definitivo sobre el esfuerzo por alcanzar la modernización o niveles homogéneos en la estructura capitalista de los países en vías de desarrollado. Es imposible que la corrupción, el populismo, el caudillismo, el pragmatismo político de las élites gubernamentales, las posiciones de izquierda o derecha, y el desenvolvimiento del movimiento obrero, por sí solos, expliquen los fracasos y trayectorias históricas sobre la política y el manejo del poder en América Latina.

¿Cómo comprender una *racionalidad histórica* para las izquierdas y el movimiento obrero, cuando no existe la posibilidad de reconstruir una razón única respecto a por qué el trayecto económico y político de nuestros países desembocó en ciertos resultados? ¿Las instituciones políticas pueden recorrer caminos independientes de las estructuras socio-económicas, desechándose un liderazgo alternativo de izquierda? (Kaufman, 1990)

Lo que tiene buena evidencia empírica es cómo el movimiento obrero no pudo superar el trauma de haber dejado de ser un “sujeto histórico y una clase social revolucionaria con el potencial de transformación universal”, como lo habían previsto Karl Marx y las doctrinas leninistas (Villarreal, 1990). En muchos casos, los obreros lograron un pacto estratégico con el gran capital en países industrializados como Inglaterra,

Suecia, España, Alemania Federal, Noruega, Dinamarca o Finlandia, con el objetivo de fundar las raíces de lo que posteriormente significarían las estructuras de varias democracias parlamentarias y los fundamentos de un Estado Benefactor que protegiera y reproduzca varios derechos sociales, asegurando el bienestar material para la reproducción social de la vida. En estas circunstancias, la “teoría del derrumbe capitalista” se convirtió en un contrasentido frente a las nuevas ventajas que tenía el movimiento obrero, prefiriendo hacer política dentro de las instituciones del capitalismo industrial y abandonando todo compromiso revolucionario a escala mundial (Zapata Schaffeld, 1968).

La crisis política, ideológica y organizacional del movimiento obrero latinoamericano está conectada precisamente con la significativa brecha abierta entre la situación materialmente privilegiada de la clase obrera en los países ricos –muy cerca de la clase media y la sociedad de consumo– frente a la pobreza estructural de los obreros en Bolivia, Perú, Argentina, México, Brasil o Chile. La revolución se presentaba como el sueño político sumamente atractivo para la clase obrera de los países pobres en América Latina y África, aunque no estaba asegurado un nuevo mapa utópico que superara las estructuras del capitalismo como un sistema implantado en todo el mundo. Con la destrucción del bloque socialista en Europa del Este y la desaparición de la Unión Soviética, la clase obrera latinoamericana ingresó en una profunda insatisfacción, duda y decepción que podría verse a través de tres perspectivas.

La primera se relaciona con el impacto que tuvieron los ajustes estructurales en el continente, sobre todo por la fuerza arrasadora de la economía de mercado y sus efectos en la destrucción del viejo capitalismo de Estado nacionalista que provenía del modelo desarrollista de la década de los años cincuenta. El cierre de varias fábricas estatales, centros de producción minera u otras fuentes de materias primas apreciadas en el mercado internacional a finales de los años setenta, desveló una quiebra

económica que redujo las posibilidades del movimiento obrero para presentar alternativas políticas viables.

A esto deben sumarse las pugnas de intereses en diferentes facciones al interior de varias centrales sindicales y organizaciones obreras que no supieron hacer frente, ni propositiva ni críticamente, al empuje neoconservador de las políticas económicas desde la implementación del Consenso de Washington y la economía de libre mercado a partir de los años noventa. Las nuevas pautas de orientación ideológica para el movimiento obrero plantearon el paso del objetivo revolucionario hacia el “acomodo estratégico”, en función de aprovechar un espacio al interior de los nuevos sistemas democráticos. Visto en retrospectiva crítica, las reformas de mercado mostraron que la “consciencia de clase obrera-revolucionaria” era solamente una hipótesis teórica, inhábil para capturar efectivamente la subjetividad política de las diferentes tendencias y la heterogeneidad de los obreros en América Latina (James, 1988).

Los ajustes estructurales en materia económica reordenaron la estructura de clases en el continente, provocando que el proletariado, aglutinado en las organizaciones sindicales, deje de ser la garantía ideológica de un movimiento social vanguardista y empiece a dividirse en un mosaico de fragmentos, interpelados más por las exigencias de supervivencia en la vida cotidiana, antes que por la acción política de una clase obrera en busca de transformaciones revolucionarias.

La segunda perspectiva marcó los problemas organizacionales del aparato sindical, pues fue palmaria la incapacidad para responder a los cambios en la estructura productiva de varios países, como resultado de los procesos de capitalización y privatización para incorporar de manera más agresiva a las economías latinoamericanas dentro de los cánones de la globalización. En consecuencia, fue inviable la renovación de las Centrales Sindicales y Obreras porque no pudieron combatir dos destructivas circunstancias: a) la inseguridad laboral como la nueva característica del

funcionamiento competitivo del mercado; y b) la debilidad para negociar demandas y estrategias con las empresas transnacionales (Zapata, 1993).

La relación con el Estado se presentó como la única opción preponderante para ganar beneficios corporativos, aunque el fin ya no era tomar el poder sino solamente evitar una total desaparición como actor social y compartir el liderazgo político con otros competidores, sean éstos los partidos políticos u otros movimientos sociales que también reivindicaban una posición dentro de las democracias, negando todo privilegio histórico a la clase obrera.

Las insuficiencias del movimiento obrero fueron estratégicas e ideológicas porque expresaron una inadaptación casi total para comprender y actuar de acuerdo con nuevas situaciones. La historia no podía repetirse pero los dirigentes obreros marxistas y socialdemócratas actuaron, muchas veces, como si pudiera repetirse la batalla desarrollista llevada a cabo entre los años cincuenta y setenta. El proletariado latinoamericano intentó moverse como si los escenarios fueran los mismos, enarbolando el socialismo, la revolución de carácter únicamente declarativo y replanteando la teoría de la dependencia como si se tratara de defender las estructuras industriales nacionales, cuando éstas ya estaban desmanteladas por los ajustes estructurales. La crisis del movimiento obrero, por lo tanto, clausuró toda una época de idearios utópico-revolucionarios en el continente.

La tercera faceta del desgaste tiene que ver con los efectos que el sistema democrático tuvo en la consciencia de clase obrera y sus imaginarios políticos. Uno de los errores, ya repetidos muchas veces, fue la negación ideológica del sindicalismo proletario para aceptar a la democracia como régimen político a finales de los años ochenta. Las tesis políticas del movimiento obrero invocaron el comunismo como la única opción política, junto a la revolución que se impuso como una necesidad en diferentes organizaciones sindicales. Esta necesidad revolucionaria representó un barniz que terminó cayéndose a pedazos porque gran parte

de los movimientos armados en América Latina, sobre todo en Centroamérica como el Sandinismo y el Frente Farabundo Martí, o Sendero Luminoso en Perú y las Fuerzas Armadas Revolucionarias en Colombia (FARC), nunca tuvieron a las organizaciones proletarias como al eje de sus ejércitos, ni tampoco éstas fueron asumidas en calidad de una vanguardia militar (Wickham-Crowley, 1992). El comunismo, a su vez, no consiguió separarse de sus interpretaciones dogmáticas, razón por la que perdió toda capacidad de interpelación cuando llegó la democracia.

Las tesis políticas del movimiento obrero se relacionaban directamente con la construcción del socialismo, la dictadura del proletariado y lo más destacable de las proposiciones marxistas revolucionarias. Esta identidad política atravesó a casi todos los entes sindicales en América Latina, inclusive más allá de los Partidos Comunistas que siempre tuvieron poco peso respecto al accionar del movimiento obrero.

Las tradiciones revolucionarias, sin embargo, no implicaron que en Latinoamérica, necesariamente, deban llevarse a cabo revoluciones sangrientas, sino todo lo contrario. El movimiento obrero buscó ser uno de los actores para dar fin a las dictaduras militares en los años setenta, como en Bolivia, Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, lo cual desembocó en la organización de un sistema de partidos para acoger al régimen político democrático. La llegada de varios procesos electorales hizo que las posiciones revolucionarias se transformen en un discurso “desestabilizador” para las nuevas democracias, de tal manera que las élites sindicales terminaron *pactando* con varios partidos para obtener puestos parlamentarios y convertir la doctrina revolucionaria en varios discursos a favor de las “reformas democráticas”. La lucha de clases fue reemplazada por una mezcla de ideales sobre la justicia social y la consolidación de libertades políticas más refinadas.

Lo imprevisto por el movimiento obrero fue que las concesiones ideológicas y la lógica de pactos, pronto sirvieron para amnistiar varios crímenes de lesa humanidad en las dictaduras de Chile, Argentina, Uruguay

y Brasil. La dinámica parlamentaria también fue negociando la venta de una serie de empresas estatales, dando lugar a que las privatizaciones en México, Brasil, Argentina y Bolivia, caigan tranquilamente en actitudes antidemocráticas, cerrando el pluralismo, la responsabilidad de rendir cuentas ante la sociedad civil, y optando por estrategias tecnocráticas que terminaron desprestigiando todas las reformas de mercado en América Latina. En la descomposición del movimiento sindical a comienzos de los noventa, claramente se apreció la no correspondencia entre las orientaciones e intenciones de los trabajadores de base y los propósitos ocultos de las cúpulas sindicales y políticas que negociaron pequeños espacios de influencia.

¿Qué tradiciones democráticas valían la pena ser protegidas por el movimiento obrero, si la cultura política no tenía un referente directo con los ideales democráticos? En realidad, los sistemas democráticos destruyeron toda propuesta revolucionaria socialista, ingresando en contradicciones con la tecnocracia elitista porque éstas reprodujeron las desigualdades y la pobreza, liquidando al movimiento obrero, y sembrando una pálida esperanza para establecer tradiciones democráticas en el continente (Ramos Jiménez, 2011). Los resultados a comienzos del siglo XXI fueron magros y ambiguos, aunque el movimiento obrero ya no podía reconstruirse como un actor ideal para contrarrestar las insuficiencias políticas de la democracia.

### **La izquierda en plena confusión**

En el siglo XXI, las izquierdas latinoamericanas tienen que reconocer una vez más que el comunismo se hundió y su derrota política correspondió, en gran parte, a la izquierda. Sería inútil no llamar a las cosas por su nombre; empero, la emancipación del hombre que Marx soñó para un futuro comunista, no puede ser reducida a una caricatura teórica, sino todo lo contrario, convertirse en un aliciente pluralista para replantear

un socialismo significativo, atractivo para los jóvenes y los niños capaces de enriquecer un futuro democrático.

Los valores de la izquierda exigen una nueva lucha política de carácter doctrinario para contraponer “opciones de vida” con mayor libertad y pluralismo, frente a la unanimidad de las desigualdades torturadas por los efectos más nocivos de la globalización. Las izquierdas podrían cumplir sus sueños, desmintiendo críticamente los errores del pasado y del presente, insuficientemente democrático y económicamente perverso.

¿Qué podría re-identificar a las posiciones izquierda en la actualidad? Podría ser el establecimiento de dos tareas primordiales: primero, recomponer el sistema de principios y valores que guíen su accionar público en el futuro; en segundo lugar, demostrar en los hechos su voluntad y capacidad de actualizar sus interpretaciones frente a los profundos cambios que tienen lugar en América Latina y en el mundo, lo que es algo muy distinto de la recitación aburrida de viejos o nuevos dogmas.

Se trata de discutir normas de conducta, por un lado, y de una nueva estructura de ideas y propuestas, por otro. Esto también implica la convocatoria a un despliegue de argumentos intelectuales con fines políticos, y no una invitación al alineamiento maniqueo respecto de las actuales disputas entre el oficialismo y la oposición en Venezuela, Cuba, Nicaragua y Bolivia.

¿Tienen futuro las izquierdas o el futuro ya no tiene izquierda? Hay que analizar el tema con la profundidad y amplitud necesaria, especialmente pensando en cuáles son las necesidades de renovación que deben asumir sinceramente las izquierdas, así como los espacios hacia dónde aspirar en el escenario político, sin emborracharse por la toma del poder. Este paso, finalmente, es sólo un escenario entre muchos otros *posibles* para *imaginar* profundas transformaciones.

Las izquierdas aún son víctimas del espejismo de la revolución (agraria, proletaria e inclusive indigenista) que siempre obsesionó a los comunistas alrededor del mundo, sin asumir una serie de riesgos, sobre

todo aquellas situaciones donde no funcionaba la tesis de una lucha de clases que debía necesariamente presentar como vanguardia a los obreros o los grupos más débiles de la sociedad. Ni existían en la sociedad las clases concebidas por el marxismo tradicional, ni estaban presentes en acto o en potencia las fuerzas capaces de producir el cambio revolucionario (Aricó, 2005). Lo “típico” de la realidad político-social en América Latina, fue la inexistencia de una estructura social donde la dinámica de clases fuera un aspecto fácil de resolver y comprender para la movilización revolucionaria.

Las clases sociales en América Latina están caracterizadas por una formación histórica que no siguió los postulados teóricos marxistas, pues la principal fuente de identidades clasistas descansó en las condiciones políticas de dependencia internacional; de aquí que en el siglo XXI, y con los vientos de la globalización a cuestas, las clases sociales como concepto y referente político transformador se hayan desfigurado con la emergencia de fenómenos ligados a la economía informal, al gigantesco mundo de comerciantes gremialistas, al contrabando masivo, a las clases medias ávidas de consumismo, a los obreros sin una identidad única ligada a la producción, a la crisis del Estado dependiente de los organismos financieros multilaterales, y a las grandes masas campesinas e indígenas para quienes tiene un mayor significado las interpelaciones ideológicas relacionadas con la cultura y la representación directa en una democracia desde las masas, vinculadas con el concepto de “ciudadanía política”.

Lo preocupante frente a esta situación es cómo los dirigentes y el movimiento proletario dejaron de proyectar una sociedad democrática hacia el futuro contando con la participación y el aporte de las Centrales Obreras. Si bien en el siglo XXI los obreros ya no descartan a la democracia, ni tampoco la califican de ilusión burguesa, todavía siguen atrapados en el pasado, recordando las jornadas doradas de los ideales comunistas. Esta melancolía condiciona la voluntad a una esquizofrenia que no

puede vincular el pasado con el presente y, mucho menos, aprender de las malas experiencias para proyectarse hacia el futuro.

El movimiento obrero latinoamericano sufre porque no puede imaginarse a sí mismo como una institución y un actor que se involucre con el futuro, sea éste de la democracia, sociedad, cultura, etc. La esquizofrenia política de la consciencia proletaria carece de una experiencia de continuidad para cooperar con las exigencias de nuestras democracias representativas. En unos casos, eligió vivir en un presente cuyo eje gira en torno a la oposición por la oposición; en otros, los diversos momentos de su pasado tienen escasa conexión con un futuro concebible en el horizonte.

En consecuencia, dicho comportamiento esquizofrénico no sólo ha caído en el encierro de no saber quién es en el actual desarrollo de la democracia, la crisis del liberalismo económico, la multiculturalidad y el papel del sistema de partidos como los principales actores en la toma de decisiones, sino que tampoco produce doctrinas y acciones nuevas favorables al movimiento sindical. Para ello tendría que tener proyectos o propuestas y eso implica comprometerse con la continuidad de la democracia, asumiendo sus imperfecciones y vacíos pero, al mismo tiempo, reconociendo su desarrollo y aspectos positivos (Lee Van Cott, 2001).

Asimismo, conviene reconocer el “carácter secundario y dependiente” del movimiento obrero en el período democrático 1989-2010 (Touraine, 1978). La defensa económica y la gestión de sus demandas desde finales de los años ochenta, no encontraron en general expresiones autónomas como movimiento social, sino que fueron incorporadas como parte de varias acciones e iniciativas políticas surgidas en la estructura institucional de la democracia o en el mapa global del sistema político.

El movimiento obrero tiene el reto de ir más allá de su encierro en el pasado ideológico y clasista para hacer suyos otros programas, asumir otras organizaciones como las feministas, étnicas, ecologistas o generacionales. La consciencia proletaria tendrá que estar en condiciones de promover una *coalición de fines* con otros grupos organizados de la

sociedad civil, imaginando nuevas utopías consideradas como una actitud responsable para hacerse cargo de las consecuencias al implementar más reformas políticas democráticas (Mainwaring & Pérez-Liñán, 2003).

Las utopías podrían utilizar imágenes de un futuro posible para dar fundamento y finalidad a nuevas reformas, en función de una sociedad más igualitaria y donde vale la pena pelear por la optimización de las condiciones democráticas. Pero si surgen distorsiones o fallas, el movimiento obrero podría aparecer como un actor crítico cuando las reformas afectan la vida diaria de la gente común, concertando alternativas pacíficas y eficientes para resolver distintos conflictos sociales. Si las reformas son pensadas de manera abstracta y global, la visión utópica de las reformas se transformaría en un potencial de crítica política para el avance y fomento de múltiples voluntades de cambio.

El movimiento obrero nunca más será el heredero de las revoluciones rusa, china o cubana, sino que ahora deberá preguntarse cómo incorporar el cambio progresivo con justicia social y las reformas democráticas, a la movilización política de distintos grupos excluidos de la sociedad civil; el propósito sería la rearticulación de inéditos procesos de consolidación democráticos, junto al logro de nuevos compromisos con la sociedad.

Dentro de algunas facciones del movimiento obrero latinoamericano, los discursos presuntuosos que culpan al neoliberalismo de todos los males, no son más que actitudes utilitaristas para aprovechar ciertas ventajas que ofrece el resurgimiento de las posiciones políticas de izquierda, pues detrás de la arrogancia ideológica enaltecida por una gran parte de los burócratas sindicales, la vieja consciencia proletaria disimula aquello que, tristemente, expresó el Eclesiastés en la Biblia: “vanidad de vanidades, todo es vanidad. Generación va y generación viene; ¿qué es lo que fue?, lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho?, lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol”.

Si las izquierdas y el movimiento obrero logran replantear el debate político sobre las utopías, entonces el escenario discursivo podría

convertirse en una mediación abierta hacia un horizonte de múltiples posibilidades para imaginar el cambio. Las utopías son importantes para la consolidación democrática del siglo XXI porque intentarían demostrar que hay muchas cosas inconclusas en el mundo social, político y económico de América Latina y, por lo tanto, la riqueza de volver a debatir ciertas utopías, señala que aún no se han realizado varias aspiraciones por ser “otra sociedad y una mejor democracia”, pero que se pueden realizar.

La búsqueda de nuevas identidades políticas, se emparenta con un *principio de esperanza* (Bloch, 1980) donde las utopías representan una dimensión antropológica esencial que está siempre en proceso de creación, en diálogo con todas las culturas y con múltiples variantes que las izquierdas pueden asumir como parte de una nueva reconstitución político-ideológica.



# 2

## Veintisiete años de la caída del Muro (1989-2016): las revoluciones como rutas ambiguas y costosas

Las fuerzas de izquierda ya no pueden seguir impulsando las creencias revolucionarias porque éstas quedaron atrapadas en el desprestigio y las desilusiones de la historia. Pasaron casi un siglo después de la Revolución Rusa y veintisiete años desde la caída del Muro de Berlín (1989-2016), eventos históricos que aún marcan nuestro destino y algunos sentidos de la misma globalización en el siglo XXI. ¿Qué efectos genera una revolución y cómo se gesta? Sin lugar a la especulación, sino más bien analizando con cuidado las grandes revoluciones épicas como la francesa (1789), rusa (1917), inglesa del siglo XVII, o la guerra civil en Estados Unidos (1861), el célebre sociólogo estadounidense Barrington Moore Jr., nos permite refrescar nuestra comprensión de la actualidad cuando observa que no es posible hablar de grandes transformaciones sin “grandes traumas políticos” (Moore, 1967).

Asimismo, los caminos abiertos por las revoluciones históricas en Europa para el surgimiento del capitalismo, o un proceso de modernización acelerado como aquel surgido en Rusia a partir de 1917, están totalmente cerrados. En su libro *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Moore afirma que la instauración del progreso moderno (el verdadero objetivo de las revoluciones) viene con un alto y terrible costo humano.

Todavía hoy es de vital importancia comprender y explicar tres caminos de ingreso a la modernidad: a) por medio de la democracia liberal; b) a través del fascismo; y c) por la vía del comunismo. El costo de la modernidad, no necesariamente viene con una democracia tranquila y pacífica, sino con demasiada violencia y la desaparición de grandes segmentos campesinos que fueron sometidos por las “clases altas”, como lo sucedido en los Estados Unidos, por ejemplo durante la guerra civil entre 1861 y 1865.

Durante las transiciones hacia la modernidad y los cambios sociales o económicos, la pregunta sobre los alcances de una revolución debe girar en torno a: ¿quiénes aguantan el peso de las reformas revolucionarias y quiénes pagan un precio más alto que otros? En los procesos revolucionarios, Moore muestra que hay siempre una brecha entre la promesa revolucionaria y el posterior desempeño inhumano. Lo que se ofrece como una gloriosa transformación, normalmente termina en una tenebrosa realidad que posiciona a nuevas élites en el poder y genera mutaciones económicas, siempre y cuando el costo humano también muestre enormes sacrificios que no siempre mejora la condición de los más pobres, sino todo lo contrario.

Los procesos de transición de un tipo de sociedad agraria y campesina hacia la moderna e industrial, llevan patrones políticos que no tienen una explicación lineal y determinista para comprender la democracia parlamentaria y los orígenes del fascismo y la dictadura. En las diferentes fases de la revolución inglesa (1642 a 1645 o las guerras civiles de 1648 a 1651), el factor central es la relación complementaria entre una excesiva violencia y la instauración de reformas pacíficas durante el paso del mundo tradicional al mundo moderno, o de las sociedades agrarias hacia la nueva estructura industrial.

Luego de la guerra civil inglesa del siglo XVII, el parlamento curiosamente se erigió como una institución flexible, en el cual se podían concentrar las demandas sociales para la solución pacífica de cualquier

conflicto de intereses, sobre aquellos fuertemente influenciados por intereses comerciales.

En el caso de la revolución francesa de 1789, la nobleza no se debilitó inmediatamente a favor de una nueva clase de propietarios terratenientes que fortalecieran el comercio, sino que se alimentó a expensas de lo que podía extraer de la gran masa de campesinos pobres. La nobleza francesa no pudo adaptarse a las condiciones de la crisis económica y el retorno de la centralidad estatal (el absolutismo), tampoco constituyó una alternativa de control porque grandes porciones del área rural estaban en las manos del campesinado.

Fue la terrible división del trabajo, nacida después de la revolución francesa, lo que motivó una discriminación secante entre la aristocracia y el campesinado. Los costos de la modernización fueron tan grandes y atroces como aquellos que se desgajan de los procesos revolucionarios en sí mismos, y tal vez mucho más según Moore.

### **Las consecuencias y rutas ambiguas de las revoluciones**

Los revolucionarios y reaccionarios (contrarios a la revolución), representan, por lo tanto, dos caras de la misma moneda: una dinámica del poder que se orienta algunas veces hacia la transformación planteando los ideales de una sociedad mejor, o por medio del empuje histórico de procesos de modernización que cambian las estructuras de un tipo de sociedad tradicional para abrir las puertas del capitalismo industrial.

Ambos procesos de administración y pugnas por el poder implican un costo humano elevado. El liberalismo occidental y los deseos de una sociedad comunista (especialmente en su versión soviética luego de la revolución bolchevique de 1917), constituyen ideologías obsoletas hoy en día, pero fueron doctrinas exitosas que se convirtieron en la justificación que escondió diferentes formas de represión.

En ambos sistemas están presentes fuertes tendencias destructivas: por un lado, en el modelo comunista la represión es ejercida en contra de su propia población desde la dictadura de una oligarquía partidaria como la ejercida por el Partido Comunista; mientras que por otro lado existe el modelo liberal de sociedad, identificado también con la violencia de los regímenes fascistas de la Italia de Benito Mussolini o la Alemania de Adolfo Hitler. La represión liberal se manifiesta también “hacia afuera, hacia otros” por medio de las relaciones internacionales imperialistas.

Las fronteras entre la dictadura y la democracia son movibles porque fácilmente se puede pasar de una hacia otra. En consecuencia, el despotismo y la dictadura, pueden ser también tendencias latentes y manifiestas en los procesos que se consideran “lineales y graduales” hacia la democracia. Toda revolución impone el orden del terror y muestra con crudeza los altos costos del sueño por una sociedad mejor; asimismo, las ambigüedades de la democracia como un proceso pacífico, pueden desmoronarse fácilmente hasta caer en el oprobio dictatorial. Las contradicciones caracterizan al manejo del poder y, en consecuencia, la tergiversación es el núcleo de toda oferta utópica que es defendida durante una revolución.

Otra perspectiva fundamental proviene de Theda Skocpol, profesora de Harvard, quien estudió las revoluciones en Francia, Rusia y China (un viejo tema) a partir de luces y perspectivas nuevas, como por ejemplo ¿por qué los impulsos revolucionarios en situaciones de crisis estatal y movilización campesina desembocan en determinados resultados particulares de la lucha de clases dentro de ciertos países? ¿Cuáles son las construcciones estatales, qué tipo de liderazgos revolucionarios aparecen y cuál es la interrelación entre la dinámica interna y las influencias internacionales? (Skocpol, 1978).

El objetivo de Skocpol en su libro *States and social revolutions. A comparative analysis of France, Russia, and China*, fue presentar un patrón social-revolucionario que explicara los grandes modelos de revolución en la modernidad. Este propósito es cumplido con un éxito impresionante,

sobre todo por la erudición en el manejo de fuentes bibliográficas y la visión cosmopolita que interpreta los hechos históricos. Skocpol encuentra similitudes entre las revoluciones francesa y china donde los terratenientes se rebelaron en contra de las monarquías, involucrando, además, revueltas campesinas que terminaron construyendo regímenes con un nuevo Estado centralizado y burocrático; sin embargo, ni el absolutismo francés ni los orígenes de una burocracia autoritaria en la China de 1911 abrieron el paso a una modernidad más benigna o pacífica, sino que sembraron mayores confrontaciones y presiones del ámbito internacional para transformar radicalmente las estructuras sociales de ambos países.

Al mismo tiempo, es importante evaluar y criticar los enfoques teóricos que intentan explicar las revoluciones, por ejemplo, aquellos análisis donde las protestas políticas y los procesos de cambio social, solamente deberían haber ocurrido en las sociedades liberal-democráticas o capitalistas; esto no es así ya que las sociedades agrarias como Rusia y China presentan una clara prueba del nacimiento de revoluciones con estructuras pre-capitalistas.

Por otra parte, tampoco son completas las visiones marxistas más radicales donde la revolución es un típico movimiento de reformas sociales ligado a la vanguardia de la burguesía o el proletariado. Según Skocpol, ambos perfiles explicativos no respondían a las causas y los “resultados efectivamente logrados” por las revoluciones en las sociedades predominantemente agrarias, caracterizadas por gobiernos absolutistas y monárquicos con grandes bases campesinas. El perfil metodológico escogido es la sociología histórica comparada que utiliza fuentes secundarias, no para descubrir nuevos datos sobre los hechos estudiados, sino para dibujar una explicación que muestre “regularidades causales” a lo largo de tres casos históricos.

El ingreso a la modernidad de las sociedades que sufrieron las cargas de la revolución, marca patrones de largo alcance cuya dinámica política y económica está determinada por la combinación de dos coincidencias:

primero, la coincidencia entre el cambio social estructural y un levantamiento de clases; segundo, la coincidencia entre transformación política y transformación social. Por lo tanto, la modernidad se asume como la médula de cambios revolucionarios con un ropaje ideológico capitalista o socialista. El resultado tiende a ser el mismo: violencia, coerción y modernidad, entendida como la llegada de una sociedad industrializada que destruye completamente al mundo rural agrario campesino.

En contraste, las “rebeliones o levantamientos”, a pesar de involucrar clases sociales subordinadas, normalmente no terminan en la implantación de cambios estructurales, ni son capaces de mirar hacia la modernidad en el largo plazo. Una “revolución política” puede cambiar las estructuras del Estado pero no necesariamente las estructuras sociales, mientras que lo realmente único en las “revoluciones sociales” es que los cambios básicos en las estructuras sociales y políticas ocurren simultáneamente, reforzándose de manera mutua para terminar en una modernidad plena. Esto sucede en medio de conflictos socio-políticos y donde la lucha de clases juega un papel central. Skocpol utiliza de manera magistral el aparato teórico marxista sin ortodoxias y combina los conceptos de lucha de clases, relaciones sociales de producción y contradicciones de clase al interior del Estado, junto con una interpretación personal abierta a las visiones totalizadoras.

El propósito epistemológico es comprender a las revoluciones que generan modernidad como un “todo” que debe ser explicado en su entera complejidad. Las revoluciones provienen de contextos históricos y macro-estructurales pero involucrando un cambio en las relaciones de clase. Al escoger los tres casos paradigmáticos de revolución, Skocpol afirma de manera contundente que su argumentación no podría ser generalizada más allá de la historia particular de Francia, China y Rusia. Las teorías vigentes sobre las revoluciones, pueden agruparse en: Marxista, donde el modo de producción es el concepto central.

La revolución surge en el momento de una contradicción y ruptura irreversible entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción que corresponden históricamente a un determinado modo de producción. La lucha de clases y la conciencia de clase revolucionaria llevarían la dinámica del conflicto al nacimiento de un nuevo modo de producción. Un segundo marco de análisis son las teorías psicológicas que explican las revoluciones por medio de las motivaciones psicológicas que la gente encuentra para comprometerse con la violencia política o los movimientos contestatarios. El tercer modelo de análisis sería la teoría de una ruptura en el consenso de valores dentro del sistema social, lo cual da lugar a un conflicto político.

El profundo análisis histórico que Skocpol realiza de los procesos revolucionarios, hace hincapié en cómo la estructura rural y agraria de Francia y China mostraba una vasta población campesina pobre, sometida a la exacción impositiva de los propietarios comerciales, la clase alta terrateniente y la nobleza (vinculada a la monarquía francesa en un caso, o a la tradición imperial china en otro). Las contradicciones de clase surgieron cuando las crisis económicas se ligaron, tanto a las influencias internacionales que exigían una adaptación más intensa al capitalismo mundial, como a otra crisis política de legitimidad donde la estructura estatal quedaba fuera de control, es decir, sin que el rey o el emperador puedan tomar decisiones funcionales, ni controlar al ejército para reprimir a los múltiples focos de sublevación que terminaron destruyendo violentamente al conjunto del orden político y social.

La revolución en Rusia tuvo similares características con la diferencia de que la nobleza propietaria de tierras y siervos, estuvo fuertemente sometida a las autoridades monárquicas del régimen zarista, sin gozar de autonomía para conformar una clase dominante capaz de desafiar el orden político en una situación de crisis y actuar según sus intereses. Además, los intentos de modernización desde arriba que inició Pedro el Grande –curiosamente una gran novedad para occidentalizar y liderar

cambios en Eurasia— no significaron una ventaja para evitar la explosión revolucionaria de campesinos pobres.

Los procesos de modernidad industrializada impuestos desde el Estado a finales del siglo XIX no dieron los resultados esperados pues Rusia permaneció siendo un país retrasado económicamente, militarmente y desde el punto de vista del liderazgo, en relación con Estados Unidos, Alemania imperial e Inglaterra. La industrialización solamente reforzó el absolutismo estatal que fue incapaz de sostener su legitimidad política cuando la violencia estalló desde las bases sociales de millones de campesinos pobres.

Los conflictos de clase, según Skocpol, expresan una gran estratificación y fragmentación de la propiedad rural, junto con bolsones de comercio muy localizado en ciertas áreas prósperas pero que se convertían en obstáculos estructurales y progresivos, evitando el cambio económico y determinando por último la ruptura del equilibrio entre las fuerzas productivas (condiciones materiales de la estructura económica en Francia, China y Rusia) y las relaciones sociales (la lucha de clases que constituye el factor revolucionario).

Algunos paralelismos entre las revoluciones francesa y china señalan un enfrentamiento irreconciliable entre los gobiernos autocráticos y las clases dominantes que poseían cierto control territorial, económico, político y militar que aniquiló los intentos de reforma autocrática desde arriba, instalando la resistencia descentralizada en varios escenarios locales o promoviendo otro tipo de arreglos político-institucionales que hacían insostenible la vieja estructura, denominada proto-burocracias autocráticas.

¿Cuáles son los “resultados de la revolución” después de ser destruidas las viejas estructuras sociales y estatales? En realidad, las visiones marxistas románticas sobre la desaparición del Estado o la instauración de una libertad plena e inédita, rápidamente desaparecieron para converger en el retorno de Estados más autoritarios que recurrían a la

violencia una vez más, hasta reconstruir una nueva red institucional de orden político post-revolucionario (Collier & Levitsky, 1997). Aquí, la combinación entre la revolución y la modernidad transmite un mensaje realista y simultáneamente escéptico sobre la profundidad de las transformaciones estructurales porque toda revolución –por lo menos en los casos de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, China y Rusia– edifica una nueva época reproduciendo un sistema de dominación que la situación revolucionaria se empeñaba en desbaratar. Ni plena libertad con democracia, ni el fin del Estado y de la lucha de clases son los efectos claros de la modernidad revolucionaria o industrial.

### **La resistencia a la modernidad sin revoluciones**

En la vida cotidiana de los campesinos pobres o las clases medias que no tienen otra alternativa que vivir dentro y para la modernidad, simbólicamente hay posibilidades para resistir las formas de opresión política. En este caso, el concepto de “resistencia” está unido a las acciones colectivas organizadas, guiadas por principios y sin conductas oportunistas ni egoístas; pero probablemente no tiene consecuencias revolucionarias. La única luz al final del túnel es una resistencia que niega, en lugar de aceptar, las bases de la dominación y la modernidad.

Uno de los instrumentos de la resistencia hoy día puede ser la “conciencia” que los individuos tienen de sus actos, lo cual se expresa mediante símbolos, formas ideológicas como valores y propósitos que la gente se plantea en la vida diaria porque representan los factores de análisis para comprender el conflicto de significados y valores que surgen en el mundo de los seres simples que habitan en la modernidad (las grandes masas urbanas en las metrópolis centrales). Las acciones de resistencia y los pensamientos sobre dicha resistencia se encuentran en permanente diálogo.

La experiencia directa que vive la resistencia con conciencia, es un conjunto de condiciones históricas y materiales ya dadas. Este es el

potencial de cambio que debe ser dilucidado y mostrado por la investigación y la acción política. Hay que hacer patente la conciencia de las relaciones de dominación, la dialéctica de quiénes son los ganadores y quiénes los perdedores. El lenguaje, por ejemplo, está asociado con la explotación pues en él la verdad es distorsionada para servir a los intereses de la modernidad dominante.

A pesar de la desigual distribución de recursos entre los poseedores y los desposeídos, el conformismo con la estructura social debe ser “calculado” en la vida diaria de aquellos que resisten y continúan reflexionando sobre su situación. Si bien el camino de las revoluciones está cerrado, se abre el sendero del escepticismo y una sutil resistencia material debajo de las supuestas aguas tranquilas de la paz y la estructura formal de la modernidad de consumo contemporánea.

La cultura, la ideología y la capacidad de generar conocimiento, deben ser entendidas como productos del conflicto y no como algo dado y pre-existente. Los valores dominantes son reinterpretados constantemente en la vida diaria de la resistencia que también actúan para defender sus intereses por medio del sabotaje al consumo, la huelga de brazos caídos, la crítica de la cultura moderna, e inclusive los chismes maliciosos que se burlan de los más poderosos.

La dinámica específica de las relaciones de dominación y el material simbólico que proviene de ellas, puede ser completamente recreado y sobre todo, manipulable. Los resultados de la modernidad y las revoluciones históricas construyeron nuevas relaciones de poder y estructuras de clase; hoy día es imposible superar las condiciones materiales de desigualdad pero, simultáneamente, la modernidad nos otorga diferentes alternativas de resistencia que cuestionan la hegemonía de las clases dominantes impugnando, en la vida diaria, la legitimidad del poder (Hobsbawm, 2009).

La conciencia cotidiana de resistencia y el cuestionamiento de las hegemonías de clase en el mundo moderno, lamentablemente también tiene una lógica dual donde lo “inevitable” se combina con el

“pragmatismo” para convertir a la subordinación en algo vivible y psicológicamente aceptable. Las rutas de la revolución se cerraron con los ejemplos históricos mostrados por Theda Skocpol y Barrington Moore pero los “Estados fallidos” y la constante desigualdad en el mundo, sumada a la crisis medioambiental que trajo el modelo industrial, son una prueba fehaciente de que la modernidad nunca estuvo preparada para aplicar su modo de vida sofisticado a las situaciones de anomia política y crisis violentas en democracia, que afectan también al orden político de los países más poderosos como Estados Unidos y aquellos de Europa occidental (Moore Jr., 1987).

### **La realidad: más allá de la izquierda y la derecha**

A veintisiete años de la caída del Muro de Berlín (1989-2016), también podemos observar que las principales diferencias históricas entre la izquierda y la derecha, tienden a estar casi completamente disueltas. Especialmente porque algunos patrones de comportamiento difundidos por la democracia como cultura política, consiguieron compatibilizar diversas ópticas, de manera que aquello defendido por la izquierda como equidad y justicia social, también terminó por articularse con lo que la derecha identificó en términos de progresismo: respeto de todos los derechos en la Constitución y el reconocimiento de la participación de diferentes clases sociales, grupos étnicos, e incluso la lucha de las mujeres para erradicar el patriarcado.

Las viejas polarizaciones dejaron de ser violentas e irreconciliables porque los sistemas democráticos sugieren que el posicionamiento izquierda-derecha juega un papel tolerante muy significativo, pues permite el reconocimiento y la legitimación del *desacuerdo político* pero sin la pugna de modelos utópicos de sociedad y economía. Actualmente pervive una identificación ideológica cuyo objetivo es delimitar algunas aspiraciones y principios, sustentados en la necesidad de aportar visiones de mundo

siempre diferentes. Sin embargo, también ha ido desapareciendo todo debate respecto a cómo pensar un proyecto revolucionario.

La crítica en contra de la propiedad privada como el origen de cualquier desigualdad y forma de explotación, también fue relativizándose o ablandándose para convencer a los revolucionarios de izquierda que inclusive los obreros y campesinos podían convertirse en pequeños propietarios con derechos de ciudadanía, abiertos al goce del acceso al crédito y a los beneficios de algún tipo de patrimonio para combatir la pobreza, al mismo tiempo que es posible impulsar el crecimiento económico afinado en el camino hacia la propiedad para las grandes mayorías.

En los procesos electorales, tanto izquierda como derecha asumieron, por igual, todas las demandas que provienen de los sectores privilegiados o de las élites, comprendiendo la necesidad de combinar las demandas de la clase obrera, con la de los jóvenes, las mujeres, las comunidades indígenas, etc. Cada uno de los votos vale para llegar al poder o tener algún tipo de representación parlamentaria. Esto es una norma evidente para cualquier partido o ideología en elecciones democráticas.

La posibilidad de tomar el poder no es, en el fondo, una ruta custodiada por las fuerzas revolucionarias como si fueran ellas quienes representan la única legitimidad. En realidad, la legitimidad de la izquierda y la derecha en el siglo XXI está sujeta a la capacidad de interpelar e identificarse con la “universalidad” de las demandas sociales, económicas, políticas y culturales. La predestinación mesiánica del proletariado como el insuperable sujeto revolucionario que reemplazaría a la burguesía y liberaría a la humanidad, es una concepción totalmente vetusta porque son ahora los intereses y la articulación de múltiples demandas democráticas, las que definen la lucha política. Esta lógica para representar a una universalidad de demandas deshace las diferencias entre izquierda y derecha.

En la búsqueda del crecimiento económico, izquierda y derecha también se inclinan por borrar sus diferencias. Nadie reivindica el

sometimiento a una clase social superior: el proletariado como sujeto histórico transformador, o el empresariado como creador de empleos y dinamizador excepcional de la economía. Los acontecimientos económicos requieren, tanto de la regulación de los mercados por medio de un Estado con fuerte autoridad, como de una apertura en las políticas comerciales hacia las estructuras insaturadas por la globalización. Los sectores sociales empobrecidos podrían sentirse atraídos por los valores del socialismo como una promesa de sociedad más justa pero mientras asegure la prosperidad material en términos de una economía productiva. El socialismo dejó de ser una convicción donde la historia estaba condenada a que el capitalismo desaparezca en medio de un destino catastrófico.

Un tipo de socialismo sin el catastrofismo de la Guerra Fría y la lucha armada, puede también integrarse con la esperanza de una sociedad democrática que afirme plenas libertades y el funcionamiento de un Estado protector de derechos. La libertad de elegir democráticamente qué gobierno será mejor, se une al deseo de tener un orden social que provoque respeto por las leyes y obtenga una emancipación, no de la explotación de clase, sino una emancipación libre de pobreza y sin abusos por parte de las élites más poderosas y los grupos privilegiados.

Los valores de un régimen democrático que incorporó algunos fundamentos del socialismo, atesora la libertad, igualdad, comunidad, fraternidad, justicia social y una sociedad sin discriminación de clases. Pero no es posible rechazar la prosperidad del crecimiento económico ligado al capitalismo, porque una parte del bienestar material se conecta con la búsqueda de una sociedad justa que exija democracia para todos. Izquierda y derecha deben, necesariamente, enfrentar y proponer políticas para una útil y efectiva distribución de la riqueza.

La izquierda, de cualquier manera, dejó de proponer diferentes formas absolutistas de “pensar utópico”. Las utopías, no como una misión militar, sino como imágenes de un mundo más magnánimo, sirven de mucho para impedir que toda democracia caiga en una deshumanización.

Las críticas de izquierda evitan que las convicciones democráticas sean reducidas a estimular solamente la participación electoral mediante el voto, oponiéndose así al progresismo como horizonte instrumental de estabilidad y satisfacción con beneficios materialistas. Democracia, izquierda y toda lucha por resguardar los derechos humanos, aceptan la idea del socialismo pero meditando en cómo lograr una nueva sociedad que limite drásticamente las formas de dominación violenta.

En el siglo XX, el socialismo radicalizaba su posición al creer que la dictadura del proletariado era la razón de ser de un Estado autoritario. El radicalismo, a su vez, amplió sus pretensiones políticas con las propuestas de lucha armada para destruir a la sociedad burguesa occidental. El problema radicaba en la ausencia de una propuesta económica alternativa a la del capitalismo industrial avanzado. Las concepciones sobre la revolución armada, carecen de un planteamiento de reconstrucción del orden político y económico para evitar el caos y, por lo tanto, para preservar lo que significa el desarrollo: políticas públicas para llevar adelante la salud, educación, empleo, protección del medio ambiente, vivienda, comercio internacional, etc.

La imagen del socialismo logró sobrevivir como una especie de contrapeso al incremento de la desigualdad y las injusticias económicas que traen las políticas de mercado. Es decir, en el siglo XXI todavía se podrían generar procesos revolucionarios, ya no para la destrucción completa del viejo orden capitalista, sino para fomentar un socialismo donde el Estado utilice políticas públicas de protección social para los grupos más vulnerables, fomentando la educación socialista que propugne la eliminación de todo tipo de desigualdades, en la medida en que éstas generan una sociedad antidemocrática. De aquí proviene la gran influencia de los regímenes democráticos que substituyeron a los métodos violentos de revolución, presentando otros planteamientos que incorporaron algunos valores socialistas, pero dentro del fortalecimiento de los derechos

ciudadanos y el reconocimiento de una economía productiva de corte capitalista-competitivo.

La concepción comunista que imperó en la desaparecida Unión Soviética, se enclaustró dentro de una economía autogestionaria y estuvo distorsionada por la ideología que no le permitió generar competitividad, exportar bienes y otorgar buenos servicios públicos. En una economía planificada y centralizada, el Estado perdió la batalla al no mantener la productividad ni la capacidad para generar nuevos espacios de producción donde los obreros tengan claros beneficios de una vida mejor. Los experimentos comunistas ligados a la ideología de izquierda, impulsaron un tipo de igualitarismo social con carácter obligatorio y terminaron devorando las estructuras del ideal socialista con la quiebra económica. Al no brindar un modelo alternativo de productividad y economía, sucumbieron. Entretanto, los procesos de democratización retoman los objetivos del crecimiento económico, instando a la izquierda y la derecha a disipar sus diferencias con el fin de adaptarse al mercado mundial.

El viejo radicalismo comunista de alto contenido dogmático, entendió que la fase última del capitalismo terminaría en la hecatombe de sus procesos productivos y de todo el sistema financiero. La ideología de izquierda en el siglo XXI abandonó toda tesis sustentada en criterios apocalípticos porque el capitalismo, para desventura de las concepciones radicales, no se detuvo sino que evolucionó y se transformó constantemente. Hoy en día, las estructuras financieras coadyuvan en la creación de utilidades económicas, junto a la expansión de grandes empresas multinacionales que, a su vez, son un componente fundamental en la balanza comercial de muchos países ricos y pobres. La izquierda se ha contentado con proteger un *Estado de Bienestar* que brinde servicios públicos baratos y posea la capacidad para inducir algunas políticas de control que constituyen una especie de analgésico en el termómetro de la regulación de los mercados internos.

Ante esta situación, la esperanza del socialismo también se transformó y reorientó sus esfuerzos hacia el juego de la democracia burguesa como método electoral para llegar al gobierno. De esta forma, la democracia liberal está reconocida como régimen político en casi todos los textos constitucionales del mundo. En América Latina, por la influencia del enciclopedismo o racionalismo de la revolución americana y francesa, impregnó los modos de gobernar y las estructuras institucionales que también son de inspiración liberal hasta nuestros días, posibilitando un tipo de comunicación entre el socialismo y la democracia. Los conservadores, liberales, derechistas e izquierdistas, en definitiva, llevaron adelante un sistema político multipartidista que la misma democracia permitió corregir como instrumento, dejando de lado la lucha armada, cuyo fracaso es autocríticamente asumido por varias posturas socialistas, progresistas y nacionalistas.

Las ideas socialistas también se han transformado como consecuencia de los problemas medioambientales, el cambio climático y nuevos conflictos internacionales de carácter étnico, religioso y otras formas del terrorismo que dejaron atrás la interpretación de la historia en términos únicamente de la lucha de clases (Hobsbawn, 2011). Asimismo, la derecha aprendió que el liberalismo político está fuertemente atado a un tipo de ciudadano con un alto sentido de responsabilidad, donde la regulación de los mercados no es el único objetivo para la democracia, sino el robustecimiento de un control moral que proteja a los más débiles dentro del sistema social, económico y político.

El mundo tiene una explosión de identidades políticas luego de la caída del Muro de Berlín. La desaparición del socialismo en Europa del Este y la destrucción de la Unión Soviética, no solamente expresan las formas en que la historia aplasta cualquier ilusión política, sino que la democracia y los derechos de participación, siguen siendo el mejor sucedáneo para cualquier fundamentalismo o la búsqueda del perfeccionismo obligatorio en la sociedad y en el manejo del poder.

En el siglo XXI, las posiciones de izquierda y derecha conviven junto a la economía capitalista, el potencial democrático de los movimientos sociales y el hecho de abandonar los radicalismos utopistas. Ricos y pobres buscan el mejoramiento de sus condiciones de vida, al mismo tiempo que los gobiernos democráticos, prácticamente obligan a la izquierda y la derecha a reconocer que la existencia humana tiene múltiples propósitos de emancipación, diferentes del éxito material. El ejercicio ideológico de hoy parece impulsar una existencia moral y el control de los propios deseos consumistas, por medio de la moderación, la capacidad reflexiva, la compasión y el igualitarismo político donde florezcan cuantos derechos y responsabilidades sean necesarios.



# 3

## El Laborismo Británico: ¿buenas o malas izquierdas?

Cuando el ex presidente del gobierno español José María Aznar había perdido las elecciones el año 2004 frente al resurgimiento de los socialistas a la cabeza de José Luis Rodríguez Zapatero, la revista *The Economist* publicaba un artículo (*One down, three to go*) donde parecían estar contados los días en el poder de aquellos tres líderes que encabezaron la invasión y llevaron adelante la guerra en Irak desde el año 2003. Para algunos, George W. Bush debía sucumbir ante el entonces contendor demócrata, senador John Kerry, en 2004; sin embargo, la reelección de Bush cambió completamente, no sólo los análisis sobre una temprana retirada de Irak, sino también algunas especulaciones en torno a la reelección de Tony Blair como Primer Ministro en el Reino Unido, cuyas elecciones parlamentarias del 5 de mayo de 2005 le dieron una nueva victoria. Fue la primera vez en la historia británica en que Blair tuvo éxito con tres candidaturas en su haber y tres victorias consecutivas desde 1997.

Este tipo de desempeño electoral puso en el tapete de la discusión el choque entre lo que podría denominarse una izquierda buena y otra mala. ¿Realmente existe esta diferenciación? Es imposible forzar la realidad para afirmar que el Laborismo Británico a la cabeza de Blair o el Socialismo Español bajo el liderazgo de Rodríguez Zapatero, constituyen las expresiones de una “izquierda buena” que se sometió, en el fondo, a la economía de mercado, la defensa de la propiedad privada y al

capitalismo como único sistema-mundo, frente al cual resulta inútil proponer el socialismo o comunismo de corte soviético, cubano y marxista.

Tampoco existe una “izquierda mala o diabólica”, especializada en el sabotaje, la revolución violenta y defensora de la economía centralizada en el poder del Estado como órgano absolutista e inclusive totalitario. La polarización entre izquierdas buenas y malas debido a sus posturas económicas a favor o en contra de las políticas de mercado, resulta falaz, histórica y teóricamente. La izquierda siempre estuvo identificada con la igualdad y justicia social, con las utopías de cambio, con las revoluciones sociales y, finalmente, con la derrota del sistema capitalista.

El problema de las izquierdas del siglo XXI y otras tendencias similares como el Laborismo Británico y los partidos social-demócratas, radica en que éstos sencillamente se acomodaron a los procesos electorales de la democracia como régimen de gobierno global, aprovechando pragmáticamente los programas económicos de las posiciones de derecha que trataron de implementar con fuerza todo tipo de políticas de libre mercado.

El período electoral del año 2005 en Inglaterra se caracterizó por ataques personales y duras acusaciones en las presentaciones y debates políticos de los tres principales candidatos de aquella época: Tony Blair del Partido Laborista, Michael Howard del Partido Conservador y Charles Kennedy de los Demócratas Liberales. Las diferencias en cuanto a las principales propuestas de gobierno fueron solamente de matices, pues las preferencias en favor de Blair obedecieron, básicamente, a tres elementos: primero, la falta de contundencia en el liderazgo del principal partido de oposición, es decir, en la figura de Michael Howard, ex Ministro del Interior de John Major, cuyo gobierno conservador perdió claramente ante el Laborismo en 1997.

El segundo elemento fue el manejo exitoso de la economía de mercado donde los laboristas, a la cabeza de Gordon Brown (*Chancellor of the Exchequer*), el más poderoso ministro de economía de Blair, conquistaron

mucha credibilidad. Finalmente, el tercer factor tuvo que ver con el deseo de continuidad y prosperidad dentro de los márgenes del capitalismo.

La preocupación de la mayoría de los ciudadanos británicos, en general, opta por beneficiarse de políticas sociales mínimas, pasar de largo frente a propuestas de cambio traumático y seguir adelante con su vida cotidiana más allá de la política. De hecho, Gordon Brown sucedió a Blair como Primer Ministro entre 2007 y 2010, repitiendo la misma estructura a favor del capital financiero, sobre todo para diseñar políticas que faciliten rescatar a las economías europeas de cualquier amenaza de crisis financiera.

Tal como lo expresaron los editores de la influyente revista *The Economist*, la gente se siente cómoda y próspera al lado de posiciones de izquierda o derecha que gratifiquen un capitalismo bien consolidado, sin ver en el conservadurismo a una alternativa, ni en el liberalismo a una oferta innovadora. Si bien la juventud continúa siendo indiferente y crece constantemente la abstención, el Laborismo mantiene una clara influencia hasta hoy día en el Parlamento. Las elecciones de aquel año 2005 marcaron profundamente la historia de la izquierda laborista en el Reino Unido, debido a que Blair era capaz de ganar por tercera vez consecutiva, aunque sabía que la dinámica interna de su partido podía obligarlo a dar un paso al costado, como efectivamente sucedió; sin embargo, esta izquierda británica tiene un fuerte sentido democrático porque también es capaz de aceptar la derrota en cualquier elección, aunque esté siempre unida al cordón umbilical de la globalización financiera y al poder de las élites capitalistas transnacionales.

La izquierda laborista muestra de forma fehaciente que la globalización, la lógica de élites internacionales, los grandes bancos de inversiones que administran los créditos buitres para subordinar a otros países, y la posibilidad de mezclar políticas sociales con visiones de mercado, sientan las bases para el fin de una polarización ideológica secante entre

izquierda, derecha, liberalismo y utopías revolucionarias, hoy día totalmente agotadas (Peston, 2005).

### **Modelo Westminster y sistema electoral**

Cada cinco años, las elecciones británicas renuevan a 659 parlamentarios que representan a Inglaterra, Escocia, Irlanda del Norte y Gales. Sin embargo, el hecho más importante del sistema político británico es la elección del Primer Ministro como la figura central de la democracia parlamentaria, pues los candidatos de diferentes distritos electorales son elegidos, en el fondo, para apoyar a las grandes figuras que se perfilan como futuros primeros ministros del Reino Unido.

La pugna electoral en cada distrito de Inglaterra, Irlanda del Norte, Escocia y Gales, hasta el día de hoy, muestra un sistema electoral que favorece los liderazgos fuertes y los partidos grandes. Es decir, el candidato que obtiene más votos, así sea por uno solo, llega al Parlamento dejando atrás a los contendientes que, aún a pesar de haber tenido el apoyo de vastos sectores sociales en los distritos electorales, quedan fuera del sistema político. Es por esto que el modelo de democracia parlamentaria en el Reino Unido se denomina Modelo Westminster donde el primero que pasa la posta electoral en la carrera con más votos (*first past the post*) accede al Parlamento con la fuerza del partido que los impulsa y con el mandato de elegir al líder del partido que se postula como Primer Ministro.

En el modelo *Westminster*, el sistema electoral favorece a dos partidos históricos, el Partido Laborista y el Partido Conservador. A estos dos partidos se suman los Demócratas Liberales con posibles 70 bancas parlamentarias, que siempre buscan cambiar el sistema electoral para lograr una representación proporcional con el objetivo de hacer frente a los partidos grandes.

Las características del parlamentarismo han influido de forma determinante en el Laborismo británico, pues éstas se convierten en tres

lecciones fundamentales para cualquier fuerza de izquierda contemporánea: a) participar competitivamente en elecciones democráticas; b) la necesidad de constituirse en partidos fuertes con orientaciones institucionalizadas capaces de renovarse desde adentro; c) la adaptación a la democracia parlamentaria como una de las garantías de negociación política, debate de propuestas concretas y abandono de toda retórica grandilocuente que postule una revolución improbable, o que guarde parecidos con los fracasos históricos del extinto modelo soviético (Shaw, 2004).

### **Más allá de las ideologías tradicionales**

Los principales debates en la agenda política y social giran en torno a los siguientes problemas. Primero, la política exterior donde destaca la guerra en Irak, la mirada hacia el África y la Unión Europea. Aquí, el Partido Laborista estuvo fuertemente cuestionado porque se considera que la decisión de Tony Blair de apoyar a los Estados Unidos en la guerra contra Irak fue ilegal desde el punto de vista del derecho internacional, y un abuso de sus facultades como Primer Ministro para favorecer una campaña armada que la mayoría del Reino Unido y el propio Parlamento rechazaron en algún momento. La izquierda laborista también considera que el Reino Unido debería siempre liderar una iniciativa mundial para apoyar al África en su lucha contra la pobreza y un comercio internacional más justo con los países pobres.

Tanto los conservadores como laboristas y demócratas liberales tratan de convencer a la población del Reino Unido de que vale la pena integrarse más a la Unión Europea donde se ven a sí mismos como una nación líder, aunque la mayoría de las encuestas de opinión sugieren que grandes sectores del Reino Unido no aprobarían una Constitución Europea ni apoyarían al euro como un paso más decisivo en la integración monetaria y comercial.

La izquierda de mercado influida por Tony Blair nunca trató de afianzar un papel más protagónico del Reino Unido en la Unión Europea porque, en realidad, Blair y el Laborismo tendieron a depender demasiado de la agenda de los Estados Unidos, pues en más de una oportunidad Blair defendió la idea de que el Reino Unido sea el enlace entre los Estados Unidos como potencia mundial y Europa, concepción que es totalmente rechazada por Francia y Alemania que consideran, más bien, que el Reino Unido tiene mucho que perder por seguir a los Estados Unidos, en lugar de fomentar el avance de la Unión Europea. Blair impulsó la posibilidad de salir de la Unión Europea, aunque no se animó a ejecutar un referéndum, sino que fue la derecha conservadora de los *tories* con el Primer Ministro David Cameron, que finalmente impulsó un referéndum donde la mayoría de los británicos votó por salir de la Unión Europea en junio de 2016. Izquierda de mercado y derecha conservadora en el Reino Unido, se unieron para exacerbar el nacionalismo y mirar a la globalización desde el imperialismo estadounidense y británico, descartando el apoyo a un espíritu europeísta.

Las nuevas izquierdas del siglo XXI siguen, en gran medida, las huellas del Laborismo, específicamente en los debates respecto a impuestos y reformas del sector público. Las discusiones giran en torno a la necesidad de no aumentar los impuestos y reformar profundamente los sistemas nacionales de salud donde la ineficiencia y el retraso en la atención a la población en consulta externa tienen serios problemas. En este sentido, los laboristas, conservadores y demócratas liberales pugnan en torno a la posibilidad de introducir el “derecho a elegir” la atención en diferentes hospitales que tendrían los pacientes, aumentar la infraestructura, médicos y enfermeras, así como recurrir inclusive a la consulta privada con una subvención pública para evitar demoras. La propuesta central es solucionar problemas concretos que sean apoyados, no por visiones ideológicas, sino por factores de posibilidad y oportunidad financiera.

Similares orientaciones suceden en la educación, donde la calidad y los estándares británicos en el ámbito europeo muestran serias insuficiencias. La izquierda laborista no trata de impulsar una educación gratuita, sino fortalecer condiciones de competitividad y prestigio, llegue éste del ámbito público o privado. En el sector de pensiones se busca cómo hacer que el Estado logre una subvención sostenida y eficiente porque la población en general está envejeciendo progresivamente, creando una carga pública que ya no es posible satisfacer solamente con rentas y reparto, razón por la que es probable que Izquierdas y Derechas coincidan en ejecutar políticas de ahorro obligatorio para financiar el núcleo de las pensiones de vejez.

¿Dónde quedan las relaciones entre la política exterior británica y América Latina? Sobre esta temática, el alejamiento entre la agenda del Reino Unido y América Latina es muy claro, puesto que ahora se favorece más una contribución al desarrollo concentrando los esfuerzos solamente en África. Es más, son inexistentes las alusiones de Tony Blair y el Laborismo hacia América Latina, donde tampoco queda claramente establecido cuáles serían las prioridades en materia de relación comercial o financiera con aquélla. La izquierda laborista abandonó hace mucho la vieja solidaridad internacional o el internacionalismo socialista (Bond, 2003).

La actual realidad ideológica no sustenta una visión entre izquierdas buenas o malas, sino que todas ahora buscan concentrarse en la representación política con partidos que se adaptan a la lógica parlamentaria, al juego de la democracia, a lo que haya en el terreno político para ganar elecciones y conseguir puestos de poder. El fin de la Guerra Fría es irreversible, así como quedan descartados los debates sobre si el Socialismo es un mejor sistema que el Capitalismo porque las futuras generaciones aclaran sus contenidos políticos y orientaciones ideológicas, inclinadas más hacia el pragmatismo y lo que resulta útil como prioridades para llegar al poder y mantenerse a flote en situaciones de emergencia.



# 4

## Cuba y los perfiles de su transición por conveniencia

Este capítulo analiza de qué manera Cuba pretende adaptarse al mundo globalizado con un ancla incrustada en la nostalgia por los años cincuenta del siglo XX, y un conjunto de decisiones que hacen contradictorio el fundamento mismo de la revolución, pues ésta no destruyó al capitalismo foráneo. La transición cubana está siendo impuesta de manera implacable, sin permitir que sean las realizaciones personales, la convivencia social con decisiones propias y el pluralismo ideológico los motores que induzcan el establecimiento de un nuevo modelo de sociedad.

Por ahora, la imposición forzada de una transición hacia el libre mercado encumbra el resentimiento y los celos de miles de cubanos pobres. La historia conlleva en su transcurso varios cauces y, muchas veces, son imprevisibles sus consecuencias. Más allá de las connotaciones políticas y económicas, el sistema socialista en la isla de Cuba nunca pudo materializar un nuevo proceso histórico que le permita marcar un rumbo contrario al llamado subdesarrollo, pues su modo de producción jamás cumplió con ningún tipo de ley histórica para alcanzar el comunismo; todo lo contrario, en el siglo XXI Cuba está transitando a la economía de libre mercado pero aumentando enormemente sus niveles de desigualdad y pobreza, además de continuar acusando a los Estados Unidos como el causante de todos sus males.

La manera y sucesión de los hechos luego de la revolución cubana de 1959 no terminaron del modo y forma en que previeron los propios

cubanos. Lo que se impuso fue un concepto centralizado para el manejo del poder político, instaurándose la promesa de un modelo social igualitario que la Ilustración de la Revolución Francesa ya había diseñado por medio de las ideas de Rousseau y a través de la declaración universal de los derechos del hombre (Lynch, 2001).

En el siglo XXI podemos reinterpretar la revolución cubana en América Latina, afirmando que ésta se encuentra más cerca de las versiones occidentales de transformación socio-económica y los conceptos de ciudadanía que de los fallidos experimentos marxistas en la ex Unión Soviética y Europa del Este. El socialismo cubano constituyó un esfuerzo por diseminar las convicciones sobre la equidad y justicia social, con el objetivo de desmontar una estructura política de privilegios, aunque sin lograr el correspondiente sustento productivo y un conjunto de capacidades competitivas para alcanzar un sólido desarrollo industrial.

La revolución cubana se contentó con dar prioridad solamente a los logros sociales de acceso a la educación, salud o vivienda, intentando destruir las ambiciones individualistas e ilusiones de superación personal a las que cualquiera aspira. El heroísmo detrás de la revolución consistió en el intento por eliminar la egolatría y codicia humanas como ejes del socialismo cubano; sin embargo, cuando la economía ingresó en una crisis absoluta, la forma de pensar nunca pudo convertirse en la base de un nuevo modelo de desarrollo y estructura de innovación en los conocimientos. Todo se descompuso y el régimen optó por preservar la dictadura del Partido Comunista para mantenerse en el poder, en lugar de encontrar soluciones democráticas y económicas viables.

El análisis intenta mostrar de qué manera Cuba en el siglo XXI pretende adaptarse al mundo globalizado con un ancla incrustada en la nostalgia por los años cincuenta, y un conjunto de decisiones que hacen contradictorio el fundamento mismo de la revolución, pues ésta no destruyó al capitalismo foráneo, sino que mantuvo sus principios en un claustro deseado pero no digno de ser usado. La crisis societaria en

Cuba se caracteriza por reinsertar el capitalismo y la economía de mercado como el núcleo para superar sus insuficiencias pero mediante un Estado autoritario y administrado por un partido único, sin apertura a elecciones libres; si bien se mantienen las convicciones de una lucha anti-imperialista, queda abierto un debate sobre cómo establecer un sistema pluripartidista y cómo fomentar el desarrollo de una sociedad civil que sea el sustento de un Estado no socialista.

### **La transición hacia el mercado y la sociedad civil enclaustrada**

En la nueva economía de mercado que inspira la transición cubana, el Partido Comunista concentra todo tipo de iniciativas económicas, como si fuera un embudo capaz de cernir aquello que es beneficioso para el discurso y los intereses del Estado autoritario. Éste se encarga de proveer lo mínimo para satisfacer las necesidades básicas, sin permitir que sea discutido y declarando como anti-patrias a todo empuje privado de inversión al interior de su propia sociedad, lo cual obstaculiza el nacimiento de pequeñas empresas individuales o familiares; sin embargo, la gran inversión extranjera directa fue muy bien recibida y, poco a poco, viene de Europa central al haber construido importantes conexiones con los jefes del partido, en función de aprovechar las oportunidades del turismo.

El Estado dirige las estrategias de las organizaciones sociales con el fin de imponer una sola visión, mediatizando las políticas públicas con el criterio de mantener el libre acceso a la educación y la salud, pero sin garantizar ningún estándar de calidad en la entrega de dichos servicios. Los hospitales no son eficientes y siempre tienen un déficit en el abastecimiento de cualquier tipo de suministros.

Los médicos especializados se esfuerzan por la práctica de una medicina social y científica, en medio de una infraestructura obsoleta, salarios que apenas llegan a los 70 dólares mensuales y una ideología socialista

que sigue siendo más importante que las orientaciones médicas, sustentadas en la evolución tecnológica y el profesionalismo que dé prestigio a una formación científico humanista.

Las escuelas y universidades no son lo que fueron, pues también carecen de una renovación científica, no actualizaron su currículum, y las bibliotecas fomentan solamente las colecciones que entronizan los discursos antiguos de la revolución, el caudillismo de Fidel Castro y la discusión sobre el Socialismo del siglo XXI, sin tomar en cuenta lo que significan los procesos de globalización, el multiculturalismo, la democracia, la ciudadanía, los derechos humanos y otras concepciones constructivistas en la pedagogía, que faciliten el respeto de los puntos de vista más disímiles con tolerancia y diversidad de teorías, como formas abiertas de representación sobre la realidad.

Las reivindicaciones de justicia social y equidad que respaldaron los principios de la revolución cubana todavía están vigentes, pero como parte de un patrimonio democrático-liberal que siempre estuvo presente en toda América Latina. Si bien nuestra cultura de raíz ibérica amparó al dogmatismo y diseminó el autoritarismo imperante hasta el día de hoy, tampoco se puede negar que las consecuencias de las Revoluciones Francesa y Americana inspiraron múltiples visiones para edificar la ciudadanía moderna en beneficio de la igualdad. Esto todavía alimenta los aires revolucionarios, reactualizando la necesidad de luchar por una estructura social y económica libre de desigualdades; empero, la revolución cubana desgastó sus características reivindicativas y preservó las tendencias dictatoriales como cualquier régimen comunista, tratando de eliminar progresivamente aquellas opciones para la defensa liberal de la democracia en la región.

Por otra parte, el ciudadano está encerrado en un solo frente: aceptar el aparato de dominación comunista y soportar la llegada de grandes centros comerciales donde el costo de cualquier mercancía importada está a la par de los precios internacionales y el dólar; es decir, desde el agua

y las gaseosas, hasta los electrodomésticos, los costos de vida en Cuba se han incrementado, llegando inclusive a un trescientos por ciento.

El desabastecimiento no existe, siempre y cuando la gente tenga euros y convertibles cubanos (la moneda que substituye a los dólares). Si bien los productos no abundan, el mercado está bastante diversificado y muchos son de pésima calidad, posiblemente provenientes de China, India o Vietnam, porque numerosas mercancías no tienen marca ni etiquetas; sin embargo, todo está ahí al alcance de quienes tengan dinero. La economía mercantil puso todo su arsenal en grandes shopping centers, acrecentando la brecha entre aquellos que pueden comprar y quienes son demasiado pobres al no tener acceso ni a dólares, convertibles cubanos, ni euros.

El partido purifica las opiniones divergentes sobre la transición cubana, y, por lo tanto, el Estado sanciona cualquier oposición a las políticas de mercado, o simplemente ignora la reproducción de las desigualdades, un objetivo que la revolución se había propuesto cambiar y no pudo. Las nuevas generaciones quieren revelarse ante los idearios del viejo sistema socialista y ejercen presión para que el régimen instaure una apertura con amplitud social, en lo posible menos centralizada por el Estado y el Partido Comunista, pero la sociedad civil está enclaustrada en los viejos prejuicios e ilusiones, pues todo intento de transformación no tiene el rango de mayores alternativas: se tiene miedo a lo que pueda venir sin la carga del socialismo, lo cual tampoco es parte de un debate ciudadano. Al no existir una sociedad civil madura, sus derechos a ejercer una ciudadanía más libre y menos politizada son completamente endebles.

La gran insuficiencia del socialismo a escala mundial residió en no haber logrado acumular fuerzas culturales que desarrollen una sociedad civil con habilidades críticas, y con el incremento de un capital simbólico, caracterizado por la reflexión permanente y la dilucidación de problemas. El socialismo no consiguió fundar estructuras donde la libertad individual y la capacidad de decidir estén afincadas en la autodeterminación

madura y el fomento de una personalidad, inclinada hacia un conjunto de visiones pluralistas sobre la vida. Sólo así sería más eficaz la posibilidad de favorecer una lucha sistemática contra el capitalismo (Mumford, 2013).

Asimismo, el modelo de sociedad y economía capitalistas, debido a su naturaleza y funcionamiento de la acumulación monetaria, no puede aplicarse por medio de meras exigencias prácticas o por conveniencia como lo está haciendo ahora el Partido Comunista de Cuba, por lo que su estrategia, amparada en el desarrollo del mercado y el turismo de lujo, no debería prescindir de fuerzas adicionales como el estímulo de una sociedad civil más esclarecida y un conjunto de conocimientos abiertos a las realidades del siglo XXI, con los que se implanta una cultura democrática de la cotidianidad.

La transición cubana está siendo impuesta de manera injusta e implacable, sin permitir que sean las realizaciones personales, la convivencia social con decisiones propias y el pluralismo ideológico los motores que induzcan el establecimiento de un nuevo modelo de sociedad. Por ahora, la imposición forzada de una transición hacia el libre mercado encumbra el resentimiento y los celos de miles de cubanos pobres que se ven frustrados de alcanzar sus objetivos, al no tener una vida más próspera y menos asfixiada por un partido todopoderoso.

La dicotomía entre socialismo y capitalismo deja ver, por un lado, a los socialistas entrabados en el pasado y los sueños por procrear al hombre nuevo que no rompieron con los esquemas de una economía pro-capitalista y los principios individualistas para conquistar una sociedad más igualitaria. Hoy está claro que la desigualdad de América Latina despunta, tanto en toda su estructura de democracias modernas, como en el mismo sistema cubano, que, al tratar de superar los problemas del socialismo, también ha reproducido diversas iniquidades.

Por otro lado, la globalización tampoco transfirió una tecnología que impulse diferentes canales de cooperación con los países industrializados. El sistema internacional se ha hecho más desigual, fuertemente

jerarquizado y está separando aún más las brechas entre los países desarrollados y el Tercer Mundo, siempre rezagado y preocupado por nuevas formas de dependencia en la que vive. Este conflicto ha llevado a que el discurso socialista desde Cuba siga justificando una ideología antiimperialista y condenando la aplicación de las políticas económicas liberales en el ámbito internacional, aunque por dentro la isla utilice a la economía de mercado para destruir el embargo estadounidense, retrasando, al mismo tiempo, mayores reformas estructurales que siguen sin llegar al país caribeño.

### **Las principales contradicciones económicas y políticas**

La deuda externa cubana a comienzos del siglo XXI representa alrededor de 31.681 millones de dólares, mientras que la inversión extranjera se estancó en 2 mil millones; sin embargo, toda cifra en estos rubros es considerada secreto de Estado, pues Cuba no transparenta su información estadística, sobre todo para mantener desinformada a su sociedad civil. El comercio exterior depende de los vínculos y relaciones estratégicas con países proclives a su pensamiento, tratando de conformar bloques de oposición anticapitalista, pero esto resulta poco ventajoso para reconstruir programas de desarrollo sustentados en las viejas políticas de economía centralizada y planificación socialista.

La desaparición de la Unión Soviética desestabilizó profundamente a la economía cubana, generando en la isla un desempleo directo, posiblemente, del 8% y un subempleo que alcanza al 30% hasta la actualidad. A esto se suman las remesas de los cubanos-estadounidenses, que, si bien han oxigenado en parte la crisis económica, están sometidas a constantes restricciones, porque los grupos de oposición anticastristas buscan debilitar indirectamente al peso cubano, en tanto que el Banco Central de la Habana aprovecha las divisas con impuestos directos al envío de cualquier remesa.

El flujo de divisas encareció la canasta familiar cubana, y es increíble cómo la mayoría de las familias tienen un promedio de ingreso por mes de 15 dólares, aproximadamente. La canasta familiar entregada por el gobierno cuesta 25 pesos; sin embargo, 53% de las familias tienen entre 2 y 7 dólares para comprar productos adicionales en el mercado negro. Un 40% debe subsistir, prácticamente, con menos de 2,5 dólares para hacer frente a otras necesidades después del subsidio estatal.

Frente a este panorama, el gobierno cubano generó proyectos bajo los supuestos de una voluntad revolucionaria, por lo que, en el período 2008-2012, unos 150 mil agricultores recibieron en usufructo casi 1,4 millones de hectáreas, eliminándose varias instancias estatales en la distribución de productos del agro, lo cual ha facilitado las ventas agrícolas directas. Los trabajadores por cuenta propia crecieron a 350 mil, el doble del período 2007-2012; en el siglo XXI de transición hacia el mercado, se ampliaron las cooperativas y el arriendo de locales para diferentes oficios y otros servicios urbanos.

A esta estructura económica se agregan las ventas de níquel y tabaco con precios favorables en las exportaciones y, sobre todo, la industria del turismo, que es uno de los principales sustentos, ligada a la publicidad del placer en el Caribe y el desarrollo de la prostitución en gran escala. Los balnearios son la industria que está produciendo buenos ingresos para la débil economía, aunque el distintivo principal consiste en el turismo sexual y la diversión playera suntuosa donde el Estado comunista ha invertido millones de dólares; solamente en las playas de Varadero existen 70 hoteles bien montados, mientras que Cayo Largo del Sur, Cayo Levisa y los Jardines de la Reina, entre otros, poseen una infraestructura hotelera de absoluta envidia para mercantilizar todo sitio turístico.

Los subsidios estatales en distintos sectores empresariales siguen siendo una carga muy pesada para la isla, reforzando la concepción de un modelo totalitario, austero y represor, donde la ciudadanía está presionada constantemente con una supuesta intervención estadounidense

que revive todo el tiempo lo ocurrido en Playa Girón; si bien el discurso antiimperialista está desgastado, es todavía propicio para mantener vivo el espíritu de los cubanos, en constante reflexión respecto a quién es más revolucionario. De cualquier manera, el Partido Comunista está logrando que la transición cubana se integre a la economía mundial, disolviendo progresivamente el ideario y comunidad socialistas (Aleksiévich, 2015).

### **El trayecto dramático hacia el fin y la decadencia moral de la izquierda**

La democracia moderna y pluripartidista en Cuba tiene pocas posibilidades de prosperar porque el concepto de pueblo en el ejercicio del poder se ha convertido en la extensión de un modelo de partido único, de militancia única y voto único. No corresponde entretenerse en una discusión sobre cuál sistema es mejor, si el socialismo o la democracia pluralista; lo cierto es que ambos ofrecen una llave y un candado, porque el régimen cubano está acostumbrado a vivir sólo de ilusiones y tampoco está en condiciones de adaptarse a un sistema democrático en el cual, posiblemente, no se satisfagan plenamente los beneficios materiales o económicos; en el otro extremo, el socialismo, que intenta enorgullecerse por proteger sus éxitos en materia de política social, no funcionaría sin los excesos del autoritarismo y el uso de la violencia para imponer cualquier decisión política.

Son imprescindibles las transformaciones sociales y económicas en la isla, aunque éstas deben ser graduales y contemplando programas de apertura real sin restricciones para la ciudadanía en las nuevas decisiones del Estado. El liderazgo político también tendría que estar sujeto a un debate democrático amplio y sobre la base de reglas electorales. En el fondo, el voto del pueblo debería escoger el nuevo modelo o sistema de convivencia socio-político, según los principios e idiosincrasia proyectados por los propios cubanos.

Los países del hemisferio no tienen por qué aprovecharse de la crisis en la isla, razón por la cual América Latina tendría que mantener un sistema de comunicación y apertura, tratando de asesorar sobre los pro y contras de la democratización, así como sobre los efectos distorsionantes de la economía de mercado, dejando a la voluntad del pueblo cubano el futuro de una transformación real y definitiva.

Mientras se trate de forzar desde afuera cualquier cambio sin legitimidad social al interior de la isla, el totalitarismo del régimen comunista será más difícil de combatir. El debate continúa abierto aunque, lamentablemente, el discurso y la contraofensiva del gobierno de Raúl Castro siguen dominando, junto a una población civil con pocas alternativas de subsistencia y múltiples asimetrías atormentadas por las necesidades materiales.

Las nuevas generaciones cubanas poseen una estructura ideológica distinta a la que peleó contra Fulgencio Batista, sus objetivos son contemporáneos y demandan un nuevo debate en su lucha por la inclusión y acceso al mercado mundial, a la tecnología y a un nuevo despegue de la ciencia e investigación, que en la actualidad siguen secuestradas para alentar una improductiva oposición al sistema capitalista.

El proceso cubano de transición está, irónicamente, conectado una vez más a las recetas capitalistas de libre mercado, porque no le queda otra opción; sin embargo, aún no se han generado sólidos consensos para visualizar soluciones legitimadas en las grandes mayorías. Por ahora no se vislumbran salidas democráticas en la política cubana, que seguirá ahogándose en sus propios ideales de resistencia y revolución. Los países e instituciones internacionales que pueden influenciar en una democratización tienden siempre a condicionar a su imagen y semejanza algunas posibilidades, y, por lo tanto, se hace inviable una pronta solución, porque lo mejor sería que el pueblo cubano ejecute otra revolución para terminar de una vez por todas con el socialismo.

El colmo de los enredos ideológicos y las farsas políticas, tiene que ver con las turbias negociaciones de paz entre la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el gobierno de Juan Manuel Santos de Colombia. El gobierno castrista se ofreció a ser sede de las conversaciones, en medio de un ambiente de oportunismo calculado. Es sencillamente increíble. Sin embargo, debemos recordar los horrores y la cara sonriente, aunque no por la fuerza, sino movida por la verdadera alegría de Ingrid Betancourt, quien sufrió en carne propia el secuestro y la violencia inigualable de las FARC.

Aunque la sencillez y un semblante redondo con arrugas le devolvían la vitalidad luego que Ingrid fuera liberada, nadie debe olvidar los seis largos años con el sufrimiento rompiéndole el carácter. Aun así, la moral de Betancourt estaba incólume como para dar sus testimonios sin mentir. Uno jamás podía imaginarse ver a la ex candidata presidencial colombiana, repuesta y tan feliz al ser redimida el miércoles 2 de julio de 2008 después de su secuestro en el año 2002. Su liberación constituía un golpe político e ideológico para la izquierda armada, así como una oportunidad vital que demostraba al mundo la posibilidad de sobrevivir sin hacerse al héroe por medio de una resistencia violenta. Todo lo contrario, Betancourt sobrevivió con lo que más caracteriza a la especie humana: dignidad y temple del espíritu.

Fue difícil hacerse a la idea de que los gestos tan humanos, sus palabras tan humildes, sencillas, directas, lejos de toda teoría o justificaciones absurdas de los revolucionarios de café y muy lejos también de los salones humeantes de cigarrillos, exageraciones y cobardías, podían tener tanta fuerza. Ingrid hoy está libre y es el ejemplo viviente de una sola lección para toda la izquierda latinoamericana y mundial que todavía añora los movimientos armados: la moral y la ética no están en la guerrilla, ni en la revolución violenta o las intimidaciones de un fofu socialismo del siglo XXI.

La verdadera moral se encuentra en la palabra puesta en el corazón y en éste expuesto con lágrimas y espontaneidad como la sonrisa de Ingrid Betancourt. ¿Son estas únicamente opiniones, una estúpida farsa o un repetir del culto a la personalidad? Para nada, aunque nadie sentiría la más mínima vergüenza de expresar admiración por la personalidad de alguien que vio por dentro y supo enfrentar a la izquierda hipócrita armada.

Toda aquellos que se llenan la boca de bravuconerías sobre la transformación de la sociedad mediante la revolución y el llanto maloliente para reivindicar los cambios por medio de la brutalidad, son verdaderos sepulcros blanqueados o enfermos mentales porque no se dan cuenta de que la superioridad moral del ser humano no está en el marxismo, ni en las estrategias de la guerrilla como método político para tomar el poder, sino sencillamente en la venia de una mujer que aguantó los vejámenes de varios pillos y delincuentes.

La izquierda latinoamericana necesariamente debe sentirse deshonrada con las acciones de las FARC y por ello también tendrían que reconocer su profunda debilidad moral frente a la fuerza de lo femenino, frente a la tormenta de peticiones para que los movimientos armados desaparezcan de una buena vez de esta tierra que ya tiene suficiente con las farsas de varios pseudo héroes que únicamente fomentan la destrucción de sí mismos y de lo poco que queda de honradez en la búsqueda de un mundo mejor sin violencia.

Hasta la irremediable caída del Muro de Berlín en 1989, los comunistas y representantes de la izquierda creían tener el derecho de propiedad sobre los valores como justicia social, lucha contra la discriminación y combate a la pobreza, como si todo el mundo tuviera la tonta obligatoriedad de etiquetarse con el rótulo de izquierda para no caer en el supuesto conservadurismo de la derecha y el capitalismo salvaje.

Estas concepciones fueron una absoluta equivocación pues ninguna tendencia política tiene el privilegio de atribuirse la herencia moral de la

humanidad, primero porque el relativismo e historicidad de los valores siempre están en tela de juicio, y segundo porque la izquierda armada exagera sus estrategias de poder instrumentalizando todo a favor de una racionalidad política donde todo es válido, inclusive el crimen, extorsión, secuestro despreciable y los vejámenes a los derechos humanos como lo realizado por las FARC.

Ninguna izquierda o derecha puede llevar hasta el extremo sus deleznable utopías políticas subordinando la moral, trata de personas y la violación horrorosa de toda dignidad humana a las estrategias de poder. La liberación de Ingrid Betancourt es el principio del fin de las FARC y una prueba más del retroceso moral de la izquierda y los movimientos armados de toda laya en el mundo.

Los acuerdos de paz firmados entre el gobierno colombiano y las FARC en junio de 2016 en La Habana, no significan ningún tipo de garantía para la consolidación democrática en América Latina, ni tampoco una noticia esperanzadora que erradique la violencia e inseguridad urbana en Colombia. El narcotráfico que penetró hasta el fondo en las FARC, así como la imposibilidad de hacer justicia por todos los delitos de lesa humanidad cometidos en nombre de la revolución, convierten en las FARC en la expresión postmoderna de una izquierda delincuencial y pragmática que jamás pudo ni pensó en construir un nuevo tipo de sociedad, sino que vivió muy cómoda entre la conspiración y el pánico acostumbrado a sembrar la violencia. Esta también fue y continúa siendo la experiencia cotidiana del socialismo cubano.



# 5

## El fracaso de las fuerzas de izquierda en Bolivia

### **El Movimiento Bolivia Libre (MBL) que pasó del trigo limpio al realismo político**

La izquierda boliviana tuvo un desempeño mediocre e inclusive decepcionante a lo largo de su historia reciente. Desde el año 1982, los partidos de izquierda estuvieron signados por la completa inoperancia en el campo de las propuestas para las políticas públicas. Destacaron únicamente por su habilidad para estimular el caos con el pretexto del impulso revolucionario, terminando en una anarquía irremediable durante el gobierno de la Unidad Democrática Popular (UDP), que en el año 1985 recortó en un año el periodo presidencial del ex presidente Hernán Siles Zuazo. Su fracaso descomunal arrinconó por un buen tiempo a las fuerzas de izquierda en la esquina de las amenazas indeseables, al mismo tiempo que fueron identificadas como incapaces y hábiles sólo para la verborragia.

Los fantasmas de la UDP persiguieron por un buen tiempo al Movimiento Bolivia Libre (MBL), partido que nunca representó una verdadera opción de poder desde la izquierda de clase media profesional, debido a que sus estrategias se inclinaron hacia la concertación con los sectores de derecha ligados a la economía de mercado. Desde su fundación a finales de la década de los años ochenta del siglo XX, hasta su desaparición luego de aliarse con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Sánchez de Lozada, el MBL actuó constantemente con una

lógica tímida en lo ideológico y pragmática en la relación con otros partidos que poseían reales opciones para llegar al gobierno.

En las elecciones presidenciales de 1997 intentó presentarse con una transfiguración totalmente radical. No sólo cambió su candidato caudillista a la presidencia, incorporando a Miguel Urioste en reemplazo de la figura arzobispal, confesional y supuestamente incorruptible de Antonio Aranibar, sino que todo su perfil político dejó atrás aquel credo ideológico que emanaba del marxismo, las interpretaciones de izquierda y el purismo ético. A finales de los años noventa —después de su primera experiencia en función de gobierno como parte de la coalición MNR-Movimiento Revolucionario Tupac Katari de Liberación (MRTKL)-Unidad Cívica Solidaridad (UCS)— buscaba la promoción de nuevas *imágenes*, echando mano del marketing político para convencer a la sociedad de una propuesta que no tuvo solidez técnica.

La inscripción oficial de sus candidatos a la presidencia, vicepresidencia, senaturías y diputaciones plurinominales, así como uninominales presentó, de cualquier manera, importantes aportes. En 1997, fue el único partido que logró cumplir con el cupo necesario de mujeres candidatas, presentando también una apreciable participación de fichas jóvenes que tuvieron su primera experiencia como postulantes a diputaciones.

La mayor parte de sus candidatos, entre ellos: Pastor Velásquez, Juan del Granado, Ronald Méndez, Erwin Saucedo, José Urañavi, Fausto Ardaya, Franz Barrios, Guido Chumiray, César Camargo, y el mismo Miguel Urioste, se caracterizaron más por ser dirigentes denunciadores y confrontadores, antes que líderes seductores con fuerte convocatoria regional o nacional. Sus candidatos no fueron de mayorías, aunque esperaban doblar —según declaraciones de Aranibar— el 5,3 por ciento alcanzado en las presidenciales de 1993. El MBL jamás logró alcanzar ni el 6% de una elección presidencial y esta tendencia se reprodujo en otros partidos similares sustentados en las clases medias urbanas. Las propuestas de campaña y el discurso político estuvieron concentrados en

análisis coyunturales, ubicuos para sacar ventaja de acusaciones en contra de otros partidos dominantes y el MBL se auto-promocionó como un ilusorio reservorio moral dentro de la praxis política.

En un informe de 1994 donde se evaluaba el primer año de la coalición de gobierno MNR-MRTKL-UCS-MBL, Miguel Urioste afirmaba que su partido inició la gestión gubernamental debilitado por una falta de convicción plena en la aventura de ser gobierno y acomplejado por una visión empapada de limpidez ética e ideológica. Urioste afirmaba que la identidad del MBL, un año después de ejercer el poder, era otra. El MBL quería el poder pero también le tenía miedo al poder. Tenía miedo a cambiar o perder su propia identidad. Lo que no dijo fue que la identidad del MBL ya había cambiado desde el momento en que tallaron un fino acuerdo con Gonzalo Sánchez de Lozada en julio de 1993 (Urioste, 1997).

Estas dudas se asomaron a las ventanas de otros partidos de izquierda que transitaban hacia su reubicación en el escenario político. El MBL sabía que, para bien o para mal, la palabra *socialismo* ya no impulsaba el corazón de los mejores hombres y mujeres de nuestro siglo y que los conceptos de revolución difícilmente generarían mejores instituciones que las instauradas por la democracia representativa. El MBL pasó de la retórica por la revolución hacia el discurso ético de lucha contra la corrupción, carentes ya de todo basamento doctrinario y de toda explicación clasista o utópica de la política.

Si el MBL comenzó tímidamente a encarar el poder, en 1997 sabía que podía ejercerlo y que los resultados políticamente prudentes estaban por encima de cualquier ideología o actitud principista. Súbitamente, Urioste ya no continuó con el juicio de responsabilidades al ex ministro de educación, Hedim Céspedes; el desempeño de Juan del Granado a la cabeza de la Comisión de Derechos Humanos en la Cámara de Diputados fue relativamente eficiente, pero el MBL se alineó junto a otros partidos para dejar en un agujero negro las aristas más punzantes del caso

denominado *narco-avión* que partió sin restricciones del aeropuerto de El Alto con varias toneladas de cocaína en 1997. La imagen del canciller de Sánchez de Lozada, Antonio Aranibar, ya no se rasgaba las vestiduras cuando se hablaba de la presencia estadounidense en la orientación de la lucha contra el narcotráfico. El MBL se convirtió en un partido de izquierda pequeño burguesa atrápalo todo (*catch all party*) común y silvestre, inyectado, como todos, con una fuerte cantidad de realismo político.

El MBL estaba seguro de caminar al lado de la razón, la ética inmaculada o la oposición testimonial mientras no era gobierno, difundiendo masivamente el eslogan “somos trigo limpio” pero de improviso se percató de que debía dejarse llevar por la fuerza centrípeta que magnetizó a otras fuerzas políticas: ganar elecciones, estar presto a poner en marcha cualquier alianza que brinde expectables posiciones de poder, y no criticar demasiado cuando se habla de gobernabilidad y modernización económica bajo el mandato de imperativos internacionales.

Para el MBL, una campaña presidencial era, en rigor, publicidad, no para vender programas ideológicos, sino candidatos y figuras, y eso es lo que tenía que mostrar, aunque sin éxito. Los partidos de izquierda anclados en la representación de clase media ciudadana no pueden engrandecerse y tomar el poder de manera victoriosa en los procesos democráticos. El MBL puso en acción una serie de imágenes dramáticas ante los medios de comunicación, donde su discurso político presentó un contenido débil o repetitivo, porque en el juego multicolor de la elecciones donde juegan los partidos atrápalo todo, lo que cuenta es la manera de decir, la capacidad de resultar ambiguo, en la medida en que se trata de hacer creer y seducir, antes que explicar y proponer. La izquierda del MBL trató de seducir con una imagen de trigo limpio, si mancha pero no logró plantear un programa de gobierno alternativo, transformador y con claras utopías políticas renovadas.

El binomio presidencial de 1997 Miguel Urioste-Marcial Fabricano, optó por la vía fácil de una fuerza política de izquierda tradicional que

lo acogía todo, desvinculada de cualquier dogma, y perfilándose a subir al carro alegórico de la demagogia contestataria y las estrategias instrumentales para convertir sus viejas ilusiones en cómputos electorales que les facilite ser una opción de poder. Sin embargo, incluso en este realismo pragmático fracasaron, pues el MBL debió haberse dejado absorber por el MNR de Sánchez de Lozada para sobrevivir.

La sociedad lo juzgó como un partido oportunista y sin decisión para actuar con identidad propia. En el gobierno de Sánchez de Lozada y su posterior actuación, el MBL fue un furgón de cola y sus principales dirigentes buscaron únicamente puestos de influencia para favorecerse a sí mismos. Después de las derrotas electorales como partido independiente, desaparecieron con la arrogancia de una izquierda que, en el fondo, nunca fue revolucionaria sino todo lo contrario: conservadora, tradicional y atrapa cargos para una élite privilegiada.

### **El Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR): testamento de una generación**

Nunca podremos comprender hasta qué punto es posible mentir y distorsionar las explicaciones sobre nuestra realidad política, cuando uno está obsesionado por el poder y los diferentes mecanismos para alcanzarlo. En muchos casos no basta el olfato estratégico para tomar una decisión, sino despojarse de todo escrúpulo hasta llegar al extremo de engañarse a uno mismo, intoxicarse con justificaciones que rebasen todo límite moral y reivindicar un realismo descarnado donde el mal pueda fácilmente disfrazarse de bien, así como el bien pueda también enajenarse hasta su descomposición (Peñaranda de del Granado & Chávez Zamorano, 1992). Así, ya no importa el horizonte de servicio público o el compromiso con nuestra sociedad para aportar a la solución de problemas, al menos esta es la triste lección que se aprende de Oscar Eid, fundador y pieza clave del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), una vez que la

Corte Suprema de Justicia lo encontrara culpable por el delito de encubrimiento al narcotráfico en el año 2000.

La culpabilidad de Eid es el selló de un fracaso más para la izquierda, en este caso, socialdemócrata. El MIR nació en los años setenta del siglo XX y quiso arrogarse la representación de una juventud transformista después de la Revolución de abril de 1952. Sólo fueron espejismos porque el MIR tampoco mostró claros resultados, ni revolucionarios, ni ético-políticos, desapareciendo como un partido repudiado por la sociedad en las elecciones de 2005.

*“Fueron errores y no delitos”*, lamentable frase que Jaime Paz Zamora pronunció cuando anunciaba su retiro de la política en 1994, una vez que el vendaval de lodo y agua turbia amenazaba con sepultarlo por las acusaciones de haber recibido dinero del narcotráfico para su campaña electoral de 1989. Aquel año 1994 Eid también declaraba sucesivas contradicciones ante una comisión del Congreso tratando de explicar por qué pagó una cuenta de hospital perteneciente al narcotraficante Isaac “Oso” Chavarría. Seis años más tarde, la verdad salió a flote con el veredicto de la Corte Suprema: Oscar Eid y una parte del MIR, sí encubrieron a peces gordos del narcotráfico aunque algunos insistieron con terquedad irrisoria que existía una “sentencia sin delito”, afirmación desbaratada por las investigaciones judiciales donde se testimoniaba que hubo reales delitos y no errores.

Más allá de que Oscar Eid no pudiera ejercer ninguna función pública de alto rango o candidatear en elecciones, su sentencia constituyó el testamento traicionado de aquella generación cuya influencia política de izquierda en Bolivia fue estéril: Eid y Paz Zamora fueron los líderes más importantes de una generación de políticos nacidos en la década del setenta en plena dictadura de Bánzer. El viejo MIR surgió al calor de la Asamblea Popular en junio de 1971, proclamando una línea ideológica marxista, adoptando posturas radicales de corte armado por sus contactos con el entonces Ejército de Liberación Nacional (ELN) y expresando

que la contradicción principal en Bolivia “opera entre las clases explotadas de la nación dependiente y el imperialismo”, declaración hueca que jamás tuvo sentido estratégico, ni tampoco expresó con honestidad las verdaderas intenciones del MIR.

Se inventó el famoso entronque histórico para explicar la articulación entre los principios revolucionarios de 1952 y el nacimiento hegemónico de una nueva izquierda nacional, expresada en el liderazgo de Paz Zamora. Empero, el MIR rápidamente cambió su piel ideológica pasando del tono armado hacia una social-democracia que le permita llegar al poder con astucia en las negociaciones políticas, menospreciando cualquier compromiso ideológico pues el entronque quedó sin efecto cuando Paz Zamora llegó a la Vicepresidencia junto a Hernán Siles Suazo en 1982, a quien dejó solo en medio del caos político-económico que destruyó a la entonces Unidad Democrática y Popular (UDP).

El MIR entró y salió del gobierno de la UDP en dos oportunidades sin importarle los perversos efectos de semejante irresponsabilidad durante los momentos de inestabilidad y riesgo de retroceso autoritario en los albores del sistema democrático (1982-1985). Aquella época todavía existían el Bloque Social Revolucionario y el Frente de Masas Obrero, cuotas de compromiso populista dentro del partido que rápidamente se desvanecieron cuando el MIR se convirtió en Nueva Mayoría: la incorporación de importantes empresarios privados que quebraron el entronque histórico con una mezcla de liberalismo económico, democracia representativa, privilegios de elite y ambiciones incontrolables de llegar al poder, rompiendo toda identidad utópica que podía definir a la izquierda nacionalista.

En 1984 el ex presidente Siles fue secuestrado por unas horas, mientras que misteriosamente Paz Zamora se encontraba en Europa, lo cual provocó una crisis constitucional ante la incertidumbre por el rapto de Siles. En aquel entonces, Eid, como siempre, trató de justificar la actitud desleal del MIR pero un año más tarde, en 1985, el MIR abandonaba

definitivamente a Siles exigiendo el recorte de su mandato por un año y condicionando todo apoyo a favor de la oposición Acción Democrática Nacionalista (ADN)-MNR, solamente para convertir a Jaime Paz en candidato presidencial en 1985. Eid y Jaime Paz constituyeron una dupla cuya nulidad moral está por demás comprobada, pues estaban dispuestos a comerciar con la credulidad popular hasta conseguir lo que deseaban. Jamás aportaron nada a la historia de reformas o revoluciones del país, sino un arsenal de doctrina socialdemócrata inservible y operaciones políticas favorables a una cúpula inconsecuente.

La hazaña de Oscar Eid fue convertir en presidente a Paz Zamora en 1989, aun a pesar de que su candidatura obtuviera un pobre tercer lugar. Desde aquel momento no se dijo nada sobre los viejos postulados para transformar la sociedad boliviana. Paz Zamora prosiguió con el Decreto Supremo 21060 durante su gobierno y nos recordó que el no poder hacer nada es lo más apropiado para aplastar toda utopía de izquierda revolucionaria en el sentido tradicional: romper con las instituciones imperantes para instaurar un nuevo tipo de régimen político (Peñaranda, 2015). El MIR podía aliarse con cualquier cosa mientras los electores estén atareados en buscar consuelo sin tener tiempo ni ganas para sopesar la historia y las acciones de los partidos o las posiciones de izquierda (Brockmann & Aparicio, 2012).

Como explicaría el filósofo rumano Ciorán, todos, finalmente, se resignan a las durezas o a las estupideces de las mentiras políticas; esperan, sin saber, que la esperanza es una virtud de los esclavos. Entretanto, Oscar Eid permaneció agazapado detrás el partido, burlándose del pasado y siempre dispuesto a traicionar el testamento de una generación que no temía mostrar que la política era el arte de aprovecharse de los hombres, haciendo creer que se los sirve.

## **Las debilidades ideológico-estratégicas del Movimiento Sin Miedo (MSM) y su desaparición en el año 2014**

Bolivia está cambiando enormemente en diferentes aspectos. Ya sea desde el punto de vista socio-cultural, político o económico, la fragua del denominado nuevo Estado Plurinacional representa un momento constitutivo del cual van a desgajarse varias sorpresas, al mismo tiempo que aparecerán múltiples dificultades y conflictos que tienen sus raíces profundamente afincadas en nuestro pasado histórico. Sin embargo, lo que se resiste a cambiar, tropezando con los mismos problemas, es el sistema de partidos. Éste se encuentra en una decadencia definitiva, tanto en la organización de alianzas o frentes electorales, como en el ámbito de su institucionalidad (Mainwaring & Pizarro, 2008).

Por largo tiempo, la institucionalización de los partidos políticos fue un tema de investigación central en América Latina, aunque los avances en la práctica fueron muy pobres o demasiado lentos. Perdura un sistema de partidos que funciona y se reproduce en *forma oligárquica*, lo cual ha fracturado profundamente la comunicación y legitimidad de varias organizaciones políticas frente a los ciudadanos de toda la región (Kitschelt, Herbert, et. al., 2010). Por institucionalidad se entiende a un conjunto de normas y expectativas previsibles para cumplir las funciones de representación, que tienen el fin de ordenar el comportamiento de los partidos políticos, fomentando así su desenvolvimiento democrático.

Entre los principales elementos medibles y observables de institucionalidad, tenemos: el ejercicio de la democracia interna; el combate a toda forma de caudillismo y culto a la personalidad; la toma de decisiones abierta a la participación ampliada de las bases sociales del partido; la transparencia en la recaudación de fondos y la administración de los mismos con propósitos electorales; la sanción y cumplimiento de los estatutos orgánicos; el compromiso y la lealtad manifiestos respecto a la continuidad de un régimen democrático, razón por la que los partidos deben competir respetando los resultados inciertos de cualquier elección.

Un aspecto vital es la necesidad de evitar la penetración de grupos de interés delincencial, tanto por pragmatismo como por cálculos de poder. Esto es relevante, sobre todo en cuanto a las maneras de solventar las campañas donde existen indicios de un peligroso avance de algunas fuentes oscuras de financiamiento que pretenden influir en la política. Si no es notoria la transparencia para mostrar de dónde vienen los recursos económicos de un partido, entonces emergen dudas sobre la intencionalidad por representar legítimamente a grandes sectores de la sociedad. Este indicador es mucho más trascendente para las fuerzas de izquierda que reivindican ser el reservorio moral en la lucha por la justicia e igualdad.

En el caso del Movimiento Sin Miedo por Justicia y Dignidad (MSM), ninguno de los dirigentes regionales o paceños conoce exactamente las formas para financiar todas las actividades del partido, excepto aquellos descuentos que se hacen a los funcionarios municipales. De cualquier manera, el volumen de recursos tampoco ha sido abiertamente vislumbrado, convirtiendo al partido en una organización centrada sobre sí misma donde el jefe partidario y las élites que lo acompañan reproducen una lógica conservadora respecto a cómo se toman las decisiones estratégicas; es decir, únicamente un pequeño grupo estaría autorizado a conocer el origen de los fondos, considerado una especie de asunto delicado que no merecería ser compartido con el conjunto de la militancia. Este dato, que parece ser insignificante, ayuda a entender cómo se terminaron por clausurar algunas posibilidades democratizadoras del MSM, afectando seriamente el futuro de su capital de confianza y renovación interna.

La desaparición de este partido político constituyó una mala noticia para el régimen democrático, en la medida en que muchos sectores urbanos veían con buenos ojos la proyección de Juan del Granado como un líder nacional. Por esta razón, es fundamental explicar los motivos de la ruina del MSM, una fuerza local que ejerció el poder en los ámbitos del Gobierno Municipal de La Paz desde el año 2000 y fracasó rotundamente en las elecciones presidenciales de octubre 2014.

El MSM es la expresión de un partido de izquierda exitoso en las elecciones municipales (2000-2015) pero que nunca aportó nada nuevo a los procesos de gestión pública transparentes y eficientes, pues terminó repitiendo la vieja lógica: clientelismo extremo, aprovechamiento de los recursos públicos para vender la idea de reelecciones constantes y reforzamiento de pequeñas élites burocráticas, que con la excusa del discurso de izquierda reproducen acciones antidemocráticas y, en muchos casos, corruptas.

Habiéndose fundado en el año 1999, el MSM se perfilaba como un partido que pretendía ofrecer nuevas formas de practicar la política. Su líder, Juan del Granado, construyó una imagen bastante respetable, abriendo el paso para brindar una nueva identidad a la izquierda en Bolivia. Aunque el discurso inicial fue muy contestatario y a momentos radical en contra de la llamada *partidocracia*, el MSM no dejó de ser una organización conformada alrededor de élites políticas. Este aspecto minó sus posibilidades de transformación y se convirtió en uno de los obstáculos que acabó por reproducir el personalismo, al cual se criticaba efusivamente en las presentaciones públicas sin ser verdaderamente derrotado en la dinámica cotidiana del partido.

En este capítulo se afirma que la debacle del MSM recorrió el mismo camino pedregoso que la mayoría de los partidos tradicionales de Bolivia, donde la ideología como fortaleza de interpelación perdió identidad, mientras que la institucionalidad estuvo limitada porque el partido fue sólo un instrumento personal del líder fundador y de un pequeño círculo de influencia.

Muchos de los fundadores provenían del Movimiento Bolivia Libre (MBL), donde del Granado fue elegido diputado en las elecciones de 1993 y 1997. El MBL solía presentarse bajo el eslogan de “trigo limpio”, aparentemente para encarnar un modelo de lealtad a los principios éticos de una izquierda con utopías de transformación social. El MBL también desapareció en condiciones lamentables. Al no convertirse en un partido

con opción de poder, cambió su posición purista por la ubicuidad dentro de los espacios gubernamentales.

Ni el MBL, ni el MSM lograron ir más allá de una representación urbano-occidental con raigambre en las clases medias educadas. El MSM no supo cómo incorporar rostros cholos e indígenas y, por lo tanto, tampoco consiguió incorporar políticamente a las regiones del sur y el oriente del país, donde emergía con fuerza un conjunto de demandas por la autonomía y la construcción de decisiones propias en contra del centralismo de La Paz. Precisamente, fueron muy notorias dos debilidades que atenazaron al MSM: el enclaustramiento geográfico en el municipio paceño y el encierro ideológico en los antiguos códigos de la izquierda como capital moral en contra de las dictaduras militares (Mayorga, 2004).

La razón de ser de todo partido, no radica tanto en la posibilidad de conquistar los escenarios del poder dentro de las luchas del campo político, sino en la fuerza con que actúa para *representar* los intereses de varias clases sociales. El núcleo de un partido político es la representatividad que pueda ejercer en el largo tiempo. ¿Cómo logra realmente un partido interpelar y representar a la multiplicidad de identidades colectivas que resuenan en una sociedad multiétnica como Bolivia? Este factor condiciona no solamente la conformación de diferentes organizaciones políticas, sino también sus posibilidades de reproducción como instituciones duraderas. Si un partido, a pesar de no acceder al poder en un proceso electoral, goza de cierta estabilidad para representar los intereses de algunas clases sociales, entonces sobrevive a una serie de retos como la canalización de beneficios personales para sus dirigentes, o al avance únicamente instrumental de la política, entendida como trampolín para capturar puestos influyentes en las estructuras estatales.

El MSM se propuso ir más allá de la política como posibilidad de usufructuar espacios institucionales por el hecho de acceder a privilegios burocráticos. En sus principios e historia de su nacimiento, buscaba ser más que un partido político, aspirando a convertirse en un *movimiento*

*social* de bases muy amplias, con el propósito de expandir su representación política en diferentes ámbitos, pero nunca logró ir más allá de ser una organización demasiado local en el trabajo de sus principales dirigentes. La representación política es un fenómeno que articula fundamentos socio-psicológicos y raíces muy profundas, relacionadas con la constitución de sujetos políticos, de manera que cuando un partido como el MSM desaparece, quiere decir que la sociedad lo ha descartado como alternativa para representar cualquier interés social o económico (Badiou, 2014).

El sistema de partidos prácticamente se destruyó desde el año 2003 y toda organización política, aún sigue siendo presa del pánico, la incertidumbre y el desánimo cuando no puede encarnar a una sociedad que alcanzó altos niveles de conflicto y divisionismo. En Bolivia es muy difícil medir el impacto de los clivajes socio-políticos sobre los partidos. La duda, el odio y el resentimiento por no lograr un equilibrio entre la representación partidaria y su influencia en el orden político, se confunden con la burla de aquellos que están cooptando el poder e interpellando al electorado con diferentes victorias. Los triunfos del Movimiento Al Socialismo (MAS) desde el año 2005 marcan el nacimiento de un proyecto hegemónico que marginó al viejo sistema de partidos (García Linera, 2014). Como cualquier otro partido que participó en las elecciones de 2014: Unidad Nacional (UN) o los fragmentos de la derecha ocultos en el MNR y el Partido Demócrata Cristiano (PDC), el MSM sufrió los golpes de una crisis de representatividad política, junto a las acciones hegemónicas promovidas por el MAS.

El objetivo de este capítulo es analizar las principales razones y procesos políticos que explican por qué el MSM se desvaneció de la escena democrática, perdiendo no solamente la personería jurídica, sino afectando también la credibilidad e impacto de las ideologías de *izquierda democratizadora* en Bolivia, que a diferencia del MAS, intentaron mostrarse como una alternativa presidencial, aprovechando algunos resultados

positivos cuando administraron el poder al interior del Gobierno Municipal de La Paz (GMLP). El foco de los problemas giró en torno a una falta de precisión ideológica para reimpulsar las posiciones de izquierda, junto con el personalismo organizacional dentro del partido que tampoco supo adaptarse al nuevo contexto político liderado por Evo Morales.

El marco metodológico en el análisis del MSM, obedeció a un tratamiento histórico de los principales escollos que evitan la institucionalización de un partido político, sumado a un análisis de la crisis de las ideologías de izquierda en América Latina junto al fuerte determinismo de los procesos electorales, donde *ganar* se convierte en el fundamento de cualquier accionar partidario (Kirchheimer, 1980)<sup>11</sup>.

El MSM soñó con fundar un partido verdaderamente innovador, totalmente opuesto a las viejas prácticas de la democracia neoliberal pero tropezó con varios obstáculos. Posiblemente tampoco sirvió de mucho declararse de izquierda o apoyar aquellas formas participativas de hacer política con el objetivo de limitar la influencia partidaria en el sistema político. Siempre reivindicó la necesidad de mirar la realidad de frente y con valentía. Para el MSM, Bolivia seguía siendo un país pobre, atormentado por la corrupción y burlado por las risas de los líderes astutos que parecían escupir en la cara del país los aires vanidosos de la autoridad política. Los dirigentes jóvenes del MSM se resistieron a la idea de tener las manos atadas porque su fuerza, aparentemente, no permitiría quedarse en el café o en la cantina repitiendo un vano “hay que hacer algo”. Bolivia necesitaba del mayor sacrificio para reinventarse como comunidad política.

---

<sup>11</sup> Para este capítulo, se realizaron siete entrevistas con dirigentes importantes del MSM: Edwin Herrera, actual secretario político; Pedro Susz, director de gobernabilidad del GMLP; Julio Figueroa, director de la autoridad de transporte en el GMLP; Cecilia Barja, fundadora del MSM; Sebastián Michel, fundador del MSM, y posteriormente Viceministro de Gestión Comunicacional y alineado con el MAS; Mario Orellana, ex candidato a senador por Cochabamba, militante del MSM; Santiago Padilla, ex militante del MBL y fundador del MSM, actual funcionario del GMLP en el programa Barrios de Verdad.

Por esto, dos generaciones que acompañaron al MSM entre 1999 y 2014 (la generación de los años 90 y la del siglo XXI) pagaron la factura. Intentaron empujar el arado hasta el fondo en medio del calor sofocante, el frío o la lluvia que inunda el trabajo al interior del GMLP. No había otra alternativa. El país exigía cargar una cruz muy pesada y un sacrificio político muy costoso. Lo demás era una molestia pasajera. Las elecciones tenían que ser ganadas por el MSM porque los otros líderes de la oposición iban en busca de veleidades personales. Nada más. La contradicción fue que la sociedad apoyó al MSM, únicamente en las elecciones municipales, sobre todo en la ciudad de La Paz y nunca le dio la oportunidad de ser una fuerza realmente nacional.

El MSM hizo política, sabiendo que debía pugnar por el poder y conquistarlo. Posteriormente utilizarlo y tratar de domar al monstruo para beneficio de la Nación boliviana. Por lo tanto, el primer paso fundamental era proteger el escenario institucional de la Alcaldía paceña. El segundo paso fue pensar que el apoyo al MAS como centro hegemónico, significaba la mejor decisión. El MAS representaba al partido más fuerte pero no por ello invencible. La evolución de los hechos demostró lo contrario. Mientras fortalecieron al MAS como impulso hegemónico, la ruptura con él representó la desaparición de sus posibilidades de tomar el poder.

Conservar la Alcaldía, politizar sus esfuerzos para mantenerse en la izquierda de clase media urbana y demostrar un sentido de sacrificio al aceptar la hegemonía del MAS, resultó ser una combinación poco prudente. Aquellos hombres y mujeres jóvenes que se unieron a la inmolación, creyeron estar en la senda correcta, empezando además una lucha con la cabeza baja, para posteriormente tratar de levantarla cuando sintieron que podían dar pelea con una nueva opción de poder: Juan del Granado. Esto también constituyó otra equivocación.

Ni la absorción dentro del MAS y el llamado proceso de cambio, ni el seguimiento acrítico y fiel al caudillismo de Juan demostraron ser políticamente eficaces. El MSM se derrumbó y la izquierda de clase media

urbana sucumbió sin siquiera obtener una sola representación parlamentaria. La mejor manera de enfrentar al MAS, nunca debió estar en el hecho de subordinarse a la tendencias político-electorales dominantes, ni tampoco engañarse con la figura de un solo caudillo como si fuera su mejor carta de presentación.

### **La hipótesis sobre la desaparición del MSM**

La principal hipótesis sobre la desaparición del MSM afirma que este partido no tuvo una consistencia ideológica que sustente efectivamente una nueva propuesta de izquierda transformadora. Si bien expresó sus principales críticas en contra de la economía de mercado y las consecuencias negativas de lo que el MSM calificó como una “partidocracia irresponsable” en el sistema democrático, tampoco mostró un liderazgo que lo identifique con una perspectiva política novedosa junto a una sólida legitimidad con bases sociales policlasistas<sup>2</sup>. Existieron tres grandes tendencias históricas al interior del MSM que marcaron bastante su funcionamiento interno:

- a) Un constante pragmatismo electoral de corto plazo, asociado a visiones ideológicas o políticas dicotómicas simplistas: nosotros versus la partidocracia excluyente y corrupta; la ética del nuevo movimiento en contra del neoliberalismo empobrecedor y antidemocrático. Sin embargo, en la ideología del MSM está diluida la diferencia cualitativa de interpelación de izquierda, pues dejó de plantearse otro tipo de *utopías* de cambio social y revolución política. El discurso del MSM se quedó únicamente con las denuncias, aunque esto le sirvió bastante para generar un buen impacto en las campañas municipales donde se reprochaba la inestabilidad, descomposición e ineficiencia

---

<sup>22</sup> Para formular las principales hipótesis, se utilizaron varias ideas valiosas expresadas en los testimonios de Pedro Susz, Mario Orellana, Sebastián Michel y Julio Figueroa.

en la Alcaldía. Este discurso fue explotado en el momento de preservar un buen caudal electoral dentro del poder local de La Paz.

- b) En la administración municipal (2000-2016), el MSM llevó adelante un profesionalismo tecnocrático carente de orientación y formación política, pues se buscaban resultados inmediatos, según los parámetros burocráticos y formales que eran el alimento preferido para algunos decisores políticos, quienes intentan promocionar sus carreras personales y una buena imagen ante los medios de comunicación. El propósito principal era *hacer obras* a como dé lugar. Este rasgo, se encuentra inclusive en Juan del Granado, un líder que confiaba mucho, no tanto en las posiciones ideológicas, sino en la eficacia práctica y en los efectos impresionables que podían transmitirse por la televisión. De esta manera, se postergaron constantemente las necesidades de una mejor organización partidaria, junto a una capacidad institucional para romper el cerco electoral que se había construido en torno al municipio paceño.
- c) El desgaste de energías dentro de la burocracia municipal se unió a una confusión en el plano de las ideas de transformación socio-política después de la crisis nacional de octubre de 2003 con el derrumbe del ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. Las estrategias del MSM siguieron pragmáticamente la coyuntura nacional inestable, y de ahí sus dudas iniciales en apoyar un “frente de alcaldes” para las presidenciales de 2005. Cuando esta posibilidad no prosperó, el MSM recién apuntó hacia otro rumbo, dejándose absorber finalmente dentro del MAS entre 2006 y 2010<sup>3</sup>.

---

<sup>33</sup> En las elecciones presidenciales de 2005, seis alcaldes de las principales capitales de departamento intentaron presentar a René Joaquino de Potosí como candidato. La iniciativa fracasó, al parecer por problemas organizacionales y disputas sobre la administración de los fondos para la campaña. Nunca hubo una seria propuesta gubernamental. Aquella época, el MSM no se acercó al MAS, a pesar de que Evo Morales convocó a una unidad de izquierda. Curiosamente, las encuestas de intención de voto colocaban al MAS en el tercer puesto. Una vez que la fuerza de Evo Morales fue creciendo al ganar con 53%, el MSM ya había perdido mucho terreno para gozar de una mayor identidad y autonomía

En su *Declaración Política*, las críticas hacia el MAS son bastante generales y no evalúan abiertamente el papel del MSM al interior de la alianza de 2006 a 2010 (MSM, 2014). Una vez más destaca la denuncia coyuntural, ligada a una falta de esclarecimiento ideológico sobre cuáles son los verdaderos aportes y propuestas de izquierda democrática que el MSM poseía. Sus tesis pueden ser interpretadas como posiciones reformistas tradicionales que incluso están emparentadas con las críticas de una agenda democrática desde las fuerzas de derecha. La declaración política expresa ideas superficiales sin un impulso partidario para diferenciarse del MAS.

Por ejemplo, indican lo siguiente: “a partir del año 2010, en el segundo período de gobierno de Evo Morales, se debía desplegar el vasto programa del proceso de transformación y cambio. El proyecto restaurador de los sectores conservadores estaba derrotado; se había aprobado con el 61,4% el nuevo texto constitucional mediante referéndum y el Presidente había sido reelegido con el 64,2% de los votos de la población (...)” (ídem.: p. 7). “No existe, no se está produciendo la transformación económica que cambie la vida de la gente. El único mérito gubernamental sería el manejo macroeconómico, la estabilidad financiera y el control relativo de la inflación; todo ello a partir de la excepcional coyuntura histórica de precios internacionales por nuestras materias primas, especialmente gas y minerales, que ha permitido una balanza comercial altamente favorable, ingresos fiscales extraordinarios, superiores en estos 6 años a los 54 mil millones de dólares, y la acumulación histórica de reservas” (ídem.: p. 13). El MSM no formuló críticas ideológicas contundentes y basadas en su experiencia de gobierno junto al MAS. En muchos pasajes del documento todavía está de acuerdo con los logros positivos del llamado *proceso de cambio* que habría logrado amplia legitimidad política para Evo Morales.

---

en un pacto con Evo. Finalmente, tuvo que subordinarse a las directrices del partido fuerte: el MAS.

El MSM abandonó por completo la discusión de utopías revolucionarias. Éstas son importantes, tanto para las visiones de transformación radical, como para otras proyecciones alineadas con la consolidación democrática del siglo XXI. Las utopías son un instrumento político-ideológico que intenta demostrar que hay la necesidad de profundos cambios en el mundo social, político y económico en Bolivia y América Latina. La riqueza de volver a debatir distintos tipos de utopías, señala que aún no se han realizado varias *aspiraciones* por ser “otra sociedad y una mejor democracia”, por medio de *rupturas* profundas que eventualmente podrían estimularse hasta lograr otro tipo de actitudes.

El MSM descartó el impulso de voluntades diversas y transformaciones en la cultura política dentro de estrategias destinadas a la búsqueda de nuevas identidades políticas. Esto se relaciona con la formulación de *principios de esperanza*, donde las utopías constituyen una dimensión antropológica esencial que está en proceso de discusión, en diálogo con todas las culturas y con múltiples variantes de la izquierda, como parte de una nueva reconstitución ideológica con efectos de largo alcance. La ideología es un medio para crear pistas coherentes y significativas que ayudan al votante a elegir más allá del caudillismo. El MSM, al no tener un sólido planteamiento ideológico, estuvo incapacitado para proporcionar a los *votantes medios*, la posibilidad de comparar sus virtudes con otros partidos y diferenciarse así de Evo Morales. Como organización ligada directamente al poder institucional del GMLP, el MSM estuvo subordinado a los intereses de unos cuantos líderes ambiciosos.

De acuerdo con los testimonios recogidos, el MSM renunció a la necesidad de incorporar moral e ideológicamente a las masas, dirigiendo todos sus esfuerzos para cautivar al electorado cueste lo que cueste, solamente en función de ganar la Alcaldía paceña por medio del marketing político<sup>4</sup>. El partido sacrificó una penetración ideológica más profunda,

---

<sup>44</sup> Aquí destacan los análisis críticos de Julio Figueroa, Pedro Susz y Mario Orellana.

pensando en una irradiación práctica y estrictamente local de sus posibilidades de victoria. El objetivo estuvo afinado en conseguir votos y un éxito electoral rápido. La perspectiva de una política más prometedora en términos de institucionalidad, democratización interna y modernización como partido, fue postergada en función de un triunfo inmediato en las urnas. Es ilustrativo el testimonio de uno de los fundadores del partido<sup>5</sup>:

“La ideología de izquierda era *aparente* y sirvió para consolidar históricamente a un caudillo como Juan del Granado que apostó siempre a su visión personalista, tanto en las estrategias políticas como en el decisionismo. La élite dirigente estaba consciente de que las bases sociales del MSM eran leales, mientras se administraba la alcaldía con criterios de gerencia moderna pero sin ideología y con un énfasis políticamente clientelar. Nunca tuvimos una estrategia de poder y de expansión nacional.

El MSM fue un partido altamente caudillista, institucional sólo en lo *formal*, cuya militancia se recluyó en el GMLP, lugar donde sufrió una metástasis al ser incapaz de incorporar nueva gente. Fue innovador en la política de alianzas para preservar el poder local, lo cual le permitió tener gobernabilidad en los momentos más críticos para el municipio de La Paz como en el periodo 2000-2004”.

Las alianzas de gobernabilidad en el año 2000, al no tener una mayoría absoluta en el Concejo Municipal, llevaron al MSM a ejecutar aquello que criticaron: lograr pactos con los concejales de los partidos tradicionales como Guido Capra y Roberto Moscoso del MNR, con Cristina Corrales de Vanguardia Revolucionaria 9 de Abril (VR-9), e incluso con Ronald MacLean de Acción Democrática Nacionalista (ADN). Los acuerdos implicaron el acceso a puestos estratégicos y el cumplimiento del programa de gobierno presentado por Juan del Granado. La juventud del MSM, que fundó el partido pensando en la necesidad de combatir al

---

<sup>55</sup> Guardamos en el anonimato la identidad del entrevistado porque se detectó un ambiente poco proclive a la autocritica dentro del MSM, lo cual afectaría las fuentes de trabajo de algunas personas. Este es un típico síntoma de desinstitucionalización de las organizaciones políticas, frente al cual el MSM tampoco hizo grandes esfuerzos de cambio.

ex dictador Hugo Banzer y a ADN desde el año 1997, tuvo que recomponer sus perspectivas.

Para algunos dirigentes, los costos políticos fueron aguantables porque el arte de la política implicaba tener ductilidad, habilidad y por supuesto coherencia para sobrevivir en la Alcaldía (Lovera & Apaza, 2000). Sin embargo, el MSM tampoco retomó una mejor orientación ideológica a fin de seguir enriqueciendo sus convicciones de izquierda. Todo quedó en la aceptación de una mayor estabilidad gobernable en el Concejo. El sacrificio ideológico y una ausencia de congruencia con su identidad política, condujeron al MSM y su élite dirigente hacia una sobrevaloración de sus capacidades de representación. Los errores estratégicos, al parecer se detectaron desde el año 2005 pero no fueron enfrentados con el convencimiento necesario para superarlos. Al respecto, un importante funcionario del GMLP afirmaba:

“Yo siempre fui crítico hacia las incoherencias organizacionales e ideológicas del partido. En el año 2005, no estuve de acuerdo con apoyar el frente de alcaldes porque éste no poseía ninguna confiabilidad política. Organizar algo para las presidenciales por puro cálculo desdibujó la identidad del MSM. Si bien el MSM ganaba las elecciones municipales, fue porque logramos transmitir en la conciencia pública la idea de transparencia, eficacia y responsabilidad para eliminar el loteamiento del cargo de alcalde que imperaba en La Paz hasta el año 2000.

Por otra parte, nunca se aclararon las razones de la ruptura con el MAS. ¿Por qué en un momento sí se aceptaba la alianza, por qué en otro momento no? La decisión de ir solos a las elecciones municipales de 2010 obedeció a otro cálculo pragmático de no compartir la Alcaldía con el MAS. El fondo de los problemas descansa en lo siguiente: al interior del MSM, de ningún modo hubo un proceso serio de formación de cuadros ni de discusión política, tampoco existió una tarea de consolidación orgánica, ni siquiera en La Paz. Las razones del fracaso se sintetizan en que el MSM fue un partido con una propuesta políticamente amorfa, además de ser una organización ideológicamente vacía y éticamente pragmática. Esto es lo mismo que caracteriza a

Luis Revilla que acaba de desmarcarse del MSM para formar su propia agrupación ciudadana”<sup>6</sup>.

En medio de la insatisfacción y sorpresa al perder la personería jurídica el año 2014 debido al pobre 2,7% que obtuvo Juan del Granado, sus dirigentes intermedios en calidad de funcionarios municipales, reconocen que el MSM fue un *partido electoral* y simultáneamente un *partido de gobierno* dentro de la Alcaldía, pero difícilmente alcanzó a ser un partido programático con propuestas nacionales diferentes: no publicó ningún documento para tomar posición sobre los grandes temas como la denominada “agenda de octubre”; el problema multiétnico e indianista no se abordó con interés específico; nada se planteó sino seguir con la nacionalización de los hidrocarburos.

La reestructuración de competencias institucionales para las Gobernaciones en el proceso autonómico y la descentralización con carácter democrático tampoco tuvieron una discusión abierta y nacional propiciada por el MSM. Esto fue paradójico porque en la alianza con Evo Morales, el MSM obtuvo el Viceministerio de Descentralización, desde donde se elaboraron importantes propuestas de ley en el año 2006 para otorgar a los consejeros departamentales de aquella época, la capacidad de ejercer autoridad fiscalizadora sobre los gobernadores. Los planteamientos del MSM contradecían, todo caso, las proyecciones de un Estado central mucho más fuerte. De aquí que la visión política del MAS era, en esencia, un problema de *hegemonía estatal* y no solamente una hegemonía política para controlar a los gobernadores de la oposición<sup>7</sup>.

---

<sup>66</sup> Entrevista con Pedro Susz, ex director de gobernabilidad del GMLP, quien también manifestó sus dudas y desacuerdo con la candidatura presidencial de Juan del Granado, la cual era vista como un “desastre” por muchos dirigentes, aunque luego terminaron tratando de ovacionar al líder. Susz fue luego elegido concejal y vicepresidente del concejo municipal de La Paz en las listas de Sol.Bo para 2015, el nuevo partido fundado por Luis Revilla, recolocándose sin problemas, no obstante sus críticas respecto a la necesidad de una mayor claridad ideológica. Susz es la típica expresión de elitismo y ubicuidad de izquierda.

<sup>77</sup> El MSM siempre transmitió con cierto orgullo la idea de que una alianza con el MAS no estuvo ligada a la obtención de cuotas de poder en el Estado. Esto es relativo porque

El MSM no logró contrarrestar las determinaciones centralistas que tenía el gobierno, colocándose en una posición inestable debido a que Juan del Granado como Alcalde, y por principio, debía proteger necesariamente la autonomía local descentralizada. El Ministerio de la Presidencia representó el principal eje de la gestión pública y directrices hegemónicas para transmitir las decisiones del Presidente hacia el conjunto del Poder Ejecutivo, lo cual satisfacía las concepciones políticas afincadas en la centralidad estatal como núcleo de autoridad, impulsor de propuestas de desarrollo y control. Por lo tanto, la perspectiva de hegemonía estatal condensó la articulación entre los ministerios sectoriales junto al liderazgo personal del Presidente Evo Morales, lo cual bloqueó y opacó por completo un liderazgo alternativo por parte de Juan del Granado y el MSM, quien se contentó con tener algunas cuotas de constituyentes (2006) y diputados (2009) pero bajo la sigla del MAS.

Por otro lado, el crecimiento económico y el control del contrabando fueron asumidos como una especie de sentido común que no merecía mayor debate. Las políticas de lucha contra el narcotráfico fueron desconocidas a propósito; las reformas al sistema judicial y carcelario nunca se definieron; y tampoco hubo nada que el MSM llevara adelante sobre las reformas al Estado y la compatibilidad entre la nueva Constitución Política y la nueva identidad del Estado Plurinacional, bajo la forma de planteamientos de un partido con visiones nacionales. Sin embargo, el MSM recomendó administrar el Estado de forma racional y poniendo límites a las demandas sectoriales de los movimientos sociales, con el propósito de evitar el enclaustramiento corporativo del gobierno. Para ello, sugirió fortalecer políticamente el área de manejo de conflictos del Ministerio de Gobierno, pero Juan del Granado nunca se animó a defender con determinación las diferentes proposiciones (Gamboa, 2006) <sup>8</sup>.

---

muchos militantes del MSM ingresaron a trabajar, tanto en el Viceministerio de Descentralización, como en el Ministerio de Defensa.

<sup>88</sup> El programa de gobierno 2015-2020 tiene mucho parecido con las grandes propuestas y

En la medida en que casi toda la militancia que trabaja en el GMLP, ahora se está convirtiendo en la fuerza de apoyo al liderazgo de Luis Revilla, muchos cuestionan el hecho de haber reproducido las conductas de un partido caudillista, desinstitucionalizado y elitista como todos. Su desaparición, entonces, forma parte de la caída del viejo modelo de los partidos de la gobernabilidad, donde el tipo de relaciones que se establecían en la pugnas políticas y las confrontaciones electorales del sistema de partidos, fomentaban un alejamiento de las bases sociales de legitimación, expresándose más bien progresivas restricciones a la participación en la toma de decisiones. Así se instauró un *monopolio* entre los partidos más sólidos y con mayor peso electoral como fue el caso del MNR, ADN, el MIR y en su momento Conciencia de Patria (CONDEPA).

El MSM pretendió convertirse en un partido oligopólico dentro del juego del poder en el municipio de La Paz (Tapia, 1991). En la gestión municipal no rompió con las restricciones que la legalidad ponía a otras formas de representación de la sociedad civil. Ofreció la elección directa de los sub-alcaldes y nunca cumplió. Conformó diferentes consejos ciudadanos de consulta que no tuvieron una presencia legítima en las instancias de discusión y decisión para el ejecutivo municipal. En todo caso, Juan del Granado, favoreció la concentración de la representación en pocos sujetos que harían más eficaz su función de gobierno en términos de racionalidad formal y la eliminación de contradicciones para ser reelegido. Apoyó a los comités de vigilancia y juntas de vecinos donde

---

políticas públicas ejecutadas por el MAS desde 2008. En muchos párrafos se sugiere *continuar* con lo que funciona, aunque simultáneamente se califica al gobierno de Evo Morales como una estructura estancada. Cf. Movimiento Sin Miedo. *Programa de Gobierno 2015-2020*. La Paz: MSM, 2014. Lo mismo sucedió con las propuestas de la derecha, pues Samuel Doria Medina planteó no tocar las bases de la nacionalización, mantener el Estado Plurinacional y *cambiar aquello que no funciona pero hacer lo que no se hizo*. Con estas actitudes, todos los candidatos de la oposición se dividieron el voto, recortando sus posibilidades y ubicándose a la zaga del MAS en cuanto a identidad política y propuestas diferenciadoras.

imperera, hasta hoy, una lógica clientelar y antidemocrática, únicamente por obedecer a criterios de oportunidad política.

En sus documentos programáticos no existe un análisis serio respecto a la aceptación de otras formas de representación política al margen de los partidos, como el carácter de los movimientos sindicales, indígenas y otras organizaciones populares. El MSM apostó a posicionarse gracias a la poderosa influencia de los medios masivos de comunicación, tratando de diseminar en la conciencia cotidiana un modelo de democracia que mostrara a su partido como el único actor protagónico del sistema municipal porque en sus manos debía estar la modernización urbana de La Paz. “El MSM tenía un rol pasivo respecto a las organizaciones sociales, como si esperase que, en razón a una coincidencia política, sean éstas las que se acercaran” (Cuadros, 2013: 93). De hecho, un ex militante del MBL y fundador del MSM, consideraba poco funcional, desventajoso y hasta contraproducente el abrirse a otras formas ciudadanas de participación política para impulsar transformaciones, debido a lo siguiente:

“Una estructura de corriente ciudadana abierta puede ser una buena idea, pero es poco efectiva en su implementación. Es mucho más eficiente así (como partido), además que se puede cultivar la discusión ideológica, lo que no sucede con una organización poco formal (...). Por eso se ha ido adoptando la estructura partidaria un poco por la fuerza de las circunstancias: era claro que necesitábamos un aparato político que mueva cosas”<sup>99</sup>.

Según esta concepción, estaba clara la *contradicción* entre partido, corriente de opinión y movimiento ciudadano, por lo que la idea de crear una herramienta para la participación, movilización y creación social-popular, fue simplemente una retórica rebasada por la facción del aparato centralista del partido con dinero e interés firme en los prodigios de la propaganda electoral mediática. En el MSM se identifican dos facciones: a) la de Juan del Granado, con un fuerte culto a su personalidad donde

<sup>99</sup> Testimonio recogido en diciembre de 2011 y citado por Diego Cuadros Anaya; op. cit., p. 93.

destacan el decisionismo ligado al jefe, y el escepticismo respecto a la participación; y b) la facción generacional tecnocrática donde aparece Luis Revilla y una lista de profesionales interesados en sus puestos de trabajo dentro del GMLP. El faccionalismo es un obstáculo casi infranqueable y señal inequívoca de desinstitucionalización en el sistema boliviano de partidos desde 1952 (Mansilla, 2003)<sup>10</sup>.

En las elecciones presidenciales de 2014, el MSM no mostró una transfiguración totalmente radical. Como candidato a la presidencia, Juan del Granado reemplazó sus características de figura confesional, acercándose a una probable alianza con Rubén Costas, típico representante de la derecha en Santa Cruz. Su perfil incorruptible fue seriamente afectado por las acusaciones de estafa en que se vio involucrada la madre de su candidata vicepresidencial, Adriana Gil<sup>11</sup>. Ambos perfiles políticos dejaron atrás, para siempre, cualquier credo ideológico que emanase del marxismo o las interpretaciones indianistas de la izquierda.

La promoción de nuevos liderazgos en sus candidatos a diputados y senadores, confió más en utilizar el *marketing* para convencer a la sociedad, antes que presentar una propuesta totalmente diferente a las principales líneas establecidas por el MAS al interior del sistema político. Todos sus candidatos apuntaron a convertirse en dirigentes denunciadores, con poca habilidad para la confrontación. Demostraron ser líderes poco seductores y con una débil convocatoria regional o nacional. En su conjunto, el binomio Juan-Adriana y la mayor parte de sus postulantes jóvenes no

---

<sup>100</sup> “Si hay una palabra que se repite una vez tras otra en la descripción de la política sudamericana, es la de *personalismo*, que es un buen equivalente en español de la facción tal como ésta se entendía desde la era romana hasta Maquiavelo (...)” (Sartori, 1992: 99). Una parte muy importante de las conductas partidarias están inspiradas por un deseo de reproducción del aparato elitista que garantiza la existencia política de sus miembros. Por esto la pérdida de la personería jurídica para el MSM constituyó un fracaso político estrepitoso dentro del campo político.

<sup>111</sup> Cf. “Aprehenden a la mamá de Adriana Gil en Santa Cruz”, *Página Siete*, La Paz, miércoles 16 de julio de 2014.

eran representantes de mayorías, sino que únicamente trataron de dividir la votación en el conjunto de las fuerzas de oposición.

**Tabla 1. Volumen de la votación municipal del MSM**

	1999	2004	2010
Votación nacional	116.652	233.827	543.902
Votación resto del país	52.530	61.523	317.892
Votación La Paz	64.122	172.304	226.010
	1999	2004	2010
Votación nacional	22,5%	43,5%	48,5%
Votación resto del país	5,8%	8,7%	13,7%
Votación La Paz	3,1%	2,7%	9,1%

**Fuente:** Diego Cuadros Anaya. “Liderazgos y organizaciones políticas: estudio de caso. Movimiento Sin Miedo por Justicia y Dignidad (MSM)”. *Andamios, separata: Bitácora de organizaciones políticas*. Proyecto de Fortalecimiento Democrático del PNUD, La Paz, p.112, sobre la base de datos oficiales del Tribunal Supremo Electoral.

El MSM pensó ser la segunda fuerza electoral nacional después de romper con el MAS para las elecciones municipales de 2010. Según sus previsiones, todo hacía prever que iban creciendo (tabla 1) pero se cometieron errores en la definición de lo que podían ser nuevas alianzas, sobre todo porque el MSM estaba convencido de ser la alternativa perfecta al liderazgo de Evo Morales, sobredimensionando sus expectativas. No interpretaron correctamente el sistema político actual. El partido se alejó casi totalmente del posicionamiento de los movimientos sociales que desbordaron a los partidos desde el año 2003, lo cual evitó que el MSM pueda tener posibilidades de éxito.

En realidad, los dirigentes siempre confiaron más en los miembros de la burocracia municipal, aunque ésta no se sintió plenamente integrada como parte del proceso electoral. Muchos creyeron estar siendo utilizados en la campaña, y como resultado del caudillismo desinstitucionalizado o una institucionalización ficticia, emergieron varias críticas

hacia aquellas situaciones donde las decisiones políticas se tomaban en familia (Juan, su esposa y un grupo selecto), marginando todo aquello que se relacionaba con una dirección colegiada, o tomando en cuenta a las bases sociales del MSM.

Cuando Juan del Granado dejó de ser Alcalde el año 2010, perdió un dominio fundamental: la movilización de recursos humanos y económicos que otorga el aparato institucional del GMLP. Era poderoso, mientras tenía acceso al mando de la Alcaldía. Para el MSM, los medios institucionales de poder del GMLP eran el principal baluarte y no tanto la necesidad de construir una representatividad política enraizada en las grandes masas o clases sociales<sup>12</sup>. Una vez que Luis Revilla reemplazó a del Granado, éste quedó seriamente disminuido cuando comprobó que sólo dentro y a través del aparato institucional de la Alcaldía, su poder era más o menos duradero. Las críticas hacia el personalismo de Juan salieron a flote por medio de cierta indiferencia desde el aparato municipal hacia un apoyo más decisivo para la candidatura presidencial. Un testimonio importante afirmaba lo siguiente:

“La decisión de nombrar a Adriana Gil la tomaron en realidad Juan y su esposa. En el MSM siempre hubo una enorme resistencia a que la esposa adquiriera un peso determinante en el partido. Aunque trató de aportar con el discurso de género y la igualdad de oportunidades para varias compañeras, estuvo de por medio un favoritismo que llevó a la esposa de Juan a ser constituyente y diputada, cuando ante las bases del partido habría tenido poco apoyo. Juan visitaba a Evo Morales afirmando que el partido apuntalaba la candidatura de su esposa, mientras que frente a las bases del MSM, decía que Evo había elegido la postulación.

---

<sup>122</sup> Recientes investigaciones confirman que para tener una mayor institucionalidad partidaria, es mejor confiar en la representación (Nicolas & Lupu, 2014). En las entrevistas, se registró claramente que la Alcaldía es un aparato político-institucional donde los Sub-alcaldes y Oficiales Mayores, más que servidores públicos, son operadores políticos que trabajan con muchos dirigentes vecinales a los cuales los manipulan a cambio de obras.

Juan y su esposa fueron padrinos de matrimonio de Adriana Gil y se equivocaron completamente al pensar que el liderazgo de Juan representaría un fuerte impacto en el campo político nacional. La influencia territorial por departamentos y por circunscripciones uninominales para la proyección nacional era fundamental y se pensó que Adriana Gil abriría un gran espacio del MSM en Santa Cruz, lo cual no ocurrió. El caudillismo de Juan no se dio cuenta de que era imposible trasladar mecánicamente la raigambre local de La Paz, hacia el conjunto del campo político nacional.

En el binomio, Adriana Gil no aportó y fue un error estratégico. En base al descontento que algunos sectores expresaban en contra del MAS, el MSM pensó articular una verdadera opción de poder, hipótesis que no funcionó frente a la fuerza del MAS. *Ni la vuelta al pasado, ni con el actual gobierno estancado*, fue un eslogan que no significó nada”<sup>13</sup>.

El rechazo electoral fue tan fuerte que ni siquiera en La Paz obtuvieron una diputación uninominal. El candidato uninominal del MSM, Fabián Yaksic, afirmó que no supieron leer correctamente la realidad política, por lo que apoyaron inclusive una candidatura presidencial inadecuada y bajo un discurso errado:

“En el fondo, no hemos tenido la capacidad suficiente para entender lo que está sucediendo en el país. Ese es el primer error garrafal: tratar de diseñar una campaña, un discurso, una candidatura, que no se ajustaban a la realidad. No hemos sido sensibles a una realidad que pensábamos era distinta” (Aguilar, 2014)<sup>14</sup>.

<sup>133</sup> La persona entrevistada prefirió mantener su nombre en reserva.

<sup>134</sup> En la entrevista realizada con el secretario político del MSM, Edwin Herrera, se afirmó que las declaraciones de Yaksic causaron estupor y fueron consideradas desleales hacia Juan del Granado porque antes de la tragedia electoral, Yaksic aseguraba que no podían haber escogido mejor momento y mejor candidato que Juan para las presidenciales. El mismo Yaksic fue elegido diputado mientras usufructuaba el apoyo del MAS y tuvo una velada actitud contestataria hasta la ruptura del año 2010. De todos modos, también tendió a defender el proceso de cambio con el fin de no abrir nuevas puertas a la derecha. Para Yaksic: “La decisión del Presidente Morales de someterse a Referendo Revocatorio, realizado el 10 de agosto del 2008, marcó la consolidación de su liderazgo nacional y el debilitamiento de la oposición regional”. El MSM como *oposición regional* desde el año 2010 fue empequeñeciéndose hasta desaparecer (Yaksic, 2014).

Según Santiago Padilla, fundador del MSM y asesor de campaña de Yaksic: “tuvimos que darnos cuenta de que la figura del Juan no sumaba votos, así que decidimos publicar afiches de Fabián con el rostro de Luis Revilla que movía más a la gente; durante la campaña nos preocupamos por el voto cruzado y estuvimos a punto de ganar. A nosotros no nos ganó la contendiente uninominal del MAS, sino la figura de Evo. Es una ironía del destino porque en las presidenciales de 1997 cuando fracasó la candidatura de Miguel Urioste del MBL, Juan del Granado salió diputado uninominal promoviendo el voto cruzado a su favor en desmedro de Urioste”<sup>15</sup>.

La territorialización del voto para las circunscripciones uninominales, reforzó a los partidos o movimientos con fuerte representación local, lo que también fortaleció la representación corporativa y étnica. La enorme influencia del MAS y, en su momento, del Movimiento Indígena Pachakuti (MIP), arrancó muchas ventajas del sistema electoral incorporando a dirigentes indígenas con fuerte presencia en varios distritos rurales. Los candidatos uninominales con identificación étnica lograron politizar el pluralismo multiétnico y multicultural.

El MSM no amplió su representatividad indígena, ni estimuló una clara posición durante los momentos de polarización entre dos tipos de confrontación: a) primero: no apoyaron la ruptura del sistema democrático como algunas corrientes extremistas del MAS; y b) segundo: contribuyeron débilmente a la visualización de una democracia multicultural, autonómica y descentralizada, conectada con diversas identidades étnico-culturales, reconocidas en el texto constitucional de 2009 y que ahora son parte del sistema democrático-representativo. Esto explica los sucesivos fracasos en las elecciones para gobernadores de 2010, el apoyo errático al indígena Pedro Nuni para la Gobernación del Beni el año 2013, quien obtuvo apenas el 2,6%; y la derrota en las elecciones municipales

---

<sup>155</sup> Entrevista realizada en La Paz, 3 de noviembre de 2014.

de Sucre en diciembre de 2011 con 2,4%. Aunque estos resultados ratificaban el encierro geográfico en La Paz y la imposibilidad de crecer, el personalismo del Juan del Granado insistió en ser opción presidencial.

Como partido de izquierda, el MSM no transitó hacia una mejor reubicación nacional en el escenario político. Para bien o para mal, la palabra socialismo ya no encendía el corazón de los mejores hombres y mujeres de la organización y se pensó que el concepto *revolución*, difícilmente iba a generar mejores instituciones que las instauradas por la democracia representativa. El MSM traspasó de la retórica por la revolución hacia el discurso ético de lucha contra la corrupción, carente ya de todo basamento doctrinario y de toda explicación clasista o utópica de la política. Al no poseer una institucionalidad plena, como partido político se vio imposibilitado de adquirir un estatus independiente y un valor por sí mismo.

### **El MSM como partido de gobierno en el Municipio de La Paz**

Son varios los logros alcanzados por la gestión municipal del MSM en catorce años (2000-2014). Sin embargo, existe una tendencia a mantener un criterio gerencial, caracterizado por buscar y encontrar culpables de los problemas que tuvieron que ser enfrentados en el *pasado* (antes del año 2000), lo cual restringe la identificación de responsabilidades actuales y la visualización de proyectos estratégicos para una reforma institucional (GMLP, 2007). Acusar siempre al viejo sistema neoliberal, provocó que la gestión pública del MSM despolitizara sus propias decisiones, burocratizando el aparato municipal con previsiones de corto plazo y resultados de visualización inmediata como el programa “barrios de verdad”, la construcción de jardines, el parque urbano central, asfaltado y obras de recreación vecinal que, de todos modos, fueron publicitados ampliamente en diferentes medios de comunicación.

Si bien los Planes de Desarrollo Municipal (PDM) tienen deficiencias en su formulación, representaron un buen paso para estimular un cambio de conducta que inició la búsqueda del desarrollo de manera sistemática en La Paz, reconociendo problemas, potencialidades y limitaciones del municipio. Empero, aún hay obstáculos para que grandes porciones institucionales del GMLP asuman a los Planes de Desarrollo como instrumentos de gestión estratégica con la suficiente voluntad para implementar transformaciones. De hecho, Juan del Granado como Alcalde se negó a implementar los buses articulados y un tren elevado en la ciudad para mejorar el transporte público, cuando un estudio de pre-factibilidad presentado por la Superintendencia de Transportes en el año 2004 así lo recomendaba. Entonces, del Granado prefirió no tener conflictos con los sindicatos de chóferes y fue Luis Revilla, diez años después, que se animó a incorporar recién los buses *Pumakataris*.

La formulación de planes fue una oportunidad política y la mejor herramienta para eliminar los miedos de la población ante la improvisación, la corrupción y el burocratismo. La implementación de un Sistema de Trámites Municipales (SITRAM) generó un cambio profundo al interior del GMLP, pues se transitó hacia la utilización de tecnologías informáticas que reclamaban la capacitación de los funcionarios. De esta manera, se exigió un cambio de mentalidad en cuanto a la cultura organizacional, aunque no se pudo reemplazar la cultura burocrática del papeleo, a pesar de que el objetivo central del SITRAM era terminar con dicha burocracia. Hasta hoy día, las secretarías doblegaron a las visiones ejecutivas y finalmente el papel se impuso sobre la tecnología.

El exceso de trámites genera desconfianza en la población que califica de ineficientes, incluso los mejores procedimientos implementados por el MSM. Un logro de largo plazo será la obtención de trámites digitales sin papejería, yendo en contra de las limitaciones que provienen de la normativa que exige la presentación material de documentos.

Los funcionarios municipales no han explotado todas las potencialidades de los sistemas informáticos y la tecnología para optimizar los servicios municipales. El SITRAM fue una novedosa invitación para que todos usen la tecnología pero está ausente una explícita posición institucional para fomentar cambios de largo plazo. La introducción de transformaciones puede reducir en algún momento la eficiencia pero luego brindar impulsos. El problema del MSM dentro de la Alcaldía es la falta de comprensión sobre la administración del cambio y la tecnología, dos baluartes del siglo XXI. La tecnología implica garantizar la sostenibilidad del sistema y la mejora continua orientada a convertir en más eficientes los procesos de tramitación. Sin embargo, no se toman en cuenta estrategias de largo plazo para hacer sostenible la implantación de tecnologías como el SITRAM.

Algunos segmentos del GMLP manifiestan cierto rechazo hacia la tecnología y la informática, evidenciando una cultura organizacional reacia al cambio porque se asume erróneamente que la tecnología exige más calificación y, por lo tanto, perjudica. En consecuencia, no se tiene identificada cuál es o qué tipo de cultura organizacional existe en el GMLP. Si bien el MSM logró fomentar compromisos con la gestión, también se nota un letargo, excesiva comodidad y lentitud en el trabajo por la sensación de estabilidad. Curiosamente, la estabilidad laboral no se tradujo en la suficiente motivación para apostar por cambios profundos, estratégicos y duraderos como institución pública.

Después de catorce años, no se ha trabajado lo suficiente en una cultura institucional de servicios con calidad, pues muchos funcionarios continúan trabajando en medio de una *cultura de emergencias*. Esto hace muy difícil medir el desempeño, sea bueno o malo. El GMLP produjo un conjunto apreciable de normas, manuales de procedimientos y procesos operativos. De cualquier manera, hay un nivel intermedio de gerentes municipales donde aflora una cultura del temor para asumir decisiones. Todos quieren hacer firmar algunos trámites con otros niveles que no

necesariamente toman decisiones. Las responsabilidades se diluyen, se burocratizan innecesariamente muchos procesos y prolifera la inseguridad en la gestión y en el uso del liderazgo.

Bajo el rótulo de fortalecimiento institucional aparece una preocupación por los arreglos de oficinas (mobiliario, computadoras, televisores) y se ha perdido el control sobre los niveles de gasto en algunas situaciones. Se gasta y se reivindica el cambio pero muchas veces no está claro el objetivo. Asimismo, existe un criterio muy arraigado que rechaza la necesidad de insistir en una reforma institucional al interior del GMLP, o no es relevante un conjunto de adaptaciones nuevas a mayores exigencias organizacionales. Si bien existen visiones estratégicas, éstas hasta ahora no han sido correlacionadas con un modelo de gestión para hacer posible la implementación de todo tipo de orientaciones técnicas y políticas. La burocracia en la aprobación de planos para edificios es monumental, acrecentando los riesgos de sobornos para agilizar procesos, y otorgándose autorizaciones que hacen de la ciudad de La Paz una metrópoli poco estética con edificios regados por cualquier lugar.

El MSM no logró reenfocar el discurso de la descentralización al interior del GMLP, para compatibilizarlo con los problemas de autonomías departamentales y la Carta Orgánica del municipio de La Paz, así como fortalecer la participación ciudadana para que ésta asuma nuevas responsabilidades. No se puede dar un paso firme hacia la descentralización o la entrega de un poder público a los ciudadanos, sin antes haber fortalecido y educado sus capacidades. El MSM comprendió a medias que es recomendable transferir servicios y no sólo funciones, de otro modo, se podría caer en la desorganización del nivel central en el Ejecutivo Municipal, al no visualizarse una sola cabeza en la toma de decisiones. La democracia municipal participativa es una discusión desideologizada porque predomina la visión tecnocrática para reducir el conflicto con las juntas de vecinos y los comités de vigilancia; el partido fue perdiendo así la posibilidad de enraizarse con una mejor legitimidad política e ideológica.

Actualmente, la administración de recursos humanos tiende a caer en una lógica policiaca para evitar problemas provenientes de la Ley Marcelo Quiroga Santa Cruz. El clima organizacional aún responde a circunstancias donde los criterios de selección de personal no siempre toman en cuenta el profesionalismo, ni la meritocracia. Luego de catorce años de dominio institucional, han proliferado las conductas neo-patrimoniales pues una gran cantidad de burócratas que gozan de la confianza de la élite del partido, administran varios puestos de la Alcaldía como si fueran una propiedad personal con altas dosis de unilateralismo, desideologización y despolitización. Es por esto el MSM no desarrolló una propuesta convincente para hacer carrera administrativa, sobre la base de un nuevo enfoque de los recursos humanos.

Si algo expresa una ruptura completa entre la legitimidad política del MSM como partido y la insatisfacción ciudadana con la gestión municipal, es el débil trabajo para mejorar las condiciones de desarrollo humano en La Paz que, además, se alejó también de los actores sociales. Tanto el Comité de Vigilancia como las Organizaciones Territoriales de Base (OTB) no logran introducir sus demandas en cuanto a desarrollo humano, debido a diversas limitaciones con la división entre un fondo estratégico y otro fondo de demanda social. Esta diferenciación, la hizo Juan del Granado con fines políticos e instrumentales.

El *fondo estratégico* se convirtió en un espacio muy restringido para la toma de decisiones que fue demasiado técnica. Muchas veces se ejecutan obras sin una verdadera mirada de largo plazo para la ciudad o el municipio. Existe un agotamiento, en la medida en que no hay claridad sobre cuál es la vocación de la ciudad o visión estratégica de La Paz para orientar en ese sentido la inversión a gran escala.

El *fondo de demanda social* presenta también deficiencias porque se lo asignó con una fuerte tendencia para evitar conflictos con los actores territoriales, lo cual abrió la puerta para el acceso a ciertas prebendas. Este fondo tampoco refleja una mirada estratégica y es una decisión que

busca distraer las presiones vecinales pero pierde impacto en materia de desarrollo humano.

El MSM no se atrevió a reorientar los fondos, ni siquiera cuando incorporó otro *fondo sectorial*. Los burócratas actuales, más inclinados a brillar con expectativas personales, hasta hoy han reproducido una ausencia de prioridades para el desarrollo humano en el municipio.

Aunque las demandas del Comité de Vigilancia y las OTB presionan incluso de manera prepotente, sus esperanzas fueron aisladas porque se priorizaron las demandas desde el punto de vista técnico y político patrimonial o electoral; es decir, la ejecución de obras como sedes sociales, infraestructura urbana y jardines que no tienen un impacto directo para el desarrollo humano en el municipio de La Paz.

El GMLP todavía no pudo apropiarse y asumir con mayor decisión una competencia importante: el impulso a la inversión como uno de los ejes para el desarrollo local. Esto se resume en la inexistencia de un *enfoque pro-emprendimiento* dentro de las acciones y políticas de promoción económica municipal, pues se identifica una ausencia de relaciones de confianza entre el municipio y la inversión privada. No existe una política de atracción de inversiones para el municipio porque en muchas circunstancias surgen ideas preconcebidas sobre la generación y acumulación de riqueza de los empresarios privados.

Al igual que en el ámbito nacional, es manifiesta una sobre-regulación de las actividades económicas formales, mientras que se tiene un descontrol de las actividades informales. El GMLP no ha respondido institucionalmente con una estrategia local para superar este problema de manera duradera.

### **Una desaparición sin pena ni gloria**

El abandono de todo tipo de utopías políticas, así como el desvanecimiento ideológico de lo que significa una revolución, echan por tierra las

posiciones contemporáneas de izquierda. Si el MSM comenzó tímidamente a encarar el poder como aliado del MAS de 2006 a 2010, cuando se postuló solo para las presidenciales de 2014 trató de actuar como si los resultados políticamente prudentes estuvieran por encima de cualquier ideología o actitud principista. Súbitamente, Juan del Granado decidió convertir a su organización en un partido *atrápalo todo* de izquierda electoral, inyectado con una fuerte cantidad de oportunismo realista en la correlación de fuerzas del campo político (Dix, 1992)<sup>16</sup>.

Las elecciones presidenciales de 2014 no mostraron grandes novedades, sobre todo cuando se analizan las principales contradicciones de la oposición y al observar el comportamiento de las campañas electorales. En primer lugar, no fue sorprendente que el MAS utilizara todo el aparato estatal para promocionar una serie de políticas públicas, entregar cientos de obras y dominar con intensa propaganda el escenario de los medios de comunicación. Así se adelantó a cualquier otro partido y reforzó la imagen de Evo Morales como Presidente exitoso e inigualable contendor que merecía ser reelegido. Evo encarnaba el *proyecto de modernización* contemporáneo, con una efectiva combinación de neo-desarrollismo, impulso de las identidades indígenas, discurso radical—aceptado ampliamente por la opinión pública—y decisiones moderadas dentro del aparato estatal para capturar una mayor representatividad frente a las clases medias urbanas y la burguesía agroindustrial, sobre todo de Santa Cruz.

---

<sup>166</sup> La idea de *oportunismo realista en la izquierda* para adaptarse a los procesos electorales es una realidad política innegable. Los ejemplos más exitosos de partidos de izquierda que lograron importantes resultados en medio de la economía de mercado y una buena sintonía con las fuerzas de la globalización, serían la Concertación chilena de Michelle Bachelet, el Partido de los Trabajadores (PT) de Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil, y el laborismo británico de Tony Blair en el Reino Unido. Un análisis de la nueva izquierda indigenista boliviana, afirma acertadamente que hoy día se manifiesta una "a) adición al cambio, el cual se considera inevitable, b) fe en que la historia devolverá a los pobres la igualdad perdida, de la que éstos todavía guardan memoria, c) aversión a las instituciones democrático liberales y a la representación, y denuncia de los 'poderes sustitutos' que logran extraviar temporalmente a la sociedad, impidiendo que ésta 'recuerde' la igualdad" (Molina, 2003: 103). El MSM jamás se identificó ni mucho menos criticó conscientemente estas ideas.

En segundo lugar, la oposición nunca logró encontrar, ni un líder alternativo que pueda competir con Evo, ni tampoco construir un frente amplio con la posibilidad de legitimar cierta unidad eficaz para conseguir, por lo menos, un apoyo electoral de 30 ó 40 por ciento en el ámbito nacional. En las presidenciales del año 2009, la entonces Alianza Plan Progreso para Bolivia-Convergencia Nacional (PPB-CN) postuló a Manfred Reyes Villa como presidente, logrando únicamente el 26,46% de los votos en todo el país. En las elecciones de 2014, Unidad Demócrata (UD) con Samuel Doria Medina a la cabeza, obtuvo apenas 24%. Históricamente, la oposición desde 2005 está sitiada en un escenario inestable y dividido (Vicepresidencia del Estado, 2010). Los partidos pequeños como el MSM, el PDC y el nuevo Partido Verde de Bolivia (PVB), sólo favorecieron la dispersión de los votos, terminando por perjudicarse a sí mismos. ¿Cómo lograr un espacio cuando el monopolio de la representación y la fuerza del MAS, prácticamente habían copado el sistema político?

La derrota de la oposición mostró que tanto Doria Medina, Jorge Quiroga como Juan del Granado fueron arrinconados hacia el ala derecha del espectro político, todavía identificado con el viejo sistema de partidos tradicionales. No consiguieron romper, ni el liderazgo de Evo Morales, ni el proyecto hegemónico que estaría concentrado en tres ejes: economía plural con eje estatal, reconocimiento de las naciones indígenas con un gobierno de movimientos sociales, y régimen de autonomías territoriales, ejes de un discurso que acabo teniendo poco sentido, debido a que se alejó de una realidad acostumbrada al prebendalismo y a la explotación irracional de los recursos naturales. El resultado es un fenómeno de gravedad que habría colocado el campo político boliviano hacia la izquierda autoritaria y anti-institucionalista, únicamente liderada por el MAS.

El acercamiento al Movimiento Demócrata Social de Rubén Costas en Santa Cruz, tampoco dio resultado; ¿por qué? Simplemente porque Juan del Granado buscaba un protagonismo personal, al considerar que el MSM poseía una fuerza suficiente como para atraer los votos de

centro-izquierda en el oriente boliviano. Este supuesto estuvo equivocado debido a que el MAS cerró los espacios de la izquierda en el campo político. Al presentar un programa de gobierno que no se diferenciaba rotundamente de Evo Morales, perdió impacto en el electorado, y éste, al no visualizar ninguna novedad importante en el espectro de izquierda, dio la espalda a Juan del Granado. Las tesis políticas del MSM no sirvieron para enfrentarse con el MAS, terminando por carecer de una verdadera identidad política en comparación con otros discursos y obtener así mejores resultados. Uno de los fundadores y funcionario municipal desde el año 2000, evaluó abiertamente la situación del MSM, indicando que:

“El término *partido tradicional* es un término ideológico y sirvió para caracterizar a los partidos neoliberales. Siendo esto así, no sé si corresponde identificar al MSM dentro del parámetro de partido tradicional. Lo que me parece claro fue que mucha gente nos consideró como parte del viejo ciclo, generacional y estratégicamente hablando. Los jóvenes rebeldes y fundadores del MSM son señoritos de la izquierda de escritorio y con tez blanca.

Estoy casi convencido de que Juan del Granado arrastró ciertas visiones señoriales que describían las acciones del viejo MBL, partido que hizo política desde su bufete y que en el caso de Juan se inscribió en su personalismo, en el manejo patrimonial del partido y, finalmente, en la negación sutil del *indio* presidente. Juan pensó que el blanco, culto, abogado y de capacidad demostrada como Alcalde, era siempre mejor que el indio.

El pasado de Juan del Granado le jugó a favor y en contra. En contra por su ligazón con el MBL y las políticas de capitalización durante el *gonismo*. Este pasado fue precisamente uno de los lados oscuros del Juan. A favor, por su lucha contra la dictadura expresada en el juicio a responsabilidades para condenar a Luis García-Meza. Pero el nutriente de la política no es la historia, sino el presente. Juan interpretó muy mal la realidad política después del rompimiento con el MAS.

El MSM fue formalmente un partido de izquierda. Así está registrado en lo formal, en su simbología, en sus mártires y también en mucho –aunque no en todo– de su accionar dentro de la Alcaldía. Estuvimos

más preocupados en hacer una buena gestión que en desarrollar el partido. Este obstáculo hizo que la gestión municipal no tuviera una ideología de izquierda más definida. Para mí, ser de izquierda es llevar obras y asfalto donde jamás se había llevado, o construir los barrios de verdad. Ahí estuvo uno de los principios de la gestión: no hay vecinos de primera y de segunda. No creo que las alianzas con el MNR y otros partidos para mantener la gobernabilidad en la primera gestión del Juan, hayan generado confusión y un desviacionismo de los principios de izquierda.

El problema principal surgió cuando, a pesar de reconocerse tan insistentemente como partido de izquierda, el MSM intenta construir un nuevo puente con Rubén Costas el racista, el secesionista, el fascistoide, el enemigo del MAS, y uno de los promotores del divisionismo en el país. Esta incoherencia, es decir, señalar que eres de izquierda y buscarlo a Costas, a muchos nos pareció una burda grosería. Esto no tuvo nada que ver con la política como arte, sino que fue sencillamente algo grotesco”<sup>17</sup>.

Juan del Granado fundó el MSM, distanciándose del MBL y habiendo roto también con el MIR a mediados de los años ochenta. Por lo tanto, defendió la tesis de una organización colegiada capaz de superar el caudillismo del ex jefe mirista Jaime Paz, acusándolo de haber desordenado la institucionalidad. Criticó duramente a los partidos tradicionales pero aspiró a edificar un partido de imagen casi perfecta.

Los resultados electorales fueron diferentes. En la cultura política boliviana, no es suficiente hablar de institucionalización para tener éxito. Sabiendo que mucha gente vota por un caudillo para Presidente, el caudillismo de Juan del Granado no logró ser convincente. El MSM desvalorizó su institucionalidad y, simultáneamente, su posicionamiento como alternativa de poder se desmoronó frente a la capacidad hegemónica

---

<sup>177</sup> El entrevistado prefirió el anonimato, La Paz, 13 de noviembre de 2014.

del MAS. En realidad, la hegemonía del MAS liquidó sus posibilidades desde un comienzo<sup>18</sup>.

La campaña del MSM, una vez más difundió el coraje de un líder capaz de juzgar a ex dictadores, haciendo énfasis en el pasado histórico, cuando las ofertas del MAS y Evo Morales planteaban visiones de futuro: desarrollar el país utilizando la energía nuclear, o llevar adelante un proyecto modernizador con los recursos estatales que se benefician del superávit fiscal. Asimismo, Juan cometió el error de anticipar su retiro de la política luego de las presidenciales, lo cual pudo haber causado un efecto contraproducente en la ciudadanía, que juzgaba como inútil el apoyo electoral hacia un viejo lobo de mar que estaba cerca de jubilarse. El MSM y Juan mismo no tuvieron una identidad definida y un mensaje claro para el electorado. Por esta razón, la estrategia electoral no supo qué espacio quería disputarle al MAS. El esfuerzo por hacer ver que el MSM representaba a la *democracia de izquierda* frente al autoritarismo de Evo Morales, fue totalmente estéril<sup>19</sup>.

La desaparición final ni siquiera provocó un intento por evaluar los catorce años de existencia. El Alcalde Luis Revilla afianzó mucho más el control del aparato burocrático municipal para volver a postularse en las elecciones de marzo 2015. Si bien acompañó a del Granado por casi dos décadas, se desmarcó rápidamente al fundar una agrupación ciudadana nueva. Su deslealtad hacia el MSM fue extrema, pues luego de que esta organización le diera todo hasta convertirlo en Alcalde, no tardó ni 24 horas para ponerle punto final al hundimiento de la sigla, sin acercarse a las bases con el fin de diagnosticar qué sucedió. Esto demuestra que como

---

<sup>188</sup> Juan del Granado torpemente intentó incluso forzar una identificación entre la derecha y el MAS; “MSM impedirá el paso al MAS y a la derecha”, Santa Cruz, *El Día*, martes 31 de julio de 2012.

<sup>199</sup> De acuerdo con Edwin Herrera, el MSM tuvo varios jefes de campaña: la esposa de Juan del Granado, que por los anticuerpos que generaba, tuvo que retirarse. Javier Bejarano, Fabián Yaksic y Fabián Siñani, fueron otros estrategas, cada uno con intereses y miradas poco homogéneas.

caudillo, solamente reproduce el estilo de una generación joven, para la cual todo sustento ideológico de izquierda perdió absoluta relevancia<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Cf. *El Diario*, "A 45 días de renuncia de Revilla. Vislumbran caos en municipio paceño", La Paz, jueves 13 de noviembre de 2014.

# 6

## De la Asamblea Constituyente al Estado Plurinacional: la izquierda aparente que no pudo construir un Estado indígena

**E**ste capítulo tiene el objetivo de mostrar la evolución del sistema democrático boliviano en el periodo 2003-2016, así como sus desenlaces contradictorios e inciertos dentro de un periodo de transformaciones políticas multiculturales. En otras palabras, explicará las razones de la caída de un gobierno democrático como el derrumbe del ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003, hasta la llegada al poder de Evo Morales (2005-2016), quien abre importantes discusiones sobre cómo construir un nuevo tipo de Estado: el llamado Estado Plurinacional. Bolivia se presenta como el único país de América Latina que habría dejado de ser una república, para transformarse en una propuesta política inédita: el nacimiento y desarrollo de un Estado con raíces indígenas, al lado de una democracia multicultural.

El análisis gira en torno a los problemas institucionales de gobernabilidad y la implementación de un nuevo texto constitucional aprobado en febrero de 2009, después de celebrarse la Asamblea Constituyente, el evento histórico más importante desde la instauración del sistema democrático en 1982. La experiencia boliviana expresa una serie de cuestionamientos a la teoría institucionalista de la democracia, pues se había asumido con pleno convencimiento que los procedimientos

constitucionales para la alternancia en el poder y la realización continua de elecciones libres, eran suficientes garantías de legitimidad en el proceso democrático.

El estudio de la democracia en Bolivia siempre sobrevaloró las perspectivas occidentales como los enfoques institucionalistas, dejando de estudiar los problemas referidos a las constantes crisis del Estado y los obstáculos estructurales en la consolidación democrática, sin abordar tampoco las influencias del Katarismo y el Indianismo como planteamientos teórico-ideológicos propios de la evolución histórica boliviana (Grindle & Domingo, 2003).

Los esfuerzos por llevar adelante diferentes reformas constitucionales en Bolivia, representaron uno de los acontecimientos más importantes del país, y en general en toda América Latina, sobre todo porque presentaron un proceso muy conflictivo y con diferentes significados para repensar la institucionalización democrática y las crisis de gobernabilidad en el área andina.

Al interior del Congreso Nacional, Bolivia realizó dos reformas constitucionales substanciales en 1994 y en el año 2004, concentrándose especialmente en los cambios para el ámbito judicial como el Consejo de la Judicatura, el Tribunal Constitucional, el Defensor del Pueblo, la descentralización política, la reforma del sistema político con un énfasis en el fortalecimiento de los partidos políticos, y la metodología para elegir a los presidentes dentro del Congreso, en caso de que ninguno de los candidatos lograra la mayoría absoluta en las elecciones generales.

Se valoró mucho el supuesto ideológico donde la democracia boliviana debía convertirse en una forma de gobierno verdaderamente institucionalizada, que además sabía cómo convivir con las reformas económicas de mercado. Asimismo, se elogió la formación de gobiernos de coalición, enalteciendo la capacidad de los partidos para realizar pactos de gobernabilidad, lo cual parecía colocar al país dentro de los marcos de una efectividad democrática duradera (Rivera, 2010).

Lamentablemente, nunca se tomaron en cuenta otros aspectos como la consulta a la sociedad civil o una apertura para incorporar en los procesos de toma de decisiones a las movilizaciones sociales que, hasta el día de hoy, buscan transformar el carácter del Estado. Fue la realización de la Asamblea Constituyente en el periodo 2006-2007, el momento histórico que intentó fusionar la lógica procedimental de la democracia representativa con la dinámica social de las demandas por una democracia directa; por ejemplo, proponiendo descolonizar el Estado y el sistema político, o simplemente insistiendo en un mayor número de reformas para superar la inestabilidad supuestamente estructural de la democracia boliviana.

El rumbo y las problemáticas democráticas en Bolivia del periodo 2003-2014 buscaron desesperadamente poner en práctica un cambio duradero pero encontraron, simultáneamente, mayores obstáculos, colocados por las ambiciones personales de los caudillismos de izquierda y derecha. El caudillismo o autoridad caudillista puede entenderse como todo liderazgo carismático donde se reconoce la legitimidad de un solo líder, al margen de cualquier esfuerzo de institucionalización.

En el caso boliviano, los caudillos siempre apelaron a las masas para proponer cambios drásticos, desestimando los mecanismos institucionales formales como un sistema de reglas de comportamiento democrático, y apelando a la representación directa de la voluntad popular (Irurozqui & Peralta Ruiz, 2000). El caudillismo fue considerado como un resabio primitivo completamente opuesto a la modernización institucional de la democracia, además de constituir un fracaso antidemocrático (Garretón, 2002). Sin embargo, estas valoraciones olvidaron que el caudillismo podía convertirse en un requisito de cohesión social, al cual también están ligadas las transformaciones constitucionales y políticas. La inestabilidad señala, en gran medida, una crisis de liderazgo muy grande, lo cual evita materializar los planteamientos de cambio para vincularlos con realidades que otorguen legitimidad en términos de mutuo reconocimiento y equilibrio adecuado entre el Estado y la sociedad civil boliviana.

Luego del derrumbe del gobierno constitucional de Sánchez de Lozada, la ejecución de la Asamblea Constituyente debió haber revolucionado el sistema democrático pero no fue así. El evento fracasó muy tempranamente sin fomentar la reconciliación nacional y sirviendo como un instrumento para impulsar la reelección de varios mandatos del presidente Evo Morales. Los cambios constitucionales mezclaron algunos mecanismos de democracia directa mediante la movilización de las bases sociales, fundamentalmente indígenas, y promovieron la idea de un líder con características hegemónicas como Morales.

La Constituyente fomentó, de cualquier manera, una discusión democrática en torno a la necesidad de ahondar la descentralización política en Bolivia, impulsando a las regiones autonómicas de Pando, Santa Cruz y Tarija que afectaron la estabilidad estatal como referente institucional de autoridad para cohesionar la sociedad. En el periodo 2006-2010, dichas regiones autonómicas rechazaron el liderazgo y la legitimidad de Evo Morales, estimulando otro tipo de caudillismos regionalistas autoritarios, y diferenciándose solamente a través de sus perspectivas respecto al grado de profundidad de la descentralización estatal.

Al evaluar treinta y cuatro años de desarrollo democrático en Bolivia, podemos afirmar que existe un péndulo especial, el cual ha estado moviéndose entre la ingobernabilidad debido a las demandas por una democracia directa y sin mediación de los partidos políticos, versus las fuerzas de la institucionalización democrática. Aquí se busca solidificar una democracia representativa, pero encerrada en un sistema de partidos que monopolizan la representación política y toman decisiones en el marco de una *democracia delegativa*, como lo ha conceptualizado Guillermo O'Donnell (1994).

El concepto de *democracia delegativa* explica muy bien algunos dilemas bolivianos porque trata de mostrar cómo las nuevas democracias en América Latina atraviesan por un problema de legitimidad donde las autoridades burocráticas de un Estado, una vez elegidas o nombradas, se

alejan totalmente de la soberanía popular que las legitimó en las urnas, al extremo de mostrar una conducta arbitraria en las decisiones, formulación de políticas públicas y el uso de recursos económicos (O'Donnell, 1994).

Las precauciones democráticas contemporáneas giran en torno a si Bolivia está preparada para una intensa descentralización política porque las exigencias provenientes desde las autonomías municipales e indígenas, cuestionan la autoridad legítima de un Estado unitario como rector del desarrollo, creando diferentes escenarios institucionales donde se toman decisiones descentralizadas, tanto al margen del Estado, como lejos de la participación ciudadana.

Frente a estos conflictos, el intento por fundar el denominado Estado Plurinacional, que aparece con mucha fuerza en la Constitución del año 2009, tiene también connotaciones intensamente centralistas, las cuales colisionan con las nuevas estructuras departamentales y regionales. En todo caso, la democracia delegativa estuvo caracterizando a las burocracias del gobierno central en La Paz, y ahora también caracteriza a las Gobernaciones autonómicas de los nueve departamentos (Zuazo, Moira, et. al., 2012).

Este capítulo afirma que durante el desarrollo de treinta y cuatro años de democracia en Bolivia, fueron las transformaciones constitucionales del periodo 2006-2013, quienes efectivamente enfrentaron el reto de una compensación histórica para los pueblos indígenas, reconociendo su derecho al autogobierno y a la autodeterminación. Sin embargo, precisamente por este motivo, los sectores de clase media, las élites empresariales y los partidos políticos, recibieron, y todavía reciben, las reformas políticas con recelo e incertidumbre, pues lo que no se ha solucionado en la práctica es el conflicto entre la centralización para fines hegemónicos, una agenda de equidad en el largo plazo, y las expectativas de descentralización autonómica como alternativa de democratización, más allá de las lógicas de gobernabilidad.

El Estado Plurinacional trató de englobar estas transformaciones y visibilizar un posible Estado indígena sumamente original en Bolivia, el cual tampoco pudo materializarse, al surgir un choque con la modernización democrática y al fragmentar demasiado las identidades colectivas que buscan notoriedad democrática en los marcos de una democracia multicultural (Bautista, 2012).

Este escenario político contradice las teorías vigentes sobre la democracia y el sistema político representativo que postulaban los ideales de una inclusión o incorporación institucionalizada de las masas marginales, sobre la base de pactos gobernables, institucionalidad previsible, un sistema de partidos competitivo, la búsqueda de una consolidación mediante arreglos constitucionales racionalmente continuos y una economía de mercado con estatalidad débil (Haggard & Kaufman, 1995).

Por lo tanto, las reformas democráticas y la experiencia bolivianas rompen, en gran medida, los conceptos tradicionales de institucionalización, aunque al mismo tiempo desafían el orden existente con nuevas posibilidades de mayor democratización. La reforma del Estado y la progresiva implementación de toda la Constitución en Bolivia es un hecho bastante desafiante para cualquier país porque el Movimiento Al Socialismo (MAS) como partido gobernante (2006-2014), encarna una alternativa democrática ante los ojos de grandes sectores populares y movimientos indígenas, mientras que las clases medias urbanas, junto a las élites económicas, no reconocen las visiones indigenistas de la Constitución boliviana, planteando más bien una insubordinación que afecta la legitimidad de las reformas en el futuro mediato. Es por esto que la descolonización del Estado y la génesis de un Estado Plurinacional indígena no han merecido un tratamiento teórico desde las teorías de la democracia, siendo todavía una tarea pendiente para la tan discutida consolidación democrática.

## **El proceso de quiebre democrático: ingobernabilidad y caída de Gonzalo Sánchez de Lozada**

Los procesos de gobernabilidad del sistema democrático boliviano ingresaron en una crisis impresionante desde la llamada Guerra del Agua en el año 2000, momento donde toda la ciudad de Cochabamba encendió un violento conflicto para evitar la privatización de los servicios de agua potable. La inestabilidad política se mantuvo hasta el estallido de la Guerra del Gas en octubre de 2003, de manera que la deslegitimación del sistema político se cruzó con la intensa movilización social para proteger el patrimonio del Estado y la sociedad, por medio de la defensa de los recursos naturales como el gas natural. Esto unió a varias clases sociales que se estrellaron contra los partidos tradicionales de la gobernabilidad para plantear un nuevo proceso de democratización. Lo llamativo fue que las demandas por una mayor participación política utilizaron los discursos de ruptura y guerra como si se tratara, simultáneamente, de destruir el sistema democrático mismo.

La crisis mostró, al mismo tiempo, los rasgos de una conducta intolerante manifestada por los partidos políticos, en términos de la no aceptación de “lo otro representativo”, surgiendo así el carácter de una discriminación sistemática hacia los movimientos sociales, movimientos indígenas y cualquier demanda que trataba de interpelar a la democracia desde las perspectivas de una participación directa en la toma de decisiones, sobre todo en el ámbito de la redistribución de la riqueza y la explotación de los recursos naturales.

En el sistema político emergió una contradicción importante porque la gobernabilidad negociada entre los partidos opacó los clivajes étnicos y minimizó los problemas irresueltos en la construcción de la Nación boliviana. El periodo de los “pactos gobernables” (1982-2003) se separó del reconocimiento estructural de la diversidad multicultural que intentaba también acceder al poder, hasta convertirse en el caldo de cultivo ideal

para el reingreso con ímpetu del indianismo y la fundación del nuevo Estado Plurinacional en el periodo 2006-2013.

En general, la democracia boliviana estuvo funcionando casi exclusivamente a partir de la ejecución de elecciones periódicas (cinco presidenciales de 1985 a 2002), pero donde ninguno de los candidatos obtenía la mayoría absoluta. Se formaron entonces diferentes coaliciones como el Pacto por la Democracia (1985), el Acuerdo Patriótico (1989), la gobernabilidad reformista de Sánchez de Loada (1993), la Mega-coalición (1997), hasta el derrumbe de la alianza neoliberal de 2003.

Los pactos, inclusive, hicieron que sea elegido presidente el segundo y tercer candidato más votado como lo sucedido con Víctor Paz Estenssoro en 1985 y Jaime Paz en 1989, respectivamente. Si bien la Constitución Política facilitaba este tipo de elección al interior del Congreso, la gobernabilidad fue juzgada por la ciudadanía como un acto espurio que sufría un déficit constante de legitimidad debido a que el voto ciudadano expresaba un resultado que, en muchos casos, era modificado substancialmente por los partidos. Este hecho desprestigió el principio de soberanía popular, otorgando demasiados privilegios a los gobiernos de mayoría que nacían bajo el manto de las negociaciones entre élites, cerrando el paso para lograr otro tipo de consensos entre la clase política y la sociedad civil.

La gobernabilidad pactada parecía confirmar la teoría de la democracia representativa y la mirada institucionalista, al sugerir que ningún cambio político era posible, sino se otorgaba a los partidos una centralidad y peso enormes. Siempre destacaba el tipo de relaciones que se establecían en las pugnas políticas y las confrontaciones electorales del sistema de partidos, cuyas tendencias transitaban de un sistema multipartidista polarizado hacia uno moderado, en el cual aparecían progresivas restricciones que pretendían institucionalizar un monopolio para los partidos, aparentemente más sólidos y con mayor fuerza electoral como el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Acción Democrática Nacionalista (ADN), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR),

Conciencia de Patria (CONDEPA), Unidad Cívica Solidaridad (UCS), el Movimiento Bolivia Libre (MBL) y Nueva Fuerza Republicana (NFR).

En Bolivia, el sistema de partidos de la democracia institucionalizada tendió hacia la formación de partidos y coaliciones oligopólicas dentro del juego del poder. Esto debido a que la elección de los presidentes estuvo relacionada con una serie de reformas a la normatividad para controlar la gobernabilidad, restringiéndose la legalidad de otras formas de representación de la sociedad civil y su presencia legítima en las instancias de discusión y decisión gubernamental. Las principales discusiones en torno a la implementación de reformas políticas que promovió el gonismo, proponían que pueda aprobarse un umbral de representación, marcando un número mínimo de votación que limite la representación parlamentaria; de esta manera, podía restringirse la presencia en el Congreso de algunos partidos de izquierda pequeños y otras organizaciones anti-sistémicas, catalogadas como óbices para la democracia moderna.

Los pactos políticos para favorecer la gobernabilidad se transformaron en los únicos ejes de auto-reproducción de la forma partido, mientras que la gobernabilidad se circunscribió a su carácter estrictamente contractualista (Rabotnikof, 1992). Las nuevas formas de dominación surgieron a partir de la identidad entre democracia representativa y partido político. Dicha dominación expresó lo siguiente: a) la internalización en la conciencia cotidiana de la identidad democracia-partido político o de su expresión en negativo: ausencia de democracia es igual a la ausencia de partidos; b) la articulación de una opinión pública a partir de los medios masivos de comunicación que defendieron a los partidos como protagonistas fundamentales del sistema político, preparando a la sociedad civil como el molde receptor de los consensos de gobernabilidad.

Así se favoreció la representación de pocos sujetos políticos como los partidos grandes. Esto difundió la idea de una mayor eficacia en las funciones de gobierno, debido a la necesidad de ejecutar políticas de mercado como la privatización de algunas empresas estatales y la subordinación

de todas las políticas sociales a la lógica de la política económica. Este hecho mostraba de qué manera los ajustes estructurales de la economía de mercado se presentaban como una teleología; es decir, como un fin en sí mismo inclusive más importante que la subsistencia de la democracia, frente a lo cual todo debía subordinarse. La población experimentó entonces una profunda desprotección, desarrollando un prejuicio en contra de las políticas de mercado que fueron inmediatamente conectadas con la democracia pactada de los partidos oligopólicos.

De esta forma, la consolidación democrática y la gobernabilidad confundieron el protagonismo de los partidos políticos con la transformación estatal. En general, los partidos nunca dieron un tratamiento privilegiado a la transformación del Estado, sino que acrecentaron los prejuicios del patrimonialismo y la corrupción institucional (Bechle, 2010). La gobernabilidad, las elecciones periódicas y los pactos condujeron todo hacia el objetivo de fortalecer la democracia representativa, pensando que los aspectos procedimentales de ésta eran suficientes en términos de racionalidad formal para consolidar el sistema político.

Una vez en el poder, las coaliciones de gobierno instauraban una *democracia delegativa*, que eliminaba todo tipo de contradicciones en el ámbito estatal, beneficiándose a sí mismas con cargos públicos bien pagados y un trabajo deficiente que no materializó una profunda reforma burocrático-estatal. Este estilo de hacer política se divorció de la sociedad civil, dejando de lado los problemas económicos como la pobreza extrema, la desigualdad, la inestabilidad laboral para las generaciones jóvenes y, finalmente, agigantando una crisis de legitimidad que explotó con el hundimiento de los pactos de gobernabilidad durante el periodo 2000-2003.

## **El reformismo Gonista**

Todavía existe un mar de dudas para comprender en su real dimensión la crisis y caída de Gonzalo Sánchez de Lozada el 17 de octubre del año 2003. Específicamente, el derrumbe de su gobierno representó el fin del modelo neoliberal de democracia y economía en Bolivia. A pesar de haber dirigido el Estado con relativo éxito durante su primer gobierno entre 1993 y 1997, súbitamente todo se desmoronó porque su liderazgo presidencial mostró un serio agotamiento. El control de su propio partido también fue víctima de tensiones internas que hicieron muy difícil el dominio coherente de la coalición de gobierno en la segunda administración gubernamental, que comenzó con muchas expectativas en agosto de 2002.

Una vez que Sánchez de Lozada reemplazara al histórico Víctor Paz Estenssoro como líder del MNR en 1990, el caudillismo consubstancial a la cultura política en Bolivia reinsertó un nuevo culto a la personalidad y del apócope de Gonzalo: Goni, sobrenombre con que todos sus seguidores lo llamaban, se desgajó la denominación de una supuesta doctrina reformista: el gonismo, estandarte electoral y adjetivo que bautizaba a los nuevos líderes del MNR: empresarios y dirigentes verdaderamente neoliberales que endiosaron al mercado como el centro supremo del desarrollo económico y democrático.

Los gonistas constituían una nueva tendencia que desplazaba a la doctrina histórica del Nacionalismo Revolucionario nacido en la década de los años cuarenta del siglo XX. El gonismo se alineó también con la presencia del empresariado privado en la política boliviana que declaraba abiertamente su deseo de convertirse en una élite destinada a controlar el poder por largo tiempo.

La victoria lograda por el MNR en junio de 1993 con 35,6% de la votación nacional era, sin lugar a dudas, el símbolo de un éxito personal y de una sólida legitimidad. No sólo hizo brotar rencores disimulados

en sus adversarios, sino también la sorpresa y esperanzas de gran parte de la sociedad civil, sobre todo de aquellos intelectuales y militantes de izquierda que después de haber perdido la brújula de la revolución, fueron cooptados fácilmente por la doctrina del gonismo, con el objetivo de llevar en alto las banderas de la segunda generación del ajuste estructural con rostro humano.

Para el caso boliviano, tal segunda generación giraba alrededor de lo siguiente: nuevas capacidades institucionales, alivio a la pobreza, participación y rendición de cuentas, establecimiento de un sistema regulatorio para fiscalizar los efectos políticos de la privatización de empresas estatales, efectividad de gobierno y reglas de juego claras para atraer las inversiones externas. Sánchez de Lozada convenció con su proyecto de gobierno durante la campaña de 1993 y terminó llevando adelante un Plan de Todos con total holgura.

El treinta y cinco por ciento del total de los votos en la elección presidencial de 1993, fue el caudal electoral que acorazó al MNR con la mayoría absoluta: 69 representantes en todo el Congreso (17 senadores y 52 diputados). Sin embargo, esta mayoría parlamentaria, por sí misma, no representaba el único aval para la implementación de las reformas gonistas, sino que debió agregarse la legitimidad internacional que le permitió financiar tranquilamente el *Plan de Todos*. Sus principales políticas públicas concentradas en la Reforma Educativa, la Ley de Participación Popular y la Capitalización de empresas estatales fueron ampliamente solventadas y apoyadas febrilmente por los organismos multilaterales cuyos planes para aplicar reformas liberales más agresivas, también coincidían con los planes de Sánchez de Lozada.

El control parlamentario en 1993 tuvo un beneficio más, pues el MNR logró un pacto de gobernabilidad con dos fuerzas políticas, en ese entonces importantes en el país: el Movimiento Revolucionario Tupac Katari de Liberación (MRTKL), el Movimiento Bolivia Libre (MBL) y Unidad Cívica Solidaridad (UCS). ¿Por qué no pudo el MNR convertirse

en un partido hegemónico, capaz de generar un poder absoluto similar al del Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano? ¿De qué manera el liderazgo de Gonzalo Sánchez de Lozada terminó destruyendo los viejos códigos ideológicos y las visiones del Nacionalismo Revolucionario como tendencia histórica y política en Bolivia? ¿Cuáles fueron los contrapesos para limitar las tentaciones del poder total que frenaron al MNR y cuál el contexto socio-cultural que no pudo ser influenciado por las reformas gonistas?

Para las elecciones presidenciales del año 2002, la candidatura de Sánchez de Lozada junto con Carlos D. Mesa Gisbert como Vicepresidente solamente logró un bajo 22,5% de la votación nacional, lo cual obligó a conformar una coalición de gobierno sumamente grande y dispersa. Es decir, esta vez ya no existía un Plan de Todos o programa de gobierno innovador que viabilice el liderazgo de Goni como presidente transformador o, por lo menos, como proposición alternativa para remontar las crisis de gobernabilidad provenientes de la Guerra del Agua y los conflictos con diversos movimientos sociales que se arrastraban del período anterior durante las gestiones presidenciales de Hugo Banzer y Jorge Quiroga entre 1997 y 2002.

A partir de 2002, lo que caracterizó a Sánchez de Lozada no fue, ni mayores reformas ni mejores planteamientos, sino solamente una ambición personalista por regresar al poder. Lideró personalmente una campaña internacional para desprestigiar a Hugo Banzer por su incapacidad de optimizar las reformas estructurales y por guiar una coalición de gobierno amorfa y fragmentada. Sin embargo, una vez que Goni fue elegido presidente en agosto de 2002 cayó en igual desgracia porque sus aliados de gobierno como el MIR, UCS y NFR se repartieron de tal forma el aparato estatal que se hizo impensable la posibilidad de producir y administrar un conjunto de políticas públicas coherentes, pues cada partido caminó por su lado buscando réditos de corto plazo, fracturando una orientación clara y desbaratando los mandatos presidenciales.

En este escenario, las visiones institucionalistas de la democracia no entendieron que el presidencialismo generaba distorsiones e inestabilidad, al ser utilizado como botín de guerra para distribuir privilegios entre los partidos que conformaban una coalición de gobierno. Los partidos políticos en Bolivia tampoco tuvieron algún tipo de democratización o modernización interna, ocultando sus graves deficiencias de institucionalización, lo cual aceleró su deslegitimación.

La combinación entre el presidencialismo, personalismo en el manejo del poder y la existencia de coaliciones fragmentadas e indisciplinadas para obedecer un programa de gobierno homogéneo, se convirtieron en las bases que ahondaron la desinstitucionalización de la democracia y sentaron las bases de quiebre en los momentos de crisis (Pérez Liñán, 2008). En aquel entonces, el reto más trascendente del gonismo consistía en detener la súbita irrupción del Movimiento Al Socialismo (MAS) con Evo Morales a la cabeza que terminó como el segundo candidato presidencial más votado en agosto de 2002.

El segundo gobierno de Sánchez de Lozada nació obsesionado por la necesidad de impedir, a toda costa, el ascenso al poder del líder cocalero, antes que por un razonamiento estratégico para articular un gobierno capaz de profundizar políticas importantes y ya establecidas como la Reforma Educativa, tremendamente cuestionada desde 1999, o la Participación Popular, que para Goni no significaba la posibilidad de una mayor descentralización política para el país, pues tampoco estaba convencido de establecer gobiernos regionales autónomos como se plantearía después (mayor autonomía regional a partir de 2004). Finalmente, sus políticas de privatización desencadenaron una tenaz oposición porque la comercialización de los yacimientos de gas cayó en un agujero de oscuridad y favoritismos hacia las empresas multinacionales, frente a una nueva demanda de grandes sectores de la opinión pública que defendían la nacionalización de los hidrocarburos.

El gonismo duró exactamente diez años. Apareció en el poder en 1993, su partido perdió las elecciones presidenciales de 1997; como oposición padeció de una seria debilidad constructiva para profundizar la democracia boliviana y, por último, ganó nuevamente las elecciones del año 2002 donde terminó hundiéndose en el autoritarismo, la falta de visión tolerante y, como una especie de embrujo maldito, Sánchez de Lozada y el MNR cosecharon lo que se había sembrado desde la histórica Revolución Nacional de 1952. Esta revolución fue capaz de destruir el viejo orden oligárquico pero sin crear un verdadero Estado democrático (Gamboa, 2001).

La Revolución Nacional atacó las estructuras enmohecidas de la sociedad boliviana en la segunda mitad del siglo XX pero no produjo, ni en lo social ni en lo económico, una sociedad nueva. La revolución económica neoliberal que el gonismo quiso instaurar embelesando a los medios de comunicación y a muchos intelectuales, trató de acelerar la modernización del país a partir de una serie de políticas financiadas y subordinadas desde el ámbito internacional por los organismos multilaterales de desarrollo, pero no consiguió un verdadero despegue económico. No generó quinientas mil fuentes de empleo como lo prometió y prosiguió con la corrupción, una gangrena que, junto a la violencia en la ciudad de El Alto durante la Guerra del Gas, estimuló protestas masivas hasta echarlo del poder en octubre de 2003.

El conjunto de las reformas gonistas y su implementación carecieron de una genuina voluntad para transformar las instituciones estatales que siguieron funcionando con mucha ineficiencia y clientelismo. Bajo el argumento de preservar el dominio político, se trató de colonizar el aparato estatal, sin poner en práctica ningún criterio de respeto a la ley para cumplir con los mandatos de una democracia institucionalizada, capaz de resolver los problemas públicos desde una burocracia profesional, estable, meritocrática y previsor.

Las políticas públicas fueron únicamente una retórica de modernización, sin su correlato efectivo de instituciones nuevas y un servicio civil realmente sólido, además de que el Poder Ejecutivo siempre estuvo doblegando al Legislativo, lo cual impidió la generación de nuevos equilibrios de transformación estatal a partir de resultados viables y la plena obediencia a la autonomía de poderes. El Poder Judicial también fue sometido a las arbitrariedades de Sánchez de Lozada, de forma tal que todo giraba en torno a compadrería en la política, erosionándose cualquier intento de consolidación democrática.

El trabajo gubernamental se desarrolló mientras hubo el incentivo de los organismos internacionales que prohijaron la orientación y diseño de las políticas públicas, pero no hubo compromiso con una mirada de largo plazo para cambiar Bolivia desde las bases, pues el mismo Sánchez de Lozada tenía una personalidad distante de la historia boliviana profunda, transpirando arrogancia por el hecho de que el país continuaba con una tradición chola e indígena, la cual repudiaba. El gonismo se vio a sí mismo como el único medicamento para modernizar y occidentalizar de una vez por todas a la nación boliviana, sin pensar si ésta existe como unidad cultural e identidad política duradera (Greenberg, 2009).

### **La ausencia de hegemonía**

El caudillismo de Sánchez de Lozada se desarrolló en un entorno plenamente democrático, permitiendo al MNR ser un actor central durante las negociaciones para articular gobiernos de coalición, de tal manera que el gonismo transmitió la idea de un liderazgo capaz de otorgar estabilidad al sistema, facilitar la implantación de consensos políticos y mostrar signos de renovación para lo cual su acento inglés y mal uso del lenguaje español le dieron un toque pintoresco que fue aprovechado como novedad por la televisión.

Goni también consideraba a las elecciones como una excepcional salvaguardia y el procedimiento mejor dispuesto para definir los límites y la titularidad del poder. En un comienzo, Sánchez de Lozada fue efectivamente un líder democrático pero quedó derrotado por su propia soberbia, anteponiendo egoísmos personales a costa de dejar intactas las raíces de la desigualdad en Bolivia para privilegiar solamente a los hombres poderosos de su entorno; mentalidad que demostró ser ineficaz para mantenerlo en el poder y convertirlo en un estadista de verdadera naturaleza liberal. Como era un empresario millonario, en el fondo pensaba que Bolivia seguía siendo un país de indios atrapado en el pasado y, por lo tanto, el único recurso de modernización acelerada era el impulso de la economía de mercado, escenario en el cual había demostrado tener cierto éxito personal (Soliz, 2004).

Entre los años 1993 y 2000, todos los partidos políticos, el sindicalismo y los grupos de presión de la sociedad civil, llevaron a cabo nuevas formas de hacer política, dejando atrás las estrategias violentas porque todavía tenían relativa legitimidad las condiciones de gobernabilidad y democracia pactada. Sánchez de Lozada usó la política, no como un escenario de guerra, sino como el tablado para la persuasión-manipulación y la permanente negociación, lo cual llevó a utilizar los llamados articuladores políticos.

Ambos recursos: negociación y manipulación fueron los mecanismos más aptos para la incursión de Goni en el poder, de tal manera que se mantuvo en el sistema político dotándose de los mejores medios para influir dentro de la electoralización política. Por lo tanto, siempre defendió una razón pragmática como el objetivo principal para conquistar aliados o deshacerse de competidores incómodos dentro y fuera del partido. Sánchez de Lozada tuvo un amplio apoyo e intervino en los medios televisivos más importantes.

Dicho pragmatismo fue utilizado con maestría, tanto por el MNR como por el Movimiento Revolucionario Tupac Katari de Liberación

(MRTKL) que introdujo la candidatura vicepresidencial del dirigente aymara Víctor Hugo Cárdenas en la fórmula del MNR en 1993. Esta fue la expresión de una estrategia que ya no ponía en marcha el dogmatismo ideológico, sino las razones electorales, acompañadas de una buena porción de dinero y cálculos para maximizar resultados con los menores esfuerzos o, en su caso, para minimizar pérdidas y maximizar logros en condiciones adversas. El gonismo siempre estuvo seguro de que los medios masivos de comunicación y un buen capital podían comprarlo todo, inclusive la gobernabilidad.

El MNR de Sánchez de Lozada dejó atrás la hiperideologización de la vieja guardia del partido; es decir, clausuró políticamente los últimos rasgos del nacionalismo revolucionario, al mismo tiempo que persuadió a la sociedad de la posibilidad de combinar ajuste económico y modernización liberal, justicia social y desarrollo humano, privatización de sectores estratégicos de la economía y capitalización de beneficios que, supuestamente, llegarían a cada ciudadano mayor de dieciocho años.

El nuevo estilo de convencer en política tuvo en Sánchez de Lozada a un símbolo cuya oratoria se vio signada por el sentido del humor, la concisión en sus propuestas de política y los cuestionamientos a la izquierda boliviana que cayó en la trampa del espíritu modernizador del gonismo, dejándose absorber y convirtiéndose en un nuevo grupo de admiradores del reformismo neoliberal. El gonismo rompió con el dramatismo del discurso político tradicional. Sus mensajes desideologizados se complementaron con un equipo de asesores de formación tecnocrática. La razón pragmática se expresaba así: gobierno con el MNR y aun a pesar del MNR, para lo cual se podían archivar sus posiciones nacionalistas, incorporando una identidad americanizada y, probablemente, menospreciando la misma democracia como valor en sí mismo. El gonismo vio en la gobernabilidad solamente un método para alcanzar el poder mediante hábiles transacciones, pero jamás la entendió como estructura institucional para transformar el Estado y la sociedad boliviana.

Los medios de comunicación parcializados en favor del MNR entre 1993 y 2003, advirtieron sobre la posibilidad de que este partido se convierta en una fuerza política dotada de un proyecto hegemónico de largo aliento. Al ver la aceptación social de sus principales reformas, Sánchez de Lozada empezó a soñar con la posibilidad de prorrogarse como dominador de la modernización y, en este sentido, el gonismo se tiñó de una mentalidad presuntuosa que colindaba con la tentación de un predominio absoluto. La realidad fue diferente y el gonismo no pudo convertir al MNR en un partido hegemónico por tres razones:

- Primero, debido al comportamiento electoral inestable de la ciudadanía. Entre 1993 y 2003 existía una fuerte desideologización en la política lo cual impedía el logro masivo de lealtades y afiliaciones partidistas; este fenómeno mostraba una población electoral flotante y una lógica del interés clientelista en buena parte de los votantes, haciéndose difícil que un solo partido arrastre victorias fenomenales y consecutivas en las elecciones presidenciales a lo largo del tiempo.
- Segundo, no hubo un proyecto explícitamente hegemónico en sus propuestas gubernamentales. Sánchez de Lozada pensó que era suficiente mostrar su buena imagen gracias al marketing político en los medios de comunicación y los contactos internacionales que él tenía, evaluando mal la estabilidad de las reformas liberales que inició en 1993.
- Tercero, las características peculiares del sistema político boliviano entre 1993 y 2003 tenían una tendencia donde sólo concurrían mayorías relativas en el ámbito parlamentario. Por lo tanto, la democracia pactada no producía la hegemonía política de un partido, ni siquiera de una coalición de fuerzas partidarias. Hasta las elecciones de 2005, los pactos de gobernabilidad fueron muy volubles y se disolvieron fácilmente cuando terminaron diferentes períodos presidenciales.

Muchos sectores de la oposición pensaron que con la Ley de Participación Popular era factible un dominio hegemónico. Se consideraba que la política de municipalización podía materializar un control total del MNR en los gobiernos locales. El MNR y sus alianzas de gobernabilidad se convirtieron en un centro articulador de la política boliviana por diez años. La alianza MNR-MRTKL representó una novedad importante porque consiguió que un sector importante del Katarismo alcanzara un sitio expectable con la participación del ex vicepresidente y líder aymara de la localidad de Achica Bajo, Víctor Hugo Cárdenas. Estas alianzas encajaban muy bien en la razón pragmática electoralista pero no representaban una nueva forma hegemónica en la política democrática.

Al parecer, las élites empresariales y reformistas se habían abierto a la inclusión de los movimientos indígenas en la toma de decisiones, en la medida en que el Katarismo proponía actuar con la teoría de los dos ojos: el ojo social donde era importante una democratización que erradique las desigualdades, al reconocer la lucha de clases y las estructuras de explotación, al lado del ojo colonial donde debía derrotarse al colonialismo interno que reproducía los patrones de una sociedad neocolonial que prolongaba la discriminación racial.

El Katarismo fue la expresión ideológica de independencia política y mental que trataba de ganar su propio espacio de poder, de forma que la alianza de Cárdenas con el millonario Sánchez de Lozada parecía expresar una profundización de la democracia y el nacimiento de una larga reconciliación nacional; sin embargo, nada de esto sucedió pues el accionar de Cárdenas quedó opacado por la fuerza de las élites neoliberales de cultura mestiza y occidentalizada, cuyo único objetivo era fortalecer al empresariado privado y los vínculos de Bolivia con la economía global, cuyos impactos en el sistema político buscaban solamente la aprobación de leyes que protejan la inversión extranjera directa al expandir las pretensiones de privatización.

El Katarismo había nacido en 1976 y participó activamente en los momentos de democratización más importantes como en las elecciones de 1979, 1980, 1985 y 1989. Su principal problema radicaba en que nunca tuvo una organización de carácter nacional como movimiento político, lo suficientemente fuerte como para romper sus perspectivas etno-culturalistas, a fin de convertirse en una opción política de carácter nacional. El sentido crítico hacia la sociedad boliviana por medio de sus cuestionamientos al colonialismo interno y la reinterpretación de la historia donde destaquen los movimientos indígenas como verdaderas fuerzas de reconstrucción de las identidades nacionales, se eclipsó por sus ambiciones de llegar rápidamente al poder.

Si bien el Katarismo trató de otorgar a las identidades étnicas e indígenas un estatus nuevo más allá de la identidad campesina que expresaba el mestizaje y sometimiento a la modernidad occidental, terminó por apagarse cuando el gonismo le ofreció un sitio expectable como alianza electoral con posibilidades de llegar al gobierno. Víctor Hugo Cárdenas olvidó su vocación para cultivar la ideología katarista, se convirtió en un cholo, es decir, se occidentalizó en medio del mestizaje liberal y perdió fuerza como liderazgo independiente, razón por la cual no pudo reconducir las contradicciones más importantes de la democracia pactada, ni tampoco supo restringir las tendencias autoritarias de Sánchez de Lozada.

El gonismo hizo un uso instrumental del Katarismo y del mismo Cárdenas, estimulando la proliferación de formas particulares de exclusión mediante una estrategia de liberalismo modernizador que vendió la idea de una democracia sin ideologías y apta para facilitar el multiculturalismo. Esta actitud evitó formas más genuinas e institucionales de inclusión. El universo social boliviano reivindicó, entonces, el chollaje como una manifestación del mestizaje intercultural contemporáneo, pero las élites empresariales y los grupos influyentes de la gobernabilidad definieron arbitrariamente, según su posición en la balanza de poder, los términos de la inclusión como una nueva forma de dominación.

Asimismo, las instituciones políticas no pudieron ser reestructuradas debido a que no cumplieron exactamente los fines fundamentales: facilitar que los esfuerzos democratizadores vuelvan a moralizar la democracia bajo las banderas de una democracia participativa. El espíritu pragmático del gonismo fue funcional al sistema político en otro sentido: en la imposición de la voluntad de un grupo con el objetivo de ganar fines inmediatos, que fueron alcanzados en muchas situaciones, pero que no eran los contemplados en la Constitución y en las leyes con el propósito de consolidar el sistema democrático más allá de los intereses de élites dominantes, aspecto principal para Sánchez de Lozada. El Katarismo fue absorbido en esta lógica elitista de la democracia gobernable, perdiendo su capacidad crítica hasta disolver por completo su fuerza electoral.

De cualquier manera, nunca hubo una aspiración hegemónica del gonismo. La hegemonía constituye una cadena total de legitimación, capaz de abarcar muchas dimensiones de la vida colectiva. Un verdadero equilibrio entre las acciones del Estado para imponer su autoridad y coerción, junto al dominio sobre la sociedad civil que tiene que creer firmemente en la eficacia de las instituciones y en la dirección definida por los líderes políticos que detentan el proyecto hegemónico. Así se desemboca en un aparato de hegemonía centrado en las élites que mandan, desde donde brota toda una visión de país y de nación como un pacto general de dominación orientado hacia el largo tiempo.

El gonismo no tuvo una visión de país legítima y con posibilidades de reconciliación nacional en todos los aspectos de la vida democrática. Únicamente desarrolló nuevas formas de dominación que surgían a partir de la identificación entre la democracia representativa y los partidos políticos. Dichas formas de dominio se expresaron a partir de la internalización en la conciencia cotidiana de la identidad democracia-partido político o de su expresión en negativo: ausencia de democracia es igual a la ausencia de partidos; asimismo, el gonismo articuló la opinión pública a partir de los medios masivos de comunicación que defendían a los partidos como

protagonistas fundamentales del sistema político, preparando a la sociedad civil como el molde receptor de los consensos de gobernabilidad.

La única hegemonía implantada en Bolivia fue aquella inyectada por el Consenso de Washington; es decir, el peso de las políticas de mercado bajo el control de los organismos financieros multilaterales (Birdsall & De la Torre, 2001). Uno de los principales dirigentes del MNR afirmaba que se cometieron una serie de errores, de los cuales el más grande fue pensar que era una tontería defender a la democracia como un vehículo para mejorar a la humanidad.

El gonismo nunca ponderó a la participación como un valor en sí mismo, ni siquiera con el propósito de tener una nueva conciencia y unidad nacional. Pensó que el objetivo de la democracia era tomar nota de los deseos de la gente tal como es, no idealizarla sobre algo que beneficie a los ciudadanos para que éstos lleguen a ser algo mejor o entender lo que la población desearía ser. Para las élites políticas de los pactos de gobernabilidad, la democracia era exclusivamente un “mecanismo de mercado” donde los votantes representaban a los consumidores y los políticos constituían los empresarios.

Las coaliciones del MNR con el Katarismo, el MIR y otros liderazgos modernizantes, reclutaban un personal burocrático donde coexistía una mezcolanza bastante heterogénea de tecnócratas relacionados con orientaciones extranjerizantes para implementar las políticas de mercado. Algunos eran funcionarios identificados con tendencias comunistas, pasando por socialdemócratas y llegando, inclusive, a establecer contacto con élites sindicales que creían que la modernización occidental de Sánchez de Lozada cimentaba las bases del modelo democrático-representativo, dejando atrás cualquier movilización a favor de otras formas de democracia directa. El gonismo consiguió convertirse brevemente en el centro umbilical que articuló las demandas y algunos temas centrales que, en aquel entonces, tenían efervescencia en la política boliviana.

La teoría del partido hegemónico en la escena política permite afirmar que una vanguardia partidaria puede imponer, por la vía estatal, un proyecto político de dominación. El gonismo no era lo suficientemente consistente como para expresar un prototipo liberal de hegemonía en los años noventa. Los éxitos del MNR residieron en la dramaturgia ante los medios de comunicación y las relaciones públicas (dentro y fuera del país) porque sus dirigentes mostraron una singular astucia criolla para vender una imagen modernizadora a la comunidad internacional, tanto desde el ámbito gubernamental como desde el escenario de instituciones privadas productoras de ideas liberal-democráticas.

El reformismo gonista destacó en el fondo por su modestia, careciendo de total capacidad para fomentar la democracia y renovación dentro del MNR que siguió siendo caudillista y dador de prebendas para los banqueros, empresarios mineros, funcionarios internacionales y algunos tecnócratas que estuvieron convencidos dogmáticamente por la teoría de los pactos de gobernabilidad y el carácter sospechoso del liderazgo político de algunos empresarios de dudosa solvencia.

La modernización gonista se ejecutó con la aquiescencia de conocidos intelectuales de izquierda y aquellos cabecillas autodenominados progresistas que fueron cooptados con mucho dinero por el MNR y encabezados claramente por el conocido líder de opinión en la televisión, Carlos D. Mesa Gisbert, quien fuera luego Vicepresidente de Sánchez de Lozada en agosto de 2002, abandonándolo en circunstancias turbias el 13 de octubre de 2003.

La fuerza de las coaliciones que armó el MNR con el MRTKL, el MIR y otros partidos nuevos como NFR del ex alcalde de Cochabamba, Manfred Reyes Villa, en el escenario parlamentario no se tradujo en una energía de gobierno; es decir, en una capacidad de decisión dentro de un tiempo apropiado porque el gonismo demostró una lentitud impresionante para decidir y acelerar ciertos cambios. Su propia agenda de capitalización

no pudo vender la empresa de Fundición Metalúrgica Vinto y casi fracasó la capitalización de la línea aérea Lloyd Aéreo Boliviano (LAB).

El potencial de rendimiento gubernamental fue afectado por la poca habilidad para reestructurar el Poder Ejecutivo que necesitaba mayor coordinación y racionalización para la toma de decisiones. La concentración del poder en la persona de Goni fue tal que no aumentaron los niveles de coherencia y efectividad. El presidencialismo de Sánchez de Lozada siempre centralizó todas las atribuciones bloqueándose el desenvolvimiento de una actuación más eficiente, justamente por un exceso de personalismo, lo cual hizo que todas sus reformas se desgastaran como el árbol de la higuera que no florece pero produce algunos frutos dulces, mientras se suministraban los créditos internacionales. Además, un ejemplo de desgaste del aparato público donde las reformas gonistas no sirvieron de mucho, es la influencia de la economía informal que fue socavando el funcionamiento del Estado.

La Inversión Extranjera Directa (IED) fue auspiciosa durante el régimen de Sánchez de Lozada que aprovechó las favorables reglas de juego marcadas por la Ley de Inversiones y Capitalización, lo cual convirtió a Bolivia en el país andino que más inversión de capital extranjero recibió entre 1990 y 1998 (Hausmann & Fernández-Arias, 2001). Sin embargo, dichas inversiones se orientaron especialmente hacia la explotación de materias primas como petróleo, gas, minerales y el usufructo de servicios, sin fortalecer la exportación de productos bolivianos con valor agregado. En todo caso, para algunos analistas económicos, los enormes volúmenes de capital externo no son buenos síntomas de desarrollo en los países pobres, sino la señal de una terrible debilidad en los mercados financieros y de capitales; el dinero fácil se transforma así en un lastre que perjudica al mayor dinamismo del comercio externo y la inserción más estratégica en los mercados, tanto de la región latinoamericana como del resto del mundo.

Los créditos internacionales para financiar la Reforma Educativa y Participación Popular junto con la inversión extranjera, tropezaron con el eterno patrimonialismo estatal, de tal manera que el gonismo estuvo imposibilitado de modernizar el Estado, entendiendo a la modernización como una racionalización substantiva de las decisiones y la institucionalización de las políticas públicas; es decir, la definición clara de medios y fines, los mismos que, a su vez, están adecuados con los objetivos y metas planteados por el programa de gobierno. Pero Sánchez de Lozada se contentó con la llegada feliz de recursos frescos sin dirigir la orientación lúcida de competencias y funciones en los ministerios. En sus dos gestiones de gobierno, hubo profusión de muchos pequeños caudillismos ministeriales y faltó una coordinación solvente, lo cual no condujo al aumento de la eficiencia en las políticas públicas.

Los ministerios se manejaron como feudos de la coalición gobernante y el trabajo tendió a ser disperso y heterogéneo sin construir un Estado con alta capacidad normativa, es decir, legislativa, y con potestad de hacer cumplir las leyes que se dictaron en el campo económico. Si bien el Estado comandado por el gonismo fijó algunas pautas básicas para el desarrollo de la economía, no tuvo la conciencia para redistribuir los beneficios del proceso económico.

En la medida en que el sistema de gobierno boliviano era conceptualizado como un presidencialismo parlamentarizado donde el Congreso poseía la atribución de elegir al Presidente de la República y la legitimidad de éste provenía de los acuerdos y coaliciones parlamentarias, dicho sistema condujo a una gobernabilidad que estuvo sujeta al fortalecimiento del parlamentarismo; sin embargo, el gonismo hizo que sus leyes de Reforma Educativa, Participación Popular y Capitalización sean impuestas sin una reflexión detenida y un análisis sobre sus riesgos y requerimientos en función de los intereses de largo plazo para el país. Todas las reformas fueron aprobadas por imposición, incluso valiéndose de un estado de sitio en 1995 y, por lo tanto, para Sánchez de Lozada, el

Poder Ejecutivo siempre debía pasar por encima del Legislativo aprovechándose de su mayoría parlamentaria.

El Parlamento nunca estuvo a la altura de las exigencias políticas y fue vilipendiado por el gonismo que se deleitó con la superflua lógica de litigio en que terminaban las discusiones para analizar la Ley de Capitalización, siendo muy evidente que el Congreso no podía dar pasos contundentes dentro de la modernización del Estado para acompañar las reformas porque carecía, al mismo tiempo, de la capacidad de modernizarse a sí mismo. Las llamadas reformas estructurales del gonismo que, supuestamente, otorgaban una mejor calidad al desarrollo de la democracia representativa, jamás fueron concertadas y debatidas con los sectores más importantes de la sociedad civil. La lógica del poder para Sánchez de Lozada descansaba inclusive en la posibilidad de gobernar por decreto, si era necesario. En este caso, el presidencialismo en Bolivia se caracteriza por ser un Leviatán legislativo.

Los asesores de Sánchez de Lozada consideraban que el Ejecutivo tenía la misión de asumir iniciativas para forzar sus planes; sin embargo, cuando solamente el Poder Ejecutivo se encargaba de conducir todas las riendas del poder al observar que el Congreso actuaba de manera débil y poco imaginativa dentro de la legislación, el proceso gonista dio lugar a una peligrosa asimetría para el proceso democrático que agravó el dominio del Poder Ejecutivo para opacar al Legislativo, desigualdad que se mantuvo hasta el periodo posterior a la caída de Goni. No fue una coincidencia que su Vicepresidente Carlos D. Mesa Gisbert, quien reemplazó a Sánchez de Lozada en el poder cuando éste dimitió, actuara con el mismo desdén, esforzándose por desprestigiar y anular al Congreso Nacional entre enero de 2004 y mayo de 2005. El Parlamento tenía el deber constitucional de complementar y conciliar iniciativas claves para el funcionamiento del Estado y la democracia, porque su función legislativa era más que la mera fiscalización; algo que el gonismo siempre descartó.

## **El desprecio del compromiso**

Cuando Sánchez de Lozada encabezó la coalición de gobierno para agosto de 2002, no hubo nada innovador porque sus presentaciones públicas fueron la imagen pálida de un estilo incierto y su discurso político estuvo afinado en cuatro ejes fundamentales:

La evocación de eficiencia empresarial para el manejo de los asuntos públicos y económicos, lo cual hizo que se autocalifique nuevamente como un empresario exitoso que podía revertir las crecientes críticas contra el modelo neoliberal en Bolivia.

La defensa sin concesiones de las políticas de capitalización que habían ingresado en un interregno de incertidumbre e inercia durante las administraciones de Hugo Banzer y Jorge Quiroga. No ofreció nada para corregir algunas distorsiones, especialmente en lo referido a la explotación de gas natural, resistiéndose a realizar un referéndum sobre el destino de los hidrocarburos que estaban en manos de poderosas empresas multinacionales.

La exigencia de reglas de juego claras, estables e inmediatas para efectivizar las políticas de mercado, pero sin proponer acciones destinadas al combate de la desigualdad como estrategia central para favorecer a los sectores más pobres.

La actitud intransigente para oponerse a la Asamblea Constituyente utilizando las habilidades discursivas de su Vicepresidente, Carlos D. Mesa Gisbert, que se reunió con diferentes sectores para convencerlos de la inviabilidad constitucional de tal mecanismo de consulta y deliberación.

La segunda presidencia de Sánchez de Lozada podría ser definida como una práctica para mantener un bajo perfil y cultivar una serie de negociaciones secretas en lo referido a la venta de gas natural por medio del consorcio Pacific LNG. De esta manera, el gonismo se agotó como impulso reformador para adaptarse a una nueva lógica: la evaluación confusa de los problemas de ingobernabilidad. Creyó que evitando ver las

dificultades, éstas habían desaparecido. Al no realizar un referéndum de consulta sobre la exportación de gas y al ver que una Asamblea Constituyente era un hecho banal, Sánchez de Lozada evaluó sus posibilidades y límites en forma desdeñosa. No advirtió los problemas en su real dimensión, confundió la política a ejecutar con el instrumento, las exigencias de lo inmediato con el largo plazo, la cáscara con el contenido, minimizó los peligros y no previó los costos políticos ni económicos.

Lo paradójico entre la ascensión al poder por segunda vez de Sánchez de Lozada y su posterior destrucción, fue que en junio del año 2002 una gran marcha indígena de las regiones andinas y las tierras bajas llegó a la ciudad de La Paz exigiendo una Asamblea Constituyente. Los marchistas fueron recibidos por el Congreso nacional integrado por las élites políticas que estuvieron en el corazón de los pactos de gobernabilidad desde 1985. Absolutamente todos intentaron convencer a los indígenas de que la Asamblea no sólo era imposible, sino que prácticamente representaba algo fuera de la ley porque la Constitución Política de 1993 no preveía ninguna Constituyente como oportunidad para llevar a cabo transformaciones económicas, políticas y sociales. ¿Dónde radicaba la paradoja? En octubre de 2003, oponerse a la Asamblea Constituyente y negar la nacionalización de los hidrocarburos, se convirtieron en un detonante que evidenció cómo Sánchez de Lozada y las élites de la gobernabilidad estaban profundamente equivocadas y le habían mentado al país, o por lo menos, habían ocultado una solución mediante alternativas de participación abiertas a considerar las peticiones indígenas.

La crisis de gobernabilidad del 12 y 13 de febrero de 2003 sorprendió al país entero. Se desencadenó por intemperancia, falta de concertación y un pésimo sentido de oportunidad debido a que Sánchez de Lozada decidió aprobar un impuesto a los ingresos para cubrir el déficit fiscal. El impuestazo de febrero en condiciones de pobreza, marginalidad y desempleo crónico cayó como un balde de agua fría en la conciencia de toda Bolivia. La noche del 11 de febrero, un grupo de policías se amotinaron

exigiendo mejoras salariales y una serie de beneficios. Al día siguiente, ni el Ministro de Defensa, ni el Ministro de Gobierno pudieron evitar una balacera entre militares y policías en la Plaza Murillo, escenario del poder presidencial. Es muy probable que el mismo Sánchez de Lozada haya dado la orden final para desbaratar la protesta policial mediante la intervención violenta del ejército. De cualquier manera, entre la una y las cuatro de la tarde del 12 de febrero, el Presidente y sus Ministros desaparecieron del palacio de gobierno. Los saqueos y la enajenación colectiva coparon las calles y el vacío de poder duró dos días.

Al final, el gonismo realizó un cambio de gabinete pero las principales actitudes hacia la administración estatal se mantuvieron iguales que en los últimos 30 años de democracia inestable. No hubo una conciencia para transformar las instituciones porque la democracia boliviana privilegió la competencia entre el sistema de partidos políticos, dejando de alentar el consenso entre el Estado y la sociedad civil. Esto dio lugar a una insatisfacción ciudadana muy grande que reclamó el poder compartido, mientras que el gonismo, como expresión final de la democracia pactada, trató de defender solamente la capacidad de instaurar gobiernos de mayoría partidaria. Sánchez de Lozada quiso impulsar la acción privada versus la autoridad pública que demandaba intensamente un nuevo pacto socio-político con la Constituyente.

La crisis del régimen de Sánchez de Lozada radica en que el nacimiento de su gobierno descansó estrictamente sobre la coalición MNR-MIR-NFR; es decir, sobre objetivos partidarios y estrategias de gobernabilidad inconclusas, anulando la necesidad imperiosa de reformar el Estado para gobernar por políticas que se conviertan en una actividad normativa.

Desde febrero de 2003, los ciudadanos deseaban influir en la política pública y se les cerró el paso de manera tajante. El gobierno elegido popularmente debe ejercer sus poderes sin la obstrucción ni el control de funcionarios no elegidos. Sin embargo, esto fue lo que Sánchez de

Lozada hizo: gobernar por medio de una democracia delegativa donde una serie de burócratas aconsejaron radicalizar la negativa a consultar sobre el destino del gas y a descartar la Constituyente como un signo anti-sistémico cuando, en los hechos, la gobernabilidad como acuerdo entre partidos se tornó incapaz de promover el cambio social y tampoco supo conciliar intereses entre el sistema político y los movimientos sociales.

Típicamente, la gobernabilidad llegó a convertirse en una ramplona política del temor a la participación activa desde las bases de los movimientos sociales. Los pactos de gobernabilidad confundieron la necesidad de obtener estabilidad que favorezca el ejercicio de la presidencia, con un asombroso proceso de neopatrimonialismo para controlar bancadas parlamentarias e impedir la oposición proveniente del MAS y Evo Morales. Los pactos nunca se articularon con el diseño de políticas públicas que busquen comprometer responsabilidades hasta obtener los productos de una auténtica modernización política.

La gobernabilidad no pudo repensarse en términos de gestión pública, compromiso para el logro de resultados, control social de los grupos afectados por diversas políticas y fijación de castigos indispensables para quienes ejercían el poder al no reconocer que éste tiene límites y prohibiciones. Estos problemas estructurales sobre el funcionamiento y comprensión de la gobernabilidad, echaron las raíces para pensar en un Estado Plurinacional como salida de la crisis por medio de un nuevo tipo de autogobierno.

En medio de las dificultades que constringieron al horizonte político, el gobierno de Sánchez de Lozada desfavoreció algunas alternativas, una de las cuales era el Sistema de Seguimiento y Evaluación a la Gestión Pública por Resultados (SISER) que funcionaba al interior del Ministerio de la Presidencia.

En realidad, el SISER era un Decreto Supremo aprobado por el ex Presidente Jorge Quiroga el año 2001. Nació como parte de Programa de Reforma Institucional (PRI) que buscaba continuar una reforma estatal

dirigida a lograr frutos objetivos. Cada ministerio estaba obligado a presentar un pliego de compromisos por resultados y el SISER rastrearía su cumplimiento cuantificando logros. Si algún compromiso no se cumplía, el sistema informático de la Dirección General de Gestión Pública del Viceministerio de Coordinación Gubernamental daría las señales para que se corrijan los estancamientos hasta efectivizar lo comprometido.

El gonismo utilizó al SISER como un disfraz para ocultar la fragmentación de la gestión pública porque los partidos de la coalición cooptaron diferentes ministerios sin obedecer ninguna directriz presidencial. La gestión gubernamental se infectó de corrupción que nadie pudo limitar y todo se paralizó sin saber cómo responder, estratégicamente, a cinco problemas:

Primero, el fraccionamiento del aparato estatal, que quedó bajo el control de diferentes partidos de la coalición, evitó la realización de un proceso eficiente de formulación, monitoreo, evaluación y retroalimentación de las políticas públicas.

Segundo, el gonismo aún negaba una descentralización política, reproduciendo un Estado piramidal para controlar las prefecturas (gobiernos departamentales), que también fueron presa fácil del reparto partidario y la inmovilidad de la gestión pública.

Tercero, no hubo un desarrollo de capacidades para la administración intergubernamental cuyo objetivo sea conectar al gobierno central con las regiones y municipios.

Cuarto, el gonismo no visualizó ningún modelo de organización flexible para corregir la burocracia y encarar el cambio continuo en las estructuras estatales. Quinto, no se quiso generar un nuevo estilo gerencial público.

Gobernar por políticas no fue una táctica durante la segunda presidencia de Sánchez de Lozada. Por el contrario, se fomentó una teoría conspirativa de la sociedad después de la crisis de febrero y ésta, a su turno, alimentó conspiraciones reales que estallaron entre septiembre y

octubre de 2003. El fracaso se precipitó sin pensar siquiera en alcanzar una meta sencilla: diseñar y ejecutar políticas públicas consideradas como un sentido esclarecido y crítico para no provocar efectos perniciosos. Los nuevos tecnócratas y políticos gonistas de ningún modo comprendieron a las políticas públicas como instrumentos para criticar o mejorar el sentido común y, por lo tanto, incumplieron todo lo ofrecido.

De pronto se esfumaron las razones valederas para administrar el poder a través de mecanismos democráticos, dándose lugar al Apocalipsis. Se utilizó la represión sin medir las consecuencias futuras durante las protestas en El Alto a partir de agosto de 2003. El aparato estatal se transformó en una máquina cuya legitimidad se sostuvo solamente con la violencia. El gonismo perdió su imagen democrática porque cuando invade la violencia, lo importante no es el grado de intervención represora, sino las formas, los medios y las salidas concertadas para actuar con verdadera responsabilidad pero, en este caso, Sánchez de Lozada no pudo reconvertirse y sucumbió por autoritarismo e irresponsabilidad.

Por último, es importante indicar que el vacío de poder del 12 y 13 de febrero de 2003, la primera gran crisis de gobernabilidad de Sánchez de Lozada, encendió la mecha de una masiva histeria colectiva. Un proceso espontáneo de conflicto social cuyo escalamiento articuló a la mayoría de las clases sociales para llevar adelante una protesta con elevado grado de violencia. Este levantamiento sin precedentes, sorprendió inclusive a la oposición y varios grupos políticos antisistémicos, frente a lo cual no existió ningún tipo de institucionalidad idónea que permita negociar salidas pacíficas a la crisis.

Cuando la estructura institucional de la democracia es incapaz de controlar las rupturas de gobernabilidad, entonces es la misma auto-organización de la sociedad civil quien promueve un cambio de régimen o de políticas públicas, así sea por fuera de la institucionalidad y las reglas de juego democrático. Se trataría de la aparición de formas radicales de democracia, más profundas y auténticas que desafían el hecho de imponer

democracias administrativas y no participativas (Bustamante, 2012). Esto no lo comprendieron las élites de la gobernabilidad, de manera que el Gonismo representó verdaderamente el fin de la democracia pactada y del viejo modelo de gobernabilidad.

La fatídica semana del 13 al 17 de octubre mostró algo similar pero con el aditamento siguiente: Sánchez de Lozada incorporó en su coalición de gobierno a Nueva Fuerza Republicana (NFR) en el mes de agosto de 2003, cuando durante la campaña electoral de 2002 había sido objeto de la guerra sucia que organizó el MNR. Lo sorprendente fue que NFR aceptara formar parte del gobierno. Una vez adentro, se dedicó a un sabotaje sutil pero sistemático de la gestión pública diaria y nadie entendía por qué se abrieron las puertas para el surgimiento de un caballo de Troya, pues NFR estaba profundamente resentido al considerar que Goni les había arrebatado la llegada al poder.

A esto se suma el alejamiento del Vicepresidente Carlos D. Mesa que cuando vio todo irrecuperable, no renunció y alentó más bien un proceso de oposición desleal con la probabilidad de estimular incluso un golpe de Estado. Muchos sectores extremistas vieron en febrero de 2003 la profunda debilidad de Goni y juzgaron que éste podía caer en cualquier momento. Hubo una serie de complots que fueron observados desde el palco por Carlos Mesa porque sabía que, de súbito, iba a reemplazar en la presidencia a Sánchez de Lozada. Éste tomó la decisión de utilizar al ejército para desbloquear a la ciudad de El Alto donde todo se paralizó porque los movimientos sociales evitaron el suministro de gasolina.

La ciudad de La Paz fue presa del pánico. El abastecimiento de los productos de primera necesidad desaparecieron y el miedo de una hecatombe enardeció más los ánimos en contra de lo que quedaba de la democracia representativa. Con 59 muertos, el régimen de Goni se desmoronó y con él toda una clase política. ¿Hubo o no un golpe de Estado? Sí hubo, si se entiende a un golpe de Estado como el momento en que las Fuerzas Armadas (FF.AA.) reprimen frenéticamente durante dos

semanas y, de repente, se niegan a obedecer al poder civil, abandonando al Presidente. Esto sucedió el jueves 16 de octubre cuando el ejército dejó pasar a un masivo contingente de mineros que venían a invadir la ciudad de La Paz, empeorando la tensión y favoreciendo una transición en el poder.

Las FF.AA. fueron utilizadas como el último recurso, valiéndose incluso de argumentos constitucionales para mantener el orden político. Sin embargo, y en medio de negociaciones confusas no esclarecidas hasta el día de hoy, incumplieron la defensa del poder presidencial, abriendo una grieta arriesgada donde la renuncia de Sánchez de Lozada aparecía como el comienzo de la solución y el fin de un gobierno constitucional. Un golpe de Estado puede tener lugar, precisamente debido a que las FF.AA. poseen una increíble desinstitucionalización, convirtiéndose en un órgano de represión interna en el país y estando dispuestas a someterse a los cálculos de boicot por parte de una serie de actores sociales y políticos movilizados, con el propósito de liquidar a un gobierno junto a sus titulares en el poder.

La desinstitucionalización de las FF.AA. significa, hasta la actualidad, un debilitamiento de las funciones constitucionales para la defensa externa del país. Desde 1990, prácticamente se reorientaron sus labores hacia el control de narcóticos. Esto fue negativo porque la democracia pactada no logró modernizar institucionalmente a las FF.AA. La intervención militar en la política antinarcóticos hizo que el ejército participe en las tareas de erradicación de cultivos de coca provocando grandes consecuencias sociales y políticas. Una de éstas fue la estigmatización de parte de los campesinos que veían a la institución militar como una amenaza que viola los Derechos Humanos por medio de constantes agresiones.

Al mismo tiempo, los militares asumieron otro rol: reprimir las movilizaciones que se generaban en el país, supuestamente con el objetivo de mantener el orden político democrático. Empero, la carencia de una institucionalidad en las FF.AA. bolivianas repercutió en la reproducción

constante de patrones autoritarios y violentos. Con su intervención en los sucesos de febrero y octubre de 2003, las FF.AA. desarrollaron una función ambigua y perjudicaron a un régimen constitucional, debido a que demostraron su total inadaptación a los valores y exigencias de funcionamiento de un Estado de Derecho.

### **Un péndulo de cincuenta años: de la Revolución Nacional de 1952 al quiebre en las élites en el año 2003**

La memoria y el recuerdo, dos facultades que nos hacen mirar hacia atrás para comprender mejor nuestra historia o, por el contrario, para forzar el olvido, sobre todo cuando nos obsesionan el temor y la vergüenza de experiencias pasadas que no deseamos volver a repetir. Como un péndulo, nuestra conciencia se balancea entre los recuerdos de ayer y la información sobre el presente: claridad, confusión, angustia, rabia y perplejidad se convierten, finalmente, en un torbellino de sensaciones que se desencadenan sin cesar hasta el último de nuestros días.

Al pasar cincuenta años desde la Revolución Nacional de 1952, este evento significativo persiguió la segunda presidencia de Sánchez de Lozada porque obligó a contrastar, permanentemente, lo que entonces sucedió con los resultados de hoy, con la siembra contemporánea que se reflejaba en el espejo del modelo neoliberal. Obreros y campesinos armados, una vez tuvieron en sus manos la oportunidad de construir un país inédito. Sus sueños no tenían límites como tampoco sus ambiciones de poder. Como un volcán o la velocidad ardiente de un cometa imparable, la revolución otorgaba reforma agraria, nacionalización de minas, voto universal, reforma educativa y un proyecto político que devolvía la dignidad a millones abriendo surcos para sembrar la modernización boliviana.

De nada sirve revisar la historia boliviana para criticar destructivamente aquellas audaces medidas, cuya legitimidad descansó en los fusiles y el sentido de justicia de aquellas masas que resolvían en las calles, a

golpes o a bala, las deudas pendientes de la oligarquía que había administrado el país como una finca gigantesca. La pobreza, la servidumbre y la destrucción del desprecio de quienes tenían más sobre los que nada tenían, encontraban en la revolución una luz de alivio que, supuestamente, conduciría a una transformación sin parangón hasta ese momento.

El ensueño duró poco y en el año 2002 Sánchez de Lozada precipitó la necesidad de criticar sin reservas las actitudes de las élites políticas y sindicales que, les guste o no, terminaron por convertir a la revolución en un péndulo desencajado que, hasta la caída del gonismo, ya no tenía ninguna importancia. La revolución inició un proceso que trató de golpear el péndulo hacia delante: crecimiento económico, los albores de una industrialización agresiva, integración territorial y articulación ideológica a través del nacionalismo. Lo que finalmente Bolivia recogió como cosecha seca e inservible fue el golpe del mismo péndulo pero esta vez hacia atrás: agresiones militares, ambiciones personales, egoísmos intolerantes, inestabilidad, despilfarro para comprar a transitorios aliados políticos, corrupción y nepotismo, que terminaron por arrojarnos en una crisis irremediable a comienzos de los años 80.

Hoy en día, las condiciones internacionales, políticas e ideológicas han sacudido tanto nuestras raíces que, como una hipocresía de la historia, quienes había acaudillado la revolución desde el poder destruían irreversiblemente todas y cada una de las consecuciones del proyecto desarrollista de 1952. Víctor Paz Estenssoro como iniciador del modelo neoliberal cristalizado en el Decreto Supremo 21060, Hernán Siles Suazo y Juan Lechín Oquendo como actores del proceso anárquico durante el gobierno de la Unidad Democrática y Popular (UDP), veían fracasar o, en todo caso, destruían con sus propias manos a partir de 1985 las expectativas y ambiciones que alguna vez prometían un destino distinto.

Después de cincuenta años, en el año 2002 del siglo XXI, el gonismo confrontaba una Bolivia que todavía era víctima de un encierro indigente en la pobreza, exclusión y retardo económico. Carecía de recursos

financieros y humanos apropiados, era altamente dependiente de la cooperación oficial para el desarrollo y la mayoría de su población veía con escepticismo o desconfianza la posibilidad de superar nuestros problemas como una nación sólida.

De 1952 a 2002 se vivieron cincuenta años de esfuerzo y decepción. Bolivia jamás tuvo una guerra civil prolongada, un conflicto internacional que le haga víctima de bloqueos económicos o la tragedia de epidemias devastadoras. Nunca enfrentó los desastres de una bomba atómica como Japón, tampoco soportó una secesión como Corea. No conoce una explosión demográfica que condene a millones a la inanición como en China. Nada de esto, pero Japón, Corea del Sur, China, Tailandia, Malasia, Vietnam y algunos estados descentralizados dentro de India registran niveles de desarrollo envidiables, crecimiento económico, prosperidad y mayor equidad que Bolivia entre 1960 y los años dos mil. Esto debería hacer reflexionar por todo el tiempo perdido, la retahíla de mentiras y traiciones en que el país cayó gracias a las decisiones y acciones emprendidas por líderes históricos como Paz Estenssoro, Siles Suazo, Lechín Oquendo y Sánchez de Lozada que todavía amenazan como insectos venenosos en el sistema político y sindical contemporáneo.

Las actuales generaciones constantemente deben estudiar y seguir revisando las consecuencias de la revolución del 52, sus protagonistas y lo que todavía falta por revelar. Nuestra memoria no debe desfallecer a este respecto: recuerdo y reflexión, ansiedad y responsabilidad, el ritmo del péndulo debe ser re-equilibrado y puesto en su lugar para seguir adelante, aún a pesar de los magros resultados en materia de desarrollo, modernización, dignidad y justicia social en Bolivia; es decir, a pesar de la herencia inerte en que desembocó aquel experimento revolucionario y que el gonismo intentó olvidar sin siquiera sobrevivir más allá de los diez años. Ideal liberal o espuma superficial sobre aguas estancadas, Sánchez de Lozada se desvaneció en medio de explosiones de furia y violencia impune.

Más allá de la clásica oposición entre el modelo neoliberal y las fuerzas disidentes. Más allá de los conflictos con los movimientos sociales o la aparición de partidos políticos anti-sistémicos, en Bolivia surgió una crisis a partir del año 2003, tal vez más grave que la de carácter económico. Se trata de un quiebre en el bloque de poder de las élites dominantes, cuya crisis es la pérdida de un horizonte de largo aliento, junto a una total incertidumbre sobre su futuro papel en el modelo de libre mercado. El hundimiento del gonismo revela cómo las élites empresariales ya no eran aquella clase social homogénea —por lo menos desde el punto de vista ideológico— que rearticuló su poder y gozó de privilegios desde 1985.

Cuando recordamos los fenómenos más dramáticos en los últimos treinta años de historia política en Bolivia, rápidamente salta a la memoria nuestra transición hacia la democracia en 1982. En realidad, parece ser más correcto indicar que existieron tres transiciones fundamentales. La primera transición fue el paso del autoritarismo militar hacia el gobierno de la UDP, reconociéndose la legitimidad del ex presidente Hernán Siles Suazo. Lo más sobresaliente de este acontecimiento fue que las Fuerzas Armadas quedaron sin la más mínima posibilidad de participación política en el nuevo escenario democrático.

Las transiciones de gobiernos militares a democráticos obligan también a observar un aspecto más profundo: la cultura política, entendida como aquella matriz de relación entre el Estado, estructuras político-partidarias, sociedad civil y el sentido que la gente otorga a la política y a las acciones colectivas. Esta cultura política en Bolivia, está todavía cargada de resabios autoritarios que cuestionan constantemente la legitimidad democrática y nos empujan otra vez al precipicio de la dictadura.

La segunda transición se relaciona con la crisis hiperinflacionaria que destruyó a la UDP entre 1982 y 1985, lo cual dio paso a la llegada del Ajuste Estructural con el 21060, enterrándose al viejo capitalismo de Estado que dominó desde 1952. Esta transición económica nos enfrentaba con mayor radicalidad a la economía de mercado, procesos de competitividad

mundiales y a la poderosa influencia de instituciones financieras internacionales. La tercera transición fue el desplazamiento de la política de masas y prácticas populistas, hacia la reconstrucción de un nuevo Estado que trataba de recuperar su autoridad, basándose únicamente en la participación de las élites políticas y empresariales. Éstas habían diseñado el nuevo orden económico del 21060 junto con el pacto de gobernabilidad que sostuvo a los gobiernos desde el ex presidente Víctor Paz Estenssoro hasta Sánchez de Lozada.

Entre 1981 y 1985, la Confederación de Empresarios Privados de Bolivia (CEPB), representaba el principal núcleo doctrinario para las reformas liberales y una reestructuración política dentro de cánones democráticos. Asimismo, el Pacto por la Democracia de 1985 armaría un grupo para conectarse con la asesoría económica del estadounidense Jeffrey Sachs. Paralelamente, las élites del MNR con Gonzalo Sánchez de Lozada, conformarían otro grupo para analizar el alcance y puesta en práctica de las principales medidas de shock.

Aquellas personas e instituciones llegaron a constituir elementos clave en el mundo de los negocios y la democracia pactada. Estas élites no sólo lograron la viabilidad política del 21060, sino que se habían unificado en un bloque de poder con homogeneidad ideológica y privilegios, frente a los cuales poco podían hacer los trabajadores agrupados en la Central Obrera Boliviana (COB) o el campesinado de la Central Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), cuya influencia trataba de ser desterrada del sistema político boliviano.

Si comparamos agosto de 1985 con el período 2003-2005 después de veinte años del modelo neoliberal, se observa que el bloque de poder llegó a un total agotamiento y serias discrepancias. Los enfrentamientos entre distintas fracciones de las élites empresariales en Santa Cruz, o la polarización entre Sánchez de Lozada y su propio partido MNR para burlar el juicio de responsabilidades por la represión en el momento de su derrocamiento, arrastra también a sus viejos socios, siendo afectado

el grupo de empresarios leales al ex presidente Jaime Paz Zamora que conformaron en algún momento la Nueva Mayoría en el MIR y, súbitamente, ven ahora inviable su propia supervivencia porque se marchitó un nuevo consenso de dominación. Esta pérdida de consistencia explica la ruptura de varios empresarios con los partidos dominantes de la gobernabilidad. Así perdieron todo control sobre el horizonte económico de largo plazo para Bolivia porque no existe una versión rejuvenecida del ajuste estructural y la democracia pactada para el siglo XXI.

La crisis económica hace mucho que tocó a sus puertas develando que las élites empresariales no pueden lograr, ni mayores volúmenes de productividad, generación de empleo, o innovación, ni mayor fortaleza para competir internacionalmente. Las élites no pueden suavizar la intensidad de una economía de mercado donde la política monetaria en el sistema financiero está sujeta a la aprobación del Fondo Monetario Internacional (FMI), de manera tal que sufren al ver amenazados algunos de sus privilegios para manipular concesiones en su favor. De pronto, su dependencia financiera saborea también el vinagre de las instituciones internacionales cuyas decisiones constriñen la capacidad de reacción de los empresarios bolivianos, sin siquiera participar en la privatización porque su presencia pesó muy poco. El gonismo prefirió a las grandes empresas multinacionales extranjeras.

Actualmente, la participación de Bolivia en el comercio mundial es del 0.0017%; es decir, nada. La caída del gonismo golpeó tremendamente a las élites quienes no supieron qué hacer con el modelo económico imperante. Hoy no tienen unidad teórica, pues están carcomidas por la incertidumbre. Una vez afirman que ha llegado el fin de la ortodoxia liberal, como lo expresó el empresario y jefe del nuevo partido Unidad Nacional (UN), Samuel Doria Medina, pero en otras oportunidades tienen que agachar la cabeza para recibir los créditos de la Corporación Andina de Fomento (CAF), cuyo presidente, el boliviano Enrique García, ha expresado en muchas ocasiones que no será posible romper las duras

condiciones impuestas desde afuera y donde la integración comercial de toda América Latina marcha firme hacia procesos de competencia más drásticos, caracterizados por la globalización.

Las élites ya no tienen aliados en altas esferas de la academia estadounidense, como en algún momento fueron Richard Musgrave y Jeffrey Sachs, ambos profesores de la Universidad de Harvard. Actualmente, Sachs es uno de los activistas más importantes en Washington D.C. para aumentar la ayuda económica en favor de la lucha contra el Sida y la erradicación de enfermedades tropicales en África. Esto le permite estar al margen de las desastrosas consecuencias que su consejería generó en Bolivia y Rusia, dos países donde la pobreza galopante, corrupción y el retorno de la inestabilidad política han terminado por ahuyentar a este médico macroeconómico, cuyo prestigio parece estar mejor protegido si se involucra con campañas masivas de desarrollo sostenible, antes que con una reorientación de la economía neoliberal en los países pobres.

El gonismo se agrietó y rompió fracturando al bloque de poder de las élites como conjunto, poniendo al descubierto su falta de previsión, su negativa actitud excluyente en veinte años de ajuste estructural con drásticas políticas de mercado, su incapacidad de auto-reforma y su ausencia de compromiso con los intereses nacionales más ecuánimes. Para la sociedad boliviana, el valor fundamental no es el futuro sino el presente. El futuro es un tiempo falso que fue aprovechado por las élites para decirnos que “todavía no era hora” de democratizar recursos, materializar la equidad, compartir riqueza y superar la pobreza. En consecuencia, lo único que consiguió el gonismo fue negar la realidad y negar a Bolivia como país. Lo que los ciudadanos bolivianos quieren son transformaciones ahora porque el gonismo trató de ofrecer un futuro incierto a través de sus reformas, favoreciéndose solamente a sí mismo y edificando un presente que acabó encarcelando los verdaderos cambios.

## **Asamblea Constituyente y Estado Plurinacional**

En Bolivia, el Programa de Ajuste Estructural (PAE) nunca pudo aclimatar del todo al país a las nuevas condiciones de globalización y economía de mercado. Básicamente porque engendró muchas tensiones irresolubles entre liberalización de la economía, ampliación de las desigualdades y democratización sometida a constantes desestabilizaciones debido a los clivajes indígenas y sociales (Segura & Bejarano, 2004). Sin embargo, el PAE sí destruyó el modelo de Estado y Nación que enaltecía el mestizaje y el modelo de industrialización desde la Revolución de 1952. Hoy, el concepto de Nación en Bolivia está siendo reemplazado por una serie de herencias histórico-culturales donde se exaltan las identidades étnicas particularistas, insistiéndose en la especificidad aymara, quechua, guaraní, chimán, mojeña, etc. Esta erupción indígena saltó al centro del sistema político con absoluta determinación después de la caída de Sánchez de Lozada. Una de las alternativas para “reconciliar” al país consigo mismo y sanar las heridas de octubre, fueron los planteamientos de una Asamblea Constituyente y la nacionalización de los hidrocarburos.

Todo el avance de la democracia representativa desde 1982 hasta el presente (2016), mostró un ensamblaje complicado entre la fuerza del Consenso de Washington, como conglomerado de reformas liberales en el ámbito universal, junto a la progresiva construcción de una racionalidad política de gobernabilidad, un sistema de partidos políticos y todas las preocupaciones por integrar a los grupos marginales de Bolivia dentro de nuevas lógicas pluralistas de representación y decisión.

El hundimiento de los pactos de gobernabilidad dio lugar a mayores conflictos destructivos donde resaltaba la necesidad de liquidar al Estado benefactor como centro del desarrollo, versus el Estado liberal, reducido a un conjunto de funciones mínimas, sobre todo reguladoras de las políticas económicas sustentadas en el libre mercado. Esto afectó la discusión de las identidades colectivas porque Bolivia transitó del Estado Nacional

patrocinador de una sola identidad mestizo-homogénea-modernizante, hacia la incursión de diversas identidades étnico-indígenas, de alguna manera, funcionales a un Estado que perdía protagonismo al estar profundamente afectado por los vientos de la globalización.

A partir de 2005, Bolivia estaba frente a un camino bifurcado: a) transformar el Estado y otorgar una centralidad política a los movimientos cívicos e indígenas desde los ámbitos locales y regionales; junto a: b) la posibilidad de preservar la democracia delegativa donde una élite política continúe tomando decisiones en el ámbito nacional, bajo el argumento de representar los intereses del Estado. El ejecutar una Asamblea Constituyente abría la posibilidad para materializar una democracia directa sin partidos, aunque no se sabía si dicha Constituyente era el mejor instrumento para legitimar una democracia que perdurara en el tiempo.

El primer paso antes de cualquier intento reformista o revolucionario estaba relacionado con la realización de elecciones presidenciales. En diciembre de 2005, fue categórica la victoria del Movimiento Al Socialismo (MAS) con 53,7%. Evo Morales fue ungido presidente y rápidamente se vendió su imagen como un líder indígena aymara, aunque lo más objetivamente correcto es considerarlo como el primer dirigente cocalero que accedió al poder por medios democráticos. Su llegada al poder significó que la sociedad civil boliviana buscaba no solamente una alternativa frente a la debacle del modelo neoliberal, sino también el surgimiento de un vengador. Morales encarnaba el símbolo de un vengador justiciero para corregir las frustraciones que el alma colectiva tenía con los previos veinte años de insatisfacción con la democracia.

El resultado electoral sorprendió a las viejas élites de la gobernabilidad porque pensaron que iban a negociar la Presidencia dentro del Congreso y así mantener un sitio preferencial. Esto no fue así, pues su candidato Jorge Quiroga apenas logró un 28%, viéndose obligado a pactar con los prefectos de las regiones de Santa Cruz, Beni, Pando, Cochabamba y

Tarija, quienes se declararon como la oposición legítima que renegaba el hecho de reconocer el liderazgo presidencial de Morales.

Lo interesante del sistema democrático boliviano fue que en las mismas elecciones presidenciales de 2005 se eligieron, por primera vez, a los prefectos como la cabeza de verdaderos gobiernos autónomos regionales. Evo Morales, desde un comienzo, interpeló al país con el discurso de un gobierno que iba a obedecer a los movimientos sociales y brindar poder efectivo al mundo indígena. Al mismo tiempo, se declaró en contra de las autonomías departamentales y busco hostilizar las relaciones entre la Presidencia y los prefectos elegidos que no respondían al nuevo partido hegemónico: el MAS.

Evo Morales se comprometió a llevar a cabo una revolución democrática y cultural. Apoyó la elección directa de diputados constituyentes y un referéndum de consulta sobre la necesidad de viabilizar las autonomías departamentales. El MAS ganó nuevamente con comodidad, obteniendo 137 representantes para la Asamblea Constituyente en las elecciones del 2 de julio de 2006. Esto significaba un hito en la historia electoral contemporánea de Bolivia y un referente substancial para repensar las estrategias de gobernabilidad, con el objetivo de ir más allá de los pactos políticos entre partidos con representación parlamentaria. Lo paradójico surgió cuando el referéndum sobre la autonomía mostró que Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija optaron abiertamente por el sí a la autonomía, convirtiéndose desde entonces en una amenaza para la estabilidad de un estilo presidencial verticalista y concentrador de las decisiones como es el liderazgo de Morales.

Desde el año 2006, el Presidente Evo Morales concentró amplia legitimidad y convenció al país que la mejor salida para la crisis era una mayor intervención del Estado en la economía y el progresivo desmantelamiento del viejo sistema de gobernabilidad. Esto representaba, en el fondo, asumir la responsabilidad de construir un nuevo proyecto hegemónico, así sea contradiciendo las estructuras institucionales de la

democracia representativa. Las condiciones favorables para el MAS, sin embargo, no se complementaron con propuestas reales de reestructuración institucional del Poder Ejecutivo. Tampoco hubo una comprensión cabal sobre cómo generar nuevos pactos de gobernabilidad entre el Presidente y los nuevos núcleos de poder regional, en función de profundizar la descentralización.

La llegada al poder de Evo Morales dio inicio al resurgimiento de una línea ideológica de izquierda marxista tradicional, al lado de visiones indianistas que tienen el propósito de aplastar a la derecha y reducir todo a una política de confrontación permanente. El sistema político se vio atrapado en un conjunto de contradicciones entre las demandas por una democracia orgánica: aquella afinada en los movimientos sociales, los sindicatos campesinos, cocaleros, mineros, gremiales y organizaciones indígenas, en oposición a la democracia individualista e inorgánica: aquella identificada con los partidos políticos.

Con esta polarización entre diferentes visiones de democracia, la teoría institucionalista tenía algunos problemas para explicar la súbita fuerza de Morales y las propuestas revolucionarias que parecían convertirse en amenazas para la supervivencia del sistema. En gran medida, la teoría democrática sugiere siempre volver a plantear que las condiciones de estabilidad giren en torno a una amplia competencia por el poder a través de elecciones libres, constantes y limpias; una ciudadanía incluyente que efectivice el derecho a la participación de todos; junto con el reconocimiento de amplias libertades políticas que materialicen el pluralismo de acceso a la información y diferentes formas de organización para participar en la vida política. Además, se suponía que estas características evitaban las intervenciones de gobiernos dictatoriales y las acciones de fuerza que liquidan las raíces jóvenes de cualquier sistema democrático legítimo. Sin embargo, esto no sucedió pues Morales declaró que llegó al poder para quedarse definitivamente y no iba a ser un inquilino en el palacio de gobierno.

Esta concepción sobre el manejo del poder, tanto del MAS como de Evo Morales, expresaba una forma tradicional de hacer política. Así se influyó en el desarrollo de varios conflictos donde el problema ideológico, una vez idealizaba las posibilidades de la democracia y otras enunciaba los intereses de un nuevo tipo de autoritarismo: el autoritarismo competitivo (Levitsky & Way, 2010) porque para varios analistas de izquierda, la administración gubernamental de Morales se iba convirtiendo, tanto en el “monopolio tiránico de la política en el país” (Tapia, *El Estado de derecho como tiranía*, 2011: 8), como en el epicentro de las nuevas utopías de transformación política para la implementación de la Constitución entre 2009 y 2014.

La experiencia boliviana muestra también el carácter multicultural de lo político y la presencia decisoria de los grupos excluidos (o colonizados desde la visión indígena) dentro del sistema democrático. Al mismo tiempo, se manifiestan varias contradicciones más profundas, como el regreso a un Estado controlador de la economía que centraliza el poder y resuelve coercitivamente los conflictos, buscando, asimismo, destruir cualquier oposición política. En este caso, si desapareciera la oposición, surgiría un quiebre democrático que el nuevo Estado Plurinacional sería capaz de aceptar como parte del “proceso constituyente revolucionario”.

Una de las claves para comprender la subsistencia del sistema democrático es esta llamativa tensión entre diferentes formas de entender la democracia en Bolivia. La tensión entre la democracia directa y plebiscitaria frente a la democracia representativa. Por estas razones, el régimen democrático en Bolivia tiene que apelar a la figura del referéndum casi para todo: el referéndum de consulta sobre la exportación del gas natural (2004), el de autonomías departamentales (2006), el de revocatoria de mandato presidencial y de gobernadores (2008), el constitucional y número de hectáreas que puede poseer un ciudadano (2009), y los referéndums autonómicos (2008-2009). Las consultas, paralelamente a sus manifestaciones claramente democráticas, ahondaron el divisionismo y

llevaron los conflictos políticos hacia un rumbo de ingobernabilidad que el mismo Evo Morales lamentaría, debido a la necesidad de retomar el control de un Estado monolítico.

Aquí surgen muchos espejismos sobre las alternativas de participación que tienden a complicar las condiciones de estabilidad institucional. A pesar de haber logrado una nueva Constitución, la Bolivia de Evo Morales sigue presa del pánico y la debilidad infraestructural del Estado, que no tiene un escenario institucional duradero y es constantemente desafiado porque no se reconoce a las estructuras estatales como las principales fuentes de dominación, capaces de cohesionar a toda la sociedad.

El conjunto de reformas constitucionales llevadas a cabo en Bolivia a partir de 2009, simboliza uno de los acontecimientos más importantes en toda América Latina. Sobre todo porque en treinta años de democracia, el cambio constitucional fue un proceso con múltiples significados que complejiza la institucionalización democrática y las crisis de gobernabilidad en la región. Sin embargo, las intensas movilizaciones sociales aún no pueden transformar el carácter del Estado porque tropiezan con varias aspiraciones incompatibles.

### **Del fin de la democracia pactada a la Asamblea Constituyente**

La Asamblea Constituyente realizada entre el 6 de agosto de 2006 y el 9 de diciembre de 2007 fue una de las experiencias más dramáticas del Cono Sur. El dramatismo quiere decir que Bolivia desaprovechó una oportunidad histórica para reconciliarse y transformar el Estado en beneficio de la Nación. El evento fracasó muy prematuramente y se vio envuelto en conflictos tan graves que tuvo que clausurarse sin haber redactado ni un solo artículo de la Constitución el 15 de agosto de 2007. La Constituyente costó 21 millones 500 mil dólares, aproximadamente, y sus pobres resultados casi hacen tambalear una vez más la estabilidad del sistema democrático.

Los conflictos fueron muy devastadores y marcaron el fin de la democracia pactada. En el periodo que va desde el fracaso de las negociaciones sobre el reglamento de debates en octubre de 2006 hasta la aprobación —a la rápida, sin lectura ni meditación de cada una de las cláusulas constitucionales— del texto en la ciudad de Oruro el 9 diciembre de 2007, los asambleístas y el Congreso de la república trataron de alarmar a la población pero afectando su propio prestigio y terminando por aparecer como representantes incapaces y frívolos ante el escalamiento de la crisis política.

Tanto los asambleístas como el conjunto del sistema político entendieron a la concertación y los acuerdos como un fracaso. Insistieron en considerar a los pactos de gobernabilidad como algo negativo, lo cual estimuló estrategias desestabilizadoras en la oposición de Poder Democrático y Social (Podemos), y en las acciones de los prefectos de la denominada “media luna” (oriente del país: Pando, Santa Cruz, Tarija, Beni y Chuquisaca) que desconfiaban del MAS. Éste lanzó una campaña gubernamental para denostar cualquier pacto porque lo identificaba con el pasado de contubernios neoliberales donde el Parlamento había distorsionado las nociones mínimas de gobernabilidad por concentrarse en el tráfico de influencias.

La dinámica de los acuerdos en la Asamblea tropezó con muchos prejuicios y malas interpretaciones sobre las buenas intenciones de los interlocutores involucrados en diferentes negociaciones. Es por esto que la campaña del referéndum constitucional para aprobar el texto en febrero de 2009, sistemáticamente despreció las palabras “pacto y consenso”, debido a que éstas fueron identificadas como un alejamiento de la legitimidad ciudadana.

Los asambleístas del MAS y las fuerzas políticas pequeñas consideraban a los acuerdos con las siguientes orientaciones: a) los pactos solamente habían servido para negociar la elección presidencial y el reparto de espacios de poder que se reprodujeron en forma egoísta, hasta fracasar en el segundo gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada; b) el tráfico de

influencias para elegir al Presidente de la república desacreditó totalmente la democracia presidencial parlamentarizada que propugnaba cambios institucionales progresivos.

La ignominia en que cayeron los pactos de gobernabilidad tuvo que ver con la dinámica misma del sistema político y las posibilidades imprecisas para la implementación de reformas fundamentales en Bolivia. Nadie hacía nada a cambio de poca cosa y es por ello que la concertación política se infló de un exceso de pragmatismo para negociarlo todo sobre la base del tráfico de puestos estratégicos. La sociedad civil quedó marginada de los privilegios hasta condenar profundamente los pactos, mirarlos con rencor y asumir que no era posible obtener ningún tipo de acuerdos sino a través de premios, favores y resultados materiales. Esta situación olvida, empero, que fue la misma estructura institucional de la democracia que estimuló una conducta verticalista por parte de los partidos, al sobrevalorarlos en la teoría y en la práctica.

Las reglas de las transacciones políticas dieron lugar a un estilo de negociación donde nunca se establecieron garantías para la realización de los planes de gobierno y la reelaboración de pactos constructivos con propuestas en beneficio del Estado. Las negociaciones se congelaron en ofertas inmediatas y visiones de corto plazo que descuidaron la necesidad de forjar proyectos políticos fuertes con la capacidad de articular legitimidad y una identidad nacional.

Los pactos funcionaron al interior de “reglas constitutivas” que hicieron posible una relativa estabilidad democrática. Sin embargo, los constituyentes querían nuevos patrones normativos y compromisos de transformación absoluta, aunque sin especificar los requisitos básicos para una reconciliación entre las culturas, los movimientos sociales, los grupos indígenas y las clases sociales. En la Constituyente no hubo una cooperación sistemática para sancionar la estructura del nuevo Estado. El gobierno del MAS buscó erosionar la democracia parlamentaria para consolidar su “mayoría absoluta”, mientras que la oposición luchaba por

mantener una influencia muy pequeña, tratando de dejar las cosas sin mayores cambios como en la Constitución reformada de febrero de 2004.

La Asamblea sugirió la aplicación de una dimensión ético-normativa que sólo podía sostenerse sobre la base de una convicción subjetiva bien cimentada en la ansiada refundación estatal, así como en una racionalidad inclusiva de las clases sociales y las culturas, por medio de una reconciliación dentro de una democracia multicultural. Empero, muchos constituyentes seguían pensando que la concertación política era una forma de fracaso y fue por esto que rechazaron los acuerdos y las negociaciones durante los momentos de mayor divisionismo.

Las campañas a favor o en contra de la Constitución en el periodo 2006-2008, ingresaron en una etapa donde muy pocos querían respetar las reglas según las cuales se debía seguir jugando. Se pasó por alto el reglamento de debates de la Asamblea, se miraron con recelo los tímidos acuerdos en el Parlamento o en la Vicepresidencia de la República durante el trabajo de la denominada “supra-partidaria” de septiembre a diciembre de 2007. Finalmente, los medios de comunicación coparon la opinión pública donde cada actor: MAS, Podemos, los movimientos sociales o los sindicatos, actuaban a un nivel de desesperación, preocupándose por proteger sus intereses con posiciones defensivas y conductas casi irracionales sin deliberar claramente las razones para justificar su apoyo por el sí o por el no a la Constitución.

Las principales lecciones históricas de la Asamblea Constituyente en Bolivia fueron diez. Lecciones que, además, se convierten en la refutación del institucionalismo como sustento de la teoría de la democracia, debido a que las soluciones institucionalizadas como la organización de una Constituyente, derivan en patrones informales de institucionalización porque fomentan la democracia directa, en lugar de la democracia institucional y representativa:

Primera lección: La Asamblea mostró una representatividad democrática con una composición enriquecida por constituyentes de toda clase

social, culturas y grupos étnicos; sin embargo, las 16 agrupaciones políticas que integraron la Constituyente no poseían un perfil ideológico homogéneo. La primera mayoría del MAS con 137 assembleístas representaba una fuerza abrumadora que controlaba los principales puestos de la directiva, mientras que la segunda mayoría, Podemos con 60 assembleístas, estaba consciente de sus difíciles limitaciones decisionales. El resto de las organizaciones políticas fue una verdadera minoría fragmentada sin claridad ideológica, ni experiencia política y donde tampoco fructificaron relaciones de confianza.

Segunda lección: Las condiciones de incertidumbre sobre los caminos y exigencias que necesitaba la concertación degeneraron muy pronto, hasta polarizar la posición de los actores políticos, sobre todo con los enfrentamientos entre el MAS y Podemos, cuyos efectos desencadenaron acciones de suma cero para eliminar al adversario e imponer la racionalidad del más fuerte.

Tercera lección: La estrategia de abstencionismo del principal partido de oposición, Podemos, representó una alternativa muy coyuntural y débil que mantuvo intacta la polarización, pues sirvió para reforzar una conducta que también se resistía a concertar con el MAS, razón por la que cansó a la misma oposición y avivó nuevos frentes de confrontación por fuera de la Asamblea.

Cuarta lección: La Asamblea no pudo generar valores democráticos debido al profundo enfrentamiento con el reglamento de debates y el sistema de votación. Todas las fuerzas políticas estaban plenamente conscientes de la magnitud de los problemas y prefirieron reforzar las estrategias de suma cero, insistiendo en aplastar a quienes eran considerados como enemigos.

Quinta lección: Los constituyentes tuvieron una excesiva visión trágica a lo largo de todo su trabajo en el periodo que va desde el fracaso de las negociaciones sobre el reglamento de debates en octubre de 2006, hasta la aprobación del texto constitucional en la ciudad de Oruro el 9

diciembre de 2007, prácticamente en situación de emergencia. Esto provocó mayores conflictos políticos, sobre todo la pugna entre las demandas de autonomía y el centralismo estatal del Presidente Evo Morales.

Sexta lección: La Asamblea estuvo asediada por una excesiva influencia del Ministerio de la Presidencia, así como por un excesivo bloqueo de la “media luna” (las demandas autonómicas). Los constituyentes también tenían consciencia de los conflictos que sobrevendrían a raíz de estas presiones exteriores. Por esta razón nunca tuvo sentido la disyuntiva entre el carácter originario o derivado de la Asamblea, pues ésta siempre estuvo subordinada a varios poderes externos: el Poder Ejecutivo y la oposición autonomista.

Séptima lección: Los medios de comunicación predispusieron a la opinión pública en contra del gobierno, reforzando la polarización dentro del sistema político y en la Constituyente. La información mostraba que no habían mecanismos de solución a la crisis. Los medios tuvieron un claro posicionamiento político que sobredimensionó el escepticismo respecto a la viabilidad de la Asamblea. La televisión se encargó de arruinar la confianza que debía tener el país frente a la Constituyente.

Octava lección: Las posiciones que defendían a ultranza la mayoría absoluta, descansaban en la legitimidad electoral del MAS cuando venció en las elecciones presidenciales del 18 de diciembre de 2005. Este logro fue entendido como prueba suficiente para imponerse nuevamente en la Asamblea. La oposición polarizó el escenario con su demanda de dos tercios porque buscaba obtener una capacidad de veto, tratando, al mismo tiempo, de sobrevivir como clase política. ¿Es la democracia la imposición de la lógica de mayoría, o el baluarte para defender siempre a las minorías? ¿Cómo tomar decisiones en condiciones de intenso clivaje étnico-político y crisis de los pactos de gobernabilidad?

Bolivia enseña que todo proceso constituyente requiere de una democracia directa pero responsable, con ciudadanos educados y bien informados para asumir las responsabilidades de tomar decisiones

estructurales de transformación estatal. De lo contrario, vuelve a emerger una democracia delegativa que descansa en una tendencia a la transgresión o extralimitación de las fronteras institucionales legalmente establecidas, agudizando las situaciones de crisis y desmontando los mecanismos de control o equilibrio de poderes de la democracia representativa. Lo único que logró la Constituyente, fue difundir un tipo de democracia fuertemente mayoritaria, respaldando el liderazgo de Evo Morales como caudillo que se erige en el principal intérprete y encarnación de los intereses de la nación.

Novena lección: La falta de capacidades y conocimientos especializados por parte de la gran mayoría de los asambleístas en las diferentes comisiones, provocó un retraso en el trabajo. Uno de los aportes históricos de la Asamblea, fue la preponderancia de identidades étnicas con proyectos de poder, sobre todo por el trabajo de la Comisión Visión País y las influencias del Pacto de Unidad, una alianza de sindicatos campesinos y organizaciones indígenas andinas y amazónicas.

Décima lección: La polarización rebrotó durante la redacción de los informes de mayoría y minoría en las 21 comisiones de trabajo de la Constituyente. Su trabajo quedó incompleto con una serie de repeticiones. El escenario se debilitó nuevamente por falta de solidez en la toma de decisiones, desorganización e incapacidad gerencial de la directiva en la Asamblea.

Las estrategias de campaña después de la aprobación de la Constitución en la última sesión de la Asamblea Constituyente en la ciudad de Oruro, se componían de una doble desagregación: en primer lugar, el MAS trató de actuar solo, o aliarse al menor conjunto de agentes posible para lograr el resultado de un apoyo histórico e incuestionable sobre las virtudes constitucionales. En segundo lugar, Podemos, la empresa privada, los departamentos de la media luna como Pando, Beni, Santa Cruz, Chuquisaca, Tarija y la iglesia Católica criticaron todo el texto constitucional, exigiendo un gran acuerdo nacional, aunque dejando

traslucir temores si el gobierno decidía aplicar un estado de sitio como lo sucedido en Cobija luego de la intervención militar el 12 de septiembre de 2008. La gran duda de la oposición siempre fue hasta dónde ir y cómo actuar para responder a la violencia estatal ejercida por el MAS.

Las campañas y el conjunto de las pocas negociaciones detrás de la aprobación del texto constitucional para el referéndum del 25 de enero de 2009, mostraron el enfrentamiento entre aquellos que se consideraban “águilas”, identificadas con el MAS y los movimientos sociales leales a Evo Morales, frente a quienes se asumían como “palomas”, identificadas con el conjunto de la oposición, sobre todo los partidos políticos minoritarios preocupados por las pretensiones hegemónicas del MAS para establecer un sistema de partido único.

En la teoría de las negociaciones, los actores con una fuerte vocación de poder e imposición de su autoridad se auto-perciben como un águila que sobrevuela y diagnostica el terreno donde cazará a su presa, es decir, el objetivo final es obtener el 100% de los beneficios en cualquier negociación. Su oponente es una paloma que busca transmitir la imagen de víctima ante la opinión pública para despertar emociones y evitar perder sus beneficios durante los conflictos.

En la Asamblea y durante las campañas del referéndum constitucional, fue muy claro que las palomas también aspiraban a convertirse en águilas porque su objetivo final era cazar las mejores recompensas por medio de un rotundo no a la Constitución. Águilas y palomas, en el fondo, ocultaban sus verdaderos intereses y no fue posible ceder, sino hasta que alguien sea doblegado por completo. Para esto, la función de los medios de comunicación fue crucial y, al mismo tiempo, millonaria porque se estima que el referéndum constitucional costó aproximadamente 15 millones de dólares, invertidos tanto por la oposición como por el oficialismo. Las estrategias del águila o la paloma demostraron ser excesivamente costosas e inútiles para desactivar los conflictos.

Los partidos más grandes como el MAS y Podemos reforzaron las estrategias para que sus seguidores se sometieran totalmente a un ciego compromiso por el sí o por el no, lo cual se expresaba por medio de la relación entre el águila que quería el todo por el todo, y la paloma que pretendía transmitir su posición de mártir, aunque esperando también el momento oportuno para convertirse en águila. Esto destruyó cualquier intento de diálogo y representó un obstáculo agotador para articular pactos en torno a los temas de mayor preocupación como la estructura institucional del Estado, el futuro de los hidrocarburos, los sectores estratégicos de la economía, la problemática de la tierra como recurso de desarrollo, las autonomías y las garantías fundamentales de las personas en un régimen de libertades democráticas.

Al final, nadie sabe quién o quiénes redactaron la Constitución terminada porque los assembleístas nunca lo hicieron. La Constituyente se cerró sin nada y luego surgieron, por lo menos, cuatro versiones de texto constitucional que, súbitamente, terminaron con un documento para su aprobación en el referéndum, probablemente redactado por una élite altamente ideologizada y protegida por la Vicepresidencia, entre septiembre de 2007 y febrero de 2009.

El distanciamiento entre el MAS y la oposición permaneció en la misma lógica después de ser conocidos los resultados del referéndum constitucional del 25 de enero de 2009, donde el MAS celebró con 61% la aprobación de la Constitución en La Paz, Oruro, Potosí y las zonas rurales de Chuquisaca; mientras que el 38% de rechazo nuevamente se instaló en Santa Cruz, Sucre, Pando, Beni, Tarija y las principales áreas urbanas del país.

## **Las principales reformas constitucionales y los problemas de implementación en la era del Estado Plurinacional**

La promulgación de la Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia tuvo lugar el 7 de febrero de 2009. En teoría, trató de definir nuevas fronteras y alcances importantes para una reforma institucional de las estructuras estatales, así como identificó diferentes canales de comunicación con la sociedad civil, los pueblos indígenas y los partidos políticos. Sin embargo, continuaron las críticas y resistencias por parte de aquellos sectores de la oposición: clases medias, empresariado, iglesia Católica y organizaciones indígenas opuestas a la reelección de Evo Morales como presidente. Los conflictos políticos e institucionales en Bolivia siguieron siendo destructivos y el país permaneció dividido con el nuevo régimen de autonomías territoriales.

Las reformas constitucionales bolivianas tienden a romper los procesos de institucionalización, aunque simultáneamente desafían el orden existente con nuevas posibilidades de redemocratización. La reforma del Estado ha sido obstaculizada por el choque entre las fuerzas del MAS que, como partido gobernante, encarna una alternativa revolucionaria ante los ojos de grandes sectores populares y movimientos indígenas, mientras que las clases medias urbanas junto a las élites económicas, no reconocen las visiones indigenistas de la Constitución y plantean una insubordinación que deslegitima las reformas.

Lo más novedoso de la Constitución es dejar de denominar a Bolivia como un Estado republicano porque éste representaría una expresión neocolonial, copiada del occidente europeo. Por lo tanto, lo que se habría inaugurado es el Estado Plurinacional, el cual, de manera general, trata de ser entendido como un nuevo tipo de institucionalidad que rompe las condiciones de colonialismo interno, facilitando el protagonismo de los pueblos indígenas en las decisiones del Estado y los rumbos de la economía.

El colonialismo interno en Bolivia es una concepción ideológica planteada por las doctrinas kataristas e indianistas desde los años setenta. Se postula que los pueblos indígenas y el legado del imperio del Tawantinsuyo, sufren una constante explotación colonial que se proyecta desde 1535 durante la dominación española, hasta llegar a la actualidad. Así se demostraría un horizonte de explotación de largo plazo que exige respuestas políticas y luchas por el poder a favor de las culturas ancestrales. Para los pueblos indígenas, las transformaciones constitucionales debieran ser un momento de refundación estatal y destrucción del colonialismo.

Es vital, sin embargo, que la conceptualización de las reformas constitucionales pueda tener también una visión sobre la preservación del Estado de derecho y el equilibrio de poderes en el largo plazo porque sólo dentro de sus fronteras podrá resolverse de manera más efectiva y sistemática el combate a la pobreza, transformando desde abajo el rostro de la situación social, productiva, cultural y política de la sociedad boliviana.

En los hechos, el MAS y Evo Morales hicieron énfasis en la reelección presidencial indefinida: este es el rasgo hegemónico para consolidar las acciones de un sistema de partido único. Tal pretensión socava las garantías y el respeto de los derechos fundamentales para fortalecer el ejercicio de la ciudadanía política, pues la continuación del sistema democrático se ve amenazada por la cultura del autoritarismo que ha recrudecido en Bolivia, surgiendo múltiples señales de quiebra democrática (Linz, 1993), de las cuales lo más preocupante es la usurpación de funciones que ejerce el Poder Ejecutivo sobre el conjunto del Poder Judicial.

Los cambios constitucionales en Bolivia caen por afuera de las teorías sobre la consolidación democrática y la gobernabilidad porque predomina una orientación indianista, expresada en el reconocimiento de los pueblos indígenas a su autogobierno y al reconocimiento de su existencia pre-colonial como garantía para el resurgimiento de sus instituciones antiguas, destruidas por la colonia española. Por lo tanto, se considera que cualquier institucionalización como desarrollo de la racionalidad

moderna, mediante la representación de los partidos y una reforma estatal caracterizada por la modernización en la gestión pública, no responde al carácter multicultural del país. La intención se centra en que el gobierno de Evo Morales demuestre el rumbo de una revolución que camine hacia el socialismo del siglo XXI, mezclado con la construcción de un Estado indígena plurinacional.

Asimismo, Evo Morales apela constantemente a los movimientos sociales y las culturas indígenas. La consulta directa y la movilización instrumental de los pueblos indígenas, contrariamente, están impulsando sus propias condiciones de erosión e inestabilidad durante los procesos de implementación constitucional porque el particularismo étnico-cultural, junto al corporativismo de los sindicatos cocaleros, desatan más conflictos y debilitan al Estado como autoridad reconocida en el ámbito nacional.

El Estado Plurinacional, a momentos parece promover conductas y posiciones excluyentes del movimiento indígena, haciendo que los cambios constitucionales presenten un duro conflicto entre los conceptos de democracia representativa, democracia directa y ejercicio del poder, a cargo de los grupos excluidos que deberían escarmentar a las clases medias, urbanas y de tez blanca en Bolivia.

La nueva Constitución se caracteriza por ampliar una serie de derechos sociales, junto con la identidad heterogénea de un país que trata de contrarrestar la segregación racial. El artículo 98 establece que “la diversidad cultural constituye la base esencial del Estado plurinacional comunitario (...). El Estado asumirá como fortaleza la existencia de culturas indígena originario campesinas, depositarias de saberes, conocimientos, valores, espiritualidades y cosmovisiones”. Se afirma, por lo tanto, que el patrimonio indígena es la expresión e identidad del Estado en Bolivia, reconociéndose además el autogobierno de los pueblos indígenas, sus instituciones y entidades territoriales ancestrales. Esto, sin duda, democratiza más el sistema político pero tensiona las orientaciones del constitucionalismo porque los pueblos indígenas estarían más

interesados en desmontar las instituciones de la democracia occidental, antes que protegerlas.

La Constitución incorpora un modelo de Estado que posee una estructura de autonomías y organización territorial donde emerge un tipo de Estado federalista. Esta previsión también es un cambio novedoso pues toda la tercera parte del texto constitucional especifica la reestructuración territorial del Estado, reconociéndose cuatro tipos de autonomía: a) departamental, b) regional, c) municipal, y d) indígena, con sus respectivos órganos ejecutivos y asambleas legislativas.

No queda claro cómo va a compatibilizarse la visión de profunda descentralización del Estado en el capítulo sobre autonomías, con las orientaciones centralistas establecidas en la estructura y organización económica del Estado que también están presentes en la Constitución. La Ley marco de autonomías es sólo retórica porque el gobierno central controla todas las fuentes de recursos económicos y regalías provenientes de los recursos naturales. Tampoco hay un diagnóstico sobre la situación institucional de las nueve Gobernaciones (cabeza ejecutiva de los gobiernos departamentales) para funcionar de manera más efectiva dentro del régimen autonómico. Las regiones autonómicas no tienen capacidades gerencial-institucionales homogéneas y utilizables para tomar decisiones políticas y ejecutivas con efectos territoriales.

En la organización funcional del Estado, lo más importante es la composición de las cámaras de diputados y senadores que amplían la posibilidad de representación indígena, junto con la elección por voto universal de los miembros del Tribunal Supremo de Justicia, el Tribunal Agroambiental, el Consejo de la Judicatura y el Tribunal Constitucional Plurinacional. Se incorporó a la justicia indígena originaria campesina con el mismo estatus que la justicia ordinaria. Las funciones otorgadas al Estado para la prestación de servicios sociales y la búsqueda del desarrollo económico se amplían substancialmente.

El principal obstáculo aparece cuando el gobierno del MAS promueve la injerencia directa del Poder Ejecutivo, lo cual acrecienta los problemas de gobernabilidad que afectan constantemente el futuro concertado en la implementación constitucional. Entre 2008 y 2014, la democracia boliviana no logró proteger la independencia de poderes porque se han generado efectos perversos y malas prácticas en el excesivo fortalecimiento del presidencialismo. El caudillismo de Morales ejerce una lógica vertical en la imposición de sus reformas. La oposición no interviene en los nombramientos de algunas autoridades por dos tercios dentro del Congreso. Existe una completa ruptura entre el oficialismo y la oposición, y por esta razón la implementación de las reformas ingresó en un bloqueo.

La oposición fue relegada de las principales comisiones del Congreso, pues el MAS tiene mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y Senadores, surgiendo con mayor claridad las directrices hegemónicas. El MAS busca su consolidación como actor político en el largo tiempo, en lugar de apuntalar la democracia de representación proporcional. La lógica de mayoría para el poder se convirtió en la lógica de transformación constitucional, impugnando a la oposición por su, supuesto, carácter occidental y neocolonial que ahora debería subordinarse a un tipo de Estado indígena.

En la estructura y organización económica, destaca el artículo 341 sobre los recursos departamentales donde se reconoce las fuentes de ingreso que alimentarán a las autonomías, pero sin especificar las condiciones del pacto fiscal y la observancia de criterios transparentes respecto a la rendición de cuentas. La descentralización política y el federalismo en Bolivia, podrían crear un desorden fiscal no previsto en la actualidad.

No existe un análisis fiscal financiero concertado que, en algún momento, acompañe la Ley marco de autonomías. Tampoco hay un pacto duradero en cuanto a la distribución de regalías, el impuesto directo a los hidrocarburos (renta petrolera) y el mantenimiento de una serie de

bonos sociales. La Constitución busca ampliar el gasto social para garantizar la centralidad de un Estado protector.

Las reformas en el sistema de derechos fundamentales, garantías y acciones de defensa, recuperaron las provisiones de derechos liberales de primera, segunda y tercera generación, otorgando una protección importante a los derechos individuales, colectivos y de minorías con enfoque de género. Estos derechos y garantías tienen alta prioridad, razón por la cual representan la base de toda la estructura constitucional; sin embargo, no está claro si existe la predisposición de todas las fuerzas políticas para precautelar los derechos mínimos. Oficialismo y oposición aprendieron a sacar ventajas electorales del desorden. Todos exageran la crisis, exacerbando los conflictos por un frío cálculo, terminando por acomodarse al acecho de un Estado anómico donde la violación de los derechos se ha naturalizado (Alcocer & Gamboa, 2013).

El incremento de los casos de trata de personas, los atentados contra la familia del ex Vicepresidente Víctor Hugo Cárdenas (1993-1997) y la expropiación de su casa, así como las lesiones graves causadas a dirigentes cuando algunas comunidades indígenas castigan físicamente con el argumento de administrar justicia comunitaria, muestran que el frondoso capítulo de derechos y garantías de la Constitución encuentra serios problemas para su cumplimiento. No están claras las formas en que el Poder Ejecutivo está dispuesto a proteger los derechos de ciudadanía y apoyar el papel del Defensor del Pueblo.

Aquí se presenta una gran incertidumbre entre las decisiones hegemónicas del MAS para convertirse en el actor político preponderante de los próximos 20 años, y las estructuras democráticas para la limitación del poder. Evo Morales está cultivando una hegemonía cuyos primeros resultados se presentan al someter a juicios ordinarios por corrupción, a la mayoría de los líderes políticos que fueron protagonistas del modelo neoliberal de democracia representativa (1985-2005). La intención del MAS y los movimientos sociales es romper con el pasado a como dé

lugar, incluso utilizando leyes de carácter retroactivo que violan la presunción de inocencia prevista en la Constitución.

El establecimiento de un Estado Plurinacional, es una oportunidad de integración social en el país, pero al mismo tiempo refleja un riesgo al abandonar los equilibrios institucionales de la democracia moderna. Los procesos de cambio socio-político y constitucional podrían afectar, eventualmente, a otras democracias latinoamericanas porque la crisis del modelo de economía de mercado, junto a la persistencia de la pobreza y las demandas por una democracia directa, pone una serie de límites a la democracia institucional en caso de que ésta ingrese en un proceso plebiscitario.

El caso histórico de Bolivia muestra que los movimientos sociales son portadores de sus propias condiciones de desgaste y desequilibrio durante los procesos de reforma constitucional. En primer lugar porque las presiones por transformar el país acrecientan el deseo de obtener logros materiales y la satisfacción de intereses solamente corporativos. En segundo lugar, las acciones colectivas utilizan el discurso de una participación más amplia pero exigiendo, al mismo tiempo, la destrucción de las instituciones y otras reglas porque éstas degenerarían la soberanía del pueblo. Las demandas para consolidar una democracia sin partidos tendrían el objetivo de lograr una reparación histórica y humana a favor de los pueblos indígenas. Por lo tanto, el sistema político como mediación entre el Estado y la sociedad civil pierde completa utilidad al ser visto como antidemocrático.

La Constitución boliviana de corte e inspiración indigenista intenta recomponer las tareas pendientes de reconciliación y solución alternativa de conflictos que el país requiere con urgencia. En el periodo de reformas de economía de mercado y privatizaciones, se marginó la posibilidad de modificar la Constitución y generar escenarios de consulta como el referéndum, lo cual provocó un vacío de legitimidad cuando la sociedad vio que, no solamente estaba impedida de beneficiarse de las políticas

de privatización, sino que aprovechó las ventajas del mismo régimen democrático para exigir mayores dosis de participación y transformación institucional con una visión étnica, de género y abierta a una acción “desde las bases”. Los efectos políticos más importantes que están detrás de la implementación constitucional son los siguientes:

- a) El conflicto social ha rebrotado con la consolidación de los gobiernos autónomos regionales.
- b) Se han profundizado las expectativas por una revolución social a favor de un Estado benefactor y protector con prestaciones sociales gratuitas.
- c) El papel de las Fuerzas Armadas resurge con fuerza para defender a los gobiernos elegidos en momentos de convulsión.
- d) Surgen amenazas de destrucción democrática cuando muchos sectores demandan la reelección indefinida de Evo Morales.
- e) El estímulo de los movimientos sociales fuerza varios cambios, generando demasiada inestabilidad institucional, pero fortaleciéndose las condiciones de una democracia directa. Esto revela la ausencia de patrones de consolidación democrática, entendidos como un proceso de cambio, controlado por un sistema pluripartidista que en Bolivia se está desintegrando.

Los problemas de implementación constitucional resaltan la contradicción entre el modelo de democracia denominada neoliberal y aquella democracia originaria o directa, según la perspectiva de los movimientos indígenas que participaron en la Asamblea Constituyente. La ideologización del proceso político boliviano llevó, peligrosamente, a descartar la democracia neoliberal.

No existe una democracia neoliberal contraria a los intereses de las grandes mayorías excluidas. La democracia empezó un importante momento de inclusión que dio lugar a una intensa participación de indígenas, e inclusive de aquellos sectores que buscaban destruir el régimen democrático. La democracia en Bolivia aguantó las tensiones

más destructivas entre 1993 y 2003, favoreciendo a los grupos excluidos y corriendo el riesgo de ser agredida por los sectores más extremistas y antidemocráticos.

La retórica del MAS para dar mayor centralidad a los movimientos sociales con el fin de limitar el monopolio de los partidos políticos no es, en realidad, un gran aporte. Si se analiza históricamente el trayecto boliviano entre la dictadura y la democracia (1978-1982), la movilización de masas en busca de la democratización y un sentido de justicia social, siempre estuvieron muy presentes en los últimos treinta años de la historia boliviana.

En las democracias europeas, el accionar protagónico ha sido y es, aquel accionar de los partidos políticos. Al salir de las dictaduras, los partidos se convierten en las instituciones más razonables –no necesariamente las mejores– para competir en un régimen democrático. Si se sataniza a los partidos, como lo hace el MAS para implementar la nueva Constitución, sólo se legitima un sistema de ideas para ganar electores los cuales, ingenuamente, apoyarán a otro partido que ingresará en la dinámica de la toma del poder a cualquier precio. Se cometerán así los mismos excesos y las fallas que se cuestionaban antes de llegar al gobierno.

El papel de los movimientos cívicos e indígenas es muy rico e intenso en los ámbitos locales y regionales. Empero, en el ámbito nacional donde están en juego los intereses del Estado, la incursión de una democracia directa sin partidos, no es el mejor instrumento para construir y desarrollar una democracia duradera en el tiempo. Las concepciones del MAS podrían llevar a un tipo de democracia basada en grupos corporativos, municipios, sindicatos y otro tipo de oportunismos. En Bolivia, los sectores revolucionarios apelan a los movimientos indígenas, campesinos y a las lógicas corporativas, ingresando en un escenario autoritario que bloquea cualquier negociación pacífica. Con esta visión, todos quieren obtener el máximo de beneficios mediante la imposición de sus derechos sesgados.

La nueva Constitución también tiene el objetivo de mostrar el carácter multicultural de lo político y la presencia decisoria de los grupos excluidos o colonizados desde hace 500 años dentro del sistema democrático. Aunque al mismo tiempo se manifiesten varias contradicciones, como el regreso a un Estado desarrollista y el choque entre aquella Bolivia unitaria (junto al centralismo promovido por el presidencialismo de Evo Morales), y aquella Bolivia donde existen las demandas descentralizadoras de las nueve gobernaciones autónomas, rumbo al federalismo. La idea de un Estado unitario, hoy día no encaja con los conflictos entre el Estado Plurinacional y los cuatro tipos autonomía político-territorial, finalmente aprobados en la Constitución.

El discurso de participación popular y ancestral con los pueblos indígenas, fue explotado hábilmente por el MAS que negó, simultáneamente, las demandas autonómicas de la media luna (la mitad del territorio localizada en el oriente del país). Esta contradicción terminó en el surgimiento de nuevas lógicas autoritarias. La descentralización siempre llevará a los movimientos sociales regionales hacia mayores dosis de autonomía. Ahora bien, otro tipo de conflictos como el secesionismo, también tienden a destruir una joven democracia como la boliviana.

Con la descentralización surgen importantes innovaciones en el proceso de formulación de las políticas públicas. Toda la hostilidad del MAS hacia los proyectos políticos de la media luna no fue congruente con la consolidación de un régimen democrático; sin embargo, los movimientos indígenas que defienden el Estado Plurinacional, afirmaban que las libertades políticas deberían favorecer especialmente a las culturas “originarias y pre-coloniales”, quienes, a su vez, deberían destruir las demandas descentralizadoras de las élites neocoloniales y occidentalizadas de la media luna: Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija, regiones donde no existe una población indígena de origen andino (aymaras y quechuas).

Los problemas de la desigualdad en la representación del sistema político boliviano, son otro elemento complejo de resolver en el Estado

Plurinacional. La masa de población en las ciudades de La Paz y El Alto, por ejemplo, comparada con la representación de las zonas menos pobladas, incluyendo otros departamentos y las ciudades de la media luna, conduce a un desbalance que va en detrimento de la calidad de la democracia en Bolivia. Si bien es importante fortalecer la proporción de representantes indígenas, esto no debe implicar una acción demagógica para desestabilizar el sistema, en lugar de ayudar a encontrar soluciones. La representación étnica dentro del Parlamento puede ser viable, siempre y cuando no se excluya a otras agrupaciones ciudadanas, partidos nuevos o el reconocimiento de un Estado autonómico con representaciones regionales.

Hoy existen buenas condiciones para el ingreso en la política de los partidos indigenistas, a objeto de mejorar la calidad democrática. Los líderes indígenas tienen en sus manos la gran posibilidad de utilizar su poder para implementar una Constitución que abra el paraguas de una reconciliación étnica y la identificación de nuevos parámetros de estabilidad democrática. Sin embargo, los rumbos de la democracia directa son proclives a combinarse con liderazgos autoritarios y actitudes intransigentes. El concepto de Estado Plurinacional, muchas veces es interpretado por los movimientos sociales, solamente como una oportunidad para inaugurar una “democracia étnica” en Bolivia. La democracia de ayllu o “india” debería echar por tierra a la democracia liberal y rechazar su legitimidad. Esta mirada ha reproducido mayores divisiones en el país.

El núcleo de los principales conflictos estimulados desde la presidencia está generando graves distorsiones en torno a las autonomías departamentales. Los choques del presidente con las autonomías también trataron de minimizar los graves casos de corrupción en Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), mostrando una conducta dogmática: “el presidente no se equivoca y si comete alguna ilegalidad, sus abogados lo solucionan”. Así aparecen los siguientes problemas estructurales:

- a) Primero, la dispersión del poder entre occidente y oriente del país. Esto ha empeorado con las elecciones departamentales y municipales porque las regiones de Santa Cruz, Tarija, Beni y Pando siempre piensan en consolidar las autonomías departamentales, mientras que el MAS intenta destruirlas mediante otro tipo de autonomías indígenas y la elección de subprefectos para neutralizar la capacidad de acción de las élites regionales.
- b) Segundo, el profundo divisionismo bloquean la construcción de un nuevo pacto social, obstaculizándose la ejecución de los cambios impulsados por el MAS y la misma oposición. Las constantes rupturas entre el Poder Ejecutivo y los partidos de la oposición, también se reproducen en la discordia entre el Estado y la sociedad civil boliviana que se encuentra fracturada por los particularismos regionales, étnico-culturalistas, corporativistas y la persistencia de la desigualdad económica.

### **De la retórica sobre lo plurinacional, al inútil socialismo del siglo XXI: el sueño elusivo de un Estado indígena**

Las esperanzas e ilusiones sobre el advenimiento de una nueva teoría del socialismo para el siglo XXI, no es más que una estela de dudas y confusión. La lucha de clases o el marxismo-leninismo como la doctrina más importante para definir las posiciones de izquierda en el mundo contemporáneo, ya no representan ningún tipo de alternativa ideológica. En todo caso, los actuales defensores del socialismo consideran que el derrumbe del capitalismo a escala universal continúa siendo uno de los ejes para interpelar a los jóvenes, sobre todo por la crisis del medio ambiente, los temores del calentamiento global y la hecatombe financiera que sacudió *Wall Street* y el corazón de los bancos más importantes en la Unión Europea.

La identidad ideológica del socialismo y la izquierda, repite una vez más que la acción política está sujeta a una lucha anti-oligárquica,

anti-neoliberal y anti-imperialista; sin embargo, esto representa un conjunto de eslóganes sin un contenido doctrinario que sea sustentable para las futuras generaciones. ¿Qué significa ser revolucionario en el siglo XXI?

La teoría del socialismo dejó de responder porque se convirtió en un collage de fragmentos marxistas, protestas callejeras y las “utopías comunistas”, que antes constituían el corazón del socialismo en Cuba o Europa del Este, ahora son una ingenua mezcla de sueños postmodernos sobre una sociedad ideal; en realidad, después de la desaparición irreversible de la Unión Soviética en 1991 y todos los países del bloque socialista europeo, las utopías carecen de un referente político donde prolifere la imaginación por un mundo mejor. Éste no existe, ya que el modelo para llegar a ser revolucionario se convirtió en la imagen solitaria de un hombre sin alternativas porque los jóvenes de ahora son totalmente nihilistas, sin capacidad para comprometerse con idearios políticos y los viejos izquierdistas son únicamente oportunistas del poder.

Quienes afirman que mientras haya pobres y ricos, la lucha de clases continuará y será una correcta interpretación de la realidad, intentan nacionalizar sus propuestas en función de nuevas cosmovisiones indígenas, culturalistas e inclusive afanes por incluir las luchas para el reconocimiento de múltiples identidades sexuales. Aquí radica su debilidad pues el socialismo como teoría política siempre simplificó la realidad, reconociendo identidades únicas como la clase obrera, la falsedad de supuestas leyes de la historia, o la visión absurda para encasillar la “conciencia de clase” en una mentalidad obligatoriamente revolucionaria. Hoy, estas visiones se transformaron en un plato a la carta donde las resistencias en contra del sistema y las estructuras de dominación, se combinan con la búsqueda de una vida opulenta, las religiones exóticas de la “nueva era” y la hipocresía discursiva para adaptarse al juego político con el fin de beneficiarse al capturar un cargo gubernamental.

La reconstrucción teórica de la izquierda tropieza con un enorme obstáculo: no tiene alternativas prácticas para solucionar cuestiones

específicas. El socialismo del siglo XXI es incapaz de redefinir los significados de las relaciones entre el Estado, quebrantado en cualquier país, una sociedad libertina donde todo vale, y la economía que sigue reproduciendo la pobreza. La izquierda insiste en colocar al Estado por encima de la sociedad civil, debilitándola y atentando contra sus utopías por alcanzar un socialismo auto-gestionado desde dicha sociedad. En realidad, la identidad del hombre de izquierda no está conectada a tal o cual teoría, sino a su siniestro plan de convertir cualquier teoría en un sentimiento donde toda contradicción sea eliminada y donde un solo movimiento político tenga todo el poder.

Por otro lado, repensar en el desarrollo socio-económico y la crisis del Estado en Bolivia, implica imaginar una estrategia hegemónica y un prolongado baile de máscaras. Éste constituye una metáfora para describir las brechas o las enormes distancias creadas entre el discurso político de las élites del poder y la realidad boliviana expresada en la vida cotidiana de millones de personas.

En el siglo XXI, las estructuras estatales se encuentran influidas por una nueva Constitución que declara haber concebido al Estado Plurinacional, y por el surgimiento de nuevas “formas de hegemonía” que están enterrando la vieja identidad entre democracia representativa y partidos políticos, para estimular una nueva conexión entre la reelección de un caudillo con liderazgo fuerte como Evo Morales, y un tipo de democracia rebelde o sometida al influjo de los movimientos sociales.

Este caudillismo busca convencer al país con el proyecto de un Estado Plurinacional, entendido como el depositario de una democracia que sería posible sin los partidos políticos del periodo 1982-2005. Así se articula una ideología indianista y de izquierda marxista que trata de persuadir a los medios masivos de comunicación para consolidar la imagen de un solo caudillo y un solo partido dominante: el MAS. Éste sería el protagonista fundamental del sistema político, forzando a la sociedad civil sin generar consensos y creando más fragmentaciones.

Lo que siempre ha caracterizado a las élites políticas desde comienzos del siglo XX, fueron sus ambiciones para perpetuarse en el poder a largo plazo. Por lo tanto, sus visiones restringidas sobre la realidad, así como sus delirios de grandeza, se divorcian dramáticamente del diario vivir de muchas personas que buscan la equidad, una vida digna y una participación permanente en las decisiones políticas.

Bolivia ha pasado de ser un país donde predominaba la identidad nacional como aquel imaginario de pertenencia a un Estado-Nación, para convertirse en una indefinición donde gran parte de las clases sociales y los grupos étnicos fingen. Fingen ser integrantes de un solo país cuando una buena mayoría quiere únicamente satisfacer sus intereses corporativos o alcanzar sus perspectivas de poder, ligadas a búsquedas personales o intenciones demasiado particularistas. El discurso del Estado Plurinacional como un conglomerado democrático de diversas identidades socio-culturales, ha terminado por representar solamente un discurso para marcar una diferencia entre la gestión gubernamental de Evo Morales, y el pasado neoliberal de los pactos de gobernabilidad que reinaron entre el Pacto por la Democracia de 1985 y la caída de Sánchez de Lozada el año 2003.

El baile de máscaras sirve para criticar las contradicciones entre lo que fueron los discursos de corte indianista y revolucionario del MAS, y lo que efectivamente ha hecho este partido desde las políticas públicas y el desarrollismo. El baile muestra un radicalismo discursivo y una perspectiva de constantes enfrentamientos que genera una nueva crisis política. Durante el prolongado conflicto en el Territorio Indígena del Parque Nacional Isiboro Sécure (TIPNIS) (2011-2013), el movimiento indígena de la Amazonía ha sido marginado de las decisiones y arrinconado en los marcos de la construcción de una carretera que va a proveer un gran impulso económico, sobre todo por la vinculación comercial con Brasil. Este proyecto también modernizará y mejorará los servicios de salud, educación y la creación de nuevas fuentes de trabajo para los

indígenas; sin embargo, son imprevisibles los elevados costos ambientales y un acelerado proceso de occidentalización en la zona que caracteriza a toda economía de mercado.

Tanto el conflicto del TIPNIS, como la instauración de un patrón de desarrollo con fuerte presencia del Estado, ha hecho que las políticas del MAS se encadenen a los procesos de globalización liberal, aún cuando el discurso político siga caracterizándose por la defensa de un inexistente socialismo comunitario.

La Confederación Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (CONAMAQ), ha cuestionado al MAS desde el área andina, revelando que el proyecto hegemónico de reelección de Evo Morales no está realmente interesado en encontrar un espacio efectivo para enaltecer los intereses del movimiento indígena. La economía estatista y el relativo auge económico que goza de un crecimiento entre el 4 y 5% anual, está recogiendo la cosecha de un patrón de desarrollo extractivista con los minerales y la economía del gas natural, reforzando la conexión de Bolivia con los mercados globales de materias primas e importaciones, sin existir una nueva estructura productiva socialista o anticapitalista.

La Bolivia Plurinacional del siglo XXI no muestra la instauración de un Estado indígena, sino la colocación de una máscara. Esto significa que en el contexto internacional se vendió la idea de una revolución socio-cultural y política, que bien pudo haber sido una alternativa eficaz para el MAS, aunque en los hechos no fue así. El Estado indígena, por el hecho de haber diseminado la idea de un Estado Plurinacional en la Constitución, jamás podría materializarse. La razón descansa en que el caudillismo de Evo Morales, ha orientado todas sus estrategias hacia una típica reelección para reproducirse en el poder, lo cual identifica al proyecto hegemónico de Morales con lo hecho por las viejas élites, sobre todo a partir de la Revolución de Abril de 1952 con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

Otro aspecto que expresa claramente el surgimiento de una máscara de revolución, está relacionado con la crisis de los Derechos Humanos. El régimen del MAS, criticando lo que había significado el viejo modelo neoliberal y sus diferentes políticas represivas impuestas por la fuerza, ha vuelto a utilizar los mismos métodos como la excesiva politización del Poder Judicial, tanto para intimidar como para eliminar a la oposición.

El periodo 2006-2013 se ha caracterizado por la incapacidad de llevar a cabo una reforma eficiente del sistema penitenciario: los Derechos Humanos se violan sistemáticamente en todo el país y en la administración diaria de las fiscalías y la realidad carcelaria. Esto también se manifiesta en el aumento de la violencia urbana, la inseguridad ciudadana y en los servicios de protección que el Estado debería proveer pero que hoy se están privatizando. Por el miedo a ser asaltado, despojado de sus propiedades, o agredido en la calle, muchos ciudadanos contratan a personal de seguridad privada, resaltando una distancia monumental entre el discurso de transformación estatal y una realidad anómica donde impera la arbitrariedad y la excesiva violencia.

El MAS tampoco ha innovado en materia de política social, lo cual no quiere decir que no haya logrado algunos éxitos y avances concretos con objetivos de corto plazo. Sin duda, los indicadores macro-económicos son positivos: la estabilidad, como en el viejo modelo neoliberal, ha sido mantenida. Lo más notorio es la persistencia de una conciencia y un esfuerzo desarrollista que acerca a las nuevas élites del MAS con el imaginario de las élites tradicionales: aumentar el crecimiento económico, la exportación de materias primas, la modernización consumista de las principales metrópolis y el gasto social en educación, salud y vivienda porque son el complemento superficial que oculta la necesidad de ejecutar políticas públicas más agresivas para combatir la desigualdad.

El acceso al poder, los privilegios que éste trae, la inexistencia de estructuras institucionales meritocráticas y grandes disparidades en la distribución de la riqueza, han apuntalado un Estado que sigue siendo

prebendal. Bolivia continúa caminando por el sendero de una democracia débil y un Estado patrimonializado. Lo que está triunfando es un proyecto hegemónico, antes que las exigencias de una revolución desde el Estado Plurinacional, el cual resultó ser una nueva careta para oscurecer iniquidades trascendentes.

La estrategia del MAS como proyecto hegemónico demuestra una enorme ambición de poder en el largo plazo. Por primera vez desde 1982, el sistema político se va reconformando como una estructura donde la hegemonía de la izquierda indianista-indigenista está vinculada con las “bases rebeldes” de legitimación (campesinos, pueblos indígenas y clases urbano-populares). Luego se encuentran las “bases reformistas” de clase media que todavía piensan en el viejo molde de gobernabilidad multipartidaria. Finalmente están las “bases conservadoras” que se encuentran dubitativas en torno a seguir buscando un liderazgo sólido en la derecha, o plegarse a la corriente hegemónica de Evo Morales.

Esta estrategia, paradójicamente, estimula la fragmentación étnica y clasista en Bolivia, así como el progresivo desmantelamiento del Estado de Derecho. Sin embargo, el proyecto hegemónico no necesariamente terminará construyendo un Estado indígena. El MAS como partido político, fortaleció a los grupos corporativos: cocaleros, mineros cooperativistas, grandes comerciantes, importadores, e inclusive favoreció a la burguesía agroindustrial de Santa Cruz, antes que la presencia efectiva de los movimientos sociales en el poder, aunque el discurso oficial pregone lo contrario.

El concepto mismo de racismo manejado por el proyecto hegemónico masista, estuvo girando en torno a manipulaciones de carácter institucional y político para deformar la comprensión de la realidad, planteándose como único objetivo la necesidad de encontrar culpables y justificar castigos para todo tipo de enemigos. El imaginar una auténtica democracia de ayllu, en contraste con la democracia occidental de raíz liberal, cae en supersticiones de carácter religioso al afirmar inclusive la existencia

de una democracia racial de inspiración mítica. Este tipo de ficciones no han combatido el racismo, sino que lo solaparon con otro tipo de exclusiones y actitudes segregacionistas.

Las definiciones de raza y racismo, en lugar de mantenerse como una herramienta analítica, se han ido transformando de forma maniquea en un instrumento de inculpación para desterrar a cualquier tipo de oposición o para descartar la necesaria diferencia de opiniones. En Bolivia, la raza quedó reducida a una especie de pigmentocracia de indios contra blancoides (o viceversa), justificando así el manejo del poder, tanto desde la izquierda como desde la derecha, lo cual dio paso a ponderaciones ideológicas como el hecho de afirmar que en el país existía un apartheid boliviano.

Precisamente esta interpretación bastante arbitraria es una especie de reminiscencia del viejo socialismo-comunismo. Hoy día se piensa que el proyecto hegemónico va a implementarse por fases: primero, liquidando al Estado republicano, posteriormente apagando la democracia representativa y, por último, llegando a construir el Estado indígena o el modelo socialista comunitario, el cual sería un nuevo tipo de comunismo. En este trayecto, lo más importante está sujeto a la división del país en términos ideológicos, étnicos, clasistas y todo tipo de grupos de presión.

El resultado termina en una profunda “desmodernización” del país expresada en lo siguiente: descolonizar, romper con el Estado republicano, construir el Estado Plurinacional solamente a partir de lo económico por medio de las nacionalizaciones, polarizar la opinión con el discurso del Estado indígena, desoccidentalizar y armar una agenda hasta el año 2025. La desmodernización está unida a la desintegración, de tal manera que se hallan en riesgo las identidades colectivas que piensan en la unidad nacional, o en una sola Bolivia moderna y democrática. El proyecto hegemónico parece haber sido diseñado como una construcción social y, precisamente por la dinámica social y cultural, los movimientos sociales indígenas todavía tienen que expresarse con mucha fuerza.

Desde el punto de vista de la globalización, sobre todo por medio de la expansión de la tecnología, el proyecto hegemónico del Estado Plurinacional irá sucumbiendo o ensamblándose con el avance del mercado mundial. En este sentido, está por verse cómo las proyecciones para reproducirse en el poder del MAS satisfacen las expectativas de las generaciones jóvenes entre los quince y veinticinco años. Éstas, van despolitizándose continuamente en las áreas urbanas y rurales, pues se identifican mucho más con la renovación de la tecnología a su alcance, desarrollando así un conjunto de identidades artificiales ligadas al consumismo y a las expresiones de una sociedad materialista.

La gente joven no ha cultivado una nueva subjetividad política favorable al Estado Plurinacional. Muchas identidades juveniles se caracterizan por una apatía respecto de la democracia, junto con la necesidad de convivir con otras identidades de corte social y étnico. El proyecto hegemónico del MAS no ha resuelto para nada el choque generacional entre aquellas clases sociales que buscan una legítima transformación de las estructuras sociales y económicas, versus las generaciones jóvenes de toda laya, bastante dependientes del consumismo y el materialismo.

La hegemonía, como una versión de la dominación política, no puede aportar mucho a la identificación de acciones concretas en pro de la “equidad” en la sociedad boliviana. La construcción hegemónica siempre expresará el dominio descarnado de una clase o ciertas élites sobre otros grupos dominados, mientras que las demandas por la expansión de mayores derechos, libertad de expresión e igualdad con justicia social, caracterizan a una cultura más democrática. De cualquier manera, el dato más sobresaliente es observar cómo el MAS está vinculando la reelección de Evo en las presidenciales de 2014, con la visión de largo alcance rumbo al bicentenario del 2025. En esto ha resultado ser más astuto políticamente que todas las generaciones de líderes desde 1978.

Los problemas cardinales que el Estado boliviano sufre en materia de burocratización, desinstitucionalización, patrimonialismo, clientelismo

y corrupción endémica, aún afectan profundamente cualquier esfuerzo para desarrollar y proteger una cultura de reformas políticas donde la sociedad participe. Bolivia no se ha apropiado de los cambios constitucionales porque muchos sectores sociales no están convencidos de estar contribuyendo a su propio bienestar.

Finalmente, los intentos por legitimar una cuarta reelección presidencial para Evo Morales, motivaron la organización de un Referendo Constitucional el 21 de febrero de 2016. Morales fue vencido rotundamente porque la población se declaró en contra de la modificación del artículo 165 de la Constitución que prohíbe una nueva postulación del presidente. La victoria del No a la reelección sirvió para poner un freno a las aspiraciones políticas de una búsqueda hegemónica que puede ser caracterizada como *autoritarismo competitivo*, lo cual significa apoyar la realización de elecciones, consultas ciudadanas y utilizar diferentes mecanismos democráticos para aparentar el fortalecimiento de la soberanía del pueblo. Sin embargo, el objetivo principal es la imposición de una sola opción: la permanencia del MAS y Evo Morales en el poder.

El autoritarismo competitivo es una nueva estrategia antidemocrática en la toma de decisiones donde trata de visualizarse una imposición hegemónica que refuerce el caudillismo y el presidencialismo, abiertamente en contra de un sistema democrático de balances de poder y pluralismo representativo. Alrededor de ciento cuarenta mil votos de diferencia entre la opción ganadora del No sobre el Sí para modificar la Constitución Política del Estado, cortaron la reelección del binomio Evo Morales-Álvaro García Linera. Por lo tanto, estuvo claro que el No permitió recuperar un compromiso democrático que Bolivia tiene, precisamente para *limitar la concentración del poder* alrededor de una sola persona y, si existe la posibilidad de que el MAS permanezca por un largo tiempo en el sistema político, deberá ser con la existencia de liderazgos y proyectos alternativos sin el caudillismo de Evo Morales.

El discurso dominante alrededor de Evo Morales, el poder indígena y los movimientos sociales se ha agotado. Hacia adelante, probablemente queda una visión de país donde se consolide la concepción de un Estado Plurinacional, pero al mismo tiempo una nueva caracterización que lleve a Bolivia hacia la unidad, mayor cohesión y convergencia. El liderazgo de Evo Morales sigue siendo muy fuerte pero en el referéndum del 21 de febrero Morales polarizó demasiado y trató de dividir drásticamente al país. Después de la derrota, los nuevos liderazgos que se desarrollen al interior del MAS tendrían que hacer lo contrario, es decir, convocar a la unidad y la posibilidad de una mayor integración nacional. Junto con el deseo de proteger la estabilidad económica y política, se encuentran las perspectivas de subsistencia democrática más allá de un caudillo.

El triunfo del No, también fue otro freno para aquellos líderes de la oposición llamados “tradicionales” porque ninguno de los opositores pudo atribuirse victoria alguna. Diferentes encuestas de opinión política demostraron que los liderazgos de Samuel Doria Medina, Jorge Quiroga o Rubén Costas, siguen siendo vistos como parte del pasado neoliberal y, en consecuencia, son resistidos por la población como alternativa de cambio. Son liderazgos que pertenecen al pasado de los pactos de gobernabilidad y está claro que no podrían competir con el MAS para volver al poder porque tampoco ofrecen otro tipo de proyecto de país. Los resultados del referendo deberán servir para que la oposición repense sus liderazgos nacionales y plantee proyectos alternativos para enfrentar las elecciones presidenciales del año 2019.

La derrota de Morales también fue el fracaso de Álvaro García. Con la nueva Constitución de 2009, el papel político en la toma de decisiones y el rol estratégico del Vicepresidente se acrecentó. Éste influye en la política exterior y en las proyecciones hegemónicas del gobierno. Sin embargo, Álvaro García demostró ser una personalidad fuertemente anti-democrática. Debido al apretado margen de victoria entre el No y el Sí a la reelección, García trató de confundir a la población llamando a los

resultados “empate técnico”, acusando a la oposición y grandes sectores de utilizar el matonaje político. Su desesperación fue muy clara pero no logró desvirtuar los resultados. Al final reconoció la derrota pero no fue capaz de renunciar a su espíritu antidemocrático.

García Linera mintió a todo el país al decir que tenía un título universitario y le fue muy difícil explicar que no era licenciado en ninguna carrera. Pudo decir la verdad desde un principio pero la retahíla de mentiras sobre el ejercicio de la cátedra universitaria sin título antes de ser Vicepresidente, le afectó bastante y restó credibilidad a sus perspectivas concentradas en reemplazar, eventualmente, al liderazgo de Evo Morales.

Actualmente, es muy temprano para imaginar a los liderazgos sucesores de Evo y García Linera, pero es tiempo de pensar que la representación política no deba sustentarse en sectores corporativos como el movimiento cocalero, las cooperativas mineras o los sectores sindicales campesinos, porque estos grupos de interés mostraron poca solvencia para darle calidad a la gestión gubernamental. Los grupos corporativos que apoyaron a Evo Morales con el pretexto de encarnar a los movimientos sociales, se embarrancaron hacia la corrupción como lo sucedido en el Fondo Indígena y, por estas razones, una renovación de liderazgos es fundamental para llegar incluso a todos los círculos del Poder Ejecutivo. Morales todavía se resiste a cambiar a varios de sus ministros de Estado que, abiertamente, han destruido los mínimos principios de gestión pública responsable.

Los movimientos sociales ya no son la base del proceso de cambio. Éstos fueron sobredimensionados como una fuerza transformadora de izquierda indianista. El ciego clientelismo, la prebenda y la compra de dirigentes, funcionaron de manera más eficaz que una verdadera convicción para obedecer a los movimientos sociales que no influyen verdaderamente en la toma de decisiones del Estado, ni en las políticas públicas. Solamente algunos dirigentes sindicales se beneficiaron con recursos públicos en forma oscura e ilegal, desprestigiando a los movimientos sociales y al discurso grandilocuente que enaltecía al poder y la

refundación de un Estado indígena. La rearticulación de los movimientos sociales en función de otro proyecto político, dependerá de los liderazgos de oposición y de las dinámicas políticas que son impredecibles como la debacle de Morales en el referendo del 21 de febrero.

# Conclusiones del laberinto: de la izquierda a la teología política del indianismo

La izquierda siempre quiso reconvertirse y acabó traicionando sus postulados básicos; sin embargo, en el caso boliviano, sus intentos para sobrevivir la llevaron a mimetizarse con los postulados del indigenismo e indianismo, desembocando en nuevas indefiniciones o en concepciones teológicas. En el siglo XXI, el indianismo es una ideología que está en la misma médula del sistema político boliviano. Adquirió notoriedad con la llegada al poder de Evo Morales (2005-2016), quien convirtió el simbolismo aymara y quechua en una estrategia hábil para promover su reelección y un caudillismo atávico.

En general, la problemática étnica y campesina ha cautivado a buena parte de las ciencias sociales y los estudios culturales desde comienzos del siglo XX. Títulos retumbantes evocaron el supuesto regreso de la justicia de los incas o la revolución india, expresando también el posicionamiento de una nueva identidad socio-cultural, la cual estaría lista para tomar el poder e indianizar a toda la sociedad. Esto tiene repercusiones para toda América Latina porque después del derrumbe de las teorías marxistas, y los supuestos de una clase obrera destinada a salvar al mundo del oprobio capitalista, el indianismo pretende convertirse en una alternativa política, con el fin de reconstruir las fuerzas contestatarias y revolucionarias de cualquier etnia subyugada.

Así se explica la explosión de diversas reflexiones sobre las raíces indígenas y los bloqueos coloniales de nuestra cultura, destacándose la llegada de un supuesto “posoccidentalismo” o “descolonización”, no sólo en Bolivia sino en toda América Latina. Sin embargo, el indianismo no es una construcción teórica nueva, sino que se presenta como una

teología política, la cual acentúa su visión crítica respecto a las relaciones de dominación que oprimen a las culturas indígenas para imaginar, posteriormente, un futuro redentorista en el siglo XXI.

Las características teológicas provienen de diferentes concepciones fatalistas donde el conflicto étnico y el liderazgo indio en la política, constituyen el corazón de lo que sería Bolivia como una sociedad indígena. La revolución, en este caso, también podría ser capaz de ir más allá del capitalismo porque la verdadera soberanía política residiría en la fuerza de la raza india, sojuzgada pero jamás derrotada por la colonización española o el actual neocolonialismo. De hecho, el indianismo se rebela contra toda forma de democracia y sistema político secularizado, para plantear que los sujetos indios o negros sean las identidades profundas de América Latina.

El indianismo y la negritud se erigen como formas ideológicas sobrenaturales, precisamente porque han sido discriminadas, aunque su persistencia a lo largo del tiempo les permite tener una especie de misión espiritual. Paralelamente, el indianismo postula una forma política que representa en el orden natural e histórico la opción descolonial: un nuevo tipo de sociedad, superior a todo condicionamiento económico. De aquí que ni las estructuras de mercado, ni la globalización neoliberal del Occidente dominante podrían destruir la vocación liberacionista del indianismo que se transforma en una forma de poder histórico universal.

La confianza en un “más allá” donde se lograría imponer una lucha de razas, no plantea el comunismo ni una sociedad sin clases sociales o sin Estado. El indianismo es la creencia en el regreso del “incario” y la toma del poder por parte de los indígenas que harían justicia por mano propia, junto con el restablecimiento de las instituciones ancestrales como los ayllus, la justicia comunitaria o el retorno de caudillos únicos con la capacidad de generar una emancipación desde abajo porque todos en Bolivia siempre hemos sido indios.

Por estas razones, Evo Morales promovió en el ámbito internacional la imagen de su coronación (2006, 2010 y 2015) como jefe inca en el sitio arqueológico de Tiwanaku, tratando de marcar el comienzo de un proceso descolonizador, al mismo tiempo que manipuló las creencias andinas con la supuesta resurrección del Tawantinsuyu (los cuatro puntos de articulación del imperio incaico) como la mejor fórmula para decir que el indio no es un inquilino en el palacio de gobierno, sino que permanecería siempre con el cetro del poder.

Para la lucha de razas, es imprescindible la resurrección del *Abya Yala*: el continente indio donde la abundancia y el equilibrio entre el hombre, la naturaleza y el fin de una dominación inhumana, finalmente demuestran que la conquista española fue una agresión inútil, asesina y moralmente inferior a cualquier cultura indígena. El indianismo como teología es otro esfuerzo por convertirse en providencialismo político que, como el marxismo, aspira a la consumación terrenal de la felicidad humana, mediante el reconocimiento de una historia de la salvación bajo la dirección de los movimientos sociales indígenas revolucionarios.

Las tendencias teológicas de las miradas étnicas endiosan las virtudes del modelo social del incario, para luego pensar que solamente las culturas indígenas poseen una democracia auténtica y casi perfecta, asegurando así las fuerzas redentoras en todo tipo de sociedad. La insurgencia del movimiento zapatista en México (1994) se reconciliaría con el despertar de un *Pachakuti*, que significa un vuelco, un giro violento y transformador del destino donde la indiada retoma un protagonismo plagado de esperanza. La liberación y democratización indias, abren un tipo alternativo de convivencia por intermedio del nuevo factor de poder: los oprimidos de piel morena determinan ahora el rumbo de la opción descolonial para Bolivia e, inclusive, para el resto de la humanidad.

¿En qué medida el discurso sobre lo étnico y sobre los indios, constituye el “espejo” donde se refleja el deseo de poder y dominación de las élites criollas e intelectuales? Los mestizos y blancos trataron de doblegar

la etnicidad indígena para ingresar a la modernidad occidental como una Bolivia sin pasado racial pero, según el indianismo, esto fue un rotundo fracaso. Efectivamente, las élites blancoideas quisieron destruir la problemática étnica por medio de diferentes estrategias discriminatorias que fomentaron el odio étnico.

Por su parte, los movimientos indígenas, sus intelectuales y líderes políticos (Ollanta Humala en Perú y Evo Morales en Bolivia, versiones de liderazgo cholo favorables al indianismo), trataron de conquistar el poder para llevar a cabo una revancha socio-política, aunque sin romper los cánones económicos impuestos por la modernidad occidental-capitalista y dejándose llevar por el atractivo de los beneficios materiales: tecnología, privilegios, dinero y deseos de ascenso social. Queremos un ayllu (la estructura y unidad comunal del mundo andino) con computadoras, reclaman los indianistas, uniendo su teología política a las ambiciones por controlar altos puestos ejecutivos y espacios influyentes en la economía global.

Bolivia representa un prototipo de reflejos siempre cargados de facciones raciales. En un lado del espejo, los componentes ideológicos que forman una determinada percepción del indio en el discurso de una minoría letrada, impulsaron la idea de un mejoramiento de la raza, como si se tratara de convertir el color de la piel en otro tono y, al mismo tiempo, transformar la mentalidad en una creencia religiosa que confíe en la modernidad dominante. El otro lado del espejo trajo las huellas teológicas del discurso indianista que reinterpreta los conflictos económicos, sociales, políticos y culturales, a partir de otra creencia: la revolución india.

La teología política indianista estimula la fe en un nuevo más allá: la Bolivia india, des-colonizada, des-occidentalizada y desenganchada del capitalismo. Al parecer, el propósito sería edificar una nueva escatología; es decir, un estilo de purificación prodigiosa pero con un color de piel indígena, con el acento indio, con la cosmogonía andino-amazónica y con el perfil estético que opaque la imagen de las fieras rubias.

El indianismo de la actualidad (2005-2015) es una particular escatología de la postmodernidad. Quienes lo cultivan han logrado una mezcla de secularización materialista y tecnológica para estar a la altura de la globalización contemporánea. Los indios no tienen por qué renunciar a los beneficios de la modernidad como el crecimiento económico y el mismo desarrollismo; sin embargo, desconfían de todo: del mercado, de la democracia, del Estado de derecho, de los derechos humanos y de la solidaridad de cualquier persona de tez blanca. Así, incitan más bien la construcción de una teología política que expresa los anhelos utópicos de un más allá, aunque reconociendo que el mundo terrenal es sólo un escenario perfectible y, simultáneamente, una realidad social siempre alejada de la respectiva utopía indígena: el incario de equilibrios eternos entre el hombre, la naturaleza y el cosmos.

La teología política del problema indígena es, asimismo, uno de los ejemplos para vincular la crítica del colonialismo y la concepción apocalíptica de un “ajuste de cuentas” con los otros (mestizos, blancos y el mundo occidental en su conjunto). Sin este ajuste, no habría la posibilidad real de avanzar hacia una sociedad emancipada. Este ajusticiamiento fomenta las concepciones escatológicas de “un ir y venir” entre el renacimiento de la memoria arcaica y el pasado místico de las culturas indígenas, por un lado, y la necesaria destrucción de las coerciones del capitalismo moderno, por otro.

Para el indianismo, la Nación como unidad y realidad política homogénea no existe en Bolivia, al igual que los Estados republicanos en América Latina son vistos como una copia mal hecha y arbitrariamente impuesta por el colonialismo. En Bolivia, el indianismo se acerca así al katarismo, una ideología que también entiende al país como una lucha entre la persistencia del colonialismo interno, las fachadas democráticas y la necesidad de incursionar en la representación política, básicamente a partir del enfrentamiento entre el binomio: Naturaleza/Indio y el eje: Modernización/Globalización.

El ex vicepresidente, Víctor Hugo Cárdenas (1993-1997) del desaparecido Movimiento Revolucionario Tupac Katari de Liberación (MRTKL), fue la expresión de cómo el katarismo podía acceder al poder, aunque después sucumbió por no combatir los procesos de ajuste estructural donde los empresarios y las políticas de privatización terminaron por hundir al katarismo cuando el modelo político neoliberal ingresó en una profunda crisis entre 2000 y 2006.

Las concepciones sobre el indio y la revolución se presentaban como una alternativa verdaderamente fuerte ante la ausencia de un movimiento obrero con plena identidad de clase. Simultáneamente, la educación sería la oportunidad para catapultar al mundo indígena hacia un horizonte de esclarecimiento y conciencia étnica multicultural. Todo proceso educativo, sin embargo, fue juzgado como una estrategia para acceder a la modernidad, ensoñación de los procesos revolucionarios nacionalistas al estilo de la Revolución de Abril de 1952, que en el caso de Bolivia instauraron grandes reformas como el voto universal, la abolición de la servidumbre indígena, la nacionalización de las minas y la reforma agraria.

Históricamente, los núcleos de la transformación socio-política que construyen grandes proyectos de la modernidad en Bolivia, son: a) la creación de una burguesía nacional (desde la revolución del 52 hasta el establecimiento del sistema democrático en 1982); b) el fracaso de las ideologías que promovían una revolución acaudillada por la clase obrera (1952 hasta la caída del Muro de Berlín en 1989), para abrir el escenario de reivindicaciones multiculturalistas y nuevas identidades indígenas; c) la instauración de la democracia representativa junto con rígidas políticas de economía de mercado (1982-2000); y d) la supuesta descolonización bajo la tutela del indianismo como verdadera liberación (2006 hasta el presente 2016). El indianismo quiere negar todo el pasado histórico para sugerir que los movimientos indígenas constituyen la forma más legítima de transformación.

La teología indianista se resistió siempre a aceptar el mestizaje como identidad cultural y fisonomía cosmopolita de la estructura social occidentalizada y articuladora de la unidad política en el Estado-Nación boliviano que, aparentemente, nunca habría existido. Así, las ambiciones de la descolonización fueron convirtiéndose en una visión interpretativa, siempre en contra de la modernidad occidental, acusada de ser una máquina destructora en todo el mundo.

La teología política del indianismo es una hermenéutica de la diferencia; es decir, una interpretación de la heterogeneidad étnica en Bolivia, hecha por un conjunto de sujetos que pretenden convertirse en un movimiento social revolucionario. Es la forma de interpelación de un conjunto de naciones indígenas que se ven a sí mismas como un caudal de autodeterminación, totalmente ajenas al Estado-Nación unitario que se denomina Bolivia y como un real esfuerzo que nos estaría liberando de la modernidad, cuando en el fondo se trata de todo lo contrario.

El indianismo pudo conseguir una mayor notoriedad gracias al impulso del sistema democrático que fomentó los ideales de Bolivia como un país multicultural, ampliando la existencia de más alcaldes indígenas, diputados, senadores y otras autoridades que entre 1993 y la actualidad (2016), dieron paso al establecimiento de una modernidad democratizadora, sin la cual Evo Morales no hubiera llegado al poder en el año 2005. A su vez, el indianismo enraizó también un caudillismo secante que Morales aprovechó porque la democracia fue defendida, mientras facilitó la llegada al poder de varios liderazgos indígenas aunque éstos quieren levantar nuevas barreras para que el poder siempre esté en manos indias y no en otras. La modernidad fue instrumentalizada por las aspiraciones políticas del indianismo que, en la práctica, amplió las actitudes antidemocráticas de diferentes caudillismos autoritarios.

El carácter de la descolonización y el anhelo por una revolución india, están siempre dentro de las luchas por cambiar las relaciones de dominación que ejercen el capitalismo y la occidentalización proveniente

de Estados Unidos y Europa. El indianismo, sin embargo, no logra expresarse sin plantear constantemente una oposición entre la Bolivia chola-mestiza-blanca versus la Bolivia india, étnica, cultural y políticamente superior por su aparente pureza de raza y la legitimidad suprema de sus demandas.

En la lucha ideológica, el indianismo combatirá al indigenismo. Éste sería el discurso sobre el indio y el mundo indígena desde la perspectiva del mundo occidental y mestizo. El indigenismo será un escenario específico para comprender cómo el conocimiento sobre el indio es también aquel proceso lento y muy cuidadoso de colonización obstinada. La teología indianista es redención y un retorno a la patria verdadera: las comunidades indígenas de un esplendor inigualable.

La colonización del conocimiento hecha por el indigenismo y la intelectualidad mestiza, sufre una suerte de efecto no deseado pues desde su posición de objeto dominado, el indígena se hizo invisible. Para el indianismo, justamente a través de esta invisibilidad y negación, la cultura indígena también pudo ejercer un poder intercultural a costa de ponerse una máscara blanca.

El mundo indígena quiere instaurar así un espejo donde se refleje el discurso de las élites criollas ilustradas y blancas, quienes por el hecho de imponer su dominación cultural, política y de conocimiento, terminan sucumbiendo ante una realidad que vence al sueño intelectual de la modernización. La Nación homogénea de piel blanca, con el uso de códigos de la modernidad occidentalizada, finalmente sería ensombrecida por una sociedad multiétnica y polimorfa donde las identidades indígenas hacen valer su propio carácter dominante.

La teología política indianista considera que la dominación no siempre se ejerce de arriba hacia abajo en la estructura social, sino que también existe un intento de contra dominación, desde los grupos más aplastados hacia las élites dominantes; es decir, desde lo indígena hacia el mundo criollo. El liderazgo político y la intelectualidad indigenista no tienen

el control total del objeto de su discurso (en este caso, lo indígena). Por un lado, las identidades indígenas escapan, se vuelven desconocidas o se convierten en espejo donde quieren que se refleje el resto de la sociedad mestiza y las élites de la modernización. Para el indianismo, el juego entre dominador y dominado siempre está siendo subvertido.

En consecuencia, la realidad en que tiene lugar la multiculturalidad y los proyectos reformulados de una modernización occidentalizada, apuntan constantemente hacia la resistencia indígena, que no solamente busca una serie de tácticas de supervivencia, sino que emerge como un proceso continuo de cuestionamiento a los valores que las élites bolivianas trataron, y tratan, de imponer.

El indianismo es una reproducción permanente de la desconfianza hacia el mestizaje porque entiende que el proceso social y político de la democracia está lleno de azarosos esfuerzos que destilan malas intenciones para el mundo indígena. Los indios no solamente son el objeto del discurso de la sociedad criolla, sino también una especie de estatua muda, vestida con la ideología de la Nación, la sociedad modernizada y la revolución. El indio fue considerado como un sujeto mudo en términos del discurso de las élites blancas pero, a pesar de este silencio o mudez, transforma y genera el discurso del indio y su correspondiente teología, a través de su continua resistencia a la política de aculturación y su persistente lucha por el poder.

La resistencia indígena, muestra cómo la colonización de las mentes, los conocimientos y la cultura indias que alentó el discurso construido por el indigenismo, es traicionada por los argumentos mismos de las élites criollas y por la realidad objetiva de la multiculturalidad indígena que termina imponiéndose. Según el indianismo, la sociedad boliviana se habría estado reflejando en una superficie donde todos nos plagiamos a nosotros mismos, como si conociéramos ya nuestro destino de memoria.

Bolivia es y seguirá siendo india, además de que su historia es aquella de la salvación propugnada por el indianismo, suponiendo una superación

de la modernidad. Empero, las teorías de la descolonización y los enfoques teológico-políticos postmodernos, dejan de lado la posibilidad de que el renacimiento del pasado indio contenga también elementos de una pragmática reinención de la modernidad. Ésta pervive y se reconstruye gracias al empuje de sus grandes inventos como la democracia liberal y un cosmopolitismo pluricultural que protege, inclusive a sus críticos más impenitentes como la teología indianista, la cual, por último, acaba siendo otro intento por preservar una vida gobernada por la tolerancia, en medio del capitalismo salvaje que siempre atiza el fuego de los proyectos utópicos más inverosímiles.

Terminar de evaluar a la izquierda indianista y los diez años de gestión gubernamental de Evo Morales (2006-2016), equivale a reflexionar una vez más sobre la corrupción y los anillos prebendales que envuelven a diferentes niveles institucionales del Estado boliviano. Un análisis sobre la eficacia de gobierno exige la evaluación de diferentes aspectos. Primero, comparar los objetivos iniciales con los cuales comenzó una gestión y, en segundo lugar, examinar si es posible una reorientación de varias acciones en caso de existir obstáculos o enfrentar simples *decepciones* que nos sorprendieron después de un tiempo porque no podíamos haber imaginado una serie de circunstancias azarosas.

La decepción política más grande por la magnitud de los hechos de corrupción en diez años de gobierno masista fue, sin lugar a dudas, lo sucedido con el Fondo Indígena. Francamente dilapidaron el dinero, no solamente en medio de una absoluta falta de transparencia e hipocresía, sino que la información que va saliendo a luz muestra que todos los miembros del directorio de dicho fondo sabían de antemano que estaban violando las mínimas normas estatales de control financiero. Al mismo tiempo, la presidenta del Fondo, Nemecia Achacollo (ex Ministra de Desarrollo Rural) y los principales dirigentes indígenas y campesinos, habían contratado diferentes “técnicos” para que formularan proyectos, a sabiendas de que no tenían la intención de implementarlos, puesto que

habían tramado justificar algunos presupuestos y luego cobrar los montos solicitados.

Desde un principio, muchos proyectos no gozaban de la solvencia técnica o los estudios de factibilidad, pero se imaginaron una forma que pudiera, formalmente, iniciar el trámite para conseguir el dinero, aunque posteriormente estaban pensando en cobrar jugosos dividendos que, aparentemente, no iban a ser monitoreados debido a la influencia política de Achacollo y el peso político que representan algunas decisiones estratégicas para el acceso a recursos inmediatos y cuantiosos.

Es esto lo que nos obliga a una crítica y evaluación rigurosa de este hecho de corrupción, que no es nuevo en la historia de Bolivia pero revela una mentalidad perteneciente a los dirigentes campesinos e indígenas donde se traicionó de manera flagrante los anhelos de desarrollo y las expectativas de una izquierda indianista donde cientos de comunidades habían depositado sus sueños. La gran mayoría pensó en las posibilidades de tener proyectos sólidos junto con dirigentes que provenían directamente de los pueblos indígenas, sindicatos campesinos y organizaciones políticas que habían enarbolado el discurso del *proceso de cambio* liderado por el MAS, justamente en nombre de los pueblos indígenas, siempre pobres, marginados y despreciados.

La realidad fue una sola, como una sola es la decepción lacerante: los representantes indígenas y campesinos fueron capaces de cometer los peores delitos, colocándose a la altura de cualquier otro segmento de las élites blancas y traidoras de oportunidades, tal y como ha sucedido en Bolivia desde la época colonial. Al parecer, lo único importante es favorecerse en términos personales, considerando que la llegada al poder es como tener acceso a un billete de lotería para sacar el máximo de tajada o beneficios, privilegiando todo tipo de intereses privados, antes de pensar que sea el Estado boliviano quien deba fortalecerse y conseguir que el desarrollo realmente pueda llegar a los más necesitados.

Las fuerzas de izquierda indianista y antiglobalización contemporáneas criticaron tanto las políticas de privatización, y tanto atacaron a las viejas élites neoliberales de asaltar al país, que cuando los dirigentes indígenas llegaron a pisar una porción del poder estatal para obtener buenos billetes, terminaron por violar de una manera inigualable cualquier otro pacto de transformación para beneficiar a los pueblos indígenas. Se dice que la ignorancia estúpida llegó a tal extremo, que la ex ministra Acha-collo habría expresado una célebre frase: “por qué nos tienen que observar si teníamos derecho a comer ese dinero que era nuestro”.

En caso de ser verdad esta odiosa declaración, entonces estamos frente a gente de poca valía, simples pillos que cuando vieron la ocasión, juzgaron correcto echar mano de fondos públicos a los cuales los consideraron un nuevo tipo de propiedad privada: aprovechar la circunstancia, comerse la plata y mandar al diablo el profesionalismo, o la conciencia bien lograda para plantar en el espíritu la semilla sólida de la confianza, pensando en los demás, en aquellos que esperan tener una representación que piense en los otros y deje de lado toda ambición egoísta. Lo mismo sucedió con otro escándalo que involucra al mismo Evo Morales y su ex pareja, Gabriela Zapata, quien fue nombrada gerente comercial de la empresa china CAMC, a quien se favoreció con la firma de contratos estatales por más de 500 millones de dólares. Aquí, el tráfico de influencias y los palos blancos para cobrar mucho dinero a espaldas de la transparencia democrática y por encima de los principios de una izquierda responsable muestran, definitivamente, que la izquierda indianista no es para nada confiable.

El daño ya está hecho, pero también la verdad va apareciendo. El discurso efusivo y exuberante para cambiar de nombre al Estado y plantear la nueva época plurinacional, no es más que una tremenda decepción donde la bazofia no podía apestar peor. Entonces, lo que corresponde es sacudirse la hez y sacarse el polvo de los zapatos porque nada positivo puede esperarse de ciertos dirigentes. Los casos del Fondo Indígena y

Gabriela Zapata-CAMC fueron la apuesta que echó a la basura cualquier otro logro en diez años de gobierno donde los más bandidos tomaron el poder y se beneficiaron cínicamente.



## Bibliografía

- Aguilar, R. (19 de octubre de 2014). "El MSM enfrentó los comicios con un horizonte discursivo errado". *Animal Político, La Razón*, pág. 3.
- Alcocer, P., & Gamboa, F. (2013). *Ensayo sobre la tristeza. Derechos humanos y problemas de trata de personas en Bolivia*. La Paz: Konrad Adenauer Stiftung.
- Aleksiévich, S. (2015). *El fin del "homo sovieticus"*. Barcelona: Acantilado.
- Anderson, B. (2000). *Políticas económicas, modelos de democracia y estrategias imperialistas de la tercera vía*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2008). *Spectrum: de la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*. Madrid: Akal.
- Aricó, J. M. (2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Badiou, A. (2014). *Acontecimiento*. Recuperado el 17 de Noviembre de 2014, de <http://www.grupoacontecimiento.com.ar/articulos/19Badiou2.pdf>
- Bautista, R. (2012). *Pensar Bolivia. Del Estado colonial al Estado plurinacional, vol. II: La reposición del Estado señorial 2009-2012*. La Paz: Rincón Ediciones.
- Bechle, K. (2010). *Neopatrimonialism in Latin America: prospects and promises of a neglected concept*. Hamburg: German Institute of Global and Area Studies.
- Birdsall, N., & De la Torre, A. (2001). *The Washington Contentious. Economic policies for social equity in Latin America*. Washington D.C.: Inter-American Dialogue.
- Bloch, E. (1980). *El principio esperanza (dos volúmenes)*. Madrid: Aguilar.

- Bond, P. (2003). *Talking left, walking right. South Africa's frustrated global reforms*. Pietermaritzburg: Center for Civil Society, KwaZulu Natal University Press.
- Brockmann, E., & Aparicio, F. (2012). *Partidos políticos y democracia. El MSM y el MIR bajo la lupa*. La Paz: Friedrich Ebert Stiftung, CIDES.
- Bustamante, G. (Agosto de 2012). "Racionalidad populista versus democracia representativa". *Revista Cultura Económica*, XXX(83), 20-35.
- Castañeda, J. (1993). *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Ariel.
- Castañeda, Jorge G. y Morales, Marco A. (editores). (2008). *Leftovers. Tales of the two Latin-American lefts*. London: Routledge, Taylor and Francis Group.
- Collier, D., & Berins Collier, R. (2002). *Shaping the political arena. Critical junctures, the labor market and regime dynamics in Latin America*. New Orleans: Notre Dame University Press.
- Collier, D., & Levitsky, S. (1997). Democracy with Adjectives: Finding Conceptual Order in Recent Comparative Research. *World Politics*, 49(3), 430-451.
- Cuadros, D. (2013). "Liderazgos y organizaciones políticas: estudio de caso. Movimiento Sin Miedo por Justicia y Dignidad (MSM)". (PNUD, Ed.) *Andamios, separata: Bitácora de organizaciones políticas*, 77-117.
- Dávalos, P. (julio-agosto de 2009). "Ecuador, ¿la reinención de la derecha?". *Metapolítica*, 13(65), 77-82.

- Dix, R. H. (1992). "Democratization and the Institutionalization of Latin American Political Parties". *Comparative Political Studies*, 24(4), 488-511.
- Elster, Jon (editor). (1998). *Institutional design in post-communist societies: rebuilding the ship at sea*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Figueroa Ibarra, C. (julio-agosto de 2009). "Izquierda y crisis en América Latina". *Metapolítica*, 13(65), 24-25.
- Gamboa, F. (2001). *Itinerario de la esperanza y el desconcierto. Ensayos sobre política, sociedad y democracia en Bolivia*. La Paz: Muela del Diablo Editores.
- Gamboa, F. (2006). *Informe de Consultoría: Propuestas para una reestructuración Institucional del Poder Ejecutivo en el marco del programa de gobierno del Movimiento Al Socialismo (MAS)*. Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), La Paz.
- García Linera, Á. (2 de Noviembre de 2014). "El nuevo campo político en Bolivia". *Animal Político, La Razón*, págs. 6-7.
- Garretón, M. A. (julio-agosto y septiembre-octubre de 2002). "Política, cultura y sociedad en la transición democrática". *Nueva Sociedad*(180-181), 199-220.
- Giddens, A. (1999). *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus.
- Giddens, A. (2000). *Más allá de la izquierda y la derecha: el futuro de las políticas radicales*. Madrid: Cátedra.
- GMLP, (Gobierno Autónomo Municipal de La Paz), Dirección de Planificación y Control. (2007). *Jayma, el plan de la ciudad. Plan de desarrollo municipal 2007-2010. Resumen ejecutivo*. La Paz: Gobierno Autónomo Municipal de La Paz.

- Gómez Leytón, J. C. (julio-agosto de 2009). "Bachelet, la izquierda neoliberal en Chile". *Metapolítica*, 13(65), 64-70.
- Greenberg, S. B. (2009). *Dispatches from the war room. In the trenches with five extraordinary leaders*. New York: Macmillan, St. Martin's Press.
- Grindle, M., & Domingo, P. (2003). *Proclaiming Revolution: Bolivia in Comparative Perspective*. Cambridge, Mass.: David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University.
- Grompone, R. (noviembre de 2009). "Anotaciones levemente heterodoxas: la variada suerte de la izquierda en América del Sur". *Argumentos*, 3(5), 8-15.
- Habermas, J. (1996). *La necesidad de revisión de la izquierda*. Madrid: Tecnos.
- Haggard, S., & Kaufman, R. R. (1995). *The political economy of democratic transitions*. New Jersey: Princeton University Press.
- Hausmann, R., & Fernández-Arias, E. (2001). "Foreign Direct Investment: Good Cholesterol?". En O. f. (OECD), *Foreign Direct Investment versus other flows to Latin America, Development Centre Seminars* (págs. 8-35). Paris: OECD Publications.
- Hobsbawn, E. (2009). *La era de la revolución, 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica, Grupo Editorial Planeta.
- Hobsbawn, E. (2011). *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*. Barcelona: Crítica.
- Irurozqui, M., & Peralta Ruiz, V. (2000). *Por la concordia, la fusión y el unitarismo. Estado y caudillismo en Bolivia, 1825-1880*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- James, D. (1988). *Resistance and integration: Peronism and the Argentine working class, 1946-1976*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jocelyn-Holt, A. (2014). *El Chile perplejo: del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago de Chile: Penguin Random House Grupo Editorial Chile.
- Kaufman, R. R. (1990). "How societies change developmental models or keep them: reflections on the Latin American experience in the 1930s and the postwar world". En G. Gereffi, & D. L. Wyman, *Manufacturing miracles. Paths of industrialization in Latin America and East Asia* (págs. 110-138). New Jersey: Princeton University Press.
- Kirchheimer, O. (1980). "El camino hacia el partido de todo el mundo". En K. Lenk, & F. (. Neumann, *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos* (págs. 328-347). Barcelona: Anagrama.
- Kitschelt, Herbert, et. al. (2010). *Latin American party systems*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kolakowski, L. (1970). *El hombre sin alternativa. Sobre la posibilidad e imposibilidad de ser marxista*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kolakowski, L. (1990). *La modernidad siempre a prueba*. México: Vuelta.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1985). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. México: Siglo XXI Editores.
- Lee Van Cott, D. (2001). "Explaining Ethnic Autonomy Regimes in Latin America". *Studies in Comparative International Development*, 35(4), 30-58.
- Levitsky, S., & Way, L. A. (2010). *Competitive authoritarianism. Hybrid regimes after the Cold War*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Linz, J. J. (1993). *La quiebra de las democracias*. Madrid: Alianza Universidad.
- Lovera, B., & Apaza, G. (2000). *Gobernabilidad y estabilidad política en la gestión municipal de Juan del Granado, ¿cómo podrá mantener su mayoría pactada en el gobierno Municipal de La Paz durante los cinco años de gestión (MSM-MNR-VR9)?* Tesis para obtener el grado de licenciatura en ciencias políticas, Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), Carrera de Ciencias Políticas, La Paz.
- Lynch, J. (2001). *América Latina, entre colonia y nación*. Barcelona: Crítica.
- Mahoney, J. (April-May de 2008). "Toward a unified theory of causality". *Comparative Political Studies*, 41(4-5), 412-436.
- Mainwaring, S. B., & Pizarro, E. (2008). *La crisis de la representación democrática en los países andinos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Mainwaring, S., & Pérez-Liñán, A. (2003). Level of Development and Democracy: Latin American Exceptionalism, 1945-1996. *Comparative Political Studies*, 36(9), 1031-1067.
- Mansilla, H. (2003). *El carácter conservador de la nación boliviana*. Santa Cruz: Editorial El País.
- Mayorga, R. A. (2004). "La crisis del sistema de partidos políticos: causas y consecuencias. Caso Bolivia". En M. e. Kornblith, *Partidos políticos en la región andina: entre la crisis y el cambio* (págs. 27-49). Lima: Ágora democrática, International Institute for Democracy and Electoral Assistance.
- Mires, F. (1996). *La revolución que nadie soñó o la otra postmodernidad: la revolución microelectrónica; la revolución feminista; la revolución ecológica; la revolución política; la revolución paradigmática*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Molina, F. (2003: 103). *Crítica de las ideas políticas de la nueva izquierda boliviana*. La Paz: Eureka Ediciones.

- Moore Jr., B. (1987). *Authority and Inequality under Capitalism and Socialism (Tanner Lectures on Human Values)*. Oxford: Clarendon Press.
- Moore, J. B. (1967). *Social origins of dictatorship and democracy. Lord and peasant in the making of the modern world*. Boston: Beacon Press.
- Moreira, C. (julio-agosto de 2009). “La izquierda de un país en crisis. El Frente Amplio en Uruguay (2005-2010)”. *Metapolítica*, 13(65), 51-57.
- Movimiento Sin Miedo (MSM), (2014). *Programa de Gobierno 2015-2020*. La Paz: Movimiento Sin Miedo.
- Mumford, L. (2013). *Historia de las utopías*. La Rioja: Pepitas de Calabaza Editorial.
- Murillo, M. V. (2001). *Labor unions, partisan coalitions and market reforms in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nicolas, C., & Lupu, N. (2014). “Rethinking the comparative perspective on class and representation: evidence from Latin America”. *American Journal of Political Science*, 1-18.
- O'Donnell, G. (Enero de 1994). “Delegative Democracy”. *Journal of Democracy*, 5(1), 55-69.
- O'Donnell, G. (1979). *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism*. Berkeley: Institute of International Studies.
- Paz, O. (1983). *Tiempo nublado*. Madrid: Seix Barral.
- Peñaranda de del Granado, S., & Chávez Zamorano, O. (1992). *El MIR. Entre el pasado y el presente*. La Paz: Artes Gráficas Latina.
- Peñaranda, R. (2015). *Izquierda y democracia en Bolivia. Posiciones, perspectivas y críticas*. La Paz: Friedrich Ebert Stiftung.

- Pérez Liñán, A. (2008). "Instituciones, coaliciones callejeras e inestabilidad política: perspectivas teóricas sobre las crisis presidenciales". *América Latina Hoy*(49), 105-126.
- Peston, R. (2005). *Brown's Britain*. London: Short Books.
- Rabotnikof, N. (Octubre-Diciembre de 1992). "El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una década". *Revista Mexicana de Sociología*, LIV(4), 207-225.
- Ramos Jiménez, A. (comp.) (2011). *La revolución bolivariana. El pasado de una ilusión*. Mérida: La Hora del Norte.
- Rivera, S. (2010). "*Oprimidos pero no vencidos*". *Luchas del campesinado aymara y qhechwa 1900-1980*. La Paz: La Mirada Salvaje.
- Rueschemeyer, D. E. (1992). *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sartori, G. (1992). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza Universidad.
- Segura, R., & Bejarano, A. M. (2004). "¿Ni una asamblea más sin nosotros! Exclusion, Inclusion, and the Politics of Constitution-Making in the Andes". *Constellations*, 11(2), 217-236.
- Shaw, M. (July de 2004). "Overview: Parliamentary democracy today". *Parliamentary affairs. A journal of comparative politics*, 57(3), 702-713.
- Skocpol, T. (1978). *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Soliz, A. (2004). *La fortuna del presidente*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Tapia, L. (1991). "Dimensiones de la elección política y dinámica de partidos". *Temas Sociales, Revista de Sociología*(15), 49-56.

- Tapia, L. (2011). *El Estado de derecho como tiranía*. La Paz: Autodeterminación, CIDES-UMSA.
- Touraine, A. (1978). *Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Urioste, M. (1997). *¿Valió la pena? Cuatro años de gobierno*. La Paz: Huellas.
- Villarreal, R. (1990). "The Latin American strategy of import substitution: failure or paradigms for the region?". En G. a. Gereffi, *Manufacturing miracles. Paths of industrialization in Latin America and East Asia* (págs. 292-320). New Jersey: Princeton University Press.
- Wallerstein, I. (1978). *The capitalist world-economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wallerstein, Immanuel, et. al. (1991). *Raza, nación y clase*. Madrid: Iepala.
- Wickham-Crowley, T. P. (1992). *Guerrillas and revolution in Latin America. A comparative study of insurgents and regimes since 1956*. New Jersey: Princeton University Press.
- Yaksic, F. (2014). Recuperado el 24 de noviembre de 2014, de <http://econstitucional.com/ensayos/AutonomiasyorganizacionterritorialdelEstado/Yaksic.pdf>
- Zapata Schaffeld, F. (1968). *Estructura y representatividad del sindicalismo en Chile*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL, ILPES.
- Zapata, F. (1993). *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*. México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- Zuazo, Moira, et. al. (2012). *Descentralización y democratización en Bolivia. La historia del Estado débil, la sociedad rebelde y el anhelo de democracia*. La Paz: Friedrich Ebert Stiftung.

La presente edición se terminó de imprimir  
el mes de Octubre 2016 en los Talleres de  
Gama Azul "Impresores & Editores",  
Telf.: 2220611 - Fax: 2240359  
E-mail: gama-azul@hotmail.com  
gamaazul.ga@gmail.com